

The background of the cover is a detailed, sepia-toned illustration. It depicts a tropical scene with several palm trees of varying heights. In the center, there is a building with a prominent dome and a balcony. To the right, a person is visible, possibly engaged in a traditional activity. The overall style is reminiscent of a historical or ethnographic drawing.

ESTUDIOS, CRONICAS Y RELATOS  
DE NUESTRA TIERRA

II TOMO

MARIA ROSA CRISPO  
COMPILADORA



Para la Biblioteca  
de Filosofía, afectuosamente.

Maria Rosa Brioso  
VIII - 99.

**ESTUDIOS, CRONICAS Y RELATOS  
DE NUESTRA TIERRA**



**MARIA ROSA CRESPO**

**ESTUDIOS, CRONICAS Y RELATOS  
DE NUESTRA TIERRA**

**II TOMO**

**CUENCA - ECUADOR**

**1999**

**IMPRESO EN EL ECUADOR**

---

**Es propiedad del Núcleo del Arzobispado de la Casa de la Cultura  
Ecuatoriana "Benjamín Carrión" - Apartado 01-01-4907 - Cuenca**

**PRIMERA PARTE**

**(Estudios y Memorias)**



## CALEIDOSCOPIO DE UNA URBE FASCINANTE

RODRIGO AGUILAR OREJUELA

### I

Dicen los historiadores que Cuenca se formó de acuerdo con el trazado grecolatino. La plaza central, alrededor de la cual tendrían que ubicarse, obligadamente, las casas del cabildo, de las autoridades eclesiásticas, de los representantes de la Corona, etc., conserva todavía hoy, luego de cuatrocientos años de fundación de la ciudad, ese carácter de vitalidad y dinamismo, forjado a lo largo del tiempo, a costa de ser el epicentro rítmico (y no siempre armónico) de la vida de sus habitantes.

La magia de esta ciudad transita, discurre como la vida misma, en cada una de sus calles y avenidas repletas de gente que le va imprimiendo su huella, su marca imborrable de fe y optimismo. El trabajo cotidiano, que desde muy temprano intenta vencer (y lo consigue) al frío matinal, entrega a la urbe una calidez de la que es imposible abstraerse.

Desde el lustrabotas más pequeño, que junto a un diminuto canillita de El Mercurio se desgañitan por parques y aceras, has-

ta los más exitosos ejecutivos importadores y exportadores; desde el impetuoso e incansable chiquitín que asiste al jardín de Infantes, hasta el maestro que dicta cátedra en las universidades; desde el sacerdote de parroquia hasta el arzobispo abandonado con la causa de los oprimidos; desde el policía que dirige el tráfico en las estrechas intersecciones, hasta las más altas autoridades policiales y militares; desde el reportero que con una pequeña grabadora, un trozo de papel y un bolígrafo recorre sus arterias adoquinadas en busca del hecho informativo, hasta el quijotesco editor del medio que, sin opción al descanso, atento coordina la edición del nuevo día. Desde todos y cada uno de nosotros que, nativos o no, optamos por entregar nuestro pequeño aporte aquí, y no en otro lugar, y no en un país en el que no se hable nuestro idioma, en el que suene exótico el melodioso acento morlaco; es de donde emerge la energía transformadora, productiva, anímicamente reconfortante, honesta y valerosa de esta mágica urbe.

Así es Cuenca. Así se va forjando, con su rostro de siglos que no quiere ser remozado; con sus nuevos barrios y ciudadecillas que, sin percatarse ella, la van convirtiendo en otra, dispuesta a enfrentarse al nuevo y desafiante milenio. Y no podemos dejar de mencionar sus ríos, y sobre todo uno, el Tomebamba. Y es que quizá después del Parque Calderón no hay un elemento (natural o artificial) que concite más la atención del cuencano que el paso, lento o agitado, de su hermoso río. Junto al Hospital Militar o junto al "Corral Moscoso"; paso obligado entre el centro y la parte baja, cuando vamos a presenciar algún juego del equipo rojo en el estadio, o cuando subimos hacia alguna sala de cine.

Toda esta es la magia de Cuenca. Es la magia de una ciudad lo suficientemente orgullosa y digna como para haberse erigido por sí misma en la encantadora urbe que es hoy, muy a pesar del aislamiento que sufrió por siglos. Y es también la magia de un universo lo suficientemente humano como para

dar la bienvenida a seres provenientes de otros lares, entre los cuales se encuentra quien hoy escribe este pequeño homenaje de gratitud.

## I I

Las ciudades, independientemente de su tamaño y del número de habitantes que posean, están llenas de particularidades que trascienden sus fronteras y permiten el desarrollo de su identidad y la de sus hijos, con más o menos apego a la realidad. Así, al hablar sobre cualquier urbe en otros lugares del país, lo primero que saldrá a relucir será la vigencia persistente de mitos y prejuicios: que en Esmeraldas solo viven negros y que estos son vagos; que todo "mono" es ladrón; que el serrano si no te da un golpe de entrada te lo dará de salida, y así por el estilo. A esto hay que agregar los apelativos que cada ciudad ha ido construyendo para sí misma a lo largo de los años, muchas veces bastante acertados, otras injustos, y otras no pocas polémicamente exagerados: "Sultana de los Andes", "Centinela del Sur", "Capital del ritmo", "Perla del Pacífico", "Cara de Dios", "Atenas del Ecuador", etc.

Este último, claro, es el que aún hoy en día distingue a la ciudad de Cuenca, no solo casa adentro, sino inclusive más allá de los límites del Ecuador. Pero también hay un signo distintivo, totalmente vivo y sin viso alguno de convertirse en mito, que es del acento cuencano. En torno a él media ciudad vive discutiendo y enemistándose con la otra mitad, utilizando para esta discusión no otra cosa que tan sutil entonación o "cantadito".

Nacer en Cuenca, por un lado, y vivir en ella, por otro, constituyen causas casi inevitables para un determinado tipo de comportamiento, sobre todo por el hecho del aislamiento sufrido por esta ciudad, que obligó a sus hijos al autoabasteci-

miento. Este, a su vez, hizo del morlaco un ser orgulloso y diferente. Un cierto aspecto de aquel orgullo, solo a manera de ejemplo, lo explicaba el periodista Edmundo Maldonado hace algunos años, en referencia a la abundancia de doctores en la ciudad: "Lo que ocurre es que, tradicionalmente, en Cuenca todo el que quería ser algo debía comenzar por ser abogado, sin importarle a nadie si ejercía o no la profesión. Por eso, el doctor Efraín Jara suele decir que cualquier parecido que haya entre él y un abogado es mera coincidencia. Todos los papás solían decirles a sus hijos: 'Doctórate y luego haz lo que quieras'. ¡Porque no ser doctor era haber fracasado en la vida! Claro que hoy las cosas han cambiado, y las carreras técnicas están ganando cada vez más espacio. Pero hasta hace poco, todo cuencano era doctor mientras no se probara lo contrario".

### I I I

La quietud y la oscuridad van alejándose con imperceptible lentitud, en torno a lo que alguna vez fuera apenas una intención de plaza mayor. Poco a poco converge al sitio uno que otro apresurado, ansioso por ganarle la cotidiana competencia al sol; o se aleja algún trasnochado, sorprendido por el reflejo matinal, que no sabe aún si regresar a la casa de mamá o de la paciente —a veces no tanto— esposa; los vendedores de periódicos llegan más tarde, defendiéndose de las gélidas mordidas de una mañana cuencana, y los encargados de adherir el brillo solar a cientos de zapatos van emergiendo a cuestras con sus pequeños cajones o con los pesados asientos sobre los que, por breves minutos, se posará la deferencia piadosa de los hombres de negocios y los políticos —también de negocios.

El ruido de cientos, miles de automotores, comienza a apoderarse de cada cuadrícula, de cada portal, de cada edificio. Los funcionarios van llegando, uno tras otro, maquillados con las

ojeras de una larga noche de insomnio, o sonrientes al contacto de obesas chequeras, derrochando asfixiantes perfumes, con la prisa del empleado habituado al retraso, o con la arrogancia del jefe que se sabe dueño del destino de sus subalternos. Por aquí transitan los propietarios de almacenes, de restaurantes, los gerentes de banco, los políticos, los empleados públicos y privados —eternamente separados por la diferencia que hacen un sueldo de miseria y otro que va abriendo el camino próximo, si no a la opulencia, por lo menos a la somnolienta y cada vez más exclusiva estabilidad. La burocracia vuelve a rendir —sin mayores variaciones, aunque sí con dilaciones— su cotidiano culto a la rutina, a la displicencia frente a los semejantes que le permiten subsistir.

A las nueve de la mañana, siguiendo una costumbre con ansias de convertirse en ley, en los bajos de la Gobernación, los reporteros más bisoños —la mayoría— y algunos otros más en bien en camino a abandonar su "madurez", empiezan a saludar y a congregarse en torno a las últimas del día (siempre las hay, por triviales que sean), o a los rumores más frescos. Luego, cada cual decidirá si acudir a la reiteración del representante estatal o en busca de un cafecito con boletín de prensa en el despacho de la joven y guapa vocera del Cabildo.

La cofradía de decanos ocupa sus habituales bancas, y en ellas va saltando, tras cada turno de palabras masculladas, el comentario de la política nacional más los pormenores de la local, sin alcanzar a ser atrapados por la malla de recuerdos que uno y otro han tejido durante sus largos decenios. De vez en cuando, el sabroso entremés de jóvenes mujeres hará acelerar el latido de sus corazones cansados...

Las mujeres del campo, casi siempre indígenas; los fotógrafos del parque, cada uno ubicado en su estratégico sitio, tejiendo la telaraña en la que tal vez caiga algún transeúnte decidido a perpetuar su imagen. Los turistas "gringos", rodeados

de niños betuneros, deleitados con la cara de la miseria tras la máscara de lo exótico.

Casi al final de la mañana, la "bolsa de trabajo" de San Francisco decide enviar al Parque Calderón unos pocos clientes cansados de esperar el "camello" del día, igual que ayer y la semana pasada. Y, a mediodía, muchos van buscando la sombra de los guardianes vegetales; otros, se camuflan a medias para almorzar, mientras un servidor oculta en su bolsillo el cincel que daría forma a este artículo.

## I V

Otra de las huellas aún visibles en esta ciudad, es la presencia de lo religioso, que desde el mismo día de su fundación constituyó factor determinante en su vida cotidiana. Y aunque a veces los historiadores no logran ponerse de acuerdo en cuanto al carácter positivo de este influjo, lo cierto es que resulta imposible deslindar de la historia local los nombres de sacerdotes y religiosas. A la par, la política y la cultura elitista han reclamado también un espacio para sí, que ni siquiera podríamos decir ha sido disputado con la religión, sino más bien ha resultado compartido por todas ellas, como bien lo explicara María Rosa Crespo en la primera parte de este libro, acerca del ingreso de Cuenca a la literatura nacional, de la mano de los clérigos jesuitas.

Pero frente a todos esos signos de indiscutible peso, gracias a los cuales el nombre de Cuenca latinoamericana se ha paseado por el mundo, aunque no en la dimensión que quisiera, el 26 de julio de 1996 se suscita un acontecimiento que aun pretendiendo no ser reconocido en su justa dimensión, es por sí solo una nueva página en la historia ecuatoriana y local: la medalla de oro obtenida por el joven cuencano Jefferson Pérez. Al margen de la controversia que el mismo hecho causó, ese triunfo es

también una demostración de lo que muchos tradicionalistas y conservadores se resisten a comprender; en otras palabras, es la muestra más fehaciente de que Cuenca se va transformando, de que la ciudad provinciana está siendo trastocada junto con muchas de sus barreras, cada vez más endebles, torpemente confundidas con tradiciones. Es la prueba de que esta urbe fascinante está llegando por fin al encuentro con su verdadera identidad, lograda a través de haber concedido un espacio a todos sus hijos, sin privilegios de ninguna clase.



## **EL MESTIZAJE EN EL HABLA AZUAYA, EL QUICHUA Y EL CAÑARI PRESENTES EN ELLA**

**SUSANA CORDERO DE ESPINOSA**

Pretender que sea éste un trabajo de lexicografía, en el exigente sentido del término, sería vano. Reconozco sus límites antes de comenzar para ustedes la enunciación de lo realizado.

Baso mi trabajo sobre la obra de investigación lingüística de muchos y excelentes lexicógrafos, entre los cuales quizá el mayor es el doctor Carlos Joaquín Córdova Malo, cuyo Diccionario de ecuatorianismos titulado **El Habla del Ecuador** es resultado de amor, tenacidad y dominio lingüístico, así como de organización y sistematización admirables. Humberto Toscano, Luis Cordero Crespo, Alfonso Cordero Palacios, Honorato Vásquez, Piedad Larrea Borja, Justino Cornejo, Luis Moscoso y tantos más, y muchos hablantes anónimos de la infancia, cuya ternura me llega aún en la evocación de su decir, han ido nutriendo a lo largo de los años mi pasión por la palabra, y la han devuelto a su verdadero caudal: el amor por la palabra nuestra.

Pero ha sido el origen, la sangre, el peso de la tradición —sin el cual apenas llegamos a ser— el verdadero e íntimo

estímulo que ha determinado desde antigua memoria esta profunda pasión en mi vida. Esta investigación finisecular ha sido hecha en honor de la tarea de un hombre a quien no conocí físicamente, pero a través de cuya palabra aprendí la mejor dimensión de mí misma.

Ese Quijote que quizás llevo dentro; ese rostro elevado a la contemplación de las estrellas que le enviaban su luz desde tiempos distantes y distintos. Esa sombra erguida y adelgazada, caminante al azar de las calles estrechas en la pequeña ciudad de principios de siglo; que temía el acecho de todos y de nadie; que formulaba **in mente** enunciados matemáticos, inventaba, y persistía en sus sueños imposibles, de alguna manera permanece en mí, y, sin duda, en sus paseos me llevaba, sin saberlo, consigo. Hoy, conscientemente y no sin osadía, quiero con este trabajo potenciar algún ángulo del precioso libro que hace 74 años, el mes de septiembre de 1923, culminaba, bajo el seudónimo **Llactacuyac**, —“el que ama a su tierra”— el Dr. Octavio Cordero Palacios y que tituló **El quechua y el cañari**.

Este libro obtuvo la **palma de oro** en el concurso literario promovido para solemnizar las fiestas del tres de noviembre de 1923. Como manifestaron los ilustres jueces del concurso, Remigio Crespo Toral, Remigio Tamariz Crespo y Manuel María Palacios Bravo, “**El libro premiado se recomienda por la extensa labor, la discreción y el tino del notable filólogo, cuya investigación es tanto más digna de recomendarse, cuanto que el autor ha carecido de las fuentes de erudición que abundan en países más adelantados que el nuestro**”.

Como Cordero Palacios, hace setenta y tres años, pero con muchas más razones que él, he de repetir:

“Allá va nuestro trabajo, y no pidiendo venia ni mucho menos, sino demandando corrección y castigo. Muchas veces hemos pensado que es cosa excelente que hombres de poco fuste, como nosotros, acometan empresas de importancia; porque entonces los de gran talla se mueven a escribir sobre lo mismo que

aquellos, o para reducirlos al silencio o para hacerles ver, por lo menos, que se han alzado a mayores. En tal caso, frecuentísimo en la república literaria, por hacer notar su incipencia a los pequeños, escriben y ponen las cosas en su punto los colosos. Ojalá que se nos tunda, se nos martille, se nos pique, se nos acribilla, etcétera, etcétera, para que de la tunda y su compañía resulte algo útil del farrago, tal vez inútil, que hemos amasado”.

Si no me atrevo a demandar castigo, tal vez por tenerlo asegurado, —temo las tundas y los martilleos; no quiero ser acribillada—, sí aspiro a la corrección, pues me responsabilizo ampliamente de las limitaciones de esta investigación, que es, como mi propia existencia, un camino hecho sobre otro camino, huellas que se disponen a pisar sobre huellas, porque en este caso el gran Antonio Machado no tuvo razón: mi camino no son mis huellas. Son, en gran parte, las suyas. Ineludible, orgullosamente, he puesto mi palabra al abrigo de sus sueños.

Cordero Palacios se propuso, en la obra citada, hacer la que él mismo llamó “una arqueología sui géneris”: registrar el quechua y el cañari como lenguas que pertenecieron a nuestra tierra, pues que “han muerto o están para morir sin dejar literatura”. “Cuanto por ellas se haga, manifiesta, se lo hace por el pensamiento de los pueblos que aquel país habitaron”.

En las regiones azuayas, a la llegada de los españoles se hablaban el quechua y el cañari; aquél, como adstrato de este último, hablado desde muchos siglos antes de la conquista incásica y que dejó su impronta en la antroponimia, la botánica y la toponimia, ámbitos lingüísticos y humanos en los cuales el conquistador inca no pudo penetrar con su lengua. ¿Cómo habría cambiado la nomenclatura caudalosa de ríos, montes, valles, crepúsculos para él desconocidos; de arroyos, lagos, árboles, plantas, flores, frutos; de quebradas y otros accidentes geográficos y humanos? Cordero Palacios se propuso inducir y registrar aquellos términos del cañari que se hallaban confundidos en el quechua, y para hacerlo, se basó en tres hipótesis de tra-

bajo que, por lo claras y lúcidas, bien vale traer a colación, aunque simplificadas a ultranza.

1. Como el quechua carece de voces homónimas, cualquier palabra que exprese el mismo concepto que otro término ya existente en él, será término cañari.

2. Como el quechua carecía de b, d, f, g, j, l sencilla, rr doble y x, inteligentemente, aunque prevé la evolución fonética y las transformaciones consiguientes de c en g, de p en b, de t en d, de h en j y de r en rr, y por ello se obliga a sí mismo a "proceder con cautela" afirma, "si damos en la lengua de nuestros indios con palabras en las cuales se oigan los sonidos de aquellas letras, podremos conjeturar que son cañaris".

3. "Al no encontrar en el quechua los sonidos de la ch, la j y la s francesas pues en el habla actual indígena se encuentran esos sonidos con frecuencia, si se encuentran shará, zharo o guso, habría que concluir que son voces cañaris".

"Y si damos con voces a las cuales puedan aplicarse dos y aun tres de aquellos criterios o piedras de toque, ya casi no nos quedará duda alguna de lo genuinamente cañari de tales voces. **Guagal**, verbigracia, que significa **Leopardo** ¿no será cañari, cuando ofrece los sonidos de la G y de la L sencilla, de que carecía el quechua, y tiene en éste su voz correspondiente en la de **Puma**?"

Habría sido este el lugar para corroborar o discutir el valor de sus extraordinarias hipótesis, que le procuraron el trabajo largo y minucioso que tengo entre manos, pero mi interés fue más inmediato, quizá más familiar: dejando establecido que Cordero Palacios partió del quechua registrado por el Inca Garcilaso de la Vega en sus **Comentarios Reales**, habiendo lamentado expresamente no disponer de la versión original del **Ollantay**, precioso drama escrito en quechua, para poder inducir de él la sintaxis a la cual no se refiere Garcilaso, me decidí por registrar las voces quechuas que permanecen aún en el hablar de la gente cuencana, así como aquellas cañaris que, más allá

de topónimos, antropónimos y términos de botánica, tan sonoros y queridos para todos los que hemos nacido en tierras azuayas, registró Cordero Palacios como cañaris, y aunque no hayan sido reconocidas como tales, quizá no sin razón, por lingüistas de talla, guardarlas para incentivar su estudio, pues que hoy estamos dotados de posibilidades y conocimientos que facilitarían la tarea admirable que Cordero se propuso en la soledad de su genial intuición.

Mientras, y sin sentir vano el retorno hacia el pasado en el cual me apoyo y quizás me cobijo, traigo a colación las palabras de Luis Cordero Crespo en el prólogo de su precioso **Diccionario quichua español, español quichua**.

**“Son larguissimas las jornadas que misioneros, sabios, investigadores, filólogos, eruditos y hasta meros curiosos han cumplido en beneficio de la lengua del Inca, la misma que si hoy ve menguado su uso y difusión, tuvo hasta hace pocos años vigencia plena en el campo y en la ciudad, sobre todo en la sierra, por lo que se refiere al Ecuador. Coexistían armónicamente castellano y quichua, hermanándose en la expresión graciosa, en los modismos peculiares y en la chispeante habla popular de ciertas provincias, como la nuestra. Representaba tal hermandad esa etapa histórica y sociológica de la proyección de la ciudad sobre el campo y del campo sobre la ciudad. Hoy, avanzada la historia, avanzado el mestizaje y convertida la urbe en meta del campesino, el quichua ha entrado en una etapa de atenuación, de ensombrecimiento, donde ni los interesados por conservarlo hacen mínimo esfuerzo en su defensa”.**

Estos atenuación y ensombrecimiento reales, mayores aún en este tiempo de globalizaciones y forzosas influencias externas, no han eliminado el sustrato quichua de nuestro español. Acerquémonos a él, teniendo en cuenta que es mucho mayor lo que, en honor del tiempo, he de callar, que aquello que puedo guardar; y que para conservar de lo registrado lo que considero próximo, no tengo otro criterio ni razón, si razón fuera, que la

afectiva: he elegido para esta conversación aquel vocabulario que llenó nuestra infancia y que permanece como fundamento de nuestra intimidad azuaya, hayamos o no, tenido ocasión de tomar conciencia de ello. **“Probablemente no haya dos personas que usen el lenguaje, o reaccionen ante el uso del lenguaje de otros, de forma idéntica. Es normal que existan pequeñas diferencias de fonología, gramática y vocabulario, con lo que cada uno de nosotros tiene, hasta cierto punto, un dialecto personal”**, manifiesta David Crystal en su célebre *Enciclopedia del lenguaje*. De aquí, a colegir que la investigación de una lengua haya de partir de **los hábitos de habla de hablantes concretos y que sean los idiolectos el primer objeto que se ha de estudiar**, no hay sino un paso. Esta recopilación responde a tal criterio, y es apenas uno de los escalones inferiores de una escalera lexicográfica interminable.

¿Quichua o quechua?, se preguntarán ustedes. Quechua para el del Perú, es decir, en este trabajo, el recogido por el Inca Garcilaso de la Vega y reproducido por Cordero Palacios en su libro. Y quichua para el hablado en Ecuador. A propósito, afirma Luis Cordero: **“Las letras vocales propias del idioma quichua que se habla en las comarcas azuayas de la república del Ecuador son solo tres: a, i, u. Rara vez se encuentran la e y la o, y aun eso por haberse alterado la correcta pronunciación de las palabras en que tal cosa sucede”**.

El *Diccionario de la Real Academia*, en el artículo dedicado a **quichua**, nos remite a **quechua**. Con todo, la forma quichua se halla aceptada y es la que, a partir de este momento, emplearé.

Habiendo recogido un vasto vocabulario quichua, me he visto en la necesidad de clasificarlo ideológicamente, más allá del mecanismo elemental del simple orden alfabético, y, a la manera de Casares, he intentado reunir en grupos conceptualmente homogéneos o, al menos, análogos, las palabras que guardan relación con ciertas ideas principales.

Iniciemos pues esta aventura.

**Exclamaciones: interjecciones, saludos, despedidas, aserciones, llamadas:**

**A a...** afirmación enfática.

◀ **¡Atatay! ¡Tatay!** "Atatay, pintándose la boca!", se oía decir a la chola, criticando a la cholita adolescente, como si ciertas inocentes libertades constituyeran un lujo excesivo y un peligro...

Para expresar el dolor, la incomodidad física experimentados por diversas causas, empleamos **ayau, astarau, astaray; (chachay, achachay; chachau achachau. ¡Achachay, abuelita!**, nos obligaba a decir el frío cielo acerado de agosto en la pequeña ciudad, hasta que se nos protegiera bajo una tibia, —término que no procede del quichua, sino del francés—.

**Aunque élé** no es una exclamación de origen quichua, y probablemente sea más bien la abreviatura de **elaqui**, registremos el encanto de los ejemplos: **Elé la mapa señora/ la que se santificaba/anoche durmió conmigo!** y en la mañana rezaba. **Ele vepes, como nopes, rial y medio nomás costopes.**

También **pucha, púchica. ¡Juín,!** Está juín, caliente...

**Ananay.** En Azuay preferimos **añañay:** lindo, bello, gracioso.

¡Añañay qué linda, añañay los ojos, añañay la boca, añañay el pelo, todo es añañay!

**Voces para llamar, avivar, echar, detener animales:** el perro, el caballo, la gallina:

**Ishi, llugcshi, mushca. Quisha.**

**Ugshi. Ushcu. Tishtish.** ¿Reaccionarán a ellas como lo esperamos, nuestro interlocutores?

**Uyuyuy** expresa por sí sola el miedo, aunque se suele oír **¡uyuyuy qué miedo!**

**El individuo humano. Calificativos, atributos. Oficios.** (Solo los oficios más humildes, por obvias y tristes razones, tienen acepción quichua)

**Atupa.** Tonto. Está hecho un atupa.

**De cacharpa,** cosa vieja e inservible, viene **cacharposo, des-arreglado, desaseado.**

**Carishina** de cari, varón, y shina, así. Mujer hombruna, sin disposición para quehaceres llamados femeninos, inexperta e inhábil para trabajos "proprios del sexo". "Sois una carishina". En el norte significa lasciva y coqueta, quizá porque la carishina, que no hace nada en casa, va a hacer gracias a los hombres. Esto ¿no es signo de la más íntima feminidad?

**Huarmi.** Mujer hacendosa, antónimo de carishina.

Contra la carishina, viene el **canchero**; no por afeminado, sino porque entraba pisando duro, y con una mirada suya, las carishinas volaban a los quehaceres propios del sexo.

"El **curuchupa. Curco enliglesia hechuna curpita**", podía haber contado la infaltable tía beata al volver de la misa de cinco.

Como cuando, admirada por el paso del tiempo que siempre se aprecia solo en los otros, exclamaba: "Encuentro al **Agapito, curcuncho** el pobre y con los ojos descuadernados".

Si la sobrina es **cusi**, lo es por diligente y comedida. —¡Qué cusí esta longuita!— No, dirá la patrona, escéptica: cedacito nuevo nomás: hecha la cusistá".

**Cusni.** mugriento y sucio. **Cusni las manos, la cara**, de la pura ceniza, cuando la Paula, al acercarse a soplar la candela, recibía la ceniza en la cara.

Aunque **cutulo** se dice de los animales a los que se les cortó la cola, bien vale traer a colación una aplicación frecuente y distinta: las cholás bajaban con los los atados al mercado, vestidas a la última moda, con tres polleras orladas de colores. Acuciosas, se agachaban para arreglar el puesto, entre sombrero, chalina, canastas, verduras y guagua que bajaban amorosamente de la espalda. En cinco monutos alistaban todo para la venta; quienes pasaban, al verlas de espaldas, agachadas, decían o pensaban "Ve la chola con la pollera **cutula**". Ya sentadas eran unas plastas, con la pollera al ruedo, como en tacín, inamovibles, prestas para las batallas de la compra y venta, habiendo tomado posesión del suelo. . .

No faltaba el **chagra** que les sonreía con los dientes **curush-**

quiados, ni el **chapa de la esquina**, que las **chapaba** —¿qué otra cosa podía hacer?— con los ojitos **chuspis**, brillantes...

Eso sí, como enamorados solían ser **challis**, ingratos, inconstantes en el amor, "de esos que se van nomás".

Existen todavía **capariches** para limpiar las calles, aunque ya no, **chapacacas** de los que a principio de siglo seguían las acequias a la orilla del camino, para remover las heces del fondo, a fin de que se fueran con las aguas pútridas. Tampoco existen ya los **gualatacos**, grandes bacines. Se me ha dicho que había para dos personas, con la única separación de un asa o tiradera al medio. ¿Y cómo se llamarían, Carlos Joaquín, esos grandes barriles en que se trastornaban los escrementos de cada casa, para que, medidos y casi pesados, fueran llevados por el **chapacaca**, que cobraba según el volumen contenido en el recipiente?

Llama la atención al respeto la observación de Córdova, no exenta de ironía, correspondiente a una triste verdad: el **chapacaca**, muy mal pagado, "al carecer de jerarquía no podía cometer extorsión". "En nuestro pobre país la jerarquía, en ciertos ámbitos, sobre todo políticos, es autorización para cometer todos los deslices, todas las desvergüenzas. El público sentía por él pena, desdén, desprecio..."

**Chaso**. Campesino de las tierras azuayas, de rostro blanco, colorado; de muchos de ellos se pretenden que descienden de campesinas indígenas y científicos franceses que fueron a la región azuaya para sus mediciones e investigaciones geodésicas.

No faltaban **chasos** para algunas lindas **chinas**. Muchachitas jóvenes, sirvientas domésticas sin salario, vestidas y alimentadas en la casa. A menudo se usaba **china** en sentido peyorativo; también con ternura, dicho, por ejemplo, de la mamá a la hijita pequeña. No solía emplearse en masculino.

Las **chinas** no eran **chirapas**, de cabello rizado; pero sí eran capaces de dejar en casa todo **chirapiado**, es decir, desordenado y revuelto.

**Guagua shimi** se decía y se dice aún de la persona que,

por algún defecto físico en el habla, o por afectación, pronuncia las palabras como niño pequeño.

En el habla cuencana, familiar y grata, mundo en el que todos se conocen defectos y virtudes, se usan mucho los apodos. Y, curiosamente, como lo señala Humberto Toscano, muchos de ellos son tomados de términos quichuas.

**Desgualingado**, sin garbo, flojo. Descuajaringado.

**Guaco**. Huaco, labihendido.

**Guaccho**, **huacchu**, huérfano, solitario, sin apoyo.

**Chulla**. Puede ser, tanto persona ordinaria sin educación ni refinamiento, como medio refinada, dada de elegante, con ansias de subir.

Además de la acepción ya dicha, **chulla** enuncia lo que va solo cuando usualmente es par: **Chulla guante**. **Chulla media**. **Saltando en chulla pata**.

**Chullabrazo**. Manco. **Chullachaqui**. De un solo pie. **Chullaleva**. El **chulla** es a menudo, **chullaleva**, que solo tiene una leva, un saco. Simulador que pretende exhibir lo que le falta: riqueza, posición social.

**Huisto**. Torcido, gacho, chueco. **Huistopico**, el de boca torcida. **Irqui**. Enfermo, debilucho de mal humor. **Irquinchu**. Friolero y raquítico.

**Ingón**. Indio que no habla bien el castellano. Las **longuitas ingonas**, empleadas en las casas, tenían un dulce modo de mecer a los niños, cantándoles, ssingui, ssingui, máchica pussun.

¿Aceptamos el desafío de recordar los sentidos de las siguientes palabras que enumero?:

**Huallmico**. **Lashaco**. **Llucho**. **Lluchuchanga**. **Lluchupata**. **Lluqui**. **Lluro**. **Ñato**.

**Chuchumeco**. Disfraz de viejo o vieja. Córdova trae su acepción política, creada por don Asaad Bucaram: "Llamó así a los políticos oportunistas, sin ideología fija, a la caza de beneficios personales a cambio de presentarse oportunamente como

**fieles partidarios de la agrupación política o del político que está en el poder".**

**Jissi.** Risueño. La longa **jissi** con el chapa.

**Laicho.** Insulto del indio al blanco o al mestizo.

**Llachapiento.** Andrajoso. Miserable, Sucio y roto. "Este es el cuento del cura llachapiento", jugábamos cantando cuando niños...

**Maltón.** Para seres animados, de tamaño intermedio entre grande y pequeño. **Maltoncito** era cuando se fue...

**Manavali-e.** Inútil, inservible.

**Omoto. Tocho. Sotolo.** Pequeño de estatura.

**Pana.** Compinche, compañero, *amigote.*

**Fizha.** Arrugada: pizhita.

**Chuita.** Tiene la cara chuita, bien enjuagada. Le encontré preciosa, con la cara **chuita**, recién lavadita. La sopa está **chuya**, hecha agua, sin fundamento.

**Chuyito,** limpiecito... Bolita de cristal de un solo color, usada en las bolas.

**Chirchosa. Chincheria.** Capricho, melindre: ¡longa para **chinchosa**, hecha un **chinche!**

**Quílca.** Tinterillo. Abogadito de poco saber y respeto. También "el que tiene la piel amarilla", feliz relación, pues no hay quien ande en los viejos despachos abiertos hacia la calle, y no se contagie del amarillento color de los papeles en parva, atados con piola, donde duermen los juicios y las vidas.

**Güñachishca.** Persona que ha sido criada por quienes no fueron sus padres. "Dicho de la Michita Andrade, esposa del sabio Rivet, se me contaba, Doña Hortensia Mata fue güñachishca en casa de García Moreno. El vio con quién casarla. Se encontró a un señor Ordóñez, que poseía medio Azuay, y la casó con él.

**Zhuru.** Picado de viruelas. En Cuenca dispusimos del más célebre de los zhuros, El Zhuro Córdoba.

**Shunsho.** Zoquete, zopenco, tonto.

**Tartosso.** Sucio, descuidado, desmirriado.

**Mapa.** Falso, que no es lo que presume. Elé la ~~mapa~~ señora.

## Lugares

**Ayllu.** Célula política, económica y social del antiguo imperio, no se usaba en el habla popular...

**Chacra.** Sementera de maíz. Sembrío de maíz. Habiendo vivido en el campo, obligadas las familias por exigencias de la vida, de la educación de los chicos, a trasladarse a la ciudad, hombres y mujeres buscaban, para vivir, casas en que hubiera un terrenito donde tener la **chacra**. Entre la chacra se sembraban el sambo, el poroto.

**Chaquiñán.** Camino de a pie. ¡Cuidado te encuentres con los borrachos que andan en los chaquiñanes, no andarás por ahí!, advertía la madre a la muchachita que, como Caperucita Roja, podía verse amenazada por los lobos.

**Cocha.** Laguna, lago.

**Cucho.** Rincón... ¡Vas a ver, te mendo al cucho!, dice la maestra al alumno malcriado, sin intuir que, a menudo, el soñador prefería estar allá, al fin de la clase, en el cucho.

**Huaca.** Entierro.

**Huanera,** de huanu, estiércol. Estercolero.

**Huaico.** Quebrada. Campanashuayco. Molinogwaycu, por el molino en la quebrada.

**Llacta.** Tierra. Patria chica, hogar.

## Bailes, juegos, distracciones

**Cachullapi...** ¡Qué lindo era ver bailar el **cachullapi** a las doñas con sus centros, sus polleras inmensas; la mejor mujer era la más voluminosa; bailaba a lo fino, moviendo semejante humanidad. Tan hermosas, esas moles, moviéndose con gracia al monótono compás.

**Capishca.** Música muy animada, para provocar el baile. "Tócateps un capishca, ve", se oye a la "dueña del cuarto" exhortar, desde el fondo, al guitarrista.

**Cainar.** Pasar el tiempo. Ve pes, cainando, la Encarna. . .

**Cancha.** ¿Sabían ustedes que la palabra cancha es de origen quichua? Y que hay también canchas de gallos, así como canchas de tubos, de madera, ámbitos cerrados donde se guardan estos elementos? De aquí el **canchero** y la expresión **tener cancha. . .**

**Shushupi de uno, shushupi de dos, calavera, dejadas. . .** De niñas jugábamos la zapatilla con suma habilidad, con las seis bolitas de tamaño mediano sobre el dorso de la mano derecha, cuya posibilidad de sostener las bolas procurábamos, tirando de nuestros dedos hacia atrás con mucha fuerza. El **shushupi** era un lance de ese juego. De las niñas era el juego de la **zapatilla**. Los varones, **tingaban** las bolas. También había para ellos las **cometas**, que subían en el aire, y a veces **churuqueaban**, haciendo volteretas por la turbulencia del viento o por algún defecto de hechura. Y había trompos **churiquiadcres** también, que aunque el verbo sea **churuquear**, nadie decía churuquear, sino **churuquiar**, como patlar y peliar.

¿Cómo no incluir entre los juegos, el recuerdo del **ceraturo**, ese barro que, de tan unidos que estábamos a la tierra, descubríamos al primer golpe de vista, la primera plastilina de nuestra vida, salvo su inolvidable olor fascinante!

### **La tierra, los alimentos, sus cocciones**

**Cuy.** Córdova apunta que es roedor comestible, propio de los Andes. ¿Quién que es, en el Azuay, no ha probado la maravilla del **cuy**? Metidos en el cangador, se van asando lentamente, abriendo nuestro apetito en su dorado afán. En el quichua del Perú lo llaman **coy**. Viene bien aquí, por mostrar la resistencia que originelmente tuvieron los españoles para acep-

tar simultáneamente nuestros productos y sus nombres, que el cuy fue llamado por ellos **conejillo de indias**. Y Córdova, rebelde, manifiesta: "Igual procedimiento impropio empleó el español con la palabra quichua **papa**, al denominarla confundido **batata** y luego **patata**. Ingleses, franceses y alemanes no se quedaron atrás al designar al generoso y succulento tubérculo con los nombres de potato, pomme de terre y kartoffel".

**Cariuchu:** papas cocidas, carne de chanco y ají.

De postre podíamos tomar **llachapa**. Mazamorra de dulce de capulíes o duraznos cocidos.

**Caucara.** ¿Quién no ha comido este "pedazo ancho de falda de carne de vacuno de lonja de poco espesor, adobada con achote y otros condimentos y finalmente asada"?

¡Qué buen invento es la comida!, exclamaban los cazadores glotonos, embutiéndose el caldo con **tugultas** —tórtolas— recién traídas de la caza. Las metían en la olla, sacaban el caldo con diez **tuguitas**, y sentados orondos, bien trajeados, lo engullían todo en un abrir y cerrar de ojos.

**Chapo.** Mezcla de **máchica**, harina de maíz, manteca y sal. Riquísimo el **chapo**. . . Así como en la mesa cuencana no faltaba jamás el plato de mote, mucha gente mezclaba con máchica todo lo imaginable.

Si el término **chicha** es de origen incierto, no podemos dejar de nombrarla, y por antonomasia a la chicha de jora. Se preparaban chichas que eran verdaderos regalos perfumados para el paladar. Que lo diga Amelita, con su chicha de arroz, incomparable.

En cuanto al **choclo**, con él se preparan las **choclotandas**, deliciosas. El **chogllomote**: maíz tierno cocido o mote choclo. El **motapillo** con chogllomote, resulta incomparable.

Desgranábamos choclo entre todos los chicos, y en medio del jolgorio no faltaba algún grito: el **chogilicuro**, gusanito tornasol que aparece en tiempo de las cosechas de maíz, se deslizaba entre los dedos, pegajoso, de verde tierno, tan parecido

al verde del **pucón**, conjunto de hojas que encierra la mazorca y que en el norte se llama **cutul**.

**Chulco**. Es la deliciosa sopa de leche y queso, con agregado de huevos enteros cocidos en el caldo. No ha de faltarle un refrito de cebolla blanca, que sí le faltó al chulco de Carlos Joaquín.

Pero hay que recordar también como **chulco** se denomina el feo y triste negocio del prestamista usurero. Así, el verbo **chulquear** no significa hacer sopa de chulco, sino dedicarse al chulco. Hubo en Cuenca **chulqueros** famosos, de buenas y conocidas familias.

**Chumal**. ¡Ay, esa deliciosa, cuencana especie de budín de choclo molido, cocido al vapor, relleno de delicias, y envuelto en el pucón! Tan bueno era, y **obroso**, que cuando se lo hacía, se hacía en grandes cantidades, como para una auténtica **chumalada**, es decir, comilona de chumales.

La **cuchicara** o piel del chancho asada, reunía a todos los comensales en el patio de la hacienda, el día de la matanza del puerco. Un grupo de invitados asistían al proceso del asado, y **cortaban** la sabrosa cuchicara lista, hasta que desnudaron al puerco. Pero en cuanto alguien osó ir más adentro con el **cuchillo**, el anfitrión clamó: "Cholitos, no profundizar; yo solo compré la cuchicara. **Ay** no más acabamos".

Cuidado con que el guiso, sobre todo el mote, quedara **cau o cauca**, a medio cocer. La patrona preguntaba a la china: "¿Ya **paraste** la olla?, porque ayer el mote estaba cauca".

Se solía preparar colada de **maíz cauca** para alimentar a las mamás que, en la semioscuridad del cuarto de alto techo, tras las cortinas de la cama donde resguardaban su pudor maternal, debían dar de lactar.

¿Quién podía terminar la comida sin tomar una taza del café pasado en **chuspa**? Tomar **café de chuspa** no es lo mismo que tomar solo café. Se colaba lento, en la **chuspa** o bolsa de tela cogida en un aro de alambre con asa, que colgada del muro, y

sostenida por un clavo enmohecido en un rincón oscuro de la cocina, lanzaba el peculiar aroma de la esencia de café. ¡La gran cocina vieja, donde reinaba el olor a leña, solo vencido por los sucesivos olores de las viandas! Así como Cuenca a las cinco de la mañana olía a pan, a las tres de la tarde olía a café.

Muchas viandas de nombre quichua quedan sobre el mantel de los recuerdos, ese largo mantel blanco que nos reunía a todos, desde los abuelos hasta el último de los nietos, con frecuencia hoy impensable por las distancias, las soledades, las imposibilidades que nos impone la vida.

### **Botánica y zoología**

Es muy grande el registro de voces quichuas para nombrar plantas y animales, mas el carácter de este discurso, me ha obligado a recortarlo. Sin embargo, aquí va una variedad de nombres de plantas y animales, llenas de posibilidad de evocación.

**Congona.** Plantita de olor suave entre canela y limón. Se prepara la congona con leche hervida y huevo, y se hace una bebida deliciosa.

**Chaguar. Agave o penco. Chaguarmishqui,** el dulce del penco.

El **chamico**, considerado como planta de brujería, para provocar amor u odio, es el estramonio, que emplea el campesino indígena como planta medicinal.

Está también la **guayusa**. El **Ishpingo**, especie de canela de bosques orientales.

**Sangorache.** Ataco. **Bledo** es un tipo de ataco de hojas chiquitas comestibles.

Entre los frutos, se hallan el delicioso **gullán**, que es el taxo en el norte. Los **huaitambos**, duraznos abridores de preciosa piel, que hace a la madre llamar a su hijo pequeño con dulce apelativo: —Mi huaitambito.

**La lugma** es redonda, de cáscara tierna y brillante, por dentro amarilla como yema de huevo.

**El molle** es árbol de abundante y bello follaje. El **shiñán**, un arbusto.

**Vamos ahora con los animales:**

**Cuchi**... Voz para llamar al cerdo. Este, en apariencia claro quichuismo, no es aceptado plenamente como tal. Córdoba señala que hay, al respecto, opiniones divididas y trae argumentos más vigorosos respecto a su origen castellano; el más fuerte, el hecho de que en América no existieran **cuchis** antes de la venida de los españoles. El DRAE registra **coche** y **cuchí**, de **coch**, para llamar a los cerdos en la península.

En Cuenca, generosa e inteligente, pero también irónica y burlona, hubo una familia de gratísima memoria, los **Cuchis Ortiz**, músicos, artistas, con proverbial sentido del humor. El primer **delicatessen** de Cuenca, perteneció, sin este nombre sofisticado, a los Cuchis Ortiz. Hombres buenos, grandotes y gordos, detrás del mostrador ostentaban sus rostros abotagados, amables, soñolientos.

Se decía en Cuenca y la historia salió de ellos mismos, que la esposa de uno de los **Cuchis**, después de una noche de amor, se toma una copa de wiskie, "a que no patee el Cuchi"...

**Cuchucho**. Es mamífero pequeño de la Costa y de la Región Amazónica. Lo cierto es que el Cuchucho imprescindible que he conocido es el Cuchucho Jara, poeta de los mayores de Cuenca, con su hociquito adelantado, alerta...

**Culca**. Lombriz. Más que las cuicas que andaban por el campo, nos preocupaba el aceite de ricino con que, año tras año, nuestras mamás presumían que las expulsábamos. Cuando la Rosaura decía "esta culquiента, niña, demasiado flaca", daba la voz de alerta. Y empezaba, lenta, en la imaginación, la desgracia, que culminaba, después de la toma del aceite, en un

vaso de jugo de naranja. Gracias a esa relación, el jugo de naranja, durante muchos años, fue repulsivo para nosotros.

Los **chugchomamas**, sapos de voluminoso cuerpo pardo, salían a croar en las tardes lluviosas; eran comunes en lo húmedo y frío de la Sierra.

El **churuco** es el caracol, la babosa; también se llama **tacacallo**, cuando es grande.

No olvidemos al **misi, mishi** o **mishico**. Gato y diminutivo de gato. También avaro, miserable.

**Llama. Llamingo.** Nuestro elegante, dulce y severo rumiante andino.

Compuestos con **sacha**, que significa falso, encontramos el **sachacuy**, roedor parecido a la danta.

La **sachapava**, ave lojana. También, en botánica, el **sachaperal** o peral silvestre.

**Tispo** es larva de mariposas y quizá de algún otro insecto. Aunque Córdova no lo registra, **tispo** parece ser un gusano negro, como con agujas, tal un escorpión con la cola alzada. ¿Vendrá de aquí la expresión "chuntispo sialevantado", para indicar que se levantó furioso, bravísimo?

Los nombres de las aves son especialmente dulces, como la conocida **curiquinga**. También **cuturpilla** o tórtola pequeña. ¿Será porque esta ave camina rápidamente en su levedad, que de la gente joven que camina al **airito** se decía "parece una cuturpilla"?

¿Cómo olvidar al **chugo** viajero? Ave canora migratoria de vistoso plumaje.

Si **chucuri** es comadreja, **chucurilla** es una grata compañera en el camino: botellita caminera, para llevar aguardiente al bolsillo.

## Ropas y vestimentas

Empecemos, cronológicamente, por el **cungapaño**, ese pa-

fito esquinado que se ponía a los huahuas para sostener su cuello.

La **cushma** es el poncho interior que usan algunos indios, así como camisa también interior, que usan las indias. Se empleaba también para nombrar a la camisa del arroz y reclamar a la cholita escogedora: "has dejado el arroz lleno de chusmas".

Bajo la **pollera o bolsicón**, la chola se ponía el **ucunchi** bordado, y alzaba al descuido, con mucha gracia, la pollera, para mostrar su precioso interior.

La **ojota u oshota** nombraba el calzado basto, usado como sandalia.

Con **mullos** se hacían hualicas, collares de cuentas que usan las indias de la sierra.

**Hay verbos curiosos de origen quichua, en el español del Azuay; los hay para todos los gustos:**

**Cuyar.** Acariciar. Halagar. Lestás **cuyando** a la gallinita, decía alguna abuela. —**Cúyale, cúyale**, no empleado como orden, sino como comentario tierno.

**Chaspar.** Quemar superficialmente o chamuscar. Se chaspa a los chanchos, se chaspan también las patas de la res. Era frecuente oír, las noches de hogueras de San Pedro y San Pablo, —Huambra, ya te chaspaste las patas.

**Chancar.** Triturar, moler grueso, quebrantar granos. Se **chanca** el maíz para hacer morochillo. Al hacerlo, siempre alguno se chancaba el dedo con la piedra.

¿Sabemos qué significa aquello de **la sangre chuta**? Pues la sangre jala, la sangre tira; **chutana** es verbo quichua que significa jalar.

**Cashcar.** Le cashqué. ¿Es acaso corrupción del castellano **cascar**?, se pregunta Córdova.

Los peleones venían, doblaban el puño, se lanzaban el aliento no exento de saliva sobre la orilla de los dedos doblados y

tras un —¡Te **cashco** huambra, verás!, se oía un **tac**, sobre la cabeza del **cashcado**.

**Amarcar**. Cuántas veces hemos oído ese “**amarcarásle bonito**”, lleno de previsión, dirigido a la muchachita de mano —para todo servicio, diríamos hoy— que tomaba en brazos al más pequeño de la casa.

**Uushmangar**. ¡Ve pues **Uushmangadita** ha quedado!, se decía cuando alguien había caído y le quedaban las rodillas desolladas.

**Entre cosas y objetos de toda índole, he registrado**

**Chauchera**. ¿Para guardar la platita de las **chauchas**? Córdova dice que **chauchera** puede provenir del chilenuismo **chaucha**, moneda fraccionaria. En todo caso, algún momento de la infancia tener una **chauchera** nos produjo infinito gozo, aunque estuviera vacía: existía siempre la posibilidad de llenarla.

**Guanlla**. Es porción de cosas que uno se reserva para sí. Cuando todavía se podía ser generoso en las invitaciones o fiestas que ocurrían con cualquier pretexto, había que pensar también en el **guanllar** y los **guanlladores**, que se llevaban, en una servilleta de papel, dulcecitos, chocolates, galletas de mantequilla, todo lo que hubiera y pudiera cogerse sin daño para la cartera o el bolsillo.

**Compuestos con mama, tratamiento de respeto y amor, mamacuchara**. Cuchara mama, gran cuchara de palo.

**Mamachumbi**. Faja tejida que usan los indios.

En cuanto a términos referidos al cuerpo, sus órganos, sensaciones y formas de expresión, el quichua ha aportado términos, algunos de cuyos significados revelan modos de vida, cierta labilidad, indefensión o propensión a las enfermedades, así como las condiciones higiénicas en que se vivía.

**Chupo** es el forúnculo.

**Caracha, la costra.** —Déjate las **carachas**, clama la madre cuidadosa, tiadequedar cicatriz.

**Paspa.** Escoriación del cutis por el frío.

**Pecueca.** Mal olor de los pies.

**Huango.** Trenza. **Huangudo.** Que lleva huango o trenza: con este nombre se moteja al indígena de la sierra.

- **Pupo.** Ombligo.

- **Shungo.** Corazón.

- **Mucha.** Beso.

**Pilis.** Piojo del cuerpo. **Pilisiento.** Piojoso. Quien tiene el cuerpo lleno de piojos.

**Chupatullo.** Compuesto de cola y hueso. Coxis.

En cuanto al vocabulario **cañari**, he de recordar que muchos de los términos reputados como de tal origen por Cordero Palacios, se recogen en léxicos, gramáticas y vocabularios simplemente como términos quichuas. En la medida en que las hipótesis en las cuales el filólogo se basó para elaborar su léxico **cañari** son, no solamente aceptables, sino profundas y lógicas, y suponen un estudio minucioso de las características morfológicas y aun sintácticas de cada una de las dos lenguas, no hago más que reputarlas como tales, puesto que desconozco la existencia de otro estudio que pudiera confirmar o contradecir lo hecho por Cordero Palacios. Algún evidente error he encontrado en su vocabulario, que incluye aguacate, que procede del nahua, como término **cañari**, junto a **palta**, que el DRAE recoge como término quichua. Este error no desmereca en nada el trabajo al que nos referimos.

Todos comemos aún **achogchas**, y recordamos la preocupación de la abuela, al indicar a la Rosa o a la Zoila: "hagamos locro con achogchas; eso sí, verásme las más tiernas". Y en el locro las achogchas eran como pétalos de corte especial. Y había que buscar las más verdes, "porque la achogcha va cambiando y se hace bolsona, vacía y amarillenta por dentro".

**Agshashúa:** Libélula, de **agsha**, pelo, y **shúa**, ladrón. En Cuenca de niños llamábamos a la libélula corta-pelo o robapelo, ¿por qué, me pregunto aún, con sus alas irisadas y la luz que temblaba en ellas? Ahora sé que nuestro término era apenas traducción literal del cañari. Pero, ¿por qué el cañari llama ladrón de pelo a la libélula?

**Bunga.** Avejorro, moscardón. **Bungo,** mofletudo.

**Cuscungu.** Búho. **Longo cuscungo,** por oscuro, por feo.

**Chuna.** Escarabajo. Especie de coleóptero dicho **malanueva** (**catso**) en el Azuay.

**Chushig.** Renacuajo.

**Iño. Iñu.** Huevo de nigua, gusanito pequeño que después se hace nigua, insecto que penetra en la piel, especialmente de los pies, irrita y produce prurito. "Ya fuiste a la chanchera ya vendrás llenita de iños".

**Masho. Mashu.** Murciélago.

**Ninacuru.** Luciérnaga.

**Quinde.** Colibrí, Picaflor.

**Achagnar:** manear a los animales, es decir, amarrar con cuerda las patas, especialmente las de las vacas para el ordeño, para que no se muevan cuando se les ordeña.

**Arishca. Hacer arishca la olla** es preparar la olla de barro nueva con agua y granos de sal para tapar sus poros, impermeabilizarla y volverla apta para su empleo. Hay otras maneras de **hacer arishca**. **Cuando una olla lo está**, es reputada como buena para cumplir su destino. Cordero Palacios afirma: "Los azuayos, en nuestra enfática habla familiar, extendemos el sentido de esta voz para aplicarla a las personas, en los terrenos científico, literario y político". De allí que el término se aplica a sabios, científicos, políticos, como a personas que pasaron la prueba de fuego, preparados para usarse: "yastecho arishca".

**Asha. Poco. Ashalla.** Escasamente.

**Capulí.** Planta representativa del Azuay, de abundante, generoso, grato y socorrido fruto.

**Conzho. Concho.** Sedimento, heces de un líquido y especialmente de la chicha de jora. Color del conzho.

**Chumal o chugmal,** choclotanda con maíz apenas maduro, reputa Cordero como cañari. En quichua **humita o choclotanda.**

**Chuglug.** Huero. Vacío. Huevo **chulo** dañado, hediondo.

**Chullpi,** Arruga. Maíz tierno, arrugado cuando seco.

**Cunga.** Cuello, pescuezo, cerviz.

**Cushcu.** Joroba.

**Changa.** Pierna. **Changona.** La que dispone del lujo de piernas gordas.

**Chugni.** C. Lagaña.

**Chugniento.** Lagañoso.

**Misha.** Verruga. **Mishento,** lleno de verrugas. Apuesta.

**Muco.** Mutilado, manco. Se oye también en la acepción de avaro.

**Passa.** De carnes flácidas, sin morbidez. Está hecho una passa.

**Cuzha.** Nido.

**Chimba.** La otra banda, el otro lado respecto del que habla.

**Chimbacalle** querrá decir de calle a calle, el otro lado de la calle. ¿Proceden de aquí **chimbador** y **chimbana**, cruzar, atravesar? Córdova lo define "Sujeto que en un remate hace falsas posturas para que otros suban la puja o se retiren. El candidato que interviene para perjudicar a otro. En política siempre ha habido un partido chimbador".

**Chingana.** Bodegón. Taberna de última clase: quedó rodando en la chingana.

**Chulún.** Lugar silencioso.

**Poguió. Pogyo.** Manantial. Ojo de agua, fuente de agua que surge de la tierra.

**Llambo.** Liso, pulido, suave. Está **llambito** el terreno, listo para sembrar.

**Chussalongo.** Nomo. Sujeto fantástico del folklore cuenecano. Canijo y desmedrado.

**Guambra.** Niño, adolescente, persona de poca edad.

**Huaricha.** Mujer que acompaña al soldado.

**Longo.** Hombre joven.

**Llapango.** Descalzo.

**Minga.** Conjunto de gente que realiza un trabajo agrícola gratuito.

**Mingar.** Hacer minga.

**Mashani.** Mashar. Tenderse al sol, tomarlo. El azuayo siempre encuentra tiempo para mashar. . . Mashaaaando, está.

**Shuyu.** Sucio.

**Sucu.** Rubio. De color bermejo.

**Suchu.** Baldado de piernas. Cojo.

**Tipu.** Crespo, rizado.

**Pishishungo.** Híbrido cañari quichua, de **pishi**, poco, escaso, y **shungo**, corazón. Cobarde, de poco corazón.

**Pulchungo.** Lanudo, velludo.

¡**Jajai!** Exclamación energética de sentido adversativo. **NI** pienses. Imposible.

**Ashanga.** Mueble de cocina que cuelga de las vigas del techo. No faltaba en casa de indio azuayo. Suspendida la **ashanga**, conservaba ciertos alimentos fuera del alcance de los roedores.

**Cangahua.** Roca arenisca de color amarillo.

**Chagru.** Mezcla desordenada de cosas. **Chagrumi.** Mezclar. ¿Vendrá la chagru, **chagrillo**, mezcla de pétalos de flores que los niños lanzaban a las imágenes en las procesiones?

**Pilchi.** Vasija hecha de la mitad de una calabaza. **Cráneo.**

**Pingullo.** **Pifano.** Flauta que tocan los indios.

**Pondo.** Vasija grande de barro abultada en el centro, estrecha hacia el fondo y la boca con dos asas.

**Quingo.** Zigzag. Línea quebrada. Recodo. —No andes haciendo quingos, anda recto, vigorosa advertencia para cualquiera de nosotros, en cualquier sentido.

En cuanto a la **sintaxis**, la influencia del quichua es clara y vigorosa. Como es imposible prolongar aún estos apuntes, solo quiero anotar los datos más evidentes: el empleo de formas como **dar, mandar, dejar, más gerundio**. La frecuencia del diminutivo en nuestra habla, las largas perífrasis verbales, en fin.

**Dame pasando, da trayendo, den viendo**, son formas de origen quichua, del que yo llamaría **imperativo atenuado, que elude el mandato directo**; significan **pásame, trae, vean**. En lugar de mandar con fuerza, hemos creado esta manera de mandar o pedir, que tiene en su Intimidación una explicación posible: el indígena, aplastado por la conquista, íntimamente disminuido, estaba para recibir órdenes, obedecer sin restricciones. Vivía, pues, obligado a aceptar, raramente a mandar. Quizá esta disminución se ha contagiado, de alguna manera, al mestizo: no es un secreto que no acabamos de aceptar plena y orgullosamente nuestro mestizaje. Mas puesto que en la vida, aun en las condiciones más precarias, mandar es ineludible, el idioma tenía que reflejar esa suerte de imposibilidad e indecisión, y lo hizo mediante formas indirectas; elusivas, como las anteriormente citadas.

Además, esto de **dar más gerundio**, no solamente se emplea para apenas dar órdenes, sino para contar que alguien hizo algo por nosotros en presente, pasado o futuro: **me da haciendo, nos dio trayendo, les dieron comprando, me dará diciendo**.

No olvidemos las formas **mandar sacando, dejar cerrando, dejar apagando, mandar regresando**.

**Ni acabar de hablar**, en el sentido de reprender ásperamente a alguien.

O **ser de**, en formas como "**somos dirmos**". . . Lo mismo que **ser de que**: "Ya es de que te vayas". "Ya es de que termine"

Y aunque esta es una gran verdad, no puedo dejar de mostrar a ustedes la perduración de estos usos en el habla actual, para lo cual cito una frase reciente del señor Ministro de Fi-

nanzas, quien nos entregó esta perla: Nosotros, los ecuatorianos, **vamos a estar dando pagando**. Aunque esta no sea prueba con el rigor que la ciencia exigiría, la permanencia de estas formas sobreperifrásticas, que añaden un verbo más a la construcción quichuizada **dar pagando**, muestran cuán actual, cuán presente es la influencia indígena, no solamente en el habla azuaya, sino en el habla toda del Ecuador.

Por un lado, he querido reivindicar la presencia del sustrato quichua y cañari en nuestro español mestizo, de manera ineludiblemente afectiva, pues dicho sustrato se halla ligado a los primeros años, las primeras experiencias de nuestra vida. Sentimos, vivimos, somos, mestizamente. Es indudable que nuestra idiosincrasia, no exenta, desgraciadamente, de rechazo visceral a lo indígena posible y cierto en nosotros, y la influencia extranjera, sobre todo la de los países desarrollados, nos fuerzan a negar y rechazar estas formas, más que por el deseo de verdadero dominio del español que nos legaron los conquistadores, por el prurito terrible de parecernos cada vez menos a nosotros mismos y más a quienes, realmente, no somos. Que los sociólogos y sicólogos sociales den razón de estos innegables sentimientos de inferioridad.

Investigar, reconocer, registrar, son ineludibles tareas de los estudiosos de la lengua. Corregir lo es, también. Parad conservar, limpiar en lo posible, sin negar a la comunicación su vida y su estremecido esplendor original, ni su derecho a la evolución, a partir, siempre, de sí misma.

**Octavio Cordero Palacios concluía su libro en septiembre de 1923.** Entonces, los nombres de los meses se escribían aun con inicial mayúscula. Yo comencé este trabajo en otro septiembre, infinitamente lejano respecto de aquél, septiembre que escribo con minúscula, y pienso que si solo este cambio me separara de él, la vida sería prodigiosa continuidad...

Pero incontables afanes alejados de su cara pobreza y su sentido de la poesía y de la vida, me cercan y acaparan, y me

encuentro vacía, llenándome de pasado y de futuro gracias a su presencia vigilante, recibiendo un honor cuya exigencia me sobrepasa, si no fuera porque lo recibo en su nombre.

El abuelo eligió por seudónimo **Llactacuyac**, 'el amante de su tierra'. Que esta palabra, Llactacuyac, se haga también en mí, carne, para el tiempo de libertad y alegría que la existencia me depare aún.

No debo, ni quiero querer otra cosa.

Quito, octubre 28 de 1997



## **LENGUA, CULTURA Y MESTIZAJE EN AZUAY Y CAÑAR**

**CARLOS ALVAREZ PAZOS**

### **Síntesis**

Una lengua es la imagen de la cultura de los pueblos. Y la lengua que se habla actualmente en nuestro país es el resultado del mestizaje cultural que, históricamente, se ha ido dando a partir y antes de la conquista española.

Por ejemplo el mestizaje de los conquistadores es el resultado de la presencia de varios pueblos de la Península Ibérica: iberos, celtas, fenicios, griegos, romanos, visigodos, árabes. A su vez, cuando llegan los incas a nuestros territorios vivían grupos con características propias como los imbayas, los quitus, panzaleos, puruhaes, cañaris, paltas en lo que es la región interandina. Por lo que cultura y lengua de la gente que habitamos hoy específicamente la región serrana ecuatoriana, y más específicamente en Cañar y Azuay, objeto de nuestro estudio, es el resultado de un largo y variado proceso de interrelación, llamado también de contacto.

Por lo que el presente trabajo estudiará esas interrelaciones de lengua y de cultura, a través de los diferentes momentos de

la historia de nuestro país, a través de sus actores y de los referentes del entorno geográfico-ecológico y social, y este proceso procurará aplicarse a la comunidad sociolingüística azuaya-cañari.

Ahora bien, la orientación que se sigue es el de delimitar esas interinfluencias, a través del desenvolvimiento de la lengua y cultura quichuas en relación a la lengua y a la cultura dominantes y viceversa; es decir insistiendo en la situación diglósica que soporta todo pueblo dominado, y desde este punto de vista, el mestizaje lingüístico-cultural es el producto de esta situación.

Finalmente expondremos que el futuro de la cultura nacional, de sus manifestaciones lingüísticas y de nuestra identidad, dependerán, en gran porcentaje, de políticas alternativas desde el sector bilingüe intercultural, que de hecho están ya generándose en el Movimiento quichua a través de la CONAIE, y sobre todo y ello es urgente: que haya respuesta del gobierno oficial, a través de un plan y de programas adaptados a los niveles primario, medio y superior.

Sin embargo el proceso del diálogo intercultural bilingüe no sólo dependerá de estrategias socioculturales, sino sobre todo de la gestión política y económica de quienes están en el poder.

## **I. Lenguas y culturas en el callejón interandino: conceptos e interrelaciones.**

De acuerdo a los propósitos de nuestra exposición comenzaremos precisando las definiciones sobre cultura y lengua.

**Cultura** definiremos como un proceso histórico mediante el cual los hombres se representan al mundo (1), lo interpretan, lo

---

(1) Referido a nuestra comunidad lingüística del Azuay y del Cañar, a través de la cual el hombre ingresa a la vida, y como el resultado de un modo particular de organizar las actividades cotidianas, las relaciones con los demás, sus valores y costumbres.

construyen, lo reproducen y/o lo transforman. También otros autores la definen como el producto de ese proceso que se manifiesta en tecnologías, en símbolos, en objetos, creencias, conocimientos, en valores.

**Lengua**, elemento básico de la cultura en cuanto instrumento de la comunicación, imagen de los referentes del entorno natural como de otros de carácter socioeconómico, político, ideológico de los pueblos, imagen que se explicitará luego en signos.

Esta delimitación de la lengua nos llevará a hablar de la significación en cuanto proceso psíquico que se desarrolla en nuestra mente. Todo estímulo deja una huella en la mente. Estas huellas son las imágenes de las cosas. Por lo que no existe una relación directa entre los objetos (referentes) y los nombres (significantes), sino a través de su representación o concepto y de su imagen acústica (2). En este sentido Hyemselv afirma que "la lengua es la forma de nuestro pensamiento con la que podemos revertir al mundo".

Por lo que interrelacionando lengua y cultura podemos concebir a esta última, como afirma Lotman, como un sistema de comunicación que se sirve de signos y en que el proceso de la significación se ha de ver en un doble movimiento: del mundo a la lengua (3) y de la lengua a la realidad. Es decir que lengua y contexto se van refuncionalizando a través de los cambios del acontecer histórico.

Ahora bien, esta explicación la aplicaremos a las culturas y a las lenguas de los pueblos que, antes y después de los Incas, poblaron los territorios, hoy ecuatorianos, del callejón interandino y de modo particular a los que vivieron en lo que fue y hoy sigue siendo la región cañari-azuaya.

---

(2) De ahí que Saussure señale que "el signo lingüístico no es una cosa y un nombre, sino un concepto y su imagen acústica".

(3) Entendida como el sistema lingüístico supraindividual y convencional, como el inventario o "diccionario" de signos y de reglas que sirven para uso del hablante.

—Cuando decimos que la lengua es la representación de sus referentes naturales, nos referimos al entorno geográfico-ecológico, pero **en cuanto ente vivo**: llámese cerro o valle en la región serrana, montaña, estribación o explanada costaneras, o selva en nuestro oriente.

Con ello queremos decir que cada geografía entraña su propia vida, su propio palpitante vegetal, animal y una propia concepción del hombre que lo habita. Y entre el hombre y esta realidad que se denomina naturaleza, se va dando una interrelación íntima, constante y profunda, una interinfluencia, una recíproca determinación. El contorno ecológico de las llamadas hoyas del callejón interandino ecuatoriano, ha sido determinante en la constitución de los rasgos bio-psíquicos y manifestaciones culturales de los grupos étnicos que las habitaron y siguen habitando.

—Es más, el hombre como ser social por naturaleza, se relaciona con otros hombres de su propio habitat llámese éste aillu, comunidad, pueblo, sociedad, en que se desarrollan relaciones de trabajo, de organización, de poder; de aprendizaje, de transmisión, de interpretación, de transformación de lo aprendido.

—Finalmente, el hombre andino indígena al concebir al mundo que lo rodea como un ser vivo lleno de ánima, de espíritus, se reeliga con sus dioses tutelares engendrados por esta particular concepción de la naturaleza, del mundo y de la vida, lo que va estructurando su pensamiento mítico.

Esta serie de relaciones e interrelaciones va plasmándose y fijándose en las culturas y en las lenguas, pudiéndose entender éstas como códigos de nombres de todo o casi todo lo que existe en ese hábitat. Y decimos lenguas porque en la historia prehispana de lo que hoy es territorio ecuatoriano, cada una correspondía a un pueblo o nación: la caranqui, la quitu, la panzaleo, cañari, palta en lo que se refiere a la región serrana, y

que hoy se reducen a una sola lengua, el quichua, aunque sus descendientes continúen con sus propios rasgos culturales.

Estos códigos de nombres tienen que ver con todo lo percibible o valorable de su entorno, en cada uno de los niveles antes mencionados: físico o geográfico, social, religioso; es decir con:

- \* plantas, animales, aves, ríos, montañas, gentes, paisaje;
- \* con todo lo que produce el hombre y puede producir, de acuerdo a su medio y circunstancia de vida (artesanías, técnicas, ciencias);
- \* y también con sus formas de comunicarse con sus semejantes y con sus divinidades.

Una lengua, como dijéramos al principio, refleja el modo de conocer la realidad que nos rodea y de presentarla. Y una lengua permite a los hombres producir, reproducir y transformar una cultura, a través de los actos del habla (4) porque ésta es dinámica, histórica lo que, en definitiva va configurando nuestro modo de ser, nuestra identidad.

Ahora bien, la lengua supone un proceso de pensar la realidad, es decir analizar la relación entre los objetos (o acciones), la forma de verlos, la función que cumplen y luego, alguien de la comunidad lingüística, procede a poner los nombres. Si la innovación tiene éxito, entra a formar parte del código de comunicación del grupo.

Por ejemplo los pueblos de habla quichua han puesto denominaciones a objetos concretos, perceptibles: **sara, urcu, cuichi, maqui, chacra, yacu, runa** (maíz, cerro, arco iris, mano, sembrera, agua, hombre, respectivamente), en que se objetiva el ser; pero también a realidades no perceptibles, ajenas o extrañas

---

(4) Entendida como el ejercicio individual de la lengua, o como dice Saussure: el acto de voluntad y de inteligencia, condicionado por la lengua. El habla precede a la lengua, aunque las dos son complementarias.

a nuestro modo occidentalizado de concebir al mundo, así **pa-chamama, hanan/urin, ailku, allpamama, yachac, etc.**

En el caso de General Morales (Socarte) o Suscal, parroquias de la zona baja del Cañar, por ejemplo se denomina **urcuyaya** a un ser mítico guardián de los espacios no domésticos, como el cerro, al que el indígena cañari por su relación cultural con la naturaleza, lo antropomorfiza y animiza. Al **urcuyaya**, de acuerdo a esta concepción, los Informantes lo describen alto o pequeño, con poncho y sombrero alón, con los talones de sus pies hacia adelante; y se lo caracteriza como un espíritu benigno portador de la suerte, que asoma y desaparece.

Su opuesto femenino es la **urcu-mama** (concepción binaria andina), también habita las zonas bajas, la **yunca** o el caliente. El **urcuyaya** habita lo más inhóspito del cerro y atrae y retiene a las pastoras; mientras que la **urcu-mama** a los pastores en su cueva haciéndolos desgranar mazorcas de maíz y luego de concluida esta tarea y después de haber dormido con ellos, los devuelve al mundo real gratificándoles con una mazorca de oro (Ver "Expresiones Culturales Andinas en Azuay y Cañar").

Esta creencia tiene que ver con otra acerca del origen telúrico de las gentes. Si el cerro, o más específicamente, si el **urcuyaya** es pequeño, la gente que nace y vive a sus alrededores, también "sale pequeño", en expresión de los informantes; si el cerro es "bravo", los hombres nacerán impulsivos, irascibles. Incluso el pigmento de la piel está condicionado por esta relación e identificación umbilical con la naturaleza. Es el caso de ciertos moradores de Pucarumi (**puca**, rojo y **rumi** piedra), anejo de Socarte, por su tez rubicunda decían ser descendientes del cerro de este mismo nombre, aunque en realidad eran de ancestro mestizo por parte de un antepasado de apellido **Carrasco**.

Veamos otro ejemplo de cómo las palabras manifiestan la concepción de un pueblo. La palabra **tierra** para nosotros, con mentalidad occidentalizada, según las acepciones que trae el

Diccionario de la Lengua Española es: "Planeta que habitamos... 2. Materia de la que principalmente se compone el suelo natural... 3. Patria, país o región.

Si intentáramos ver un equivalente quichua para la segunda acepción de tierra, el vocablo **allpa** rebasa esa definición materializada de "Materia de la que principalmente se compone el suelo natural..." por ejemplo en el contexto **allpa-mama**.

Analizando desde el punto de vista de esta estructura, observamos que esta palabra es un compuesto de **allpa** y de **mama**, en que el segundo elemento es el determinante, por lo que la significación literal del compuesto es el de madre tierra. Y es este justamente el sentido que responde a la concepción del indio socarteño o suscaleño y cañarejo en general. La **allpa-mama** no sólo que es la madre que engendra, sino el ser que alimenta, que viste, que protege pero que también castiga y, que, finalmente, acoge en su seno cuando uno muere.

Es más, la **allpa-mama** es un ser sagrado a quien hay que respetarla, temerla, agradecerla, desagradarla y, por ello, se da toda una manifestación ritual para con ella que, a su vez sacraliza la actividad diaria por ejemplo en actividades como la siembra, la cosecha.

Pero también se la concibe como un ser biológico concreto; por lo que también se utiliza términos específicos, atribuibles al cuerpo humano. De allí que cuando en el trabajo agrícola no se la deja descansar, no hay rotación de cultivos, se dice que se vuelve **tulluyashca**, es decir que se enflaquece o debilita.

De ahí que como decíamos al comienzo, una lengua está condicionada por el medio o entorno en que se la utiliza. Es más, se da una interinfluencia entre el medio y la lengua, y más directamente, a través de quien la utiliza. En este sentido la lengua refleja la percepción de la realidad circundante, la riqueza vital expresiva de cada cultura.

Es por ello que en nuestro país no existen términos para expresar lo que un esquimal sabe, percibe y experimenta sobre

la nieve; o como el gaucho que delimita su mundo en relación a la **pampa** y a las actividades que en ella realiza. Es decir que el empleo de los nombres en una lengua, depende de la función de representar el mundo. Por ejemplo, en el caso indígena nuestro, la palabra **camari** 'agrado', o la expresión "**rantiranti**" 'cambia manos' o trueque de labores agrícolas a nivel familiar, sólo funcionan en el contexto social específico de la reciprocidad andina, de la solidaridad, de la vida comunitaria.

## II.—La cultura y la lengua quichuas en el desenvolvimiento de nuestra historia nacional.

Nos referiremos a la evolución de la cultura y de la lengua quichuas, en relación a la historia del idioma dominante, el español, básicamente dentro de nuestro espacio andino.

Veamos brevemente lo que sucede antes de la venida de los españoles a tierras americanas.

— Una vez realizada la **conquista incásica** en los pueblos que integraban el Tahuantinsuyu, se hallaban difundidas en estos territorios las variantes dialectales quichua y quechua (5). Sin

---

(5) Escribiremos **quechua** para referirnos al dialecto que actualmente corresponde al Perú; aunque en la Costa centro-norte y, luego, en la región central serrana hasta llegar al Cusco se pronunciaba **quichua**, esto hasta el siglo XVII en que los cusqueños la adoptan como lengua propia por su gran difusión, aunque cambian la pronunciación por quechua. Ahora bien, el quichua ecuatoriano, según los lingüistas peruanos Cerrón Palomino y Torero, corresponde al dialecto QII-B, denominado **chíncha** septentrional en el que se incluyen las variantes del **ingano**, en Colombia, y de las variantes de los departamentos peruanos de la Amazonía, San Martín, Loreto, Ucayali. "Lingüística Quechua", Centro de Estudios Rurales Andinos "Bartolomé de las Casas", Cusco, 1987, p. 239. Esta variante llega a territorios ecuatorianos a mediados del siglo XIV, a través de los chinchas que comerciaban la concha spondilus con la gente de Manta y Guayaquil de donde, a su vez, llevaban palo de balsa. Este quichua se caracteriza por la sonorización, y lo encontramos por primera vez en la gramática y en el Diccionario de Domingo de Santo Tomás.

embargo se impondrá la variante quechua por el prestigio y el poder del Cusco como capital del Tahuantinsuyu. Es más, el quechua se había impuesto sobre otras lenguas como el aimara, el puquina, el aru. Con ello se dará la unificación cultural y, por supuesto, ideológica de los pueblos andinos; aunque posteriormente se encontrarán en crisis por la guerra entre Huascar y Atahualpa. Nos referimos a cuartos del siglo XV.

— En este momento sobreviene la invasión española y, con ella, se inicia un verdadero colapso en los pueblos sometidos. Acontece, entonces, el “**chaupi punchapi tutayarca**” (anocheció en mitad del día), expresión tremendamente simbólica referida a la cabeza del imperio incásico, con la muerte de Atahualpa, muerte que significa la decapitación y el desmembramiento político del imperio, de su estructura organizativa, de una concepción, de una cultura, de un sistema de vida.

Consecuentemente se suscita la sustitución forzada de otra cabeza o “corona”, de otro engranaje de poder, de otros valores, de otros dioses y creencias, de otras técnicas y saberes, de otro idioma, de otra representación del mundo, de otros referentes.

— Comienza la época colonial y el proceso de aculturación. A partir de este momento se desencadenará violenta e inexorablemente a lo largo de nuestra historia. Y es en este sentido en que luego nos referiremos al proceso del mestizaje:

a) Es verdad que un cierto trasvasamiento cultural ya se dio durante la **conquista incásica**; pero por entonces se manifiesta una cierta simetría en el dar y recibir entre pueblos conquistados y conquistadores. Los incas estratégicamente supieron mantener un cierto equilibrio entre la conservación de lo nativo y lo incorporado por ellos; aunque, a veces violentando también las formas de readecuación a su sistema.

Por ejemplo, en lo religioso se respeta los cultos locales pero se impone de manera generalizada el culto al sol. Igual

sucede con lo cultural, y al mantenerse los referentes culturales se vigoriza la práctica de la lengua. Es más, a pesar de imponer los incas su idioma, no se prohíbe el uso de las lenguas nativas. De ahí que el puruhá, el cañari, etc., tengan carta blanca hasta 1583, en que el obispo Luis López Solís ordena escribir catecismos en lenguas maternas (6).

**b) Con la invasión española** se produce el período de la imposición de los cambios y, como tal, la transformación de los esquemas andinos. España se alineaba en el proceso del despegue capitalista, por lo que la instauración del aparato ideológico dominante, tiene como objetivo principal el económico: la expropiación de las tierras y de las riquezas de los vencidos y, posteriormente, el establecimiento de un nuevo orden de trabajo y, con ello, el camino del llanto de los explotados.

Para la efectivización de este objetivo, se subordinan justificativos como el de la evangelización y el de la legalización de su sistema. Para ello la Corona utiliza como agentes (7) de la transculturización a soldados, funcionarios y misioneros.

\* Los primeros toman como mujeres a indias, por lo que esta unión no sólo produce el mestizaje étnico sino sobre todo cultural (y por ende lingüístico). De este modo la mujer nativa, se convierte en eje fundamental del proceso de transculturación.

El contacto (llámase también conflicto) de las lenguas quichua y española, a nivel familiar, sobre todo cuando los hijos crecen da como resultado el empleo de un bilingüismo sustractivo, es decir el empleo del quichua restringido a la comunidad idiomática doméstica. Por lo tanto éstos se constituyen en los primeros intermediarios de las dos lenguas.

---

(6) Por el obispo Peña Montenegro sabemos que en la segunda mitad del siglo XVII. 1688, algunas de estas lenguas coexistían con el quichua de la sierra ecuatoriana.

(7) Estos pueden ser de raigambre hispana y de raigambre indoamericana.

\* Pero también con fines de implantar el sistema ideológico imperante, la Corona española se vale igualmente de estrategias en lo administrativo. Se utiliza a la misma gente de los pueblos vencidos: a los mismos caciques para su control (8). Por lo que el idioma español así empleado, servirá como instrumento de diferenciación social (algunos se harán más ricos y prestigiados) y de enfrentamiento.

\* Otro tanto harán los misioneros, de modo directo, por medio de sus sermones, la catequesis, la impartición de los sacramentos; e indirectamente a través de los indios doctrineros. De este modo, el español va penetrando lentamente en el quichua y viceversa, aunque en relación diglósica.

c) Para un mejor reordenamiento ideológico se implanta así, por la fuerza, una nueva ley, una nueva religión, una nueva lengua; aunque por situaciones de evangelización se adopta la Lengua General del Inca, en desmedro de las lenguas aborígenes. Con ello, no podrán desarrollarse las expresiones de la cultura y de la ciencia andinas; más aún cuando Carlos V, en 1580, ordena a los amerindios en general, el aprendizaje del español y, más tarde, en 1586, vuelve a insistir Felipe II.

Con el establecimiento del **colonialismo español** se produce, en expresión de Agustín Cueva, la ruptura entre los hechos o manifestaciones del habla y la lengua. Es decir queda trunco el tránsito a la institucionalización de la lengua a través de la escritura, que no llegó a constituirse en los pueblos amerindios, no llegó al medio día de la historia de los pueblos indios, lo que repercutió muy gravemente en su proceso creativo.

Consecuentemente, ante el sometimiento del hombre nativo a su invasor, se apodera de aquel una actitud de vergüenza para con su propia lengua: **yanca shimi**, lengua que no sirve. Es

---

(8) Sin embargo, todos los sectores del pueblo deben aprender el español para poder sobrevivir.

más, el indio empieza a utilizar ciertas formas del idioma español que revelan la psicología del oprimido: las construcciones perifrásticas y los diminutivos, estos últimos en palabras del padre Federico Aguiló, son expresión alienizada de la relación entre explotado y opresor: **taitco**, **amito**, pero también son de dominio del patrón cuando se dirige al indio, desde luego con una connotación peyorativa: **taitico**, **runito**, **huambrito**. Y, posteriormente, la utilización del diminutivo se ha hecho extensiva a otras esferas de la vida diaria y dentro de los otros estratos sociales.

No hay que olvidar asimismo otro hecho que contribuyó a la postergación del **runa shimi**: la creación de escuelas en el campo, desde la época de los encomenderos y, luego, con los hacendados que se oponen a la educación de los indios porque no les interesa que estos se capaciten, política que incluso se extiende hasta nuestros días.

Sin embargo, esta misma política, permite que el quichua continúe vigente; más aún, y en muchos casos, ante la resistencia de los padres a que sus hijos asistan a la escuela.

d) El contacto humano indo-español y viceversa, se va acentuando a lo largo de la Colonia, con el **surgimiento de las grandes haciendas** y luego en la época de la independencia y entrada ya la vida republicana.

Esta vez, los nuevos agentes del trasvasamiento del español son los terratenientes, otra vez los frailes y los representantes de los poderes administrativo y legal.

Y aquí también hay los intermediarios desde el quichua al español. Ya no son los caciques sino los depositarios del aparato hacendario: **meyorales**, **cuentayos**, **huasipungueros**, **arrimados yanaperos**; en lo legal, los llamados **quillicas**; en el gobierno político, los gobernadores, alcaldes o **varayuc**, regidores, miembros del cabildo, etc.; en el gobierno eclesial: los **pongos**, los doctri-neros; y en la vida familiar, otra vez la mujer india como la atropellada del patrón, del teniente político, del cura y, otra vez, gra-

cias o por sobre ella, nuevamente el mestizaje. Y si consideramos desde la lengua oficial: el mayordomo en la hacienda; el diezmero en el curato, etc. De este modo el español hablado se va amerindianizando o, referido a nuestro caso, ecuatorianizando.

Es en este momento, cuando entre el quichua y español se va dando una cada vez mayor intercompenetración. Por ejemplo la vacilación o imprecisión vocálica se manifiesta en el español de los sectores rurales: recibir, seguro, escribir, suspiro, etc., y en el español de los indígenas bilingües consecutivos, cuyos ejemplos nos remontan al español de Santa Teresa o fray Luis de León, del siglo XVI.

Igual situación podemos observar en el plano morfológico, en que las formas del lenguaje del quichua y del español se van hibridizando, aunque en la proporción diglósica ya señalada para con el primero. Por ejemplo si consideramos quichuismos como **ñuto**, **huallmico**, **ruco**, **curco** y otros de similar naturaleza, han asimilado morfemas de género y número propios de la lengua receptora, en este caso el español. Por ejemplo, con **ñuto/a/s**: o morfemas propios de la formación de palabras nominales como **cuiquiento**, **guangudo**, **huahuayado**, etc., o verbales como **amarcar**, **amarcando**; e igualmente si consideramos desde el lado de los quichuahablantes: **mishquichir**, **ministina**, **casarana**, **cajadora** (llamadora), **trago-ubiador** (tomador de trago).

Si anotamos su léxico, a su vez observamos que están presentes amo, pillija, garúa, o verbos como poder, deber, topar, etc. (mama pudinichu, tupashun).

●) Y llegamos a los tiempos actuales, a partir de la reforma agraria y, más tarde, con el boom petrolero, a la llamada modernización. En este momento, la injerencia estatal en el campo es mayor y más o menos profunda, de tal manera que se puede decir que ninguna comunidad campesina queda aislada de las incursiones del mundo del mercado. Por lo que aparecen nuevos transculturizadores y agentes de la lengua oficial, y de

la ideología de quienes detentan el poder político y económico, en detrimento de la cultura y de la lengua quichua.

Estos nuevos intermediarios, desde la sociedad dominante, son los representantes del Estado y de las instituciones nacionales y seccionales: profesores, médicos y enfermeras, extensionistas agropecuarios y artesanales, los políticos y los curas, la prensa hablada más que la escrita, los estudiantes universitarios y, desde luego, los funcionarios de la administración, etc. Y desde las Comunidades, toda la gente o casi toda: desde los niños hasta los ancianos, los jóvenes y los adultos, los nuevos dirigentes, las mujeres solteras, los cachineros y los migrantes que comienzan a ya no volver a su lugar de origen.

Los circuitos de intercambio en lo económico y en lo cultural prosiguen, pero en una desproporción abrumadora en número y en rapidez entre la sociedad de consumo y las comunidades campesinas; por lo que se desata un bombardeo de referentes desde los sectores hegemónicos.

Ahora bien, en estos momentos el quichua atraviesa una situación contradictoria: por una parte empieza a ganar espacio a través del incremento de la escuela intercultural bilingüe; pero al mismo tiempo ante el proceso de modernización, de la migración del campesino hacia la ciudad y al extranjero y del menosprecio de ciertos profesores de escuelas hispanas y de la gente mestiza en general para con el quichua, esta lengua ha ido perdiendo crédito entre los suyos. Expresiones y términos para con la lengua y para quien la habla: "¿De dónde saldría este gringo", "¡Háblame en cristiano!", mitayo, runa, rocoto, rosca, imashuti, etc., han ido creando un complejo de vergüenza entre los quichuablanles para con su propia lengua.

No obstante el hombre amerindio, en nuestro caso en lo que hoy es territorio ecuatoriano, sigue en pie luego de más de 500 años de opresión, con su pobreza, con su cultura desgarrada; pero también con sus estrategias de sobrevivencia, con su utopía y su esperanza. Y, por supuesto, con su lengua y con su re-

sistencia. Es más, el sólo hecho de la existencia de la escuela bilingüe va creando una contracorriente, que permitirá el fortalecimiento de la propia identidad y, con ella la conciencia y valoración de la lengua y de la cultura.

### III.—¿Cuál es entonces la situación del idioma quichua en la actualidad?

Si es de referirnos al quichua hablado, éste es utilizado en espacios alejados de los centros urbanos: en el medio familiar o comunal, en los caseríos; pero también en los mercados, en ventas de artesanías, en albergues. En estos últimos se está dando, lo que ya se dijo anteriormente, un bilingüismo sustractivo, una **chaupi lengua** (media lengua), pero ya no sólo referido a los niños, lo que trae consigo si no la pérdida por lo menos la desvalorización de la lengua materna. Y en el contexto propiamente urbano, el quichua va quedando reducido a un simple sustrato (9) de las generaciones intermedias y sobre todo de las generaciones de la tercera edad.

Empero, por sobre la valoración y minusvaloración de las raíces indias (10) de nuestro mestizaje, el quichua como expresión de un sistema de vida, se ha ido extendiendo y, hondamente, en los rasgos de nuestra cultura, a través de su léxico. ¡Cuántas voces fluyen y se confunden con las voces del español ecuatoriano, sobre todo de la región serrana y, ello, a pesar de las restricciones de los académicos y de los puristas! Están en el léxico de todas las clases sociales, aunque en mayor porcentaje en los sectores populares y medios, desde luego proporcional a la edad, sexo y formación. ¿La razón? porque la forma-

---

(9) Fenómeno etnolingüístico en que ciertas manifestaciones fónicas, morfológicas, sintácticas y, sobre todo léxicas de la lengua del grupo dominado, afloran en determinados espacios de la lengua invasora.

(10) No sólo con su histórico pasado sino también con su objetivo y actual significado.

ción de nuestro español hablado responde a un proceso histórico de amerindianización, aunque en condiciones de diglosia, porque los referentes y el mismo hombre andino siguen siendo la savia de nuestra realidad.

Las voces quichuas han ido penetrando sobre todo en la lengua escrita en calidad de préstamos, con el denominativo de "indigenismos"; y a nivel de habla (en la fonética, morfología, sintaxis, léxico y semántica) se conoce con la denominación de "localismos" adaptados sin embargo a la estructura de la lengua dominante o receptora y que responden, como ya se dijo, a la permanencia de los referentes cotidianos, sociales y culturales aún vigentes.

En este sentido, casi no hay espacio de nuestra vida cotidiana en que no entren voces de origen quichua en calidad de préstamos o en condición de lexemas híbridos (quichua-españoles o viceversa) que se han denominado quichuismos y, como decíamos anteriormente, de mayor frecuencia entre los sectores ya arriba indicados:

1. Los tratamientos de los miembros integrantes de la familia: *mama*, *taita* (11), *guagua* (12), *guambra*, *guarmi*, *runa*, *guñachishca*. (Prescindimos de los significados por la condición de artículo del presente trabajo, pero hemos dado a conocer en una publicación completa ya referida en páginas anteriores).
2. Tratamientos de carácter peyorativo y que por ello son de mayor aceptación en el habla general: *chalchoso*, *llachapiento*, *shuyo*, *suco*, *pizho*, *quallmico*, *llucho*, *huisto*, *curco*, *challi*, *lluqui*, *muspa*, *jizi*, *llapango*, etc.

---

(11) Vocablo perteneciente tanto al quichua como al español arcaico.

(12) Estos quichuismos los transcribiremos de acuerdo a la escritura de la lengua receptora, al español: palabras quichuas con *h* transcribiremos con *g*: *huahua* - *guagua*; o palabras con vocal cerrada como *ñutu*, *pupa*, *muti* las transcribiremos con vocal abierta.

3. Nombres que designan a las partes del cuerpo humano: *sin-ga, jazha, cunga, uma, guigsa, chucho, pupo, siqui, changa, etc.*
4. Deficiencias físicas o enfermedades (o lo relativo a ellas): *carachiento, cuiquiento, chucniento, chirichi, chupo, paspa, rucha, etc.*
5. Hierbas medicinales: *caballochupa, cuchimalva, huarmipoleo, sachamaní, tipo, urcupaqui, etc.*, aunque gran parte de los fitónimos procedan de otros idiomas aborígenes.
6. Lo relativo a nuestra alimentación y cuya área es una de las más socorridas: *api, cauca, champus, chumal, (voz cañari), chullco, yahuarlocro, moro, motepata, melloco, oca, mishqui, sango, etc.*
7. Vestimenta: *anaco, cungapaño, gualica, guango, lliclla, mullu, quipi (quipicito), ucunchi, oshota, etc.*
8. Vivienda e implementos respectivos: *ashanga, chamba, chaglla, cucho, palte, tulo, tulipa, pilchi, shila, etc.*
9. Trabajo agrícola: *calchar, chalar, chacra, chagra, guacho, guano, (guanear), lancha, shulla, tipidor, etc.*
10. Plantas en general, aunque en este tema habría que distinguir también los sustratos de otras lenguas aborígenes, igual para el siguiente de las plantas: *capulí, gullán, chaguarquero, papa, quinua, sacha-anís, uchu, etc.*
11. Animales y aves: *cuy, chipo, churuco, ninacuro, masho, puma; cuscungo, cóndor, chugo, quindi, tuga, ushco, etc.*
12. Realidad social: *chagra, guaca, guasipungo, mitayo, quillca, yapa, uyanza, etc.*
13. Juego y diversiones: *cancha, huiro, migllar, etc.*
14. Música: *caja, churo, pingullo, quipa, yaraví.*
15. Realidad física: *cocha, chaquiñán, guasha, jarata, tambo, quingo (quingear), etc.*
16. Otros: *guaca, carpa, etc.*

Algunos de estos vocablos ya empiezan a ser registrados por los cronistas, como el Inca Garcilaso de la Vega. Así los

siguientes ejemplos: **curaca, huaca, runa, llama, usuta (ushuta), llauto, mishqui, chillca**, etc., y que luego se mantendrán o se irán ampliando en otros textos escritos, pero sobre todo en el habla cotidiana.

Por ejemplo en el "Itinerario para Párrocos de Indios" de Alonso de la Peña Montenegro (1771), trae los siguientes vocablos: **guacas, mamasaras, chacras, camarico, chamico, coca, tambo, tambero**, etc.

Más tarde el Padre Juan de Velasco en La Historia Antigua del Reino de Quito (1789), también anota entre otros las siguientes palabras: **huaca, supay, cushipatas, Quilla, inti, raymi, yanacóna, mitimae, coca, tambu, pucara, molle, chasqui**, entre otros.

Posteriormente tenemos a Jorge Juan y Antonio Uiloa que también nos dan testimonio de algunos vocablos en sus "Noticias Secretas de América" (1816): **mita, mitayo, tambo, guaneco, calahuala, canchalagua, camarico**.

Y siguiendo esta breve muestra cronológica, no podíamos omitir a Juan León Mera y sus "Cantares del Pueblo Ecuatoriano" (1892), en los que las palabras quichuas o los quichuismos van como perlas preciosas engarzadas en una joya. Y decimos perlas en una joya, porque aquellos son traídos oportunamente dando colorido, sal y expresividad a los Cantares.

Aquí tenemos una variedad de vocablos que son la viva expresión de la vida cotidiana del pueblo de su época.

- vocablos que se refieren a tratamientos: **chagrita, mapa runa** ( huahuita, carishina, biringo).
- nombres de aves y animales: **cuscungo, quinde, cuy, churo**.
- nombres de comidas: **cariucho, mashca**.
- nombres de plantas: **achupaila, chilchil, yuyo**.
- nombres varios: **pupo, cucchu, cocha, palte, shigra, quiquin, cocha, atatay**.

De modo que desde la época de los Cronistas van fijándose

**ciertas palabras quichuas en el idioma dominante, que por la repetición a través del tiempo se han ido constituyendo en parte del idioma dominante. Nos referimos a términos como **guaca, curaca, runa, llama, coca, tambo, mita, cuy minca, cocha.****

Desde luego, esta es una muestra de los quichuismos presentes en nuestra habla ya que de manera ampliada los hemos recogido y clasificado y entregado en otro trabajo, en la ciudad del Cusco; así como en capítulo aparte podemos considerar los lexemas compuestos quichuas e híbridos (Ver: El quichua en los Compuestos del Español Popular de Cuenca", también de mi autoría, publicado por el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad de Cuenca IDIS.

A su vez, del español al quichua se va incorporando un léxico cada día más numeroso:

1. Designaciones relativas al parentesco o al estado: nieto/a, suegro/a (suegra/a), padrino, madrina, novio/a, ailu/a contracción de abuelo/a, soltero/a, casado/a, casamiento, boda, casarai.
2. Tratamientos: tío/a para señor/a referido a personas adultas y de respeto; alaja para bonita: alaja soltera, juru/firu para fiero (feo); comadrona, etc.
3. Vestimenta: balbún, de pantalón; camisa, chompa, casaca, zapatos, zarcillo, reloj de reloj, sumiro de sombrero, auja de aguja, bordashca de bordado, trashti (traste) para prenda de vestido, punchu de poncho.
4. Alimentos: caramelo, galleta, panela, vino, trago, avena, arroz, fideo, café, caldo, chocolate, etc.
5. Materiales de construcción de la casa: teja, ladrillo, bloque, cemento, zing, adobe, bareque, jirru de fierro, clavo, tabla y sus verbos derivados: tablana de entablar, clavana de clavar.
6. Nombres de muebles, artefactos y enseres de la casa: silla, banco, silleta, cama, miza de mesa, ishtira de estera, cocina,

gas, kerex, balde, poma, cuchillo, cuchara, plata, tasa, canasta, mantel, etc.

7. Terminología de agricultura: reja, yugo, lampa, lampón, pico, azadón, machete, pala, abono, sigana de segar, sigadur de segador calchador, fumigana de fumigar, pilashca de pilado, toma (acequia), nombres de plantas: culis para coles, culantro, jabas para habas, etc.

8. Nombres de aves y de animales: bishtia (bestia) para caballo o animal de carga, uvija para oveja, picota, corral, etc.

9. La feria: granos o nombres de cereales, mercado, plaza.

10. Días de la semana, nombres de los meses y terminología del tiempo en general: semana, año, tiempo.

11. Religión: iglesia, pastor, cura, misa, bendición, procesión, esperma, bautizana de bautizar, fishta de fiesta, etc.

12. Materiales e implementos de escuela.

13. Términos varios: radio, televisión, parque, avión, herencia, jazinda de hacienda, carro, ishtancu de estanco.

14. Sintagmas y expresiones varias, muchas de ellas hibridizadas: cai rato: este rato, cai tiempo, ima hora: qué hora, punta churi: primer hijo, huahua cuchara: cuchara pequeña, Diuspac huasi: casa de Dios, huahua dedo, mana valic: que no vale, diusulupagui, huasha lomo para espalda, chishi lado, etc.

15. Verbos: tupana de topar, trabajana, parlana, cantana, bailana, uyana de oír, casarana, entendina, valina, suñuna, minis-tina de necesitar, ayudana, pudina, juntiarina de juntarse, silbana, pagana, fletana, tantiana de tantear, convidana, mandana, cambiarina, rabiarina, etc.

Algunos de estos préstamos carecen de referente en la cultura y realidad andina. Por ejemplo los referidos a la iglesia, a la técnica, educación, etc. Por el contrario otros no sólo que el referente es similar en las 2 culturas sino que la significación también es la misma: toma y larca, alaja y cuyaila, etc.

#### **IV.—Lengua e identidad: políticas alternativas**

Ecuador es concebido, sobre todo por los mismos sujetos sociales de las nacionalidades (13) como un país plurinacional, y lo es, como ellos mismos lo precisan, en que todas las nacionalidades pertenecen a un solo Estado y gobierno ecuatorianos, aunque reclamen de éste el reconocimiento de sus propias culturas, de sus propias autoridades y de una legislación indígena que permita la práctica de normas comunitarias y de una jurisdicción territorial que permita el control y la preservación del medio ambiente, los recursos naturales, ejercitar las tecnologías y el desarrollo integral sustentado en las propias prácticas y en sus valores ancestrales.

Ahora bien, en la época preincásica, a lo largo de las hoyas interandinas, en la costa y en el oriente habitaban grupos humanos delimitados por sus propias características políticas, socioeconómicas y culturales, entre estas últimas —la más importante— la lengua, que iban conformando su identidad. Por ejemplo en lo que hoy es la Sierra ecuatoriana vivían los quitus, caranquis, panzaleos, puruhaes, cañaris, paltas.

Con el advenimiento de los Incas aquellos pueblos irán integrándose en una sola nacionalidad, la quichua, con extensión en gran parte del oriente (Sucumbíos, Napo, Pastaza), aunque dentro de este territorio vivían y continúan viviendo otras nacionalidades como la shuar-ashuar, la ai (cofán), la huao, la paicoa (siona-secoya), emberra, awa).

Cada lengua, a su vez, internamente estaba caracterizada por sus propios rasgos fónicos, morfológicos, sintácticos y, por supuesto, léxicos. Pero también cada lengua estaba determina-

---

(13) El concepto de nacionalidad lo fundamentamos, para este trabajo, en lo lingüístico es decir en la posesión de una lengua propia, a diferencia del concepto de nación cuyas notas específicas son la posesión de un territorio y lo político: es decir que la población está regida y centralizada por un gobierno dentro de un mismo Estado.

da por su entorno, por sus propios referentes; y como decíamos al comienzo, la representación de este entorno, las relaciones sociales, los rituales y la vida cotidiana iban dando lugar a la aparición de sus propios códigos de comunicación.

Con la venida de los incas a tierras americanas, se impone un proceso de dominación también lingüístico, como ya quedó indicado y, sin embargo las lenguas dominadas —por ejemplo de la región serrana— sobreviven a esta dominación, extendiéndose su empleo hasta casi inicios del siglo XVII, es decir hasta ya avanzada la época del coloniaje español.

No obstante, a partir de este momento, numerosas palabras y, en general, rasgos lingüísticos como la entonación, la pronunciación de estas lenguas aborígenes logran resistir como sustrato en el quichua y, luego en nuestro español hablado, lo que constituye la base de las variantes dialectales del habla andina de la sierra.

Por ejemplo refiriéndonos a territorios que hoy corresponden a las provincias del Cañar y del Azuay (aunque isoglosicamente los límites dialectales no coinciden con los límites jurisdiccionales) es muy posible que la "doble entonación" como llama Humberto Toscano, sea de nuestro sustrato cañari, o el empleo de la sonora *s* de *cusó*, *casarana*, etc. (14).

Con la venida de los españoles y el establecimiento de sus referentes culturales, a través de los diferentes momentos de nuestra historia: colonia, independencia, república, como también ya quedó visto, se han ido recodificando esos referentes de nuestra realidad y, claro está, con una tendencia a depender cada vez más de la sociedad mayor. Y, a pesar de ello, el indígena descendiente de algunos pueblos o grupos étnicos (pila-huín, cañari, otavaleño), sus formas culturales de vida siguen vigentes (música, vestimenta, técnicas agrícolas), lo que ha dado

---

(14) Dado el carácter de artículo del presente trabajo, no es posible abundar sobre las características de estas variantes.

lugar a modos de ser determinados, a identidades también determinadas.

Entonces hoy, sobre los 500 años de la presencia del hombre indoamericano en el contexto actual, y de resistencia de sus manifestaciones culturales, hay tareas pendientes por hacer:

**A)** La primera que incumbe, de manera especial, a los propios pueblos indios desde su macrocontexto organizacional, la CONAIE:

— La realización de un plan integral que parta desde la lucna por el reconocimiento del Gobierno, a su proyecto plurinacional.

— Luego la consecución de proyectos socioeconómicos y culturales, porque sin poder económico cualquier otro proyecto resulta utópico por aislado o restringido.

— Simultáneamente, en lo que a lengua se refiere, partiendo de la extensión de aquel objetivo de unificación de la escritura, trabajar más aceleradamente en la publicación y difusión de textos en quichua para escuelas, colegios y universidades, en las diferentes áreas de la ciencia.

— Sin embargo como nuestra sociedad no sólo es interétnica sino también clasista, la otra tarea debe venir desde varios sectores de esta misma sociedad, comprometidos no sólo en apoyar los planteamientos y acciones de los pueblos indios sino en un programa alternativo de trabajo con ellos, en que las nacionalidades y sus culturas tengan los mismos derechos.

Por ejemplo, en lo que tiene que ver con el conocimiento y valoración de la cultura y la lengua quichuas debemos exigir al Ministerio de Educación un programa de educación bilingüe intercultural, pero ya no aplicado sólo a los pueblos indios como es ahora sino a las escuelas, colegios y universidades del lado hispano.

Y desde luego plantearse como objetivo básico el conocimiento riguroso de la propia lengua: gramática, historia de la lengua, etc. Y como consecuencia de ello plantearse una polí-

**tica de salvaguardia del idioma, pero sin los extremismos de los que nuestra Academia de la Lengua adolece.**

Por ejemplo en lo que se refiere a los préstamos, como indica Cerrón Palomino, adoptar una posición intermedia entre el asimilacionismo a la lengua oficial o dominante y la posición purista o etnicista. No crear palabras, sintagmas o perífrasis quichuas por crear, cuando existen términos hispanos que han utilizado desde la época de la conquista y, que como tales, son ya patrimonio del quichua. Nos referimos a palabras de campos semánticos de escuela, de la religión, las ciencias y de la técnica. Y viceversa, nos referimos a préstamos quichuas que por el uso son actualmente parte de nuestro español: huaca, mita, curaca, cancha, quipa, tambo, yapa, etc.

Hacer lo contrario o desconocer esta realidad, sería ir contra la propia historia y la identidad de nuestro mestizaje andino.

**B)** Y luego los proyectos microregionales, en que se tenga en cuenta lo interétnico, pero también a las clases desposeídas, marginales de los centros urbanos del norte, del centro y del sur del país, que se comprometan en plantear y ejecutar juntos, proyectos alternativos que contemplen políticas comunes en lo económico, en lo cultural y, desde luego en lo lingüístico, lo que devendrá en el fortalecimiento de nuestra identidades regionales y de nuestra identidad nacional, en el sentido que hemos venido exponiendo. ¡Esta es la utopía que nos queda por hacer!

## BIBLIOGRAFIA

- AGUILO, Federico, *El hombre del Chimborazo*, Ediciones Abya Yala, Segunda Edición, 1987.
- ALVAREZ PAZOS, Carlos, *Expresiones Culturales Andinas en Azuay y Cañar*, Tomo II, Instituto de Investigaciones Sociales IDIS, Universidad de Cuenca, Cuenca-Ecuador, 1991.
- *El Quichua en los Compuestos del Español Popular de Cuenca*, Instituto de Investigaciones Sociales IDIS, Segunda Edición, Universidad de Cuenca, 1990.
- BENITEZ, Lilian y GARCÉS, Alicia, *Culturas Ecuatorianas Ayer y Hoy*, Cuarta Edición, Ediciones Abya Yala, 1990.
- CERRON PALOMINO, Rodolfo, *Multilingüismo y Política Idiomática en el Perú*, Allpanchis, Instituto de Pastoral Andina, Cusco, 1987.
- *Lingüística Quechua*, Biblioteca de la Tradición Oral Andina, Centro de Estudios Regionales Andinos "Bartolomé de las Casas", Cusco-Perú, 1987.
- *Elaboración Léxica y Defensa Idiomática*, en Allpanchis 35/36, Instituto de Pastoral Andina, Cusco-Perú, 1990.
- COROMINAS, J., *Diccionario Crítico Etimológico de la Lengua Castellana*, Editorial Gredos, Gredos, 1974.
- CUEVA, Agustín, *Entre la Ira y la Esperanza*, Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1967.
- CONAIE, *Nucanchic Shimi 1*, Ministerio de Educación y Cultura MEC y Dirección Nacional de Educación Indígena Intercultural Bilingüe, Quito, 1990.
- DE SANTO TOMAS, Domingo, *Gramática Quichua*, Corporación Editora Nacional, ERI Proyecto Educación Bilingüe Intercultural, Quito, 1992.
- DE SAUSSURE, Ferdinand, *Curso de Lingüística General*, Editorial Losada, S.A., Buenos Aires, 12a. Edición, 1973.
- *Diccionario de la Lengua Española*, Real Academia Española, Décima Novena edición, Madrid, 1970.
- GARCIA CANCLINI, Nestor, *Las Culturas Populares en el Capitalismo*, La Habana, 1982.
- GODENZI, Juan Carlos, *El Quechua en Debate. Ideología, normalización y enseñanza*, Centro de Estudios Regionales Andinos "Bartolomé de las Casas", Cusco.
- INCA GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios Reales de los Incas*, Ediciones PEISA, Lima-Perú, 1973.
- LEWANDOWSKI, Theodor, *Diccionario de Lingüística*, Cátedra, Madrid, 1982.

- LOTMAN, Jurij M., *Semiótica de la Cultura*, Cátedra, Madrid, 1979.
- LEON MERA, Juan, *Cantares del Pueblo Ecuatoriano*, Ilustraciones de Joaquín Pinto, Primera edición ilustrada, Banco Central del Ecuador.
- DE LA PEÑA MONTENEGRO, Alonso, *Itinerario para Párrocos de Indios*, Anuario Histórico Jurídico Ecuatoriano IX, Ediciones Corporación de Estudios y Publicaciones, Quito-Ecuador, 1985.
- DE VELASCO, Juan, *La Historia Antigua*, Clásicos Ariel Biblioteca de Autores Ecuatorianos, Tomo I.
- DE ULLOA, Jorge Juan y Antonio, *Noticias Secretas de América*, Libri Mundi, Quito, 1982.
- TOSCANO MATEUS, Humberto, *El Español en el Ecuador*, Revista de Filología Española LXI, Madrid, 1953.

Cusco, agosto de 1998

## LA JERGA JUVENIL EN LA CIUDAD DE CUENCA

MANUEL GONZALO VILLAVICENCIO Q.

"No la hagas sufrir más, porque ella llora por vos; porque ella sabe que estás andando con otra mina; porque ella te ha cachado no solo una vez... Si no la quieres, córtala y dile que quedan solo como amigos, como panas de curso..." (1).

Dennis Francois en su breve ensayo sobre los argots afirma que este término aparece en el siglo XVII, en la época de los procesos de los Coquillards, en donde se hablaba de **jargon** (jerga) o **jobelin**. Ahora bien, el **argot**, primitivamente, designa a la comunidad de los malhechores y mendigos; al "**Reino del Argot**", lugar último al que eran confinados los delincuentes.(2) Con esta breve referencia, parecería ser que el argot estaría conformado por todas aquellas manifestaciones verbales propias de los delincuentes; y por extensión, por el habla de los estratos sociales económicamente bajos, de los iletrados, de los analfabetos;

---

1 Texto "confiscado" a una de mis alumnas cuando pretendía entregarlo a un compañero de curso en alguna clase de literatura, año lectivo 1995-1996.

2 Dennis Francois, "Los argots", en *El lenguaje y los grupos humanos*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1976, p. 54.

en fin, de los incultos. Sin embargo, y con el paso del tiempo, esta perspectiva sufre un viraje cuando, hoy, se han constituido en legítimas hablas sociales o de grupos cuyos fines identitarios y de desclasamiento les asignan un valor propio de un sistema lingüístico mayor: nuestra lengua.

Tenemos, entonces, que al interior del argot concurren formas lingüísticas empleadas por diferentes grupos sociales —profesiones, oficios u ocupaciones—, que persiguen legitimar su existencia mediante la peculiaridad de sus usos verbales; no surgen como algo misterioso o esotérico, no como propio de la gente de mal vivir, sino como un instrumento necesario para defenderse y sobrevivir en el seno de un grupo social. Al mismo tiempo que —y vale subrayarlo— no debemos confundir en ningún momento el argot con las lenguas técnicas, a pesar de que ciertos argots poseen tecnicismos; y, a pesar, de que la tecnicidad y el secreto están próximos. Una misma comunidad profesional u ocupacional (actores, médicos, literatos, delincuentes, consumidores de marihuana, futbolistas, tejedores de sombreros de paja toquilla, artesanos de la Calle de las Herrerías, profesionales de la cerámica, prostitutas, etc.), puede emplear un determinado argot con un fin más bien de ocultamiento, reserva e identificación; es un habla social exclusiva, frente a las lenguas técnicas que buscan la precisión, la eficacia y el prestigio, incluso.

Finalmente, el argot surge dentro del marco de la gramática y de la fonología de un instrumento de comunicación común inmediatamente mayor (lengua o dialecto); es un vocabulario incompleto, limitado, donde solo aparecen algunos lexemas nuevos para convertir la frase en algo incomprensible para los de afuera. Por lo tanto, un instrumento de comunicación secundario, parasitario también, que requiere siempre del soporte de una lengua común; lo que explica además que el argot no pueda ser internacional.

Por otro lado, y dentro del tema que nos ocupa, la **jerga** comprende todas aquellas manifestaciones lingüísticas que son empleadas por un grupo social exclusivo: la juventud. Por supuesto que convergen en su interior algunos de los caracteres del argot; no obstante, la delimitación entre las hablas profesionales u ocupacionales y las de la juventud se vuelve urgente cuando miramos que al interior de la jerga misma encontramos "subesferas" como la jerga de los deportes, de una clase social, de los graffitis, de los delincuentes, de un grupo ocupacional, de los estudiantes, etc. Los jóvenes la utilizan con fines crípticos y de cohesión, a través de ella los mensajes están 'revestidos por otros significados' para evitar que el "resto" los entienda; se da una especial actividad creadora, motivada por la necesidad de identificación, además de la sabrosura y expresividad que guardan al interior del grupo el empleo de estas variaciones lingüísticas. Aquí, el juego creador se realiza con admirable astucia, ingenio y libertad.

La temática varía, por ejemplo, el licor, el tabaco y la droga; el sexo, las reuniones y las farras; el machismo, el feminismo y la censura o rechazo a todo lo que signifique 'homosexualidad'; la crítica hacia estratos sociales y culturales de toda índole, la rebeldía ante lo establecido, lo reglamentado, la posesión exagerada sobre el 'otro', la agresión hacia lo poco estético, la alienación, el esnobismo, etc.

La jerga es solo una de las formas en que los jóvenes representan los significados inherentes al sistema social que les rodea y su forma particular de verlo. Son formas lingüísticas que, como su modo de andar, de vestir, sus hábitos alimenticios, su música, su diversa clase de literatura, sus programas de televisión (principalmente musicales como M.TV y Hot Music, que hoy por hoy dejó de ser simplemente el "poder de la música", para ser el "poder de la música pero de los jóvenes"), su cine, sus programas radiales, sus preferencias deportivas, sus peñados, sus lugares de reunión como parques (Parque de la Madre,

La Concordia, Iberia, La Paz, etc.), discotecas, calles esquinas y avenidas (Remigio Crespo, Ordóñez Lasso, etc.), bares, barras, pizzerías, y otras pautas de comportamiento, son las que los identifica del resto de generaciones de la sociedad y de los otros grupos de jóvenes, porque dentro de la misma jerga existen variaciones y/o pugnas, las mismas que están presentes de acuerdo a la procedencia social de cada usuario, los intereses y lugares que frecuentan.

En este sentido, se deduce que, cuando se presenta algún hecho de incomunicación, bien sea entre grupos de jóvenes de distinto estrato social, bien con las generaciones menores o mayores; es precisamente porque un determinado grupo de jóvenes emplea una forma de expresión particular que tiene su fisonomía propia y que difícilmente puede convertirse en un vínculo de relación con los grupos que le rodean (3). Frente a estas situaciones de incomunicación, encontramos, sin embargo, que a las generaciones mayores les da por actualizarse con este tipo de usos verbales y, ahora mismito, comprenden, por fin, cuando alguno de sus hijos, puede ser el mayor, al teléfono, le dice a uno de sus **panas**: "Mis **viejos** andan **cabrerías** conmigo y no me dan **chance** para ir a la farra; mejor **tópate** en la **esnaqui** del **tefren** dentro de un **ratón** para ir a dar un **giro** por la **citi**, pero espera que mis **rucos** se hayan ido de **ceja**". La relevancia social de este tipo de palabras ha hecho, incluso, que los 'mayores', ansiosos de escapar del estigma de la edad y del remilgo, utilicen este léxico; y, asimismo, se escucha: "Mi abuelo es buena **onda**, el **man** entiende nuestra **movida**; el **man muerde** el ambiente en el que **circulamos**". Y, por supuesto, éste y todos los abuelos de nuestro pequeño gran mundo como es Cuenca y que se han **sintonizado** con la

---

3 Carlos Ortiz Arellano, *Ecuador, sociedad y lenguaje*, Cuenca, Departamento de Publicaciones de la Universidad de Cuenca, 1979, p. 45.

**nota** de sus nietos; y, ya iniciados, se sienten listos para enfrentar las concurridas filas de la Hut para participar de la oferta de la semana; departir lo piti de sánduches que venden Los Pity's; y atender, presurosos, los malabares del bicicross en la pista de la Concordia.

Por lo anotado, miramos que en nuestra ciudad, a los jóvenes les da por asistir a varios lugares (esquinas, calles, avenidas, bares, colegios, universidades, etc.) en donde la terminología jergal encuentra gran asidero, constituyéndose en verdaderas "carteras lingüísticas", pues, los vocablos sufren modificaciones, trastornos y renovaciones permanentes; porque, al igual que una comida demasiada condimentada, cansa pronto al paladar y se encuentra insípida, surge la necesidad imperiosa de echar mano nuevamente del ingenio y la astucia para avivarle nuevamente el color, la fuerza y la gracia de su jerga.

La jerga es un fenómeno diacrónico, que se encuentra en constante evolución, son adopciones que se dan a lo largo de un tiempo y un espacio; causa, incluso, el deleite, el bienestar y el regocijo (4) de quienes lo manejan en sus diferentes grupos o jorgas; por el contrario, quien desconoce este vocabulario, termina siendo excluido del grupo por ser considerado un intruso, un profano.

\* Los mecanismos para las creaciones jergales varían de acuerdo al espacio y al tiempo; de acuerdo al estrato social y al grupo en que se suceden estos hechos comunicativos. Los usuarios de la jerga no se interesan por el origen de los términos por ellos manejados; solo están conscientes de que "les sirve" para comunicarse, y que, mientras más elementales sean las construcciones que elaboren, mejor y más directa será su interrelación (**ley de la economía del lenguaje**).

---

4 Véase 'la noción de felicidad en el uso del lenguaje', Graciela Reyes, *La Pragmática Lingüística*, Barcelona, Montesinos Editores, 1996, p. 46 y sig.

Dentro de los caracteres lingüísticos encontramos que estas variaciones se producen básicamente a nivel lexical y son de naturaleza oral —al igual que en el argot—, su renovación es permanente e infatigable frente al desgaste que sufren los términos antes empleados; al mismo tiempo que la autoafirmación del grupo obliga a identificar al grupo con el empleo de otras formas más expresivas, más extravagantes, incluso, frente al uso generalizado de los vocablos considerados por ellos como 'infieles' y 'retrógrados'. Buscan, por lo tanto, nuevas formas de comunicación y para ello echan mano de una serie de recursos para que sus creaciones rompan con la tradición y la norma lingüística, que terminan siendo responsabilidad exclusiva de los doctos de la lengua, los mismos que, en su afán conservador, muestran una actitud de rechazo y censura frente a este tipo de usos legítimos al considerarlos como ofensas al buen nombre del idioma; ante lo cual, las palabras de Beinhauer, son categóricas a este respecto:

Quando se trata de indagar la vida de un idioma, no hay que andarse con escrúpulos en la selección del material analizable. Por lo tanto no he reparado en citar vulgarismos y algunas procacidades, proscritas por la Real Academia de la Lengua y vituperadas por gentes exclusivamente timoratas; expresiones que, sin embargo, no por calladas dejan de vivir, reflejando espontáneas tendencias lingüísticas, no ya del hombre de tipo corriente y moliente, sino aún de las gentes cultas, cuando su habla va impulsada por la afectividad o en momentos de expansiva intimidad en charlas con los "amigotes". En una tal conversación de hombres solo podría colarse —¿por qué callarlo?— incluso alguna obscenidad que hace torcer el gesto a los graves señores académicos. Pero, ¡qué le hemos de hacer!: también esos elementos lingüís-

ticos, si bien dormidos, viven al fin en la subconciencia de todo varón, y cuando llega la ocasión, éste difícilmente podrá impedir que se le escapen y exterioricen, velados por el eufemismo o en toda su cruda desnudez. . . (5).

En primera instancia, señalemos que en la jerga muy rara vez se presentan creaciones puras, seguramente porque se busca alguna motivación, ya sea meramente formal o conceptual para emplearlos en situaciones inmediatas; parece ser que los únicos significantes cabalmente creados son las **onomatopeyas** (habilitadas), o bien las formas reiterativas que, como toda repetición, atrae la atención y extrae su valor de algún aspecto insólito. Tenemos por ejemplo ¡churos!, ¡putamanga!, ¡hijue frutas!, etc. En el segundo caso, anotemos bla bla, empleado para referirse a aquellas personas que les da por ser habladoras y alabanciosas.

De forma similar, vemos que la mayor parte de la jerga admite sus derivados como aumentativos, generalmente empleados con connotaciones despectivas o de rechazo; diminutivos, que encierran connotaciones positivas y valorativas; y superlativos, éstos últimos en donde se emplean, además de la forma —**ísim**, formas superlativas aleatorias (incrementos silábicos) como, 'ultra', 'requete', 'recontra', etc.: **ultra creis, requeteavión, recontrachévera.**

La composición como procedimiento de formación lexical, se hace presente en la jerga, cuando tenemos, por ejemplo, **fumarrillo**, forma lingüística que resulta de la fusión de 'fuma' (acción de consumir un cigarrillo), y 'rrillo', (eféresis de 'cigarrillo'). Igual acontece con **fima** forma compuesta por las apócopies de 'físico' y 'matemático'; **chupatuyo, gadejo, matakuchis, quibio**, etc. Es quizá en esta elaboración en donde se muestra

---

5 Verner Beinbauer, *El español coloquial*, Madrid, Editorial Gredos, 1963, pp. 11-12.

con toda claridad la funcionalidad de la comunicación; en vista de que pronunciar o escribir **f-í-s-i-c-o-m-a-t-e-m-á-t-i-c-o**, refiriéndose a la especialidad de un colegio, causa un gran **c-a-n-s-a-n-c-i-o** y **f-a-t-i-g-a -a- q-u-i-e-n-e-s- e-s-c-u-h-a-n -o- a- q-u-i-e-n-e-s- l-e-e-n- e-s-t-a- f-r-a-s-e- t-a-n- l-a-r-g-a**.

× Dentro de los préstamos tenemos una cantidad considerable de vocablos que se encuentran en la jerga, la mayor parte de ellos, "importados" de la Cultura Norteamericana; bien sea por los bombardeos masivos de los medios de comunicación; bien, por la actitud que muestra una gran parte de la juventud local por identificarse con todo lo que signifique americano, o, también por las grandes oleadas de inmigrantes: **jaus, pipol, síster, japl, citi, down, ful, beibi, broder, cachar, college, creis, dancin, estrit, money, wacho, frend, gud, jai, luc, mister, nais, pley, etc.**

No obstante, encontramos además términos provenientes de modismos, jergas y argots de otras culturas. Y nos llegan términos de México, Argentina, Venezuela, etc. a través del cine y la televisión (telenovelas); y los muchachos emplean **chava, chamaco, chanvelán, geba, la neta, padrísimo, nacos, mina, chingar, joto, etc.** De la misma forma existen términos que provienen de lenguas vernáculos: **cholada, longada, gara, etc.** Son escasos los términos que provienen del francés (**tete a tete**) y del italiano (**comuto, mafia**).

Otra de las "herramientas" lingüísticas de las que se echa mano, es el fenómeno que conocemos con el nombre de apócope. La apócope no es otra cosa que la supresión de sílabas al final de una palabra y escuchamos a diario: **conta, mate, pre, lite, profe, caste, brodi, Garai, contra, cuña, ex, paraca, homo, licen, seño, etc.**

Por otro lado, tenemos a la aféresis, procedimiento a través del cual se suprimen las sílabas iniciales de una palabra: **lara, leta, letus, tella, ñora, ñor, licula, tonces, etc.** Se dan alargamientos de las palabras para hacerlas más expresivas y fun-

clonales; pareciendo a simple vista que fueran derivaciones arbitrarias mediante el empleo de sufijos inventados: **bailonchi, bailacho, bailongo, bueneas, cabrera, clarines, clarinetes, falseta, gilo, gila, reciclón, segurolas, simón**, etc. Se presentan, además, formas invertidas, que, posiblemente son las elaboraciones menos artificiosas, **davi, tefren, is, napple, monis, gaver, naqui, tavuel, mapri**, etc. Síncopas como **funcar**. Finalmente, formas "dislocadas" en su orden lógico, formas que han sufrido trastornos lingüísticos: **esnaqui, iofri, diche, futa, mais, petro, marchitarse, tapiñar**, etc.

En lo que concierne a los fenómenos retóricos, encontramos que en la jerga, inconscientemente la juventud hace uso de este tipo de recursos como la metáfora, la metonimia, la sinécdoque, los paralelismos, la ironía, la hipérbole, los pleonasmos, etc. Dentro de la metáfora, podemos citar como ejemplos: **abeja, pecho amarillo, avión, blanco, bomba, cacho, camellar, Cebollas, chicharra, chiva, chupar, chuzos, joto, lámpara**, etc. Como metonimias, **botella, polvo, blanca, la pura, fierro, cranear, chispa, echar humo, hierro, jetón, plomo, pata**, etc. Sinécdoques, **ceja, blanco, changa, entusado, fundearse, labia, montañera**, etc. Paralelismos, **fundido, quemado, abollado, aterrizar, para el carro, pisar, rallado, soplar, topar**, etc. Hipérboles: **fósil, hablar rocas, bagre, ¡habla y te salvas!, ¿a quién hay que matar?**, etc. Formas despectivas como **albacho, gualaca**, etc. Pleonasmos como **hacer justicia con las propias manos**. Y etcétera.

Para terminar, a continuación, transcribiremos algunos de los términos empleados por los jóvenes en nuestra ciudad para comunicarse entre ellos, al tiempo de ubicarlos dentro del supuesto tema que los envuelve.

## **SEXO**

**Barche**: mujer fácil.

**Barchelona**: mujer fácil.

**Blanca**: masturbación.

**Cazar barches:** buscar mujeres fáciles.  
**Cetro:** falo.  
**Cero kilómetros:** mujer virgen.  
**Cobrar:** tener relaciones sexuales.  
**Coconú:** virginidad.  
**Coronar:** tener relaciones sexuales.  
**Dar fierro:** tener relaciones sexuales.  
**Fierro:** falo.  
**Hacer el favor:** tener relaciones sexuales.  
**Hacer justicia con las propias manos:** masturbación .  
**Manuela:** masturbación.  
**Palitroque:** masturbación.  
**Prostizorra:** prostituta.  
**Tirar:** copular.  
**Tuco:** falo.  
**Tuco parlantes:** nalgas muy pronunciadas.

#### **ESTUDIOS:**

**Bombero:** calificación inferior a diez.  
**Cerapio:** calificación.  
**College:** colegio.  
**Conta:** contabilidad.  
**Cranear:** pensar.  
**Jalarse el año:** perder el año.  
**Legio:** colegio.  
**Material de apoyo:** copios que se sacan durante un examen.  
**Pollas:** copios que se sacan durante un examen.  
**Quibio:** Químico Biológico.  
**Tícher:** profesor.

#### **AMOR Y AMIGOS:**

**Acolitador:** buen amigo.  
**Cacorro:** enamorado.  
**Encabronado:** enamorado.

**Cachinero:** enamorado.  
**Casaca:** matrimonio, casado.  
**Cortar:** terminar relaciones sentimentales.  
**Cuero:** enamorada.  
**Destrampar:** besar.  
**Efectivo:** enamorado.  
**Lenguar:** besar.  
**Levante:** conquista amorosa.  
**Manteca:** amigo íntimo.  
**Marcar tarjeta:** visitar a la enamorada.  
**Matricidio:** matrimonio.  
**Sombra:** amigo.  
**Mina:** chica, enamorada.  
**Meter carpeta:** declararse.  
**Panameño:** amigo.  
**Panela:** amigo.  
**Presentar carpeta:** declararse.  
**Pico:** beso.  
**Pinta:** enamorada.  
**Sacar tarjeta roja:** terminar relaciones sentimentales.  
**Topillo:** cita amorosa.  
**Vacilar:** cortejar a una persona.  
**Yunta:** amigo.  
**Tixiar:** buscar chicas, levantarse chicas.

**VICIOS Y FARRA: ....**

**Bailonchi:** farra, fiesta.  
**Biela:** cerveza.  
**Blanco:** licor, cigarrillo.  
**Blanca:** cocaína.  
**Cacho:** cigarrillo de marihuana.  
**Carburar:** fumar.  
**Cargado:** cigarrillo de marihuana.  
**Chicharra:** colilla de cigarrillo de marihuana.

**Darle a la sesión:** fumar marihuana.

**Japi:** ebrio, borracho.

**Dopar:** fumar marihuana.

**Pachanguear:** bailar.

**Tella:** botella de licor.

**Timbrado:** mareado.

**Vacilón:** farra.

**Zapatear:** bailar.

### **INSULTOS Y HALAGOS:**

**Abombador:** fastidioso.

**Acelerado:** precipitado, impetuoso.

**Achacoso:** molesto.

**Agarrado:** tacaño.

**Amagoso:** embustero, fanfarrón.

**Aniñado:** adinerado.

**Arrecho:** impetuoso, arriesgado.

**Bagre:** feo.

**Bagrero:** persona que frecuenta personas feas.

**Berriado:** experto.

**Cacota:** presumido.

**Caldoso:** aburrido, antipático.

**Canchero:** experto.

**Chucha:** intrépido, arriesgado, valiente.

**Hablador:** alabancioso, charlatán, mentiroso.

**Liso:** insolente.

**Mandarina:** persona sumisa.

**Mosca:** atento, listo.

**Norio:** ingenuo, tonto.

**Trucha:** sagaz, avispado, inteligente.

**Zanahoria:** inexperto, ingenuo, fácil de convencer.

### **VARIOS:**

**Blonchi:** carro.

**Borrar el caset:** olvidar.  
**Cachina:** muda o prenda nueva.  
**Caleta:** casa.  
**Camellar:** trabajar.  
**Cerementio:** cementerio.  
**Citi:** ciudad, ciudadela.  
**Cuadrado:** viejo, anticuado.  
**Cuchos:** padres.  
**Chapas:** padres.  
**Chirimoya:** cabeza.  
**Davi:** vida.  
**De leche:** suerte  
**Emputarse:** enfadarse.  
**Esnaqui:** esquina.  
**Flaco:** Cristo.  
**Fósil:** padre o madre.  
**Gamba:** cien sures.  
**Gozadera:** risa, jolgorio.  
**Gud:** bueno, provechoso.  
**Jaus:** casa.  
**Lata:** mentira, rodeo.  
**Labioso:** mentiroso, charlatán.  
**Lavar el cerebro:** convencer.  
**Lera:** escalera.  
**Luca:** mil sures.  
**Lucrecia:** mil sures.  
**Luquiado:** persona de dinero.  
**Melón:** millón de sures.  
**Money:** dinero.  
**Parir:** sufrir.  
**Pípol:** gente, grupo de amigos.  
**Rayas:** padres.  
**Remar:** robar.  
**Ruco:** padre.

**Rulimán:** persona de clase social económicamente baja.

**Rimiñahui:** mil sures.

**Sota:** diez mil sures.

**Tabla:** cien sures.

**Tolón:** pantalón.

**Tasgui:** dinero.

**Tocte:** cabeza.

**Vegetales:** padres.

**Volátil:** rápido, de inmediato.

## **CRONICA DE MARIA MARTINEZ\***

**ADRIAN CARRASCO VINTIMILLA**

Que María Martínez hechizaba, hechizaba. Oí su nombre por primera vez a Joaquín Zamora mientras pedíamos la segunda **taza de café** en el Raymipampa. Cuenca siempre ha sido una ciudad de dimes y diretes y en todos los sitios se dicen cosas pero ningunas tan espléndidas y malignas como en el Raymí. Allí, en las mesas que quedan junto a las ventanas que dan a la plaza mayor, se dice de los que pasan y de los que entran y siguen diciendo aún de los que no están, de los que ni siquiera entrarán. A mi me encanta que así sea. Disfruto de sus decires y sus habladurías, aunque yo de decir, digo muy poco. Poco, si pienso en ese novelista charlatán y suelto que me atrae al Raymí para hablar de lo que ha sucedido y de lo que está por suceder. Todo lo nuevo sabe, y dice aun lo que está por venir. A mi me gusta hablar sobre lo ya pasado. En eso soy igual a Joaquín que se interesa por las debilidades de los antecesores, no por las de los contemporáneos: inventa lo que ya sucedió.

---

\* Esta crónica es parte del libro en preparación *Crónica escandalosa de Cuenca y su provincia*.

En aquella tarde, cuando el mesero retiraba las sobras del café y de una torta de chocolate, le contaba a Efraín Jara lo que había sucedido en el valle de Yunguilla hace ya más de doscientos años con los conjuros de María Martínez, una de las pocas mulatas que llegaron para encantar con sus caderas a los hombres de esta comarca. . . y a sus mujeres también. Como siempre, no terminó de decir y pasó a otra historia, una de hace sólo unos setenta años atrás, la de Tarquino Toral y el tío Remigito, aquella moraleja del cazador al que se le anticipó un listo y disparó antes su escopeta.

La duda se había sembrado, esa empalagosa duda de lo que quizás será. Un día al leer un libro de Natalia León sobre el divorcio en la Cuenca colonial, me atrapó la historia de aquel escandaloso Teodoro Coronel de Mora que había sido condenado a una cárcel de los Mares del sur. Corrí a casa de mi hermano Manuel, el historiador, para ampliar la leyenda. En vano buscó en su archivo, hasta que tuve que despedirme desilusionado. Meses después me entregó un rico material para ampliar lo que yo había conseguido reunir dificultosamente sobre don Teodoro y su hijo, el Solitario Sebastián. Entre los documentos estaba el Libro de Cuentas de la hacienda Uchucay en el que, perdida entre anticipos, descuentos y nuevos anticipos, se encontraba completa la historia de María Martínez. Aún no salgo de mi asombro: cómo junto a esa primitiva contabilidad de las haciendas coloniales pudo filtrarse la leyenda de esa liberta mulata que se preciaba de su amistad con Satanás, y que me servía admirablemente para reconstruir su leyenda.

\* \* \*

Hay decires y decires. En esas tierras de las yungas se han dicho muchas cosas. El calor parece que suelta la lengua. Y la lengua como que se escapa cuando hace mucho calor y se va sola diciendo y maldiciendo. Se dicen cosas que son como

para creerlas y otras que se han dicho y nadie las ha creído pero que siguen corriendo por todas las casas del valle de Yunguilla. Entre los cañaverales se sigue diciendo y las gentes van a decir lo que han dicho aquí. Van a decir a La Unión. Repiten lo ya dicho en Santa Isabel. El rumor a veces sube hasta cerca de los páramos. Va subiendo por Poetate. De dicho en dicho pasa por Uduzhapa y por Cochapata. Y hasta El Paso dicen que los dichos llegan.

A veces los rumores llegan de muy lejos. De Cuenca llegan muy pronto. De Guayaquil demoran un poco más. El que esta crónica va a contar llegó de Lima por el Puerto. De María Martínez aseguran que vino de Lima, de donde había sido desterrada por diez años; que había salido a cumplir su penitencia en el navío llamado Nuestra Señora del Rosario. Dicen cosas que uno duda en creerlas, como que la sacaron de la Ciudad de los Reyes porque se había enamorado de doña Antonia de Figueroa, viuda de veinte y tres años de edad. Que doña Antonia mismo lo había dicho, hace ya tantos años que habría para dudar que fuera la misma María Martínez que, cargada de una niña, apareció en Uchucay, nadie sabe cómo ni cuándo.

En la crónica de María Martínez —que es parte de la crónica de Ignacia Echegaray y su hermana Rosa— aparecen indefinidos rumores. Aun cuando nada puede darse por sentado, lo de mayor aceptación es que María apareció por el valle unos meses antes del paso de los portugueses. Que era diferente, María Martínez era totalmente diferente a todas las mujeres que habían existido por esas tierras. Era sobre todo su manera de sentir lo que imponía la diferencia. No bastaba que deslumbrara a los hombres con su cuerpo arrebatadoramente perturbador, pese a sus años: era su vivir desenfadado y agresivo que hacía que su vida no fuese natural, que en nada se asemejase a la de conciertos, negros y mulatos que purgaban en el valle.

\* \* \*

En las yungas corre el dicho de que María Martínez, mulata, horra, natural de Vega en las tierras del Caribe, iba a diario a visitar la alcoba de doña Ignacia porque estaba enamorada de ella. Para que no exista equívoco alguno sobre la fidelidad de los hechos que narro prefiero realizar una transcripción casi textual del texto hallado en el Libro de Cuentas por cuanto, pese a las dificultades del estilo de la época, puede dar una comprensión más acabada de lo que realmente sucedió en Uchucay: Un día, estando juntas Ignacia y su hermana Rosa, la mulata tomó una canastilla de sauce y con unas tijeras hizo cruces sobre el hueco de ella, y llamaba a Satanás y Barrabás, diciendo

—¡Satán ven a mi llamado!—,

y, conforme volvía la canastilla al lado izquierdo o al derecho hacía el juicio y decía cosas secretas y ocultas dando a entender que el diablo se lo decía, al cual llamaba diciendo que era su vida y sus ojos, y decía que traía un diablo familiar en la mano donde se sangran del hígado; y que había pedido un cubilete de vidrio, con vino, sobre el cual había echado tres bendiciones y que pasito había dicho las palabras de la consagración. Cuando acabó de decir "corpus meum" sostuvo que veía en el vino todo lo que quería saber de cosas ocultas y si en algo de lo que decía no acertaba, era porque la Señora no quería creer al diablo el cual se enojaba y quería que acertase y si lo creyesen jamás dejaría de decir la verdad.

\* \* \*

No se que será de cierto. Sobre todo me pregunto si un cronista tiene autoridad para entregar el testimonio de lo que le llegó como relato no comprobado. La crónica en este acaecer no se basa en documento oficial alguno. Son sólo decires que se filtraron en el libro de cuentas de la hacienda de algo que suponían por el valle. María Martínez debió haber sido una

mulata como aquellas de cimbra y olor a membrillo como para convencer a todos que podía embrujar a la Señora y poseer a Satán. En lo que solo dicen no hay que fiarse pero las crónicas pueden estar hechas también de suposiciones, de tantos dichos sobre hechos no comprobados.

Tanto habían corrido los rumores que habían llegado hasta el Oidor don Pedro Martínez de Arizala. Atrapada por la fuerza de los decires la discreción cayó vencida: aun cuando su jurisdicción no llegaba a tan lejos, ni su poder se extendía más allá del corregimiento de Cuenca, el Oidor bajó a investigar y a juzgar en Uchucay. Pese a que nada de lo actuado consta en el informe que pasó a su alteza, algo quedó en la memoria maldiciente de esta maldisimulada visita a las yungas. Le habían dicho una y otra vez que Ignacia Echegaray era una mujer libre que trataba con los hombres deshonestamente. El Oidor había sido llenado de reproches sobre la conducta de la pecadora. En Cuenca, un tal Navamuel le aseguró de que estando amancebado con ella le pidió muchas veces que no hiciera aquello con su compadre porque era cristiana y ella le respondía que haría lo que le quería impedir pues no era pecado. Y esto pasó estando los dos solos.

Por ahora esto no importaba. El Oidor apenas podía creer lo que comenzó a oír en Uchucay. A sus oídos el estado en esta comarca era en verdad más infeliz y lastimoso que el de Cuenca tanto que podía ofrecer materia mejor al llanto que disposición para el remedio. En la mollienda la fuerza de los desórdenes y desconciertos daba paso a actos que dolían íntimamente a los hombres más moderados y cuerdos. Se abrió su asombro cuando oyó que Ignacia había dicho —un día en que debía venir de ofender a nuestro Señor con el pecado de la carne— que reniega de Dios y de putas viejas. Y de ahí oyó el más viciado de los abusos y desórdenes: el de María Martínez. Cuentan que María había convencido a Rosa Echegaray para que fuese tercera con doña Ignacia. Y que cuando aquella al prin-

cipio se negó, fue la mulata quien por primera vez blasfemó en aquellos parajes diciendo que reniega de Dios y de sus santos y que bendito sea el diablo. Otros decían que lo único que había dicho es que hay algunos diablos bautizados, por lo que a veces vale más servir al diablo que a Dios.

El documento encontrado en el libro de cuentas parece, a veces, ser un testimonio para un juicio que quizá Arizala creyó de su obligación establecer, pues en ciertos pasajes parece redactado por el mismísimo Oidor: Que un día, estando él en la alcoba de la Señora, María rezó la oración de Santa Marta y, trayendo brasas encendidas y echando azufre en las brasas que olían muy mal, puso once cuchillos de belduque al rededor de las brasas, clavados en el suelo y cuatro o cinco ollitas de vinagre a la lumbre, que hervían, y que había puesto una figura de cera de Santa Marta y de un santo llamado San Taraco, e hincada de rodillas decía: ¡Marta, Marta, no la digna, ni la santa, sino la que al diablo encanta! Que lo susodicho era para saber si el Viejo se había de casar con la Señora, para lo cual era preciso creer en el diablo que diría muchas verdades; que Ignacia respondió diciendo que María era una embustera y que no quería creer sino en Dios Todopoderoso, a lo que la mulata había dicho que el diablo también era poderoso y que había muerto una palomita y hecho que la sangre la bebiera la Señora, y que había sacádole el corazón y puéstole siete alfileres clavados, y echándole a cocer en una olla de vinagre para que al tiempo que hervía, hirviese así mismo en su amor el corazón de Teodoro.

\* \* \*

A momentos parecería que lo que leemos en el documento perdido entre el libro tiene más bien de testigo a Ignacia: Que para ella y su hermana, María había hecho otros embustes con unas yerbas cocidas en vinagre para que cierto ilustre visitante de la hacienda las quisiese y se acostase con ellas; y que a las

dos las había hecho hilar un poco de estopa y del hilado había hecho unas candelitas, las cuales, encendidas, había metido en una tinaja en que había hecho tres agujeros y que luego las había partido en siete partes, y puestas en el suelo, había andado a la redonda haciendo oraciones; y luego se había puesto a una ventanilla y mandó al diablo, y que luego había vuelto y dicho que otro día le daría el diablo la respuesta y traería buenas nuevas; y que en todo lo susodicho, la hechicera mandaba que no trajesen reliquias, ni rosarios benditos, ni cosas santas, y que le había visto echar la suerte de las habas llamando a Jesús, María y José. Que con un palito, sacándose sangre de las narices y poniéndola en un trapito, la ofrecía al diablo para que todo lo que le pedía lo hiciese verdad; y que decía la embustera que hacía ya siete años que no conocía hombre, porque trataba en el dicho tiempo con el diablo, al cual guardaba lealtad por no enojarlo, y que cuando hablaba con él le decía "mi alma querida", y aun cuando Ignacia no había visto al demonio, había tenido mucho miedo; y que había dicho la acusada que cuando el diablo la quería hablar, la daba un aire fresco en el rostro; y que cuando quería, se ponía a ver el sol a medio día en punto, y puesta en cruz, veía el cielo abierto y la gloria, y en el sol veía la gente como si fuera vidrio, y les veía las entrañas porque era zahorí.

Los más decían que con esta confesión, las hermanas buscaban lavarse de los pecados que allí habían cometido, que la verdad era otra y que tan culpable era la una, como culpables eran las otras. Que la práctica de la herejía era cómplice del pecado infame: que se reunían en la alcoba de la Señora, lejos de las miradas indiscretas y que las acompañaba una mujer de vil condición y malas costumbres que había llegado de Guayaquil a la que llamaban la Zangarriana. Que en las visitas se regalaban unas a las otras mientras cometían el pecado nefando las unas a las otras. Que una mestiza que se había escurrido furtivamente había visto que la susodicha Ignacia bailaba con la mu-

lata poniéndose por la cintura un faldellin de damasco carmesí guarnecido por una franja de punta de oro, y quebrándose de cintura le regalaba chocolates, diciéndole mi alma, mi vida y otros muchos requiebros.

Unos las acusaban de pervertir el orden de las cosas, otros de corromper el orden social, y los más, el orden del deseo; que era un atentado contra Dios, la naturaleza y el mismísimo poder del Rey. De ser así, como que Uchucay se hubiese contaminado de la peste, la basura y la epidemia de un mal inquietante y secreto que participa de las grandes calamidades y plagas: que por tortilleras debían terminar en la hoguera.

\* \* \*

Los decires se extendieron tanto, que el escándalo terminó por tragarse a todos los susodichos. En el Archivo de la Curia Arquidiocesana de Cuenca, pude leer que por orden del Alcalde Ordinario don Mariano Joshep Ruilova, doña Ignacia Echegaray fue recluida en el recogimiento de Santa Marta, de donde hizo fuga. Lo único comprobado es que, años después, había vuelto a acogerse a la protección de la vida conventual en el monasterio de las Conceptas retomando su vida licenciosa. De su hermana no queda memoria alguna: si hemos de creer en lo que se decía por esos años, de noche en noche una especie de alma fugitiva se escurría de la habitación de don Teodoro para perderse en los cañaverales. De María Martínez no se ha podido averiguar nada, ni siquiera si vivió en el Valle. Si hemos de creer en la leyenda que reposaba dentro del Diario de Cuentas de la hacienda, María había sido quemada en un faique grande junto a la quebrada que va a dar al Jubones. Si hemos de creer a Joaquín Zamora, la última vez que se la vió fue atravesando el puente del Vado formando parte del cortejo de las brujas de San Roque. Yo dudo de que así fuera, pues María Rosa Crespo en sus crónicas de Cuenca, en el capítulo correspondiente a estas brujas, no la menciona para nada. ¡Qué también será!

## **TRAS LAS HUELLAS DE LA CHOLA CUENCANA (Siglos XVI-XVII)**

**DIEGO ARTEAGA**

Gil Ramírez Dávalos, luego de recorrer la provincia de Tomabamba, cumpliendo instrucciones de don Hurtado de Mendoza, virrey del Perú y comprobar que constituía un sitio idóneo para la erección de una ciudad de españoles, fundó cuenca en 1557.

De acuerdo a los planes urbanísticos implementados en el Nuevo Mundo, la ciudad fue concebida con su área central en donde funcionaría el aparato administrativo y la iglesia Mayor, además, sería el lugar de residencia de los blancos. Fuera de la traza debían instalarse los indios a los cuales les fueron señaladas dos parroquias, la de San Sebastián —en donde se instaló el cabildo indio— al oeste de la ciudad y la de San Blas al este.

Ya en la práctica, desde las primeras décadas que siguieron a la fundación, observamos una convivencia de diferentes grupos étnicos. En efecto, los indios que fueron requeridos en gran medida por los vecinos, ante su escaso número, vivieron dentro de la traza; pero no lo hicieron solamente como mano de obra, sino que dispusieron de sus propios solares y casas. Vivieron

generalmente en las inmediaciones de los conventos. En contrapartida, los españoles residían en las parroquias de indios, especialmente en la de San Sebastián, en donde tuvieron sus casas de morada funcionarios del Cabildo, religiosos o mercaderes.

En el siglo XVI, el Cabildo trató de implementar acciones para resolver esta situación de cohabitación, mas parece que no se hicieron efectivas. El ideal de la Monarquía de la separación residencial, entre las repúblicas de españoles y de indios, no se plasmó en la realidad.

Desde las primeras incursiones españolas al territorio de dominio inca, se hizo presente el mestizaje. Cuenca no fue la excepción. Las mujeres indias estuvieron al lado del español como botín de guerra o en calidad de concubina. Doña Catalina Sumicho fue capturada siendo niña a la "entrada" de los españoles y para "...asegurar la tierra, la llebaron en rehenes y fue entregada al capitán Torres y a doña Ysabel, su muger..." (1). Beatriz Cibambe declaraba que Pedro Muñoz Ricos Saltos, otro conquistador "(fue) mi encomendero y amo (al cual servi) al pie de treinta años pocos más o menos hasta que murió, por lo cual empezé a servir desde muchacha de siete años y, asimismo, como muger pequé con mi amo y tuva una hija y parí en propia dha tierra..." (2).

Concomitantemente al mestizaje biológico se dio el cultural. El indio pudo hacer uso de vestimenta de estilo español, siendo diferentes sus motivaciones. Los caciques y nobles lo acogieron en gran medida, pues debía ser la expresión de su

---

1 Archivo (A) Nacional (N) de Historia (H), Sección del Azuay, Cuenca (C), Notaría III, Libro (L) 488, folio (f) 203.

2 Ibid., L 530 f 23.

Estudios de caso nos muestran cómo algunas mujeres indias hicieron frente a la vida con sus hijos mestizos en el tránsito del siglo XVI al XVII, Artega (en prensa).

posición en el nuevo orden social y económico. Basta revisar a título de ejemplo, el testamento de don Francisco Chuquimarca "curaca Principal y cacique" de Cañaribamba fechado en 1580. Es un rico propietario de chacras de algodón, coca y de maíz, además, es un comerciante de sal. Incluye en su "hato de vestir" ropa confeccionada solamente en telas de Castilla con adornos de oro y plata. El indio del común, vio en su uso la posibilidad de pasar como un mestizo y poder ser eximido de la mita y del tributo (3). La mujer al no estar sometida a las cargas tributarias tuvo, teóricamente, alternativas para el uso de la ropa de estilo indio o europeo, dependiendo de su status social o riqueza económica.

En Cuenca la participación del mestizo se dio tempranamente y de forma notoria en las actividades de la ciudad, tanto de los originarios como de los provenientes de otros lares, pero no limitándose al trabajo artesanal o servicio doméstico, sino en forma más relevante; por ejemplo, Blas de Melgar, un mestizo nacido en Quito, interviene en 1562 (4), juntamente con el cabildo cuencano en la fijación de los aranceles que han de regir a los zapateros. Casa a su hija con un mercader que faena en un trajín entre Quito y Cusco, además tiene un hijo religioso, el clérigo Juan Matute quien reside en el Cusco (5).

Desde luego que al hablar de mestizaje, debemos tener presente aquel fruto de las uniones, generalmente ilícitas, entre españoles, Indios y negros.

En Cuenca siendo las categorías del mestizaje muy pobres en cuanto a su número (Poloni 1992a: 105), nos faciilita para

---

3 Luis de Amores es un ejemplo. Mencionado en 1649 por algunas personas como un "mestizo montañes en abito de español con espada y daga" ANH/C, Carpeta (C) 112.471 f 16, y por otras que, por estar en traje de español, no están seguras si es un indio o un mestizo. *Ibíd.* f 26v.

4 Primer Libro de Cabildos de Cuenca (1557-1563), página 397.

5 ANH/C L 498 f 205.

señalar algunas pautas para definir las, sin el ánimo de establecer sus patrones. Nos referiremos únicamente a la mujer. A veces, a pesar de que conocemos que es una mestiza, nunca se la menciona como tal, es el caso de Catalina López (1610) (6) hija natural de Nicolás López y de Inés, india panzaleo, quizá por tratarse de la mujer de Gregorio Hernández, un próspero ganadero español, tener casas de morada en la calle de la Veracruz (sector de San Francisco) y en las inmediaciones del Convento de San Agustín; sitios de residencia de blancos. En ocasiones se la menciona sólo como mestiza y en otras se la ve inclusive como española (7).

Dentro de las formas de identificación visual de las mestizas tenemos una a propósito del asunto que nos ocupa, la de "mestiza en hábito de india" o chola (Poloni 1992b: 281). Este término continúa siendo motivo de estudios, puesto que tanto sus orígenes (Salomon: 1988; Poloni: 1992a; Cahill: 1994), así como sus connotaciones (Saignes: 1990; Barragán: 1992) varían de una región o ciudad a otra y aun dentro de éstas con el paso del tiempo.

En Cuenca el registro más temprano de una "mestiza en hábito de india" lo tenemos en 1607. En las décadas siguientes, prácticamente desaparece en la documentación. No es sino en el último tercio del siglo XVII, en donde su presencia en las Notarías es frecuente, haciéndolo en las transacciones de tierras o de casas, en calidad de "lindero" o interviniendo directamente como compradora o vendedora.

La chola para los trámites legales debió tener, en primera instancia, la Licencia para el efecto otorgada por la Justicia o por el marido. Asimismo debió contar con la asistencia del de-

---

6 *Ibíd.*, L 498 f 495.

7 Archivo (A) de la Curia (C) Arquidiocesana (A) de Cuenca (C), L 1 f 100.

Situación que no debe confundirse con aquella de la "mestiza en hábito de española" ANH/C L 514 f 161v.

fensor o del protector de naturales por estar "en hábito de india" (8).

En 1676, la existencia de Isabel Flores Moscoso una chola "ladina en lengua española" (9) sumada al hecho de que cuando la chola debe fungir de testigo, como lo hizo Catalina Santiago en 1687 (10) con presencia de un intérprete ¿nos da la pauta para considerar la lengua, posiblemente no española, de otras cholos?

El registro del escribano también nos permite enterarnos del origen geográfico de algunas cholos. Así Joana Quinteala (1670) o Jacinta de Arévalo (1670) señalan únicamente ser naturales de Cuenca, otras como Catalina Ortiz (1673) o Isabel Ochoa (1677) manifiestan tener, además, la condición de vecinas de la ciudad. Inés Fernández de Ayala (1674) expone pertenecer a la parroquia de San Sebastián y Joana de Quiroga (1674) a la de San Blas.

En este punto es de interés manifestar que para la época de proliferación de las cholos, también lo es del término barrio; siendo en el de San Sebastián en donde residen en un número ligeramente superior al del barrio de San Blas. También es oportuno señalar su presencia, en menor proporción que en estos barrios, en el sector de Todos Santos (en la calle de la Ronda, actual Calle Larga).

Es posible realizar una semblanza de algunas cholos cuencanas, mas por el momento nos limitaremos a ejemplificar sobre su entorno social y a revisar brevemente su indumentaria.

En el primer punto. Algunas como Sebastiana Puma Curi (1676) o Catalina de Arévalo (1671) indican residir fuera de la traza de la ciudad, otras como Clara de Ortega (1671) moran en su límite. Catalina Ortiz decidió cambiar su hogar y trasladarlo desde la parroquia de San Sebastián a Guncay (o Paccha, su an-

---

8 ANH/C L 522 f 125v.

9 Ibid., L 522 f 126.

10 ACA/C Expediente 64 f 5.

tigua denominación) en 1667. De otras su entorno social, en el ámbito urbano, es más explícito; así observamos que Leonarda de Ambulodi y Agustina son vecinas, residencialmente hablando, en San Sebastián (1663), otras como Joana Sagasti, en 1668, tuvo por vecinos al sargento Pedro Mendes de Laguna, a doña María de Encalada y a la chola Argelina Espinosa, es decir, tuvo una convivencia social de mayor prestigio que las dos anteriores.

Para tratar el segundo punto, nos son de utilidad los testamentos de María Núñez (1676) (11) y Catalina Ortiz (1678). (12)

María Núñez, es una chola soltera con 4 hijos naturales, uno de ellos el bachiller Francisco Espinoza. Dispone de bienes muy significativos: 80 vacas, 30 yeguas, 1 casa de morada cubierta de paja con sitio de tres cuartos de solar. Entre su indumentaria menciona: 1 vestido de pañuela, 2 faldellines, 2 camisas de ruan y 5 de lienzo, más 4 enaguas del mismo material; a estas prendas debemos sumar 5 ligllas, 2 de bayeta de Castilla: 1 de color negro y otra azul y 3 de lana: 2 azules y 1 negra; complementándose con 4 polleras de bayeta: 2 azules, 1 morada y 1 colorada.

Catalina Ortiz es una chola ligeramente menos rica. Es madre de 1 hijo natural. Posee 1 casa de morada, 4 cuadras de tierra en Putucío (arrabales de Cuenca) y 10 yeguas, pero se destaca considerablemente por su indumentaria muy numerosa que amerita ser anotada en su totalidad.

- medio anaco y liglla de chamelote negro, de su "uso",
- 1 liglla y anaco de ormesí celeste con su guarnición de servillaneta de oro, de su "uso",
- 1 pieza de medio ancho y liglla de chamelote fraillesco con su guarnición de punta negra de seda, de su "uso",
- 1 pieza de medio anaco y liglla de cahmelote fraillesco con
- 1 liglla de bayeta negra de Castilla,

11 ANH/C L 521b f 313.

12 ANH/C L 521a f 437.

- 1 liglla de bayeta morada de Castilla de su "uso",
- 1 liglla de lana morada de la tierra, prensada, con su franja de servillaneta de oro,
- 1 liglla de bayeta de la tierra de color flor de durazno,
- 1 pollera rosada de tamenete de Castilla con 5 vueltas de servillaneta de hilo de plata y 1 guarnición pequeña de punta de hilo de plata, de su "uso",
- 1 pollera de estameña de la tierra con vueltas de cintas amarillas,
- 2 camisas de ruan y 2 enaguas de ruan de Castilla,
- 2 camisas de ruan de Castilla, usadas,
- 1 paño de cabeza de Castilla con sus puntas grandes,
- 1 pecho bordado con seda carmesí e hilo de oro y lentejuelas,
- 1 par de medias de seda amarilla,
- 1 saya de estameña con su guarnición de cintas amarillas,

Como complemento de la indumentaria están las joyas. María Núñez las menciona. Catalina Ortiz lo hace detalladamente, todas dentro de la tradición española:

- 1 broche cuajado de perlas finas grandes, 1 par de zarcillos hechura de media luna y 1 gargantilla de oro; todo valorado en 140 patacones, "moderándome mucho" a decir de su dueña,
- 1 gargantilla de perlas finas, mediana, de 12 hilos,
- 3 pares de zarcillos de oro de perlas finas: los 2 pares con piedras coloradas y el otro con esmeraldas,
- 1 tembladera de plata grande,
- 1 sortija de oro con 1 piedra de esmeralda,
- 1 gargantilla de chaquiras,
- 2 manillas: 1 de granates y perlas finas y la otra de canutillos dorados y chaquiras verdes. (13)

---

13 Catalina Vázquez de Espinoza, una chola hija natural de doña Catalina

A pesar de la desigualdad de la ropa en cuanto a su número y tipos, podemos emitir algunas consideraciones.

María Núñez está más cerca del mundo español, pues el uso de faldellines está restringido a las "blancas"; las ligllas, una prenda de estilo indígena (Guamán Poma de Ayala (1613) (1980) están confeccionadas con bayeta de Castilla o lana de oveja y las polleras, estilo de vestido que asoma en el siglo XVII, no es exclusivo de un grupo étnico en particular, pues mujeres "blancas", mestizas, indias muy ricas y aun pardas (hijas de esclavos que han obtenido su libertad) la usan; la diferencia social, representada por las polleras, más bien pudo estar en el tipo de tela empleada en su elaboración.

No así Catalina Ortiz que aprovecha mucho del vestuario colonial, sobre todo del indígena, que marca la característica de la chola, sin olvidar las innovaciones de la moda, las polleras por ejemplo. Viste ligllas. Dispone de anacos, que siendo una prenda poco mencionada en el siglo XVI, en el siguiente se la ve como una clara diferenciación social entre la mujer "blanca" y la india, llegando inclusive a adquirir cierta connotación peyorativa (14). Es de recalcar el uso de la saya que llegará a ser identificada, con el paso del tiempo, con el bolsicón; prenda de gran valor afectivo, ya que lega a una niña a la cual ha criado desde su infancia. En esta chola también es digno de destacar su afición por los adornos de hilos de oro y plata en su vestir.

## Conclusión

En Cuenca, la presencia de la chola, a tres décadas del final del siglo XVII, es el resultado del surgimiento de una estratificación social más flexible de lo que generalmente se manifiesta

---

Llunchug declara en 1639 poseer "un cintillo de oro con piedras de cristal". ¿Se trataba acaso de un llauto? ANH/C L 526 f 1052.

14 ACA/C Expediente 64 f 4v.

para el período colonial. Sus relaciones con los blancos y los Indios es muy intensa, especialmente en el barrio de San Sebastián; sector que un siglo más tarde (Poloni 1992a:110), nos presenta una población mayoritariamente femenina y en donde los mestizos "doblan" a los indios y españoles en las cifras.

Aún es prematuro para hablar de las "características" de la chola cuencana, vista generalmente como una mujer "socioculturalmente cercana al mundo indígena" (Poloni 1992b:110), pues la época en que asoman parece ser una de transición en las maneras de vestir de la mujer, aun dentro de la categoría "mestiza en hábito de india".

Estas líneas son preliminares y más bien deben ser tomadas como un documento de trabajo, dentro de la problemática de que la historia de la mujer en Cuenca está por hacerse.

Resultaría de mucho interés conocer cuándo realmente la chola asoma con la indumentaria que la caracteriza: pollera, bolsicón, paño, blusa y medias de muselina, además de calzar zapatos de charol, que la convierte en el emblema de la ciudad.

## BIBLIOGRAFIA

- ARTEAGA, D., (en prensa) -"Joan Chapa y su legítima mujer Magdalena Caroyaucha. Una familia india en Cuenca. S. XVI-XVII", Revista del Archivo Nacional de Historia, Sección del Azuay N° 10.
- BARRAGAN, R., 1992 -"Entre polleras, ñañacas y ligllas. Los mestizos y chollos en la conformación de la "Tercera República" ", in Henríque URBANO (Comp.), Tradición y modernidad en los Andes, Cusco, Centro Bartolomé de las Casas, pgs. 43-73.
- CAHILL, D., 1994; "Colour by Numbers: Racial and Ethnic Categories in the Viceroyalty of Peru, 1532-1824", J. Amer. Stud. 26. 325-346.
- GUAMAN POMA DE AYALA, F., (1613) 1980; *El Primer Nueva Crónica y Buen Gobierno*. Ed. Siglo XXI. 3 vols. México.
- POLONI, J., 1992a; "Mesure du métissage à Cuenca d'après le recensement de 1778", *Mélanges de la Casa de Velázquez (MCV)*, t. XXVIII (2), p. 101-122.
- POLONI, J., 1992b; "Achats et ventes de terres par les indiens de Cuenca au

- XVIIe siècle: éléments de conjoncture économique et de stratification sociale", *Bull. Inst. fr. études andines*, 21 (1): 279-310.
- SAIGNES, T., 1990; "¿Es posible una historia 'chola' del Perú? (Acercas del Nacimiento de una utopía de Manuel Burga)", *"Allpanchis"*, XXII-35/36-II, p. 635-657.
- PRIMER LIBRO DE CABILDOS DE CUENCA (1557-1563), Talleres tipográficos municipales, Quito-Ecuador, descifrado por Jorge A. Garcés G
- SALOMON, F., 1988; "Indian women of early colonial Quito as seen through their testaments", *"The Americas"*, XLIV, 3 January, Washington D. C.

## **LA AVENTURA DE LA CASCARILLA: ANTES Y DESPUES DEL SIGLO XVII**

**DR. CESAR HERMIDA PIEDRA\***

### **I.—ANTECEDENTES:**

El siglo XVII es importante en la historia de nuestro país y en particular en la de nuestra historia de la medicina, porque durante él se producen dos hechos relevantes: la fundación de la primera Universidad y como consecuencia la de la primera Facultad de Medicina, en 1693; pero antes, a principios de siglo, el descubrimiento de un medicamento universal para el Paludismo, la quina, hecho acaecido en 1630.

El título de esta exposición es bastante ambicioso, no sólo porque no es posible abarcar un estudio completo de lo que esa planta significó antes y después del Descubrimiento, dadas las escasas fuentes de información de nuestro medio; sino porque, realmente, ella casi no tiene historia sino a partir de principios del siglo XVII en que se descubren sus virtudes terapéuticas, en la materia médica ecuatoriana. Vale la pena hacer memoria de algunas de las maravillas que ofreció nuestra Amé-

---

\* Profesor Honorario.

rica a España en particular y a Europa en general; y qué mejor que presentar la historia de este vegetal, que si Monardes, el sabio médico español del siglo XVI la hubiera conocido, la hubiera incluido entre las maravillas "que se traen de nuestras indias occidentales"; y que constituyó motivo de orgullo ante el mundo científico: el saber que el principio activo de ella; la quinina, haya sido originaria de una planta de nuestro país; y que con ella se salvaron miles o millones de vidas, de la enfermedad para cuya curación servía, extendida en los cinco continentes y que había diezmando poblaciones enteras y terminado civilizaciones florecientes, como entre otras, la romana, sin que hasta la época de su descubrimiento se descubriera el remedio eficaz. Por la quina, descubierta en tierras del sur del Reino de Quito, se salvaron de morir de paludismo, durante siglos, enfermos diseminados en los cuatro puntos cardinales del Universo. De aquí, de Malacatos, de Loja, salió el descubrimiento célebre al que nosotros los ecuatorianos no le hemos dado el significado trascendente que tuvo durante el auge de su aplicación.

Por otra parte, así como periódicamente se exaltan los valores humanos que tuvieron que ver con los hechos trascendentes de la historia, vale la pena también, que de vez en cuando, aprovechando estos eventos científico-sociales, se exalten las virtudes de estas cosas de la historia médica, que trascendieron al mundo en la época de su florecimiento; tanto que y con razón el árbol de quina figura en el escudo oficial de la Federación Médica del Ecuador, como árbol autóctono y representativo de nuestra farmacología vegetal, junto al cayado y la serpiente de la mitología milenaria.

Además, ella: la Cinchona oficinal, quina o cascarilla, así como la Carludovica palmata o paja toquilla, dieron sustento, con su explotación para la medicina o para la industria respectivamente, a nuestras provincias azuayas, durante épocas de penurias económicas que han sido endémicas en la región, sien-

do coincidentalmente ambas, nacidas a la historia, en la misma época 1630 y habiendo ocupado también sitios de renombre en las páginas de la historia médica la una y económica la otra, del país, son ahora también coincidentalmente, como reinas casi destronadas, a las que por lo menos hay que rendirlas el homenaje del recuerdo.

## **II.—ANTES DEL SIGLO XVII:**

Decíamos que el auge de la cascarilla y de su principio activo la quinina, se inició en el siglo XVII y duró hasta mediados del XX. Ya veremos cuáles fueron las causas de su derrumbamiento. Nuestros estudiantes de medicina y nuestros médicos jóvenes no pueden valorar la importancia de esta medicación, porque no conocieron la endemividad del paludismo en su época. Nosotros sí, y los que fuimos internos antes de las campañas antipalúdicas, si estuvimos familiarizados en el tratamiento de las varias formas de esa enfermedad y sus variadas complicaciones, y sabíamos lo que la quinina y sus sales, de aplicación enteral o parenteral significaban, cuando gran parte de los enfermos de las salas de clínica interna eran palúdicos o sufrían sus consecuencias y complicaciones y cuando el ejercicio médico en la Costa, el Oriente o el Subtrópico se refería de preferencia a esa patología. Enunciamos estos hechos para medir la importancia que tuvo la quina en los siglos pasados, pues era una medicación específica que no tenía sustituto.

Pues bien, antes del 1630 y del hecho que vamos a relatar: de Malacatos, provincia de Loja, no se conocía la quina; y no se lo conocía, porque, lo más probable es que el paludismo no existía en América y que, aunque no se lo cita mucho, esta enfermedad se desarrolló aquí, a raíz del Descubrimiento y viene a resultar así la coincidencia curiosa de que el empirismo de la medicina tradicional, descubre el tratamiento de una enfermedad, justamente doscientos cincuenta años antes que se

conozca el parásito productor, pues fue el médico francés Alfonso Laverán, quien descubrió en 1880 el hematozoario en los corpúsculos de la sangre de un palúdico. Pensemos con esta oportunidad que si el descubrimiento de las propiedades de la quina no se hubiera producido en Loja, sino en un centro europeo, el nombre de Pedro Leiva, su descubridor, estaría a la altura de Ross, de Laverán, en el plinto de la fama.

De los datos que hemos podido recoger de nuestros historiadores médicos más conocidos, podemos aseverar que aún cuando el Dr. Gualberto Arcos, el primer historiador oficial de nuestra medicina asevera que "las virtudes terapéuticas de este vegetal fueron conocidas por los incas, pues según refieren las crónicas, se cree que en 1378, cuando el paludismo diezmo los ejércitos de Pachecutec, se empleó estos polvos para contrarrestar esta enfermedad; más tarde fue usada con éxito para curar las fiebres intermitentes, en las tribus de los Paltas y Saraguros, quienes usaban la corteza macerada en chicha" y sigue líneas después indicando que: en la Colonia decayó su uso y se empleaba exclusivamente para la extracción de su tinte; y luego pasa a contar el descubrimiento de 1630, pero como algo que los indios habían mantenido en secreto; pero como dice el autor de la Historia de la Medicina en el Ecuador, Dr. Virgilio Paredes Borja: "desgraciadamente el Dr. Arcos, no nos señala sus fuentes de información, quedando su afirmación sin el respaldo indispensable que solamente ellas nos pueden ofrecer"; y luego nos presenta la serie de datos por los que se confirma que siendo el paludismo una enfermedad tan manifiesta y escandalosa en sus síntomas, los primeros cronistas que nos dejaron tantos detalles, incluyendo de la patología regional, no es posible que no nos hayan dicho nada de ésta que tratamos, y siendo como eran, uno que otro, aficionado a la medicina o inclusive médico alguno de ellos.

Por otra parte, para las grandes dolencias, los aborígenes tuvieron su arsenal terapéutico en la milenaria medicina tradicio-

nal; de haber habido paludismo autóctono, se hubiese descubierto y usado hasta la época del Descubrimiento y Conquista y naturalmente los cronistas de Indias, o los estudiosos de la Península, como sucedió en ese mismo siglo y siguiente, hubiesen anotado claramente tan milagroso remedio; y nada nos dejaron escrito.

Paredes Borja nos trae estos datos:

Carter, después de un detallado y prolijo estudio de Investigación de los escritos de los cronistas de Indias nos dice que no se halla ningún dato que permita afirmar la existencia del paludismo antes de la venida de Colón; y más bien, a poco de su llegada se extienden las "fiebres", de las Antillas a Tierra Firme de América Central y del Sur.

Gonzalo Fernández de Oviedo, uno de los primeros cronistas y que trató sobre Ciencias Naturales del Nuevo Mundo, nada nos dice sobre una enfermedad como el Paludismo que de existir, hubiese sido motivo de curiosos detalles y que hubiera encontrado en varias partes de su recorrido en nuestra tierra de la Costa y del Subtrópico Andino.

Los religiosos y las autoridades civiles de los primeros años de la Conquista y primeros de la Colonia, hubiesen informado a sus superiores nacionales o peninsulares de tan grave endemia.

Entre las enfermedades que cita el historiador Aristides Moll, de las que existieron en Sudamérica antes de Colón, no consta el Paludismo, basado en estudios así mismo de los primeros conquistadores y de sus cronistas.

Se puede aducir la opinión contraria, entre otras, de que el cronista Padre Bernabé Cobo, sí cita las propiedades del árbol de las calenturas o "Quina" hablando de que "En los términos de la ciudad de Loja, diócesis de Quito, nace cierta casta de árboles grandes que tienen la corteza como de canela, un poco más gruesa y muy amarga, la cual molida en polvo, se da a los que tienen calenturas y con sólo este remedio se quitan". Pero hay que considerar que el Padre Bernabé Cobo, pertenece a fines

del siglo XVI y principios del XVII, nace en 1572 y muere en 1653; probablemente recoge estos datos, precisamente cuando ya comienza a cobrar fama los "polvos de la Condesa", o sea la quina, descubierta y experimentada entre 1630 y 1638.

Para nuestro criterio y para no seguir otras citas, el hecho de que dos médicos españoles famosos del siglo XVI, como son Nicolás de Monardes, quien experimentó las nuevas medicinas traídas de América, en sus pacientes y editó en 1580 su "Historia Medicinal: de las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales que sirven de Medicina" y no cita como debió hacerlo, entre las primeras de la Quina; y la de Francisco Hernández que con la iniciativa de Felipe II estudió y concluyó en 1577 su monumental obra "De Historia Plantarum Novae Hispanie", y no hay incluido esta especie vegetal; son pruebas claras de que antes del XVII no se conocía la quina y por tanto el paludismo, ligado al viejo continente desde siglos atrás y que se diseminó en América luego de su descubrimiento; como así se confirma en el estudio histórico que hace el Dr. Eduardo Estrella en el libro "Malaria y Leishmaniasis".

Claro que hay objeciones a esta tesis y muy subjetivas; pero hay también más pruebas que no son exhibidas ahora como para prolongar este estudio; pero como en el caso de la sífilis parece que no se ha dicho aun la última palabra sobre si estas enfermedades fueron autóctonas en América o traídas luego del descubrimiento, además, no entramos aquí en aclaraciones sobre la confusión que hubo al principio entre el *Miroxylum peruvianum* llamado en quechua Quina-Quina con la *Cinchona de Linneo*, la auténtica planta antipalúdica.

### III.—LA AVENTURA COMIENZA EN MALACATOS:

Las cosas no debieron ser así tan matemáticas: probablemente se conocieron las propiedades de la cascarilla por parte de los aborígenes, para curar las "calenturas" (que no el palu-

dismo, por las razones anteriormente expuestas, pero mantuvieron este conocimiento en secreto); se sabe y Gualberto Arcos lo dice expresamente: fue usada en la tribu de los Paltas y Saraguros; hasta que de repente en 1630, cuando ya el paludismo está extendido en los valles subtropicales, descubre el indio Pedro Leiva, el investigador médico más antiguo de nuestra historia, un hecho experimentado en su propio organismo: que el agua en donde se había macerado la corteza de la quina, para decirlo ahora en palabras más o menos técnicas, servía para bajar la temperatura o este tipo de "calenturas", como se decía entonces.

La historia de cómo comenzó el asunto es contada con algunas variantes según cómo relatan los varios escritores que han abordado el tema, tanto que, como sucede con los grandes hechos del pasado, según van pasando los siglos y los historiadores que lo van describiendo, van variando los accidentes circunstanciales, de modo de transformarlo ligeramente en algo legendario; pero eso sí bajo el marco del hecho verdaderamente histórico. Nosotros, siguiendo el hilo de nuestras lecturas haremos de esta manera el relato, creo que, ajustados eso sí al marco histórico válido:

El indio estaba agotado: una inaguantable sed, provocada por la fiebre violenta que le acometía varios días, le hacía sudar profusamente y luego le horripilaba la piel por calofrío intenso. Deshidratado, buscaba con sus ojos un charco cualquiera de agua para saciar su sed. De pronto oyó el murmullo de un río a corta distancia de su selva; allá se dirigió de inmediato a beber a grandes sorbos, de esas aguas cristalinas: era el río Malacatos a unos 30 kilómetros al sur de Loja, y el indio era el Cacique de Malacatos que más tarde tomaría el nombre de Pedro Leiva: principios del siglo XVII: 1630.

Sigamos el relato. El agua estaba un poco amarga. Se alzó de la orilla y vio arriba de la corriente, varios árboles de quina caídos en el cauce, que la creciente había arrastrado hasta allí, desgalgando de algún sector de la montaña vecina. Com-

prendió entonces la razón de por qué del sabor amargo del agua, propio de la cáscara de los troncos hasta allí arrastrados. Pero lo más interesante, motivo de su honda curiosidad de sabio en ciernes, fue que, días más tarde, las temidas calenturas ya no se presentaron.

El Cacique guarda el secreto para sí y para bien de los miembros de su tribu, enfermos también de las mismas calenturas; y comienza a administrarles la cáscara prodigiosa con resultados siempre favorables. Pero, hace amistad más tarde, con el padre jesuíta Juan López, quien llega a conquistarle a su religión y le bautiza con el nombre de Pedro Leiva. Generoso y grato el Cacique, en gratitud de ese servicio, le cuenta su secreto: "en las montañas de Malacatos hay un árbol maravilloso, con cuya cáscara se curan las fiebres del Cara-chuchug". El padre López se daría cuenta que se trataba del típico Paludismo que desde siglos pasados había diezmando las civilizaciones de Grecia y Roma.

Las circunstancias no se hicieron esperar: El Corredor de Loja Don Juan López de Cañizares enferma también de las mismas calenturas, y el jesuíta, poseedor del secreto remedio, le administra la cáscara milagrosa, con la que el español se cura.

Nuevos hechos se producen a favor de nuestro protomédico aborigen: Por esos años de 1630, enferma de calenturas, la esposa del Virrey del Perú, Don Jerónimo Henríquez de Rivera, Cuarto Conde de Chinchón. Sabedor de ello, el Corregidor de Loja, con la acuciosidad del buen burócrata, se apresura a enviar la consabida corteza, con lo cual se cura la dama; y ese hecho es el inicio de la gloria de nuestra humilde paisana, la Cascarilla, pues desde entonces, se enrola en el índice farmacológico del mundo científico.

Los fríos datos documentados en la Historia dicen que ni la primera esposa del Conde Virrey vino al Perú, ni la segunda esposa que sí vino, haya enfermado de Paludismo; más los detalles minuciosos no quitan valor al hecho cronológico, que

mucho tendría de cierto, el de haber curado a un personaje de ese apellido, cuanto que Lineo, ese sabio sueco del siglo siguiente, que bautizó a las plantas con nombre y apellido, nominó a nuestra plantita predilecta y a todas las de su género con el de "Chinchonas". También añaden, que el árbol se llamaba Quina-quina, que significa "cáscara de cáscara"; lo que tal vez daría origen a que los peninsulares la llamaran más tarde: "Cas-carilla". Recordemos que la quina-quina no era exactamente igual a la quina; pero esto dio origen a varias confusiones que no son para examinarlas ahora.

Que si ya los incas usaban la Cascarilla en la época pre-colombina; y que si el Paludismo hubo o no en América antes de los españoles, como hemos visto son temas que ocupan largos capítulos, y en los que, por esta vez nosotros no vamos a tomar partido, por razones de espacio y tiempo.

Pero sí, no dejaremos de anotar que según Jussieu, los indios llamaron a la quina **Jara Chuchu**, que significa "árbol del frío" o de la fiebre, o la llamaban también **Aya-Cara**: corteza amarga. Lo que daría motivo a una aparente contradicción, para decir que los aborígenes si conocieron la quina; pero hay que saber que, esos nombres se referían a la Quina-quina, que si tenía aplicaciones antifebrífugas, pero no a la Chinchona, cuyas propiedades antes del XVII no podían conocer, como específicamente antipalúdicas, porque, como hemos aseverado, no conocieron esa enfermedad.

#### IV.—LA AVENTURA FUERA DEL PAIS:

La gloria de la Quina, decíamos, comenzó con la curación de la Condesa de Chinchón. Ella difundió primero el uso de la cascarita, pero reduciéndola a polvo; y como el producto resultó magnífico, pronto comenzó a usarse en todo el Virreinato con profusión, pues la enfermedad del Carachuccho o Paludismo era frecuente y difundida en todo el litoral y tierras subtropicales.

**La panacea descubierta tomó el nombre de "Polvos de la Condesa".**

Los Jesuítas, que nunca han sido negligentes ni perezosos, y peor en esa época, se dieron cuenta inmediata del valor del famoso hallazgo, y comenzaron a encargar, de Loja primero, y después de otras montañas donde se pudiese encontrar cargas de tan preciado vegetal, y así difundieron en el Virreinato la fama de la curiosa cáscara. Pronto comprendieron que el negocio era redondo e iniciaron el envío a Europa, con lo que, y con razón, el remedio cambió de nombre, y se lo vendía u obsequiaba allá con el nombre de "Polvo de los Jesuítas".

Así llegó hasta Inglaterra, en donde, entre otros, un gran sabio, Tomás Sydenham oficiaba como el más connotado médico de la época, llamado con razón, el Hipócrates inglés. Sydenham, a finales del XVII, lo ensayó y encontró muy eficiente el medicamento; lo propugnó de inmediato con el nombre simplemente de Quina. Con tan autorizada recomendación, se difundió en todas las Cortes de Europa; y como además, ya lo había usado el Cardenal de Lugo en Roma, se lo empezó a llamar: "Los Polvos del Cardenal".

La aventura se complica más entre las Cortes y los aprovechadores del secreto como negocio, tanto que, nos faltarían páginas para relatar éste y otros datos del siglo XVIII en Europa y en nuestro país.

## **V.—LA AVENTURA VUELVE AL PAIS:**

Curiosamente, mientras en Europa ya se conocía, se usaba y se promocionaba la quina, en los siglos XVII y XVIII, en nuestro país, que estaba en plena Colonia, no se popularizó su uso, tanto que cuando viene la Misión Geodésica Francesa en 1736, La Condamine cuenta que de Manta, en donde primero llegaron, fue a Portoviejo y allí hizo de médico curando a un criollo que sufría de tercianas con un poco de quinina, que él llamaba "quin-

quina", que había traído de Francia. Lo curioso era que el propio enfermo no conocía ese medicamento originario de su propio país, como contamos en nuestra investigación sobre "La Condamine en el Ecuador".

Desde luego, antes, uno de los dos primeros graduados en nuestra primera Facultad de Medicina de Quito, el Dr. Diego Herrera que después pasó a ejercer en Lima, escribió allá, dos libros: uno sobre las Cinchonas y otro sobre las Epidemias del Perú, según pudimos descubrir en nuestras constataciones para el Resumen de la Historia de la Medicina Ecuatoriana.

Cuando viene la Misión Geodésica en el siglo XVIII, llegan también dos médicos José Jussieu y Juan Seniergues, éste cirujano, el otro médico y botánico que cobra interés por el estudio de las quinas y se traslada en junta de La Condamine a Malacatos en donde conoce y estudia el problema y escribe un libro "Memorias sobre las Quinas", que solamente llegó a publicarse en 1936; y junto con La Condamine, enseñaron al Corregidor y personas cultas de la localidad la manera de conocer la planta, clasificar y obtener su extracto para curar las fiebres palúdicas, sin dejar La Condamine de llevar algunas muestras a su regreso a Francia.

Pocos años después fue conocida y estudiada la planta; por la expedición de Ruiz y Pavón en 1773; la de Humboldt que vino al Ecuador en 1802 y la del botánico español José Celestino Mutis que residió largo tiempo en Bogotá y que conoció los trabajos científicos de nuestro Dr. José Mejía y Lequerica.: Mutis es el que remite en 1764 a Linneo, muestras de las quinas de Loja, con lo que se aclara cierta confusión que había habido hasta entonces con la Quina-Quina o *Minoxilum paruiferum*, para la definitiva clasificación y nominación de la Cinchona officinalis, de la cual, dice Mutis "que en toda la extensión de la provincia de Quito, sólo Loja produce la Cinchona officinalis de Linneo".

Hay que aclarar que hasta entonces no se conocía que la quina auténtica se encontraba también no solo en montañas de

las cordilleras andinas de otras provincias sino aun de los países vecinos del norte y del sur; siendo la de Loja, desde luego, la de principios más efectivos.

Eso es lo que expresó también en parte nuestro sabio escritor Eujenio Espejo, cuando en su libro **Memoria sobre el corte de las Quinas**, dió consejos sobre su cosecha y explotación y afirmó que la quina, es un árbol exclusivamente suramericano y que las mejores variedades son las de Loja; y luego en su libro **Voto de un Ministro Togado** tuvo una visión económica-científica al afirmar que "si las demás partes del globo... llegan a conocer su precio, será la quina una fuente cuyo comercio se extenderá por toda la tierra y su extracción debe llegar cantidades inmensas"; cosa que se cumplió en parte hasta mediados de este siglo, hasta cuando decayó su curso por razones que vamos a compendiar.

Así siguieron las cosas hasta que ya en 1820 lograron aislar, en Francia, el principio activo de tan preciada cáscara, y prepararlo en forma de sales y así en forma de Sulfato de Quinina vuelve al Ecuador en 1825, traída por el médico peruano Victoriano Brandin. La doncella cascarita, vuelve pues a su país esta vez ataviada con nuevos atuendos y nombre químico, pero pagando impuestos de aduana para reingresar a su propio país.

## **VI.—AVENTURA DE LA CASCARILLA EN EL AZUAY:**

Fuera de los viajes secretos o públicos que harían por aquí hacia Loja los agentes de los países extranjeros, para llevar semillas de la planta para sembrarlas en las Colonias de las Indias Orientales, en distintas oportunidades; de las más conocidas fueron: las expediciones que La Condamine y Jussieu hicieron en el siglo XVIII para conocer en su sitio el origen de la Quina; la de Humboldt y Caldas, en los primeros años del XIX; y a mediados de ese siglo la de nuestro sapiente y polémico Fray Vicente Solano, que habla de ella en su "Primer viaje a Loja". A

principios de este siglo la cita Cordero en su "Enumeración Botánica" y Aguilar Vázquez, habla del tema en el Volumen V de su: Obras Completas; sin referirnos desde luego a las múltiples publicaciones que se han hecho sobre la quina, dentro y fuera del país.

Los datos de la historia de la explotación de la cascarilla o quina en el Azuay, se hallan pues desperdigados en varias publicaciones de tema económico-social o médico. Hace falta una recolección completa de sus datos para una interesante monografía de esta aventura.

Parece ser que el auge de esta labor ha tenido lugar por períodos, de acuerdo indudablemente a las necesidades y pedidos de la industria farmacéutica, principalmente europea, en el siglo pasado. Uno de los períodos más notables fue a mediados de ese siglo y concretamente en las décadas del 50 y del 60. Carlos Aguilar Vázquez, en un erudito ensayo, que es al mismo tiempo una sabrosa pieza literaria, bajo el título de "El alma de la Cascarilla", lo comenta y nos descubre que fue la Casa Heredia & Compañía, en la que dos nombres se citan como los principales accionistas activos que entraron personalmente en la selva: el Dr Miguel Heredia y el Dr. Luis Cordero, quien años después llegó a Presidente de la República. Luis Cordero amó nuestras selvas orientales como el que más, de modo que sus intereses en esa sociedad más sería como complemento de ese "canaima" o especie de embrujamiento que produce la montaña, pues allá se dedicó, no solo a extraer las quinas, sino también años antes a sembrar caña de azúcar para la fabricación de azúcar morena o panela y a otros cultivos; y, como contamos en un Anexo a la Biografía del Expresidente escrita por Luis Cordero Crespo, allí, en Chiguinda, estableció un Entable y como producto de sus afanes escribió un interesantísimo folleto bajo el título de "Una excursión a Gualaquiza".

La sociedad Heredia & Compañía se dedicó a la explotación, trayendo inclusive gente del Cauca, Colombia, para la mano de

obra. Así fueron explotadas las montañas de Cuyes, Granadillas, Chigüinda, Cuchipamba y otras. En 1869, intempestivamente "los gringos" dejaron de comprar y el negocio se arruinó, expresamente para los pobres trabajadores que tuvieron que quemar, con el tiempo, sus cargas de cascarilla ya sin valor, quedando en la desocupación y en la pobreza sus familias.

A fines de siglo y principios del actual parece que hubo otro repunte de la explotación, según nos ha contado ese caballero y magnífico conversador que fue Don Tomás Toral Malo. Esta vez fue iniciada por "los Ordóñez", esa familia emprendedora y de grandes iniciativas que gracias a su trabajo dejó una considerable riqueza para alguna de sus familiares y que inició varias orientaciones higiénico-sociales en la región. Así, pues, Don Manuel y Don Carlos Ordóñez, no sólo que dieron el aporte económico, sino alguno de ellos, personalmente exploró y luego inició la explotación de la cascarilla; primero en las montañas de la Cordillera allende la parroquia El Pan, y luego se dirigieron al sur-oeste de la Provincia, a las inmensas montañas de Mollepongo, cuyas tierras las compraron, para poder trabajar libremente. Probablemente bajaron los pedidos de la preciada materia prima, porque ya los Ingleses se proveían de sus propias colonias orientales y la explotación quedó en suspenso.

Otro ensayo de explotación se hizo por parte de Don Miguel Toral Malo entre el año 1887 al 93; esta vez por las selvas de la Cordillera Occidental, entrando por Sayausí, hacia Sanahuín. Esa explotación fue más orientada, no sólo a cortar árboles de quina, sino a sembrarlos en Sanahuín, en Norcay y terrenos aledaños, para ser explotadas después, obteniendo buenos resultados y alagüenas ganancias.

En este siglo, las dos Guerras Mundiales, dieron oportunidad para que nuevamente despertara el interés de la gran industria por importar cascarilla, y esa es la razón de porqué, mientras duraron ellas, hubo un nuevo hormigueo de gente por las selvas subtropicales enunciadas, en busca de este oro vegetal; cuanto

más que en la segunda Guerra, en la década del cuarenta y uno los Japoneses estaban, luego de Pearl-Harbor, apoderados de Java, Sumatra y más Islas Orientales de donde ni Europeos ni Norteamericanos podían sacar la cascarilla.

Pasó la Guerra, pasó la importación de la sagrada cáscara y por las razones que enunciamos en el artículo anterior, nos quedamos sin este filón de divisas aprovechables y con una reina vegetal destronada, la un tiempo casi divinizada quina o cascarilla.

## VII -LA AVENTURA DECAE EN ESTE SIGLO:

Ya en el siglo XVIII mismo, en que se dieron cuenta las potencias extranjeras de manera especial Inglaterra, Francia, Holanda, del filón de ingresos que significaba su posesión, de la manera más subrepticia, y a veces con la complicidad de nuestras autoridades nacionales y provinciales, comenzaron a llevar (la palabra precisa sería robar), semillas de quina para sembrar o trasplantarlas en sus colonias de las Indias Orientales, en donde prosperó bien el vegetal maravilloso. Tan cierto es esto que cuando los Gobiernos de Europa no pudieron aprovecharse de Quina, porque las tierras de sus colonias orientales estaban ocupadas, tanto ellos como Estados Unidos, volvían a recurrir a las montañas subtropicales de nuestro país para aprovecharse de la quina, dando al Ecuador buenos ingresos de divisas, como sucedió en la Segunda Guerra Mundial, de cuyos afanosos abastecimientos de cascarilla prácticamente fuimos testigos de su tráfico.

Se completó la decadencia cuando se descubrieron y sintetizaron productos sintéticos como la Atebrina y Plasmo-quina que reemplazaron con ventajas a la quina, y más, cuando se establecieron Campañas Antipalúdicas en el mundo, que tuvieron manifiesto éxito en la erradicación de la Malaria.

Hoy, por una u otra razón, nuestra querida quina, ha sido

relativamente destronada, y ya no se le rinde mayor atención, de la que tuvo en siglos pasados, y en las primeras décadas del actual.

Para terminar, diremos que, el que se considere al Paludismo como enfermedad traída por el Descubrimiento, como dijimos al principio, eso no tiene el menor intento de agravar la Leyenda Negra de España, pues también nosotros, fuimos anfitriones que ofrecimos muchas enfermedades autóctonas, recuérdese no más de la "Enfermedad de Coaque", con la que se toparon los primeros españoles al desembarcar en las costas de Manabí.

Y qué pueblo, y qué raza no tiene su leyenda negra de invasión o de dominio? Con alguna razón dijo el poeta: "Cosas fueron del tiempo y no de España".

## VIII COMENTARIO BIBLIOGRAFICO FINAL

Escrito ya este Ensayo como un resumen de notas de interés y de fuentes bibliográficas generales, sin especificaciones, pero ajustado a la cronología de los hechos históricos, he tenido oportunidad de conocer el libro "El Arbol de la Vida. La Cascarilla de los Andes Ecuatorianos" de la investigadora Alba Moya Torres, en donde se citan los datos de la explotación de esta cáscara vegetal maravillosa, con estadística envidiable, sobre todo, en lo que se refiere al siglo XVIII.

En esta publicación están, para los que se interesan por el tema de la aventura de la Cascarilla en el Azuay, los detalles del gran papel que jugó Cuenca en esa época, en la exploración y explotación de esa planta, tanto que, como dice la autora "... desde 1770, Cuenca se convirtió en una de las principales regiones abastecedoras de cascarilla, junto con Jaén".

Y después, en una larga disertación documentada, habla también de la otra cara de la medalla: los sufrimientos y sacrificios que significaron a criollos pobres y a los indios utilizados para el descubrimiento en montañas inhóspitas y luego la ex-

plotación y extracción de la cáscara sagrada, desde selvas intrincadas y desconocidas, "a donde no querían antes ir sino los mestizos forzados, y por turno como si fueran a la guerra". La paga era naturalmente de hambre y de miseria, sin embargo de que había veces que tenían que movilizarse por quebradas y cruzar abismos, con betas y sogas, con peligro inmediato de sus vidas. Si se ha contado con lágrimas la tragedia de las mitas en las minas, habría que añadir a ella la de la explotación de la cascarilla y esas lágrimas serían de sangre para los que la padecieron entonces: el "Arbol de la vida" se transformaría así en el árbol de la muerte, entre los varios episodios de la dolorosa historia de nuestra Colonia.

(Para los que tienen interés en el libro que comentamos: "El Arbol de la Vida: La Cascarilla de los Andes Ecuatorianos en el Siglo XVIII", por Luz de Alba Moya, fue publicado por FLACSO. SEDE ECUADOR, 1994. Quito-Ecuador).



## CUANDO LOS CURAS FORMABAN SINDICATOS

HOLGER DUTAN E.

La década de los treinta se caracterizó por un importante avance cualitativo de la clase obrera en el Ecuador. La influencia de las corrientes socialistas y comunistas contribuyó para la conformación de organizaciones de trabajadores de corte clasista tanto a nivel nacional, regional y local, tal es el caso de la Confederación Obrera del Ecuador, fundada en 1938, central laboral que más tarde, en 1944, se convertirá en la Confederación de Trabajadores del Ecuador, CTE, conocida por sus postulados de izquierda. Por otra parte, también los partidos políticos de izquierda, en este período, avanzan en organización y presencia política. Su participación en la revolución de Mayo de 1944 les pone en opción de poder, situación que preocupa a las fuerzas conservadoras y a la iglesia católica identificada con ellas.

En el Azuay de esta década, los trabajadores pertenecen predominantemente al mundo artesanal. Carpinteros, zapateros, sastres, hojalateros, panaderos y otros artesanos conforman la fuerza laboral. La mayoría de ellos no están organizados gremialmente pero pertenecen a cofradías y asociaciones religiosas como los Vicentinos, Josistas, Asociación de la Sagrada Familia,

Sociedad Santa Teresita y otras. Allá, en 1904, se había conformado ya la Sociedad Alianza Obrera del Azuay bajo la conducción del padre Julio Matovelle y en 1908 la Liga Nacional de Obreros San José, lo que muestra el interés que tenía la iglesia católica en el adoctrinamiento de este sector.

## **LAS PREOCUPACIONES DE LA JERARQUIA CATOLICA**

El avance de los partidos de la izquierda marxista, que se reivindican como organizaciones políticas de la clase obrera, es visto, por la derecha ecuatoriana, como amenazas al control del poder que mantiene tanto a nivel nacional como local. Los conservadores se plantean como su tarea principal el combate ideológico al comunismo y evitar que los trabajadores puedan ser influenciados u organizados por los partidos políticos de izquierda. La jerarquía católica, identificada con las fuerzas políticas conservadoras, se reúne también para establecer una estrategia en contra del comunismo y aprovechando su influencia en sectores artesanales, decide un plan de organización sindical y la formación de una matriz provincial de la Central Ecuatoriana de Organizaciones Católicas —CEDOC— matriz laboral constituida en 1938 bajo la conducción del partido conservador, delega para el efecto al sacerdote Manuel Serrano Abad y demanda el apoyo de los demás sacerdotes para esta causa, el objetivo es tener el control del sector y cerrar el paso al avance izquierdista.

## **FUNDACION DE LA CEDOC DEL AZUAY**

El 27 de octubre de 1944, en el salón máximo de la Escuela San José, convocados por el sacerdote Manuel Serrano Abad, en representación de monseñor Daniel Hermida, se reúnen 28 artesanos pertenecientes a las diferentes ramas. Serrano Abad habla del avance del error y del progreso del mal, del debilita-

mlento de las instituciones y de las responsabilidades sociales del obrero católico, agrega: "la patria se hunde y es hora de defender los sagrados derechos del taller", concluye señalando que la CEDOC es la unión en Dios, en la Patria y en el Trabajo. Los presentes conmovidos por los grises presagios del sacerdote y la amenaza que pende sobre la religión, asumen la tarea y resuelven nombrar una directiva. Para dar la solemnidad necesaria, el sacerdote les dice: "Lo que se va a elegir es a los apóstoles de la causa buena, a los dirigentes de esta lucha de paz y que sepan los elegidos que es Dios el que los elige a través de esta Asamblea". La Directiva quedó constituida por Miguel Ortiz como Presidente, Abrahan Campoverde como Secretario y todos los demás asistentes como Vocales. Para terminar, convencidos de la buena acción que estaban realizando, acuerdan reunirse cada semana.

## **NUEVAS REUNIONES**

Bajo la conducción del sacerdote Manuel Serrano Abad, el 2 de noviembre de 1944 se vuelve a reunir los artesanos constituidos como CEDOC del Azuay. En esta Asamblea se pone nuevamente de manifiesto la necesidad de detener el avance comunista, resolviéndose elaborar una circular a los párrocos instándoles a organizar "sindicatos campesinos para cortar el paso de los comunistas" y que todo sindicato que se vaya constituyendo tenga como director un sacerdote elegido por sus miembros. Dos preocupaciones son expuestas en la reunión: la monopolización de los capitalistas extranjeros y la traída de grandes máquinas que podrían poner en peligro el trabajo artesanal, por un lado, y el hecho de que los operarios se estaban sindicalizando prescindiendo de los maestros, dueños de los talleres, por otro, acordando impulsar el sindicato mixto: de maestros y operarios.

A partir de esta fecha, se van realizando reuniones sema-

nales en el salón de la Sociedad de La Salle, siempre bajo la dirección del sacerdote Manuel Serrano Abad, quien cumple esta función por algunos años hasta cuando es ascendido en la Jerarquía religiosa y es reemplazado por el sacerdote Carlos Segarra. Estas reuniones se inician con el rezo de oraciones, se da lectura a la acta anterior, se informa los trámites realizados y se pone en consideración los asuntos que la directiva considera importantes, para terminar con el rezo de la Ave María. El 28 de noviembre del año en mención se informa de la fundación del gremio de los carpinteros "Gaspar Sangurima" y de los sastres "Joaquín Ortega" lo que hace necesario buscar sacerdotes para asignarles como directores de los mismos, se mencionan al jesuita Sánchez, al dominico Riofrío y al párroco de San Blas. En la reunión del 5 de diciembre la directiva informa alarmada que los socialistas estaban sindicalizando a los trabajadores con miras políticas. Se acuerda recomendar evitar los malos libros y las malas compañías para poder preservar el bien y la buena moral, en la mira están los materiales de lectura que sobre la revolución mundial empiezan a circular en la localidad y ciertas personalidades calificadas como enemigos de la religión por su identificación con la Izquierda.

## **AVANCES DE LA ORGANIZACION**

En pocos meses la CEDOC, logra organizar e integrar importantes gremios. Carpinteros, Alfareros, Orfebres, Cerrajeros, Mecánicos, Artes Gráficas, Sastres, Agricultores, Tejedores de paja toquilla, Zapateros, Panificadores y Hojalateros se han constituido en sindicatos, tienen sus directivas, sus locales, sus santos patronos, sus sacerdotes guías y responden a la Directiva Provincial. Es el resultado de la participación directa de la curia diocesana que emite una circular a los sacerdotes para que organicen sindicatos, sociedades o grupos de trabajadores

**católicos, así como también del trabajo que realizan los directivos provinciales. Debido al número cada vez mayor de miembros registrados en la CEDOC, muchos de ellos habitantes de los barrios periféricos de la ciudad, no era posible una comunicación personal para convocarles a las reuniones generales por lo que se utilizó como mecanismo sonar la sirena de la ciudad.**

**Constituyen preocupaciones principales de la Directiva de la CEDOC y de sus asesores dotar a los agremiados de ciertos servicios, así: la caja mortuoria, constituyéndose una comisión específica para su estructuración, reglamentación y funcionamiento; un almacén de subsistencias con poco éxito, teniendo que cerrar más tarde este servicio; asistencia médica para lo que se contrata al Dr. Carlos Reyes por 150 sucres por mes o la opción de 50 centavos por consulta, con la obligación de los gremios de pagar esa cuota mensual y del usuario de cubrir el transporte del médico, más tarde cuando hay dificultades para reunir la cantidad pactada se resuelve solicitar al mencionado galeno una rebaja en sus honorarios; gestión para incorporarse al proyecto del barrio obrero que se organiza en Cuenca; la adquisición de sitios en el cementerio para la construcción de un mausoleo para los gremios. Una de las luchas interesantes que la CEDOC levanta es contra los impuestos que la Municipalidad pretende imponer sobre la propiedad de las herramientas considerándolas capital de los artesanos.**

## **CONTROL IDEOLOGICO**

**Son varios los mecanismos que se utilizan para mantener a la CEDOC alineada con los lineamientos e intereses que la dieron origen: la participación permanente de los sacerdotes directores en las reuniones tanto de la Organización Provincial como de los gremios asociados; invitaciones permanentes a**

participar en ceremonias religiosas, en actos culturales, charlas, cursos de orientación religiosa y política, (un ejemplo es el curso sindical realizado en Loja en junio de 1946 con un programa que incluía: Misa, Oración de entrada, Conferencia, Asamblea, Vía Crucis, Rosario, Bendición con el Santísimo, Conferencia y participación en un programa de la fundación de un Banco), asidua presencia en las reuniones de dos universitarios, afiliados al partido conservador y del Inspector del Trabajo José Flores, quien está semanalmente junto con la directiva gremial hasta noviembre de 1947, fecha en la que es reemplazado por otro funcionario; círculos de lectura de libros llamados de instrucción social y religiosa.

En mayo de 1945, interviene en la CEDOC el Gobernador de la provincia, Enrique Arizaga Toral, quien les ofrece apoyo moral y religioso y acto seguido dona su sueldo de funcionario para la instalación de Almacén de Subsistencia de la Central. Con este mismo propósito se resuelve realizar una reunión con los "buenos capitalistas de Cuenca", acuden a la invitación 31 de los más connotados comerciantes de la ciudad, también se encuentran Enrique Arizaga y Gonzalo Cordero quien expresa que hay un alejamiento de Dios a consecuencia de las escuelas fiscales.

Esta preocupación de las personalidades conservadoras de la provincia y ciudad por los asuntos de la CEDOC muestra que ésta era considerada la alternativa para el poder local frente al avance de la Unión Sindical organizada por la izquierda. La Directiva es invitada a participar en el desfile de noviembre por las fiestas de independencia, a la visita de obras, etc. La CEDOC es también utilizada como portavoz social contra todo aquello que es considerado infiltración bolchevique, una de las situaciones que se dan en este sentido es el rechazo al "atrovimiento" del periódico El Grito, declarándole enemigo de los principios católicos y denunciando el avance de la impiedad, por el hecho de haber realizado una crítica a un sacerdote.

## **LA CEDOC SE DEFINE**

Más tarde, cuando un sector del partido conservador pasa a ser la democracia cristiana la CEDOC cambia la denominación de católica por la de cristiana, es dirigida por militantes demócrata cristianos y asume los lineamientos políticos de esta corriente neoconservadora. Solo cuando los trabajadores asumen un papel más protagónico dentro de la Central y la dirección es asumida por sectores independientes la denominación de cristiana se transforma en clasista, un cambio que no es solo formal sino fundamentalmente político.



# LA COMUNIDAD JUDIA DE CUENCA EN LOS TIEMPOS COLONIALES

LIC. RICARDO ORDOÑEZ CHIRIBOGA

## ANTECEDENTES

Dentro de la España medioeval pluricultural, plurirreligiosa y plurilingüística, donde habían convivido desde el siglo VII cristianos, musulmanes y judíos en un ámbito de tolerancia mutua, de convivencia y cooperación que había sido un raro ejemplo en el medioevo europeo y que hicieron de ciudades como Córdoba, Sevilla o Toledo los faros que iluminaron por igual el occidente cristiano y el Magrev musulmán, donde por igual se estudió el Talmud, el Corán, la Biblia o la Torá y donde la parroquia, la mezquita o la sinagoga se edificaban con igual esmero o a veces muy próximas unas de otras, y donde el ciudadano vasallo de un mismo rey gozaba por igual del fuero y, el amparo de la ley sin distingo de raza y credo.

En esta España maravillosa donde Yehuda Haleví escribiera el Kuzarí y donde Maimónides, Averroes, Avicenas o Alfonso X "El sabio" le heredaron al mundo lo más florido del saber, la filosofía, la poesía y la fe de estos tres pueblos, esta es la

misma España que en 1391 vio estallar en sus Aljamas y Moreñas la más brutal persecución religiosa, fruto de la intolerancia con que empieza el renacimiento en España.

La preeminencia política y económica de los reinos cristianos sobre los remanentes del poderío musulmán habían sido el caldo de cultivo donde nació la idea de una España única, unida bajo los férreos lazos de una religión y una raza única, dando al traste con la convivencia pacífica y productiva que habían caracterizado a la sociedad española de los siglos precedentes, aquí los Moros y los Judíos ya no tenían lugar. La tolerancia y la filosofía la convivencia y el respeto estaban demás, había pues llegado la hora de abjurar de las creencias ancestrales, abrazar la religión de los reconquistadores, o simplemente emigrar.

En 1478 la tan anhelada reunificación de España es ya una realidad al casarse Don Fernando de Aragón y Doña Isabel de Castilla, la Católica España y sus monarcas deciden definitivamente acabar con el problema de los falsos conversos y cristianos nuevos que habían abrazado el cristianismo por la presión de las persecuciones y de las prédicas incendiarias y en 1480 se crea el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición cuya meta era extirpar de raíz a los herejes y judaizantes del corazón de la sociedad española.

El primer inquisidor general el dominico Fray Tomás de Torquemada empezó sus actividades en Sevilla, principal centro de los conversos, pero bien pronto sus actividades incluyeron Córdoba, Valencia, Toledo y Segovia.

Durante los 10 años siguientes los autos de fe, y las quemas de judaizantes fueron numerosísimas y se extendieron por toda España, hasta que en 1492 tanto la iglesia como la inquisición y los reyes decidieron terminar definitivamente con el problema judío puesto que consideraban que la permanencia de los hebreos en España facilitaba a los nuevos hijos de la iglesia los conversos caer en error y en la herejía, por ello el 30 de

marzo de ese mismo año se dictó el célebre edicto de Granada, el cual daba a los judíos no conversos de todos los Reinos de España tres meses de plazo para liquidar sus negocios, vender sus propiedades, emigrar o bien convertirse al catolicismo y permanecer en la península. Sin embargo les estaba vedado a los que desearan emigrar, llevarse oro, plata, joyas, piedras preciosas u objetos de valor.

El consejo de rabinos de todas las Aljamas pretendió en primer término la revocatoria del edicto obteniendo únicamente que el plazo se prorrogara por treinta días más, en vista de lo cual toda la comunidad judeoespañola (la más antigua de la diáspora hebrea) se dispuso a la migración.

A la par que estos sucesos tenían efecto, el almirante Cristóbal Colón se embarcaba en Palos de Moguer con destino a las indias orientales en su célebre viaje que cambiaría para siempre la historia del mundo.

En el resto de puertos hispánicos en buques sobrecargados unos y otros por el camino de Francia, Portugal o Navarra se disponían los judíos a la migración definitiva de su patria milenaria la amada Sefarad.

Y así, varios cientos de miles de judíos profundamente hispanizados, se marcharon para siempre dejando tras de sí una España profundamente judaizada. ¿Hacia dónde se dirigieron los expatriados?... Hacia todas partes, a Portugal principalmente, Africa, el Magrev, el sur de Italia, Flandes, los Balcanes, el Imperio Otomano y desde luego Jerusalén y Tierra Santa; de Toledo a Jerusalén, al Cairo o a Marruecos. Se llevaron de España su lengua, su poesía y sus refranes y esparcieron la lengua sefardí. Ladino, o hispano hebreo por los cuatro confines del mundo.

Desde luego nuestra recién descubierta América no fue la excepción, al contrario fue una de las grandes metas de la migración tanto de los judíos no conversos como de aquellos llamados cripto judíos marranos o judaizantes, quienes preten-

dían encontrar en América una puerta de escape hacia la libertad de conciencia y donde pudieran practicar aun cuando fuera en secreto pero lejos de la Inquisición la perseguida fe de sus mayores.

## **LA INQUISICION EN AMERICA**

Una vez concluida la conquista de la Nueva España (México), comenzó un lento pero constante proceso de expansión española por el resto de lo que hoy llamamos Iberoamérica, paralelamente a estos acontecimientos se produjo también un lento pero sostenido proceso migratorio de marranos hacia las nuevas tierras recientemente conquistadas.

Sabido es que el Consejo y Leyes de Indias tenían expresamente prohibido el viaje hacia Estas de cristianos nuevos, sean estos moriscos o judíos, sin embargo estos últimos burlando el control estatal, falsificando documentos o viajando ocultos o subrepticamente pronto se establecieron en América atraídos por el naciente comercio y la minería que a la sazón florecían en América.

Estas circunstancias motivaron a la corona, la iglesia y al Santo Oficio, la creación y organización casi inmediata de tribunales inquisitoriales en tierras americanas; el primero se estableció en México, con jurisdicción sobre toda la Nueva España y América Central, luego le siguió Lima con jurisdicción sobre toda la Nueva Castilla y por último el de Catargena de Indias con jurisdicción sobre tierra firme (Panamá), el nuevo Reino de Granada, las capitanías generales de Cuba y Venezuela, la península de Florida y el resto de islas del Caribe. Las actividades inquisitoriales en América no se hicieron esperar actuando en un principio cautamente, llegaron luego a rivalizar en métodos y actividad con los tribunales peninsulares. Si bien a lo largo del siglo XVI la actividad inquisitorial es constante y se deja sentir en América los siglos XVII y XVIII contemplaron

un verdadero apogeo del Santo Oficio americano y fueron llevados a la hoguera por igual moriscos, hechiceros, judaizantes, herejes, curas relapsos, negros africanos. En fin ningún estrato de la sociedad colonial quedó libre de la sospecha y procedimientos de los tribunales tanto principales como distritales, pues a más de los ya citados principales tribunales cada ciudad, capital de un distrito o Real Gran Audiencia poseía su respectivo tribunal.

## **LA GRAN COMPLICIDAD**

En 1570 se estableció formalmente el tribunal de la Inquisición de Lima, el cual independiente ya del de México y de los de España empezó a trabajar muy cuidadosamente para limpiar de herejes y judaizantes no solo la capital del Virreynato sino todo el territorio de éste.

Desde su fundación y a lo largo del curso de todo el siglo XVI habían ido estableciéndose en todo el territorio virreinal gran número de conversos de origen hispánico atraídos sobre todo por las grandes riquezas minerales de la Audiencia de Charcas, la sierra central peruana y el sur de la Audiencia de Quito. Sabida es que al igual que Lima, ciudades como Zaruma, Potosí y Huancavelica tuvieron grandes colonias de cripto judíos bastante bien organizadas, la situación cambió radicalmente a partir de 1580 año en el cual quedan unidas las coronas de España y Portugal en la persona de Felipe II, y una verdadera avalancha de judíos portugueses se traslada a América, estos se dedicaron preferentemente al comercio tanto hacia el interior del Virreinato como al gran comercio ultramarino con México y Filipinas pronto se establecieron en Lima y crearon en ella toda una red comercial y financiera que funcionaba en el "callejón del comercio"; la riqueza de Lima y la proximidad del Callao hicieron prosperar florecer el gran comercio portugués en la capital peruana.

Estos judíos muy unidos entre sí, con gran experiencia mercantil profesional y artesanal y con innumerables contactos tanto mercantiles como religiosos con sus correligionarios de Curazao, Brasil y Europa crearon y desarrollaron en Lima una verdadera comunidad judía la cual según el historiador Günter Friedlander llegó a tener sinagoga, rabino y hasta consejo comunitario.

El Santo Oficio limeño seguramente si no lo sabía sospechaba todo lo que estaba ocurriendo en el virreinato, pero el dinero, la importancia comercial, la férrea unidad, el gran renombre y prestigio social alcanzado por los sefarditas limeños fue su escudo protector durante muchísimos años pues golpear directa o indirectamente a los portugueses había significado un golpe brutal y quizá irreparable a la economía virreinal.

Durante el primer tercio del siglo XVII la comunidad encabezada por Don Manuel Bautista Pérez y otros célebres comerciantes de origen andaluz o portugués llegó a su máximo esplendor tanto económico, como político y aun religioso. A todo esto la Inquisición y el Virrey consideraron que la situación se había vuelto intolerable, las indagaciones y pesquisas del Santo Oficio no se hicieron esperar. Durante el ayuno del día de expiación de 1633 fue detenido en el callejón un comerciante portugués socio y amigo de Don Rodrigo Baz-texeira, este joven llamado Antonio Cordero resultó ser el extremo del ovillo y persuadido por la tortura, los ofrecimientos de clemencia y las amenazas de muerte, Este dijo todo lo que sabía nombres fechas, direcciones y circunstancias que habían rodeado hasta entonces y con mucho misterio a la comunidad limeña. Las detenciones no se hicieron esperar Don Manuel Bautista Pérez, y buena parte de sus familiares y socios (quemados vivos), expatriados, condenados a las galeras, al sambenito o al arrepentimiento en público y la confiscación de bienes: Así hacia 1640 la inquisición dio término y disolvió lo que en la historia investigada y escrita por Don Ricardo Palma se conoció como

"La gran complicidad" (1). Las consecuencias fueron tremendas sobre todo para la economía virreinal, la quiebra financiera y mercantil de Lima podría equipararse en el tiempo tal vez con la gran depresión de los años treinta, pero si bien la quiebra económica fue total lo propio podríamos decir con la dispersión de los sobrevivientes, pues buena parte de los judíos en cuanto estallaron las declaraciones, persecuciones y detenciones huyeron de la capital y en grupos compactos se internaron por la sierra peruana hacia el norte refugiándose en sitios tan distantes como Cajamarca, Piura, Huancabamba y utilizando el curso medio y alto del río Catamayo-Chira se internaron en el enorme, abrupto y distante Corregimiento de Loja, lejos y a salvo del brazo del Santo Oficio.

La presencia sefardita (judíos españoles) en lo que fuera el Corregimiento de Loja (Zaruma, Paltas, Calvas y Zamora) es numerosísima y muy patente aun hasta la presente fecha. Desde aquí los prófugos se dispersaron por la Audiencia de Quito, estableciéndose en sitios tan disímiles y dispersos como Cuenca, Ambato o Cotacachi (2).

Llama mucho la atención de la narración hecha por el Padre Juan de Velasco a finales del siglo XVIII, el cual pondera sobre la presencia en el sur de La Audiencia de Quito de un gran número de familias de pura ascendencia española, las cuales apenas si guardaban algún rastro de religión cristiana y se servían de un pobrísimo castellano para comunicarse; además desconocían u ocultaban su origen y se dedicaban preferentemente al comercio. (3)

---

(1) Gunter Friedländer. Los Héroes Olvidados, pgs. 56, 57, 58, 59 y 60.

(2) Sociedad Amigos de la Genealogía Vol. 42, pg. 192.

(3) Historia del Reino de Quito en la América Meridional Tomo III. Juan de Velasco P. J. pgs. 95-96.

## PRESENCIA JUDIA EN CUENCA

La presencia de grupos hispano hebreos en Santa Ana de los Ríos de Cuenca arranca como en Loja o Zamora desde los días mismos de la fundación, ya en las crónicas que hablan de este evento, al enumerar las familias que comparecieron a la fundación el 12 de abril de 1557 se deja traslucir el raigambre hebreo de muchas de ellas.

Cuenca hispánica fue un verdadero imán para la población española y esto a no dudarlo pues el emplazamiento de la ciudad es envidiable, situada a medio camino entre Quito y Lima, muy próxima al real de minas de San Antonio del cerro rico de Zaruma y a los lavaderos de oro de la Amazonía, rica también en minería, bosques, agua, fuentes termales, pastos y dehesas hicieron de ella, durante la colonia, la gran rival de Popayán (4), la segunda ciudad de la Audiencia, pero esto no era nuevo, Cuenca había sido grande y próspera durante la dominación incásica pues Tomebamba era considerada el segundo Cusco, la ciudad más importante del imperio después de la capital, no en balde Tomebamba vio nacer al inca Huaynacápac.

Por estas y otras razones al momento de su reedificación o fundación española, Cuenca resultó un sitio sumamente atractivo para los españoles y de manera especial para los conversos quienes quedaron impactados por la gran riqueza de los lavaderos de oro que abundaban en el distrito de la nueva Ciudad (5), lo cual asegura desde los días mismos de la fundación un futuro económico prometedor.

¿Cómo se ha determinado esta posible presencia hispano

---

(4) Relaciones Geográficas de la Audiencia de Quito. Pilar Ponce Leiva. pgs. 95, 96, 97, 98 y 99.

(5) Viajes Científicos por la República del Ecuador. Dr. Teodoro Wolf, pgs. 2, 35, 36, 37, 38, 39 y 40.

hebrea? Sociológica e históricamente hablando el agrupamiento de personas poseedoras de apellidos hispánicos muy usados por los judíos conversos indistintamente, la práctica preferente de ciertos oficios y profesiones (6), los rasgos síquicos y psicológicos y el comportamiento social de ciertos grupos han hecho suponer la presencia hebrea en esta ciudad, por cuanto aseverar a pie juntillas esta hipótesis es muy aventurado pues mucho se guardaron los conversos de publicar o dar a conocer su origen judío, pues ello les habría acarreado quizás hasta la muerte. Salvo aquellos que fueron procesados por la Inquisición se sabe y asevera con certeza su condición. De los restantes únicamente se sospecha o supone por las huellas que a lo largo de la historia han ido dejando a su paso, como palabras del viejo Ladino, refranes, utilizaciones de ciertos nombres casi siempre asociados a apellidos sefardíes y la práctica de comportamientos y costumbres de profunda raíz judía.

Uno de los comportamientos sociales más característico de los sefardíes es el de no haberse mestizado bajo el pretexto de un purísimo ancestro y origen español, costumbre esta que se repite como una constante en las familias troncales de Cuenca, Loja y Zaruma, muy curioso además resulta la tradición recogida y relatada por Segundo Moreno Andrade quien se sabía de un innegable ancestro sefardita; el cual nos relata que hasta el primer tercio de este siglo muchas de las familias cuencanas descendiente de las familias fundadoras, solían colocar una vela en la ventana frontal de la casa para que "los parientes que vinieren del Perú" supieran que aquí tenían amigos y familiares y pudieran acudir en pos de refugio, ayuda o posada. Esta fue una costumbre muy utilizada por los sefarditas de Europa oriental y meridional hasta antes de la segunda guerra mundial.

---

(6) *Díaspóra Sefardí*. María Antonia Bel Bravo, págs. 144 y 145.

Otra de las características muy únicas de la ciudad de Cuenca es la presencia de estupendos artesanos, joyeros, plateros, bordadores y tejedores, herreros y forjadores, zapateros y cordobaneros entre otros oficios muy socorridos por los judíos españoles. Artesanos que han hecho de Cuenca, uno de los centros de arte más importantes de Sudamérica. Además Cuenca como centro de cultura ha sido prolífica en poetas, sacerdotes, filósofos, médicos y abogados de verdadero renombre y que han justificado con holgura el que la ciudad sea llamada Atenas del Ecuador.

Estas profesiones curiosamente y de acuerdo a los anales de la inquisición solían ser las más comunes tanto entre los judíos como entre los conversos. Como dato especial merece la pena citarse por su importancia que revisado el ANH, en la Sección de empadronamientos correspondientes al censo de 1871 la utilización de nombres bíblicos del antiguo testamento va unido casi siempre a familias cuyos apellidos son de un sospechosísimo origen sefardita.

Un caso muy particular registrado recientemente en la provincia del Azuay al sur de la ciudad de Cuenca, en las inmediaciones de Nabón y Cochapata es del hallazgo por parte de un grupo de ingenieros de la ciudad de Quito, quienes realizaban prospecciones mineras en la zona de una pequeña iglesia cuya decoración exterior presenta un sinnúmero de elementos típicamente judíos haciéndola parecer una pequeña sinagoga.

Y aun cuando el toponímico Nabón no ha sido debidamente estudiado, es muy sugerente que se corresponda con un apellido típicamente sefardita y que lo llevaba uno de los últimos presidentes del estado de Israel el Dr. Isaac Nabón.

Algunos Patronímicos Hispano-Hebreos según Pablo Link.

Ahad	Acosta	Aguirre	Alvarez
Acevedo	Aguilar	Alvarado	Andrade

<b>Arellano</b>	<b>Duran</b>	<b>Melo</b>	<b>Ramos</b>
<b>Bernal</b>	<b>Enríquez</b>	<b>Martínez</b>	<b>Ramón</b>
<b>Barrios</b>	<b>Espinoza</b>	<b>Medina</b>	<b>Ríos</b>
<b>Barros</b>	<b>Farfás</b>	<b>Mejía</b>	<b>Robles</b>
<b>Bueno</b>	<b>Falcón</b>	<b>Miranda</b>	<b>Rojas</b>
<b>Baz</b>	<b>Fárez</b>	<b>Méndez</b>	<b>Romero</b>
<b>Cáceres</b>	<b>Fernández</b>	<b>Mendoza</b>	<b>Rodas</b>
<b>Calderón</b>	<b>Flores</b>	<b>Medina</b>	<b>Rosas</b>
<b>Calle</b>	<b>Franco</b>	<b>Mercado</b>	<b>Rosales</b>
<b>Cabrera</b>	<b>García</b>	<b>Montesinos</b>	<b>Rodríguez</b>
<b>Campos</b>	<b>Galván</b>	<b>Morales</b>	<b>Sánchez</b>
<b>Carbajal</b>	<b>Garzón</b>	<b>Moreno</b>	<b>San Martín</b>
<b>Carmona</b>	<b>Girón</b>	<b>Muñoz</b>	<b>Santos</b>
<b>Castillo</b>	<b>Goyes</b>	<b>Navarro</b>	<b>Sarmiento</b>
<b>Castro</b>	<b>Gutiérrez</b>	<b>Nieto</b>	<b>Soler</b>
<b>Correa</b>	<b>Heredia</b>	<b>Núñez</b>	<b>Solís</b>
<b>Carballo</b>	<b>Herrera</b>	<b>Ortega</b>	<b>Toledo</b>
<b>Costa</b>	<b>Hernández</b>	<b>Ortiz</b>	<b>Torres</b>
<b>Cordero</b>	<b>Huesca</b>	<b>Osorio</b>	<b>Ulloa</b>
<b>Cobos</b>	<b>Iñiguez</b>	<b>Pacheco</b>	<b>Vargas</b>
<b>Córdoba</b>	<b>Jiménez</b>	<b>Pardo</b>	<b>Vázquez</b>
<b>Coronel</b>	<b>Jordán</b>	<b>Palma</b>	<b>Vega</b>
<b>Cortes</b>	<b>Joya</b>	<b>Paredes</b>	<b>Vidal</b>
<b>Costa</b>	<b>La Mar</b>	<b>Paz</b>	<b>Vicente</b>
<b>Crespo</b>	<b>Lara</b>	<b>Peralta</b>	<b>Zamora</b>
<b>Dávila</b>	<b>León</b>	<b>Pereira</b>	<b>Zapata</b>
<b>Delgado</b>	<b>López</b>	<b>Pérez</b>	<b>Zegarra</b>
<b>Díaz</b>	<b>Luna</b>	<b>Pinto</b>	<b>Zavala</b>
<b>Duarte</b>	<b>Maldonado</b>	<b>Prado</b>	<b>Zacoto</b>
	<b>Galante de Vega</b>		

Es menester destacar que este listado contiene algunos los patronímicos que ostentaban y ostentan por igual los judíos sefarditas y los marranos y que fueron adoptados en su momento

de aquellos que a fines del medio evo los usaban ya los cristianos viejos.

En los anales de la Inquisición peruana y sobre todo en aquellos que hacen alusión a "La Gran Complicidad" estos apellidos suelen ser muy socorridos por los miembros de la comunidad marrana de Lima.

El hecho de poseer uno de estos apellidos no da una certeza absoluta de que se sea descendiente de los judeoespañoles.

Pero en este estudio hemos utilizado, diversas variables; no solamente, apellidos, sino también profesiones, refranes, usos y costumbres, tradiciones populares, y desde luego la mayor o menor utilización de los nombres bíblicos asociados casi siempre a patronímicos de muy probable raíz sefardita. Lo cual constituye un verdadero rasgo síquico y social de los marranos, quienes preferían dar a sus hijos nombres tomados del antiguo testamento. (7)

Este estudio se realizó en lugares donde la tradición y el recuerdo los señala como centros de refugio y recogimiento judío.

Tomado como muestra el empadronamiento de 1871 cuyos datos reposan en el Archivo Nacional de Historia y estudiándolos de manera aliatoria, se han analizado las parroquias de El Sagrario, San Sebastián, El Valle y San Blas.

Revisando los datos del Sagrario encontramos que familias como los Cordero, los Sánchez, los Vidal, los Cobo, los Palacios, los Córdova o los Cabrera han preferido nombres como Daniel, Isaac, David, Elías, Eliceo, Benjamín, Micaela, Betsabé o Rosalía.

En la parroquia San Sebastián se reproduce casi con exactitud el fenómeno encontrado en el Sagrario, con el aditamento de que aparece el apellido "Capón", que es de segurísimo origen sefardita, este apellido dio origen a las familias Salinas y

---

(7) El Aporte Judío al Descubrimiento de América. Pablo Link, pg. 29.

**Arias-Dávila tan famosas en la conquista y colonización de Loja y Castilla de Oro.**

En la parroquia El Valle encontramos otro dato muy curioso que consiste en la presencia de una familia de apellido Damián, apellido éste de clarísimo origen judío como lo eseveran varios genealogistas.

En la parroquia San Blas nombres bíblicos como David, Daniel, Ezequiel, Jacoba y Micaela van unidos a apellidos como Coronel, Flores, Sanmartín, Palacios, Vélez, Segarra y Vidal casi todos ellos de profesión sombrerero, herrero y platero.

Resulta muy claro que la conciencia de este origen, ha ido siendo borrado por el temor, el tiempo y la condena social que ha pesado sobre el pueblo judío por un supuesto delito de deicidio, delito y condena que fueron suprimidos ya por el concilio Vaticano II.



## **EL ROSTRO DE LA CRISIS**

**IVAN GONZALEZ AGUIRRE**

**Elucubraciones nacidas de la ira y la impotencia ponen rostro a la pobreza en un juego de supuestos frente a la sociedad desmoronada, de imágenes que pasan y se estrellan como pe-tardos, de formas fosforescentes, de luces de bengala.**

**La crisis económica, social y moral en la que la voracidad de banqueros, exportadores e industriales sumió al Ecuador, no tiene rostro enraizado en el pasado. Cerros y cascadas divinas, maternidad enaltecida, truenos y rayos hermanados con los hombres, dioses traviosos, pueblos nacidos de celestiales animales alados y reptantes terrenales, poco dicen del irrespeto, el engaño y la mentira. La crisis tiene rostro actual, cambiante, de chispas fugaces, incapaces de terminar con las tinieblas, encender una luz, fomentar la esperanza.**

**Luces efímeras dibujan rostros con los rasgos del mandatario vanidoso, caballero de armadura y lanza en ristre, paladín de los banqueros, dispuesto a terminar con la pobreza matando de hambre a todos los pobres, cruzado servil y deslustrado ante los amos. Ineptos detractores de un Estado al que acuden para esquilmarlo en todas sus dificultades.**

**De industriales con mentalidad feudal, señores sin señorío,**

burgueses fuera del burgo temerosos de competir con quienes imitan, mala parodia de los dueños del mundo, acosados por los cadáveres torturados de la vía perimetral, fatuos constructores del malecón 2000, año del fin de siglo que no alcanzaron.

La imagen cambia, pierde contronos, se difumina y sustituye por la rubicunda faz del avaro banquero, hábil manipulador de todas las formas de especulación y "chulco", voraz receptor de riquezas, esquilador tenaz sin escrúpulos, capaz de disponer de los ahorros de quienes confiaron en él, para salvar de la quiebra a sus empresas mal administradas.

Un destello Irumpe, cambia el escenario, aparece el rostro del exportador que sintetiza a todo el grupo de los depredadores de manglares, envenenadores del ambiente, negociantes de la vida para vender fuera los productos muertos. De los principales gestores de las devaluaciones monetarias.

Centellean formas, van y vienen, se fragmentan, unen y bifurcan. La crisis tiene muchos rostros, conocidos los más, incógnitos y lejanos los de quienes dictan las normas para agudizarla, sin prestarnos siquiera sus rasgos. El rostro de la crisis tiene formas de ineptos diputados, policías y funcionarios corruptos, generales de un ejército que perdió su razón de existir, traficantes de tierra, historiadores oficiales, periodistas vanales, asesinos a sueldo, racistas camuflados, en fin de todos los que lograron colocar al Ecuador entre los diez países más corruptos del planeta, de los que remataron su alma, fomentando el abandono de la tierra, la pérdida de valores, la incertidumbre, la pobreza generalizada.

Las múltiples formas del rostro de la crisis, también alcanzan a quienes la soportan, a los desesperados, víctimas silenciosas de una situación que no la provocaron, a los trabajadores de salario congelado, a los labriegos del minifundio destrozado, a los pobladores de las barriadas, a los mendigos, a los informales, a los niños de la calle.

El rostro de la crisis rural, de la particular crisis rural de

esa pequeña localidad enclavada en el confín de la provincia del Azuay, de la crisis de Paute, es un rostro femenino alejado de los modelos de belleza difundidos por las propagandas de los inútiles productos necesarios para ser un buen ciudadano. Un rostro ajeno a las propuestas feministas importadas de Europa para enriquecer un reducido grupo receptor de dólares y repartidor de centavos. Ausente de seminarios para combatir la pobreza realizado en hoteles de lujo con pobres resultados. Un rostro reformado por la angustia de los hijos con hambre, marcado por la crudeza de la vida con surcos profundos heredados de la tierra seca y resquebrajada. Rostro prematuramente envejecido de las mujeres niñas que ofrecen lo mejor de sus vidas para cultivar las flores de la riqueza lejana.

Rostro esculpido por cientos de niñas hollando con sus pies los chaquiñanes de los cerros en las madrugadas, trabajadores de 12 horas diarias, sin poder vestir uniformes de colegialas. Los sabios del libre mercado descubrieron su fortaleza para resistir los efectos de los potentes fungicidas usados para eliminar las plagas y por eso son empleadas.

Niñas/mujeres poseedoras de salarios, nervios destrozados y embarazos tempranos.

Por esposas abandonadas, sacrificadas en aras del sueño de obtener algún salario, madres de niños pequeños, cuidando el maíz y la chacra, mujeres acosadas por deudas usureras obtenidas para el incierto viaje del hombre de la casa, por autoridades buscando embargos, por suegras dispuestas a arrebatar las remesas enviadas, por las murmuraciones crueles del vecindario.

Esposas esperanzadas en los primeros meses del año, cuando los compañeros vuelven de la zafra, mujeres sin esperar a quienes partieron fuera de los límites de la patria.

Mujeres de hierro, artesanas, agricultoras, amas de casa.

Por ancianas de cicatrices de surcos de tierra, mujeres solitarias de piel apergaminada, de manos callosas de escarbar

la tierra en busca de raíces alimentarias, de mirada vacía y cansada de tanto escrutar la nada. Engendradoras de hijos que se marcharon, compañeras de esposos que murieron, parientes de recuerdos esfumados.

Ancianas de vida gastada, de ilusiones rotas. Abandonadas.

Por las mujeres del centro cantonal viviendo la paradoja de sueños urbanos anclados en labores rurales, mujeres de supermercado vendiendo hortalizas en los mercados. Señoras de cartera y tacón, atacadas por fantasmas de feudos perdidos, arranchando productos de la tierra ajena para revenderlos en busca de sustento. Mujeres de quejas continuas, de reclamos permanentes por la desaparición de la "gente", puesto que los campesinos no se asimilan a esa categoría.

Mujeres, todavía presentes, viviendo en el pasado.

Por las tejedoras de manos callosas y hábiles para la constante tarea de dar forma a objetos de lana y paja. Eternas trenzadoras de la fibras sin posibilidades de descanso, destinadas a cumplir el encargo mientras caminan por veredas, atienden los hijos, para obtener muy poca paga.

Por las asiduas asistenteas a asambleas y mingas de trabajo. Mujeres con mirada decidida aprendiendo a discutir sobre cuestiones hasta hace poco vedadas, diestras en el uso del azadón y la pala para cavar los surcos, para levantar dar forma a las obras olvidadas.

Por las mujeres aceptadas en los bancos. Cholas de pollera recibidas por gerentes en forma amable. Hábiles concededoras de las transacciones bancarias en moneda extraña. Mujeres que reciben remesas de dólares y deben administrarlas.

Por las peladoras de maíz de manos agrietadas por la cal, errantes recolectoras del grano de oro para llevarlo limpio a los mercados.

Por las madres pobres que engendran vida sin recibir nada.

Por todas quienes cansadas de la miseria, decidieron tomar el futuro en sus manos, uniéndose en comités, formando una red

para compartir y producir, para buscar frutos nuevos en huertos, viveros, invernaderos, rompiendo la tradición, desechando los rumores maliciosos de los conformistas y las amenazas de los esposos distantes para, sacando tiempo de su escaso tiempo ir paulatinamente llenando con semillas de vida los surcos de la esperanza.

Por todas las mujeres que caminan con certeza portando una tenue llama en la oscura noche del desencanto.

El rostro de la pobreza rural, en Paute tiene destellos emanados de las mil imágenes de niñas todavía frescas, de ancianas añejas, de mujeres valientes, trabajadoras, jefas de hogar.

**Marzo de 1999**



## **SEGUNDA PARTE**

**(Crónicas y Relatos)**



## **CRONICAS DE CUENCA**

**ANTONIO LLORET BASTIDAS**

### **DEL PATRIARCALISMO LITERARIO DE FINES DEL SIGLO XIX A LAS LUCES DE BOHEMIA DE COMIENZOS DEL SIGLO XX, PASANDO POR ERNESTO LOPEZ Y ENMANUEL HONORATO VAZQUEZ Y AL FINAL DE LA CRONICA LAS LUCES DE LA OTRA BOHEMIA**

En donde se cuenta lo que ocurrió en Cuenca cuando periclitaba el Romanticismo y el Patriarcalismo Literario que se resistió a morir ante el anuncio de las Nuevas Escuelas y de la última batalla que libró y de la recia oposición al Modernismo de Rubén Darío; y, en seguida la presencia de los Panidas Modernistas, casi presididos por el Premodernista Ernesto López y el desfile novedoso de los cantores de "Philelia" y "Austral" que encendieron las luces de la bohemia, todos ellos artistas y bebedores refinados, mientras en las calles del barrio deambulaban los poetas de la otra bohemia, bebedores de aguardiente.

## CRESPO TORAL Y RUBEN DARIO

**El Patriarcalismo Literario de finales del siglo XIX y comienzos del Veinte —representado por Don Remigio Crespo Toral— libró antes de perderse entre el oleaje de los tiempos nuevos su última batalla contra el Modernismo Rubendariano.**

Entre abril y mayo de 1893 apareció el primer número de "La Unión Literaria" de Cuenca, que se editó bajo la dirección compartida de Miguel Moreno, Honorato Vázquez, Remigio Crespo Toral y Alberto Muñoz Vernaza, poetas, escritores y literatos del siglo anterior que para entonces (finales del siglo XIX) y en las primeras décadas del actual, dirigían la labor cultural del Azuay, la mantenían activa por los caminos del Romanticismo, al mismo tiempo que atisbaban con más o menos curiosidad e inquietud el advenimiento del Modernismo, luego de que ciertos aires premodernistas habían cruzado raudamente por sus predios líricos, motivándoles preocupantes actitudes: es que en Cuenca el patriarcalismo de Crespo Toral imperaba por sobre toda cuestión.

"La Unión Literaria" ganó prestigio desde el primer momento, tomó vuelo y se hizo de crédito intelectual en todo el país. Un crítico norteamericano de reciente y acreditada data, residente entre nosotros, M. H. Handelsman, pretendía darle un toque modernista a la revista de Cuenca, aunque en verdad no hay tal. Ciertos inamovibles cánones tradicionalistas predominaron en sus páginas que aparecieron con mucha puntualidad —cada mes— durante muchos años. En "La Unión Literaria" pudo observarse en uno de sus colaboradores, don Roberto Espinosa Albán, algún empeño por darle un aire modernista a la crítica en torno a esta escuela literaria en boga entonces en

nuestro Continente, y a partir de los años Veinte en el Ecuador, bien es verdad que otro de sus redactores, Don Remigio Crespo Toral (Stein), se aferraba a la escuela antigua tradicional y se burlaba buenamente del léxico lírico rubéndariano.

Y, efectivamente, apenas se abre la revista en los números 2 y 9 de mayo y diciembre de 1893 el poeta Crespo Toral en su extenso artículo "Los Parnasianos en América", encasillado dentro de la más pura y extrema ortodoxia rompe lanzas contra la Escuela Modernista y sus discípulos y califica a la primera de "pública dolencia" y de profusión del mal"; y, a los segundos, de "rebeldes a todo ideal" y de "parnasianos decadentes que formaban la escuela del mármol que no pasaba de ser una arrogancia mal nacida".

### **Batallas de Pluma y Poesía**

"La Unión Literaria" fue la más importante publicación periódica entre las revistas cuencanas de 1893 en adelante. Se mantuvo hasta 1937. Hubo dos épocas de la revista muy bien marcadas: la una, desde su aparición (abril de 1893) hasta enero de 1917; y, la otra, diez y nueve años después, desde abril de 1936 hasta junio de 1937. Ya en esta época tomaron la posta otros literatos, puesto que tres de los cuatro fundadores habían muerto. En los años actuales el Banco Central del Ecuador hizo una edición facsimilar de toda la revista.

Las páginas de "La Unión Literaria" se constituyeron en una a manera de enciclopedia de informaciones literarias y culturales, contando —como contó— con la colaboración de los hombres de letras de Cuenca —los más conocidos y leídos— como Rafael María Arizaga, Adolfo Benjamín Serrano, Roberto Espinosa Albán, Julio María Matovelle, Gonzalo Cordero Dávila, Ernesto López, Remigio Romero León, Remigio Tamariz Crespo, Manuel María Ortiz; y, entre los nacionales estuvieron Pablo Herrera, Numa Pompilio Llona, Juan Abel Echeverría, sin que

faltara alguna que otra página de literatura americana y española.

Con "La Unión Literaria" vinieron otras revistas, calificadas algunas como premodernistas, que causaron novedad y dieron tema para polémicas y discusiones. Estuvieron "Páginas Literarias", "Philelia" y "Austral", sobre todo las dos últimas, correspondientes a los Años Veinte, a las que ya podría denominárselas como Modernistas y que ganaron —con las plumas de Enmanuel Honorato Vázquez, Alfonso Moreno Mora, Rapha Romero y Cordero, Cornelio Crespo Vega, Héctor Serrano— entre los más decididos— una refinada batalla y en buena lid de pluma y poesía— una batalla grande: pues, dichas revistas se impusieron a todo el tradicionalismo cuencano, viejo de edad y de laureles, a pesar de que "Philelia" y "Austral" tuvieron vida breve.

Atrás quedaban las páginas de "La Unión Literaria" que, en fin de cuentas abrió un camino, señaló un ideal, luchó por mantener como una fiesta de la égloga virgiliana los idilios y las leyendas a la sombra de los árboles seculares de la comarca e hizo todo lo posible por detener el ímpetu de las nuevas corrientes. Ahora, a la distancia de más de cien años de su nacimiento, el Cronista crítico de estas páginas asevera que "La Unión Literaria" fue una clara expresión del Romanticismo casero que —al fin— caballerosamente, cedió el paso a los poetas bohemios de los Años Veinte, cultores del Modernismo, aunque no dejara de hacer alguna mueca antidariana antes de perderse entre el oleaje de los tiempos nuevos.

### "La fórmula dorada del hastío..."

En las páginas de "La Unión Literaria" lució la maestría de Don Remigio Crespo Toral con una prosa de gran estilo, ática, sonora, bien construída. Sus ensayos críticos los firmaba con el seudónimo de Stein y ellos —en gran parte— se dirigieron

a combatir el Modernismo y a su porta-lira, Rubén Darío, a pesar de que uno de sus redactores, Roberto Espinosa Albán, excelente traductor de clásicos y modernos de Europa y América, se empeñaba en dar a "La Unión Literaria" un cierto aire de Modernismo.

Pero no: la prosa de Crespo Toral en su extenso artículo, "Los Parnasianos en América", encasillado dentro de la más pura ortodoxia, rompía lanzas contra la Escuela Modernista del arte y las letras y contra sus corifeos y discípulos. Y así en el auge de la Escuela, las afirmaciones del autor de "Mi Poema" y "Leyenda de Hernán" resultaban rotundas en defensa de los viejos ideales, con epítetos contra el Naturalismo y las orgías —decía— del pensamiento: contra las nimiedades de la corrección clásica, los laberintos de la imagen, el desliamiento de los colores, las sonoridades verbales sin sentido; y, contra todo lo falso, lo convencional, lo efímero, la incoherencia y el desequilibrio moral. Y allí se iba contra el Modernismo Dariano que afirmaba ser "la fórmula dorada del hastío"... Y entonces, en su revista de hace más de un siglo, Don Remigio Crespo Toral vino a trinar contra los Parnasianos criollos y contra los decadentes de América y anacrónicos seguidores de Rubén Darío, a quien acusaba de ser el gran desfigurador de la imagen y el causante de que los poetas nativos se atreviesen a imitar a Verlaine, renegando de todas sus tradiciones.

Y así, en el auge de la Escuela, el crítico afirmaba que el Modernismo significaba el malestar y la dolencia intensa del espíritu y acentuaba en seguida de una manera acre que "el Modernismo Dariano era la fórmula dorada del hastío".

"En el desorden del banquete —clama Crespo Toral— se blasfema, se ama, se canta y se maldice, todo a un mismo tiempo... Y se busca lo raro, lo erótico, lo extravagante y se acude al envenenamiento del absintio y a las convulsiones de la neurrosis...". Frases con las cuales se declaraba la guerra abierta al Modernismo Dariano desde las páginas de "La Unión Literaria".

Don Remigio Crespo Toral, patriarca literario de fines de siglo y de comienzos del nuevo, llamaba a la gente de letras a cantar el progreso, a vaticinar los destinos excelsos de la humanidad y a tomar a la sencillez de la Naturaleza, pero sin acudir para ello a encenderse en los brazos pagánicos ni a morir en el frío marmol de Venus. Y entonces en su revista vino a trinar contra el Parnasianismo y contra Rubén Darío y contra todos los seguidores de aquel arte artificioso. . .

"Rubén Darío —anota— pudiendo hacerse imitar prefiere reunir en sí todas las extravagancias del arte degenerado de su siglo. Decadente o pseudo-clásico, amanerado, oriental, heiniano, sus obras —ora platos japoneses de colores rabiosos— ora torsos antiguos desfigurados por el descuido y el desenfado—, pasarán a la patología literaria como triste ejemplo de los absurdos de la imitación y los estragos del contagio. . . "Claro que encanta la música de las palabras —dice Crespo Toral de Rubén Darío, blanco de su furor crítico—, pero esa música (rubendariana) está ejecutada por un esclavo con librea que no tiene la cara fresca y lozana de la originalidad, sino los colores de la careta. . .". Y al tiempo que castiga con la palmeta del monitor, caen bajo su férula, junto con Darío otros poetas parnasianos como Francisco Gavidia, Martínez Luján y Justo Facio. Y en poco está de calificar de africanos a los franceses llamándoles helenistas de segunda y tercera clase. . . Tal fue un día de batalla de Crespo Toral en Cuenca contra Rubén Darío de Nicaragua.

## II

### ERNESTO LOPEZ

**El último de los románticos de Cuenca y el primero de sus poetas modernistas literarios. Ernesto López, vivió en eterno connubio amoroso con la Poesía e innovó el lenguaje con giros inesperados.**

## **Poeta y prosista renovador**

¿Quién fue Ernesto López Díez? A ciencia cierta, nunca se supo ni el lugar ni la fecha de su nacimiento, que el poeta —tenazmente— se empeñó en ocultar. ¿Lugar? Posiblemente Azogues de donde eran oriundos algunos de sus antecesores. Tal vez Cuenca. Acaso —con algo de seguridad— en una de las haciendas del cantón Girón, en el Azuay. ¿Fecha? Acaso en 1860, o quién sabe si entre 1870 a 1875. La cédula de identidad que alguna ocasión estuvo en nuestras manos, no mostraba ningún dato ni de fecha ni de lugar: estaban borrados. Lo único cierto es que vivió solo toda su larga vida en Cuenca y en Cuenca murió —solo— en 1963. Alguien aseguraba que alcanzó los 103 años de edad. De esos dilatados años, muchos los dedicó al ejercicio de las letras y el arte y algunos a la filantropía.

Su casa de Cuenca era una casa no solariega, más bien un tanto suntuaria, mejor se diría —solitaria—, con patio, huertos y ático, convertida en curioso invernadero. En el patio pequeño y delantero se alzaba sobre un plintio un pequeño obelisco casero para el ave solitaria, el águila caudal de las alas abiertas (escultural), como símbolo de su propia existencia: la soledad del literato y artista que invitaba cada año a celebrar en su salón la "Fiesta Primavera de la Poesía". Hoy, esa casa suntuaria de ayer, está en ruinas, ya casi en vísperas de venirse al suelo y cerrada para siempre, pertenece a la "Sociedad de Beneficencia San Vicente de Paúl": la habita solamente el polvo del olvido y la muerte.

Mientras vivió su dueño la casa no dejó de ser la casa del poeta López. Viéndolo pasar por nuestras calles, siempre pulquérrimo, con flor en el ojal de la solapa, sombrero arriscado bajo el brazo, la cabeza descubierta con pelo brillante, negro y lamido, ocultando en el findo del rostro ajado por los años una suerte de silente sonrisa y un gesto de desdén por las cosas vulgares de la existencia, apenas si se le podía dar un poco más

de los setenta años: parece que defendía a capa y espada el don de la eterna juventud. Ya lo dijo él mismo:

¡Qué bueno es Dios, qué bueno!  
El no me da mujer  
para que sobre el sol me alce,  
pero me da el poder  
—inmunizando mi alma de otoño y de nevadas—  
de soñar y soñar en la eterna adorada.

Y dijo haber nacido de índole terca y con elan de capitán y caballero andante, ser de la misma estirpe de Guzmán el Bueno, de Jasón el Bravo, de Don Quijote y de Escipión y del Gran Capitán; y con toda esa estirpe de varón echada al hombro, un día —un mejor día— la trocó por la estirpe del aeda griego y vino a ser el poeta y el artista que fue.

### **Atico y Gongorino**

Ernesto López en sus páginas fue dueño de una prosa ática, erudita, filosófica, reveladora de su estilo único, estilo cargado de giros nuevos, abrigado con poéticos neologismos, de retruécacos y calemboures, de anaclicos y de invenciones lexicogénicas, de novedades sintácticas y de idiosmos sorprendentes y que le hacían aparecer como un auténtico buceador de secretos idiomáticos, como un creador estilista del idioma: parecía a ratos un gongorino del siglo XIX o del propio siglo Veinte. Era sobre todo poeta en la prosa y en el verso. Y mientras se ocupaba en festejar a la manera griega la "Primavera del Arte", buscaba la manera de dar techo a los desarraigados en casas que eran suyas y las dedicaba para uso de los menesterosos. Ernesto López fue todo esto y un renovador, un anunciador de cosas nuevas: el último de los románticos cuencanos y el primero de los modernistas en nuestra literatura casera.

## **Estética vital**

Ernesto López en el mundo de su poesía fue un señor renovador: post-romántico y anunciador del modernismo cuencano, cuando el Modernismo periclitaba luego de la muerte de Darío en 1916. Riquísimo de imágenes, no hizo otra cosa que vaciar en moldes "lópez-cidistas" el viejo estrofarío, revistiéndolo de giros desconcertantes, conformando una estética vital, labrando su cantera ática repleta de mármoles, de azures, de laureles, de blancuras: su libro mayor se llamó "Versos Blancos". Tiene un blasonario celeste que no se ha dado sino solo en él en la historia de la poesía ecuatoriana de su tiempo. Parecía un malabarista jugando a dos manos con la rima difícil, esa que Valle Inclán, seguidor de Darío, solía elogiar por graciosa, en una especie de cuaderna vía de hace siglos, remozada por este jugar sigloveintino que, además, mostróse —"ex immo corde", como un perfecto ingenioso de la poesía. Esta declaración de amor tiene cierta risa amarillenta, sardónica y es exacta muestra de la rima malabarista y difícil:

"Presto, arda el fuego del nupcial contacto:  
tan largo entreacto acabe, putrefacto:  
Luz, arda el fuego del nupcial contacto;  
dame tu amor en obra verifacto...".

Fue en todo caso un poeta de cristal preclaro, franco admirador de la vida íntegra, un hidalgo sonoro en busca del ensueño, obsedido por lo óptimo y lo sumo, como un oficiante de la vida efébrica, como un natua épico.

"Yo quiero volar,  
jinete, en caballo de crines doradas,  
y piloto en cisne de plumas perladas  
¡por ver tierra y mar!

## Calor Nativo

En "La Unión Literaria" (marzo de 1894) se publicó por primera vez el poema "Chozas y Nidos" de Ernesto López, poema decidor y cabal que expresaba una realidad telúrica y social del indio ecuatoriano, con un lenguaje de elegante parsimonia y pulcritud, como fue pulcra y parsimoniosa la obra de este notable lírico y escritor. Al margen de cualquier preferencia es —sin duda— el más conocido del poeta por ser un canto vernacular y sencillo que puede compartir con el "Rinimi llacta, rinimi" de Luis Cordero la primacía entre los mejores poemas nativistas y terruñales de América indígena por su clamoroso entorno de la realidad del indio ecuatoriano. De "Chozas y Nidos" hemos constatado y conocemos tres versiones distintas hechas, desde luego, por su propio autor en diferentes años: la primera apareció en "La Unión Literaria" (1893-1894); la segunda en el libro "Versos Blancos", sin fecha de edición ni paginación ni lugar (probablemente en Cuenca en 1926; y, la tercera la tomamos de un manuscrito del poeta en un cuaderno de poesías que lleva el título de "Borrador" en cuya portada hay el número romano MCMXXX. Todas estas versiones se componen de cinco estrofas, cada una de cinco versos (líras) con rima, combinados entre endecasílabos y heptasílabos. Solamente los tres últimos versos (que encabezan el poema) en las tres distintas versiones son idénticos. "Chozas y Nidos" continúa tan fresco como una flor, como una rosa del cercado en el camino que lleva a la choza en donde habita y muere el indio:

### CHOZAS Y NIDOS

"Es cada choza un nido vuelto abajo  
Y artístico trabajo!  
Es el nido una choza vuelta arriba.

¡Americanos!... ¿No ha de amarse al indio  
—Pobre lolio que brota de una raza  
En la tumba—, a ese hijo solitario  
Que tiene su calvario  
En ajena heredad y humilde casa?

“Con el mirlo el cantor de las campiñas  
El indio gime entre las secas haces,  
Habita en el peñón de las montañas  
Y a fabricar cabañas  
Le enseñaron las tímidas torcaces.

“Hechas de un haz de paja y cuatro palos  
Alzase acá y allá cual con vergüenza  
—Imitación de un nido— cada choza  
Corónale amorosa  
La cruz que el humo que el hogar inciensa,

“El capulí con sus nervudos brazos  
Verde follaje sobre el pardo techo  
tiende; y, cobijan la pared agreste  
Con amor la silvestre  
Enredadera y el musgoso helecho.

“Y dentro hay algo paternal de América,  
Calor nativo que el recuerdo aviva,  
es cada choza un nido vuelto abajo  
Y ¡artístico trabajo!  
Es el nido una choza vuelta arriba”.

### **Su Poesía**

Su canto fue un canto singular. Lo mismo que su poesía. Vivió en un connubio continuo con ella. Y así formó una vital, riquísima de imágenes, de giros y recovecos expectantes, ta-

raceas y arabescos, rimas y doloras, aliteraciones, retruécanos, palindromos y anagramas. Fue en realidad un precursor titanista:

"Oigo infinitas voces de las cosas:  
cada una dice a gritos:  
Doy para la armonía universal  
yo flor y fruto, yo calor y luz,  
yo miel, yo leche, yo agua, yo atracción,  
yo oxígeno, yo ozono, yo moción,  
yo sonido, yo aroma, yo calor,  
yo el trino, yo el rugido, yo el fragor.  
Pena es decir, yo soy  
más noble que esas cosas, ¿y qué doy?..."

### **Clarín del Indigenismo**

"A encontrar el Valor Hombre" (ensayando la novela y novelando el ensayo) —año de 1926— fue un clarín anunciador del indigenismo ecuatoriano, cuando el indigenismo como movimiento literario comenzaba a dar sus pasos iniciales, antes de "Plata y Bronce" de Fernando Chávez y "Huasipungo" de Jorge Icaza: cuando los indios del Azuay, levantados en quipas —que no en armas— se alzaron con la huega de la sal por las colinas de la provincia y las calles de Cuenca en contra de sus explotadores y de los impuestos que sobre ellos pesaban. El enunciado de la novela a través de su protagonista —un socialista revolucionario— habla de la utopía —entonces— de redimir al indio por la cultura. Y el "revolucionario" asevera: "Si se quiere una Indoamérica briososa, una y típica, los jóvenes socialistas "blancos" tomen de esposas a las Indias y venga la nueva casta...".

En "Chozas y Nidos" —poema centenario— cantó lo vernacular de América y en la novela "A encontrar el valor hombre" proclamó la redención del indio mucho antes de que lo hiciera el indigenismo ecuatoriano de los Años Treinta.

### III

#### ENMANUEL HONORATO VAZQUEZ EL PALESTRITA

**Los bohemios de Cuenca que orquestaba Enmanuel Honorato Vázquez Espinosa eran bohemios de alcurnia, panidas de blasón, noctámbulos y flores tempranas del arte y de la vida.**

#### **Crónica de la breve vida de un artista que se inventó los "puchos"**

Para 1920 —año centenario de Cuenca (de la Independencia) ya estaba en agitación un novedoso y renovado movimiento artístico, alumbrado por luces de bohemia antes no vistas, que se encendían y apagaban, manejadas por las manos de Enmanuel Honorato Vázquez Espinosa, hijo del poeta, diplomático y patriota, Don Honorato Vázquez, el Gran Viejo de la Morlaquía. Enmanuel Honorato vino a ser el dador de muchos dones. Se llamó **Juan de Tarfe** para el arte y las letras. Nació en Cuenca a finales del siglo XIX y durante su breve vida se mostró como un artista múltiple, artífice y artesano. Fue al mismo tiempo un palestrita, un pintor, un poeta, dibujante y también un postalista, un fotógrafo, casi un mecánico, casi un topógrafo y casi un ingeniero. Se agenció de todo para todos. Hizo de todo. Fue un orogénico, como pudo ser un torero, un inventor o un actor. Se inventó la fotografía artística, exclusivamente para las muchachas cuencanas en flor de los años de primavera de los veinte. Se hizo retratista, paisajista, parlero. De tarde en tarde poníase a reparar los motores de los primeros automóviles que llegaron por acá y las máquinas de coser de las costureras de barrio, de las que "dieron el mal paso", como aquellas muchachas del verso de Carriego o de los soneto de Rapha Romero, a quienes quería de veras. Vestía de luces cuando iba a los salones o de overoll cuando iba a los

talleres. Se trazó sobre el terreno el "campo de aviación" para que aterrizara Elia Llut y acaso pudo ser su copiloto. Anduvo de parranda casi todas las noches de luna. Se inventó cosas: para la bebida de los bohemios se inventó el **pirófano**, una pastilla de éter disuelta en la llama azulina del buen zhumir: para la literatura breve se inventó el **puchu**, los **puchus**, prosas amorosas y castizas; para la reunión abracadabrante se inventó sus aquelarres y sus misas negras para el culto al león de España, secuestrado por él de su plinto de piedra del monumento colonial de El Rollo (picota de la justicia), y hasta se inventó la muerte —¡la muerte suya!—, ¡su muerte!—, esa que le salió en una tarde de lluvia, cuando para guarecerse de ella, viniendo de sus quehaceres orogénicos, se metió en choza de indio tabardillero y febricitante, y allí le agarró el contagio y la muerte. ¡Quién como él para haber sido exactamente el personaje ramónvalleinclanescos para una de las Sonatas de las Cuatro Estaciones! y en agarrándola lo llevó por delante con una fiebre tifóidea que su carne atormentada, delicada y pecadora no pudo resistir: murió el 1 de diciembre de 1924, a los treinta años de edad.

### **La hermandad refinada de la bohemia cuencana**

Enmanuel Honorato Vázquez Espinosa, el artista, vivió en París, en Madrid, mientras su padre, el abogado internacionalista, trataba los negocios limítrofes con el Perú en la Corte del Rey Alfonso XIII. Y de Europa se trajo **Juan de Tarfe** algunos pecados, virtudes y novedades que no tuvo sino que desperdigarlos a manos llenas, elegantemente, generosamente, entre la hermandad refinada de la bohemia cuencana. Y en ese oficio delicioso de repartir dones y pecados anduvo ocupadísimo, tertuliano, con pluma y pincel en mano, entre los resplandores de la tarde y las luces bohemias nocturnales, de brazo con Cornelio Crespo Vega, de brazo con Remigio y Ra-

pha Romero y Cordero, de brazo con César Peralta Rosales y Víctor Manuel Alborno y Alfonso y Vicente Moreno Mora, de brazo con el pintor exquisito y morfínmano Héctor Serrano Mosquera, todos oficiantes del arte nuevo, ávido de artísticos quehaceres, modernistas y bersolibristas, buriladores de prosas revolucionarias y de altos decires en verso, opuestos a los viejos cánones del patriarcalismo, en medio de una ciudad y sus vecinos que los veían pasar rumbo al ideal, al voltear de cada esquina, medio abierta las bocas silenciosas y asustadas de los dichos vecinos: eran los poetas de los años Veinte con Enmanuel Honorato Vázquez a la cabeza, con sus capas y sus melenas y el perfil poético de las palabras pánidas, que se reunían a veces en los salones de la Casa de la Calle Larga de Don Remigio Crespo Toral, cuya hija —Rosa Blanca— era la esposa de Enmanuel Honorato, para sus ritos ceremoniales, mientras en el piso de abajo, en otro salón con grandes retratos y arañas de cristal, celebraban su consuegridad —entre copas rebosantes y cristalinas y su antigua cohermandad, Don Honorato y Don Remigio, ya para entonces patriarcales figuras erguidas bajo los dinteles del abuelato.

### **Decadentista, Modernista, Satanista**

Enmanuel Honorato Vázquez Espinosa, decadentista —tal como lo entendía Manuel Crespo Ordóñez—, modernista y satanista, dábase tiempo en esos mismos días para delinear el campo de aterrizaje de Jericó —al sur de Cuenca— en donde se asentó el biplano primitivo del capitán italiano Elia Liut ese día del 4 de noviembre de 1920, en medio del delirio enloquecido de la multitud.

No fue Enmanuel Honorato Vázquez el buen burgués y el caballero de fisonomía elegante, de modales elegantes, de vestir elegante, de perfiles dionisiacos; fue al mismo tiempo un practicante de la más sencilla democracia y así solía vérselo

—según cuentan los viejos vecinos que lo conocieron— metido hasta los codos en los motores y entre las muescas de los molinos y de los artilugios, reparando lo que podía repararse y así pasaba por ser mecánico cuando esa profesión era una novedad sigloveintina. Aparte —claro está— de que sabía del arte de escribir y de poetizar y conversar. Y de ilustrar revistas literarias y editar páginas de arte como en la revista "Austral". Y de abrir su antiguo portafolio de viajero impenitente. Y amar y escribir. Y cuando arreciaba la tertulia en ese salón de los altos de Llerena —cantinero excelente de los buenos tiempos, como el "Gordo Ortiz", su par—, Enmanuel Honorato Vázquez pedía a gritos que Llerena le llenara la mesa de "un bosque de cerveza" porque las verdes botellas vistas así y en conjunto formaban verdaderamente una arboleda.

Fue cierto que supo de todo: habría sido un alquimista de los de la Edad Media. De haber vivido junto al obispo Alberto Magno, pero como anduvo entre las luces de la bohemia de las dos primeras décadas del Siglo Veinte, conoció los secretos de París y sus encantos como de mujer que los divulgó en Cuenca entre quienes, nativos y criollos modernistas, que sin conocer París suspiraban por la cara Lutecia y por el léxico rubendariano, se atormentaron soñando e imaginándose cosas que Juan de Tarfe se complacía en repetir. Tanto se sabía Enmanuel Honorato Vázquez que llegó a ser un anticuario de clase óptima con su museo de cosas antiguas, como alguna vez Abelardo Ardrade, su contertulio, contaba que la sola presencia de esta galería de arte dispuesta con "nonchalante" elegancia obligaba a suspender el aliento. Luis Cordero Crespo en un soneto lo retrató tal cual:

"Trovador y puchista, bohemio y caballero,  
Artista y artesano, pintor y jardinero,  
Catador y noctámbulo, místico y pecador..."

De Enmanuel Honorato Vázquez vale decir que toda aquella su vida señorial, la belleza ideal, el arte, la claridad y todo el señorío que él representó vuelven a surgir, a resurgir como símbolo de la vida bohemia de la Morlaquía intelectual más allá del recuerdo y de la muerte, como que su espíritu vigilara nuestros pasos.

#### IV

### LUCES DE BOHEMIA

En el curso de la última década del siglo XIX (1890-1899) nació en Cuenca un grupo de poetas, artistas y escritores que dieron a la literatura regional un aire novedoso saturado de emociones artísticas que, hasta cierto punto, conturbó el ambiente.

#### Los "Exquisitos Pecadores"

Al final de la escena novena del esperpento de don Ramón María del Valle Inclán, *Luces de Bohemia*, aparece sentado en un café de Madrid Rubén Darío, quien con gesto sacerdotal dice a sus interlocutores ser esta la ocasión para beber por el amigo estelar, y exclama eufórico el poeta de América:

—“¡Bebamos a la salud de un exquisito pecador!”

Y Max Estrella el protagonista, responde con el mismo tono eufórico:

—“¡Bebamos”!

La misma escena habría podido darse, allá, por los Años Veinte, cuando reunidos en Cuenca en el salón de las ceremonias los bohemios de alcurnia al mando de Enmanuel Honorato Vázquez Espinosa, celebraban sus ritos de arte y poesía para aplaudir y beber por la victoria de las Armas y las Letras Modernistas Cuencanas, no siendo otro el exquisito pecador que

don Cornelio Crespo Vega, el poeta de la cojera bayroniana y, por lo mismo, el del empaque bayroniano, a imitación de Lord Byron, autonominado "el gran calavera", que decía sentir que vivimos aunque sea "en el vacío" insaciable... Y no otros los otros exquisitos pecadores y protagonistas que celebraban el oficio de charlar y poetizar en contorno de la mesa que, Héctor Serrano Mosquera, Alfonso Moreno Mora, Víctor Manuel Albornoz, Remigio Romero y Cordero, César Peralta Rosales, Rapha Romero y Cordero y Vicente Moreno Mora —los bohemios— cuyas efigies burilaba en sonetos Manuel Crespo Ordóñez cuando hablaba de la tranquila indiferencia de Alfonso Moreno Mora, o de las cultas, garzules y avatares de los hermanos Romero, o del amor cristiano de Albornoz y de las pupilas dantescas de Cornelio Crespo Vega. Esa era la hora en la que Ernesto Noboa y Caamaño, capitán de los ritos de la nueva liturgia y del mito pagano, rezaba desde algún sitio ignoto:

"Morfina divina, bálsamo pladoso  
para toda herida;  
de los soñadores, dulce prometida  
que nos indemnizas del mal de vivir..."

Cornelio Crespo Vega, "el primer morfinómano ilustre de Cuenca", según lo dijo el doctor Gabriel Cevallos García en una vieja entrevista con Rodrigo Villacís Molina, parecía que venía siempre —y nunca acababa de llegar— de algún jardín luxemburgués o versallesco del París de sus andanzas, cantando a la primavera. Hasta que un día en un hotel de Quito amaneció con el gesto postrero, el rubio mechón de pelo caído sobre la frente dolorosa, Inclinado hacia el lado del sueño ilimita, fijo ya para siempre con el ademán supremo de la muerte.

Dos épocas confluían en 1920: la tradicional del patriarcalismo literario y la del ansia renovadora del Modernismo y la modernidad. En los salones cuencanos de las letras y las artes

de la belleza femenina representada por doña María Vázquez Espinosa y doña Rosa Blanca Crespo Vega, esposa de don Emmanuel Honorato Vázquez, y quien hizo de su dulce imagen de corporal belleza el prototipo de sus creaciones fotogénicas. Ellas eran —entre el florilegio de las lindas damas cuencanas— el alma de aquellas fiestas del espíritu.

Al correr de estos aires renovadores llegó la lucidez de la bohemia intelectual de Cuenca de brazo de los artifices de la contienda por el Modernismo: rutilaban los cielos lares con la fraternidad literaria que se veía y se la vivía como un hecho único y real. Se la respiraba en las tertulias de casa adentro y en las ceremonias celebrantes de cielo abierto. En los salones y en las calles, en la Casa de la Calle Larga de don Remigio Crespo Toral, cuyos hijos y sus amigos eran los de los ritos paganos y en la casa de Llerena —el cantinero— en donde se festejaba la nueva liturgia. Y allí se reunían alrededor de Emmanuel Honorato Vázquez Espinosa:

**HECTOR SERRANO MOSQUERA:** Epígono del arte, artista y morfínmano insalvable, sin tener nada ni deber nada a nadie; poeta noctámbulo, tertuliano de "Austral", rico de emociones sutiles, miniaturista, pintor y dibujante con apariencia de monje medieval. Parecía llevar un Rembrandt en los colores de su paleta.

**ALFONSO MORENO MORA:** Poeta de símbolo baudeleriano para la angustia dolorosa, con sus "jardines de invierno" regados con el agua que flúan de la poesía de Juan Ramón Jiménez y con la desnudez sencilla de la poesía que, a veces, se anestesiaba de elegías con la extraña fragancia de los jardines de flores artificiales.

**MANUEL CRESPO ORDÓÑEZ:** Fino exponente de la vida social, caballero del arte y de las letras, dedicado a la batalla del Modernismo como un ideólogo del Decadentismo. Tuvo

en su vida diplomática los quillates de oro de la buena palabra para pedir —como pidió un día— dormir para siembre bajo el embrujo guatemalteco de una luna maya.

**RAPHA ROMERO Y CORDERO:** Exquisito, frívolo y luminoso; anduvo a la par con Cornelio Crespo Vega de ocloso celeste, sin oficio conocido, pastor de estrellas, glosando a José Enrique Rodó que dijo “de la divina invalidez de ser poeta” y que hubiese tuteado a Rubén Darío en la mesa de un café, en plena tertulia, si hubiese tenido esa oportunidad y si antes no parece ahogado en la mitad del paisaje nocturno con río y luna.

**VICENTE MORENO MORA:** Apareció en el momento del Simbolismo con un hálito decadentista, pero fue activo y tajante en el periodismo combatiente y polémico de sus años jóvenes; prosista de la biografía y la crítica y poeta de la soledad para el cántico de la tierra que afloró en cada uno de sus versos.

**VICTOR MANUEL ALBORNOZ:** Vino desde el Sur, de allá, del Perú y se afincó para siempre en Cuenca desde su primera juventud. Entró de lleno, con una poesía ascética loando a Dios, de paso, en el cenáculo bohemio de los Años Veinte. Después se fue de largo, de brazo con la historia, y contó los avatares de Cuenca, ciudad que le hizo su Cronista Vitalicio.

**CESAR PERALTA ROSALES:** Anduvo con sus cohermanos de canto y prosa por los jardines de la renovación. Conversó largo y tendido con los Crespo Vega, los Romero y Cordero, los Moreno Mora y los Vázquez y Crespos. Fundó revistas nuevas y en los años de la madurez escribió una Catilinaria Igual o mejor a la de Juan Montalvo en defensa de José Peralta, que no tuvo réplica. Figura formidable de nuestra literatura.

**REMIGIO ROMERO Y CORDERO:** El, sí, pastor de rebaños, sonoro y virgiliano, rehusó la invitación de Hugo Mayo para entrar a la renovación lírica y se volvió añorante y presuroso y silvano a cantar la égloga, como una serranilla grande, pretendiendo el Canto Secular que no logró realizar. "Bohemio de natural", dijo de él don Gonzalo Zaldumbide. Y,

**CORNELIO CRESPO VEGA:** Así como abrimos con él —erenciéndolas— las luces de la bohemia, con él cerramos el salón: Sí, ciertamente, no tuvo nada que dar, no tuvo nada que dejar de cosas materiales y vulgares. Solamente quedó de su paso por la transitoriedad de la vida, su vida singular, pasando y paseando por las calles con su cojera a lo Byron, pregonando desde los jardines artificiales la liturgia del verso y la prosa modernista.

Tal fue la bohemia y tales fueron las luces que la alumbraron en los años pródigos del Centenario Cuencano. Bohemios lucentes, combatidos y combatientes, bebedores ilustres que llenaron de sueños la comarca y la cromática sentimental en medio de una batalla que, como todas las batallas, dejó vencedores y vencidos. Pero en el recuento de nuestros avatares los nombres de esa juventud victoriosa no se han olvidado del todo y aquí se quedan en la Crónica, mirando de reojo —benevolentes al Cronista que conoció y trató a algunos de ellos. . .

## V

### **LAS LUCES DE LA OTRA BOHEMIA**

**¡Los bardos, los cantores, los bohemios anónimos de los Años Veinte fueron los de la otra orilla de la bohemia. Y junto a ellos todos los recuerdos y todas las ausencias, los chorritos de luz y los madrigales y todo el madrigal.**

## **Bohemia del subsuelo**

Y mientras se oía el madrigal por las calles de Cuenca sonaban —armoniosas— la guitarra del Ciego Don Eloy Avila y las cuerdas de Víctor Sarmiento y Pepe Chacho, y la orquesta casera del Górho Ortiz, mientras recorría por los barrios —de tienda en tienda, o de cantina en cantina— la silueta íngrima del poeta Víctor Sacoto Castro y —allá, en el hospital viejo, agonizaba la voz e imagen del poeta Bolívar Dávila.

Porque al margen de la bohemia literaria de salón en donde oficiaban los poetas sus ceremonias rituales, entre libaciones de gusto refinado y la laxitud adormecedora y acariciante de los nepentes, hubo otra bohemia —la del subsuelo— la bohemia de cantores y poetas bebedores de aguardiente, la bohemia de las otras luces en donde, pálidamente, mostraban sus siluetas enfermizas y trasnochadas las gentes de letras y canciones que deambulaban por las calles sin salón propio, y los cantores nocturnos de gargantas sonoras y musicales con sus guitarras, bandoneones y violines marcados por el trajín casero o de las cuerdas melodiosas que salían de los barrios familiares y querendones.

Esa era la bohemia de los poetas sin remedio: estaba allí la silueta juvenil, angustiada y pálida de Bolívar Dávila, y más allá la temblorosa efigie de Víctor Sacoto Castro, en cuya mano diestra se marchitaba un clavel; la bohemia cantarina y noctámbula de los artistas músicos de barrio que orquestaban serenatas para las novias de los caballeros: el Chasnacacho, el Pepe Contento, el Largo Arlas, Don Heredia, el Trista Elena. Allí estaba —en las orquestas— en andariego compás tiniebloso del Ciego Don Eloy Avila, caminante solitario por las calles de Cuenca, día y noche, sin tropezar un solo paso, acompañado solamente de su bastón —lazarillo de humildísima madera— sin tiempo que le atormentase. Viéndolo así parecía un murciélago escapado quién sabe de qué súcubo dantesco.

**BOLIVAR DAVILA:** Las luces de la otra bohemia eran esas: en una cama de hospital moría todos los amaneceres Bolívar Dávila, hasta que murió verdaderamente de tisis temprana, vigilado hasta el instante postrero por las voces angustiadas de sus amigos y compañeros de las aulas universitarias. Fue el ayo un canto enfermizo, sin salvación:

“Yo llevo un mal extraño, fatal,  
desconocido,  
y a pesar de ser daño también es  
tentación...  
Es el mal de la vida, del amor y el olvido  
que como una serpiente mordió mi  
corazón...”

Vida breve y trágica: muerto el padre por mano asesina y su madre deambulando al acaso hasta la hora de la muerte, quedó el huérfano al amparo de hogar ajeno, como una flor rodeada de espinas, esencia de lo fatal... Sin embargo, se dio tiempo para izar la bandera roja de la rebeldía. Lo dijo así, frente a su yerto perfil Augusto Sacoto Arias el poeta, olvidándose del yate de la luna anclado a la orilla de un estanque romántico y allí le trincó la muerte mientras trepaba por las luces del alba.

**VICTOR SACOTO CASTRO:** Allí, por un resquicio de las puertas rechinantes y al trasluz de las ventanas solitarias por donde se filtraba un avaro puñado de luz, dejábase ver el poeta casi magro y triste, Víctor Sacoto Castro, insólito bebedor cotidiano, lector de Tagore, cantor ingenuo de las muchachas abandonadas... Caminaba temblando un poco a la luz de la luna de los barrios cuencanos, entre los ramalazos del viento frío de agosto, pidiendo y soñando algo que nunca alcanzaba ni a pedir ni a soñar del todo. Hubo una vez en la que G. h. Mata en alguna carta de las suyas dijo que Sacoto Castro, poeta bohemio,

bebedor de aguardiente, puso una pulquíssima desgracia en su persona hasta que sobrevino el 19 de agosto de 1937 que fue el día del naufragio en la muerte... Durante su tránsito tras-humante fue periodista de mísera soldada, íngrimo, manso, pusilánime, triste, como un Verlaine criollo sin prisiones ni hospitales, ambulando tímido en busca de una copa, vestido con traje de ángel gris de quién, ¿quién se acuerda ahora...?

Entre los recuerdos difuminados de nuestra infancia escolar parece que vemos al poeta bohemio, Sacoto Castro, deambulando de estanquillo en estanquillo, repitiendo entre dientes el verso final de algún soneto apenas esbozado, y así se dibuja y se desdibuja en nuestra memoria su silueta aperfilada y triste —viéndola como si la viéramos— al fondo de una neblina, con manos temblantes, llevando un papel de estrasa en la diestra, y en la otra, en la siniestra, una rosa ya marchita y un clavel degollado, siempre en trance de cotidiano bebedor, saliendo del estanquillo de las señoritas Maldonado, oyéndole decir:

“Tiene tanta dulzura mi bohemia,  
que me parece que hasta Dios me premia  
poniendo esta tristeza en mis pupilas...”

### **Los Cantores**

Y del otro subsuelo del barrio salían nocturnales los cantores de las serenatas con sus guitarras criollas y sus voces de tenores que estremecían de puro armoniosas las calles silenciosas y el alma enamorada de las quinceañeras de los Años Veinte y de los Años Treinta. Esas voces de la música de la bohemia eran las voces de nuestros cantores: la voz y la guitarra de Don José Alberto Chacho. Los trasnochadores empedernidos que fueron la expresión cabal de nuestro arte y de nuestra música. Y al filo de la medianoche volvía a su refugio —la casa vieja de cerca del mercado de San Francisco— el

Ciego DON ELOY AVILA, mascando el pucho del tabaco aguardentoso, caído el labio de abajo, con la salutación a medias para Doña Purificación Avila —~~MamaPura~~— que era como la musa vejancona de los músicos aprendices: toda la casa de Don Eloy Avila olía a malanoche, a colilla de cigarrillo, a copa de aguardiente con mosca, y allí dormía la música y se despertaba la música después de cada celebración báquica, diurna, vespertina y nochernlega.

¡Esas fueron las otras luces de la otra bohemia!



## BIOGRAFIA DE SAN ROQUE

EUGENIO AGUILAR A.

Uno de los fenómenos más acusados en la evolución urbana de Cuenca, ya avanzada la segunda mitad del siglo que termina, es su crecimiento, la expansión hacia las zonas marginales. Se ha dotado a la periferia de los adelantos y servicios modernos, se han cerrado los espacios abiertos, la nueva arquitectura —no siempre de buen gusto—, la ausencia definitiva de los pájaros conspira contra el alma de los barrios.

El recuerdo ha grabado en mi pupila la imagen de San Roque, desde el Vado a Yanuncay, la recta carretera polvorienta que dividía el paisaje en dos, las **calles viejas** laterales, las cercas de piedra y pencas de un verde azulado, las casitas de adobe enjalbegadas de cal, una que otra villa de construcción presuntuosa, y la añoranza despierta los mejores y entrañables recuerdos, de cuando este apéndice urbano, unido a la ciudad por el estrecho paso del centenario puente (también desaparecido) era la estación "veraniega" de Cuenca, en donde pasaban sus vacaciones las familias poseedoras de las mejores quintas del sector; Manuel Muñoz, que en su juventud fue un vecino de San Roque, solía decir con su afilada ironía, que ahí aprendió G. Humberto Mata a conocer al indio, por la proximidad entre el vacacionista acomodado y el hombre de la **llacta**. Era, además, el refugio de fin de semana de la bohemia que cansada de la

vida "municipal y espesa" del centro, rompía la rutina cotidiana en el aire puro de la campiña o echaba su cana al aire en las acogedoras cantinas, con patio y huerto, ante el sorbo reconfortante que trastrocó el nombre del barrio e hizo que sus habituales le llamaran "san draque", que ha sido siempre el indispensable bajativo del cuy asado.

Era San Roque —o "san draque"— barrio de abolengo. Su población estable lo constituían labradores semlurbanos, artesanos, chazos robustos, laboriosos y honrados; cholas emperifolladas, guapetonas y cimbreantes y uno que otro "caballero" de corbata y de ocupación burocrática. Ahí vivió, escribió y sembró nuevas especies vegetales, el viejo Luis Cordero, el Grande; en la misma casa se establecería después su hija Aurelia casada con Remigio Romero, y sus hijos Remigio, Luis, Rapha, Pepe y Paco Romero y Cordero. ¡Cuánta poesía antológica se escribiría en aquella espaciosa mansión, con sus salas grandes, su largo balcón con arquería que simulaba sostener el peso del alero! En la misma casa, justo en el arranque de la calle vieja que luego se bautizaría con el nombre de Lorenzo Piedra, frente al templo colonial, perfumada por el árbol de alcanfor y otras variedades botánicas; ahí mismo, vivió en su juventud Manuel Muñoz Cueva, el Chugo Muñoz, uno de los grandes de nuestra literatura comarcana. No es improbable que su paz reconfortante le inspirara los mejores "Cuentos Morlacos". Y pasado el tiempo, en casa de portal y galería alta, vivió José María Astudillo Ortega y en ella escribiría sus amenas narraciones o compondría su música. Las notas salidas de su viejo piano ponían música a la calma nocturna del vecindario.

Pasando el puente del Vado, a la derecha, como quien va al sur, comenzaba la parroquia en una manzana irregular de construcciones de aspecto urbano, entre la calle Eloy Alfaro y otra calle vieja, la General Escandón de ahora, paralela al río hasta San Joaquín y sus campos floridos. Ahí vivía el Capitán Idrobo, que envuelto en su antiguo capote militar, salía las no-

ches a cazar gatos con su carabina. Ful algunas veces su comensal, posiblemente en compañía del músico Rafael Carpio, el **sucho** Carpio, muy amigo de la casa; una casa con novedades raras entonces, pues tenía un receptor de radio —hace más de sesenta años— una ortofónica de enorme y elegante mueble, con todos los discos entonces en boga, desde "La Mapa Señora" al "Amorcito Consentido". Y, por supuesto, algo muy frecuente en la Cuenca de entonces, un gran piano, frente al que no era rara la ejecución de un maestro: Alfonso o Mariano Estrella, Rafael Carpio, Pancho Paredes.

Y más allá la plaza y templo, escenarios de la devoción de las gentes y de su humor festivo, porque junto a la oración y al canto en la iglesia, la cohería de los fuegos artificiales y la música de las bandas del pueblo ensordecían el ambiente y cubrían la algarabía del entusiasmo popular. ¡Ah, las celebraciones tradicionales del barrio: el jubileo, con castillo grande; la Navidad y sus tonos del Niño, la Semana Santa y el pantagruélico banquete de los "Llaveros" de turno, en blancos manteles tendidos en el portal o el patio de las casas amigas, y el goloso ofrecimiento del prioste mayor, generalmente un hombre de la tercera edad de prominente vientre, cruzado con una cinta morada a manera de escapulario.

Y el recuerdo me lleva por el sur, entre las casas de portal y galería de la izquierda y los cultivos cercados del frente hasta la lechería atendida por las hijas del señor Semería, e inmediatamente la "Escuela Caída", un solar abierto donde alguna vez funcionó la escuea del barrio, venida al suelo y convertida ahora en **huasha**, con una vegetación frondosa que cubría discretamente, los requerimientos propios del sitio. Y que no se denigre al barrio por mantener al borde del camino un **huasha** para las necesidades del usuario común. Piénsese antes en que ese infecto y repugnante exterior era, en la Cuenca de entonces, que no disponía de alcantarillas y ni siquiera de servicios higiénicos en las casas, un servicio a la comunidad. Todo barrio

que se estime debía tener su propio huasha, y con más razón los barrios periféricos. Vencido ese mal paso, venían los chalets nuevos levantados por ese incansable modernizador de la ciudad que fue el "turco" Miguel Deidán, un libanés que edificó viviendas baratas en el centro, y en San Roque algunas villas elegantes y con pretensión innovadora, como la villa Beirut, por ejemplo. Al otro lado se extendía, en un gran frente, la Quinta Guadalupe, en donde pasaba vacaciones don Luis Peña con su familia, los conejos Peña: Humberto, Alejandro, Pepe, Antonio, César y sus hermanas. La Quinta Guadalupe, quizá la mayor construcción en ese estilo en toda la ciudad, estaba rodeada de bellos y bien cuidados jardines, tenía una jaula grande con algunas variedades volátiles. Era tan amplia (sigue siéndolo, creo) que iba hasta la calle vieja del lado de atrás. Y de allí, empezaba el campo, con su red de arroyuelos plateados y musicales, las arboledas, los frutales y la ambrosía de las frutas silvestres, moras, pepinillos, tunas y esa oscura redoma en miniatura, con forma, brillo y sabor de una copa de vino tinto, el shulalag, y apenas oculta entre el ramaje, la enredadera con los gullanes pendientes en su equívoca forma que hacía que el doctor Justito León los viera como pecaminosos pechos femeninos.

Y así seguía la armonía de esa combinación a la vera de la calle polvorienta, campo con intención urbana, tapial y cerca, chacra y jardín, patio, portal y huerto y gente alegre, sana, apogada a la fe de sus mayores y a las viejas tradiciones y leyendas. Todo como en los viejos barrios del contorno urbano, solamente que éste tenía particularidades muy suyas, muy originales, irrepetibles, origen de consejas y anécdotas. Por ejemplo, en la galería superior de una de sus primeras casas, la contigua a aquella en que vivió Pepe Astudillo, había pintado un gran mural que "avisaba" al visitante extraño del ingenio y alegre travesura de los hijos del lugar: era un pobre hombre agobiado por el peso de un enorme árbol, con raíz y todo, que

llevaba en el hombro mientras una vieja arpía montada a horcajadas en el tronco le golpeaba con un tremendo garrote, haciéndole gemir: "La cruz sola no sería demasiada carga si mi suegra no la hiciera tan amarga". Y sigamos adelante; más arriba bullía una incansable actividad, todos los oficios, todas las iniciativas agitaban el ambiente durante el día. Por las noches se hacía el sosiego, la paz y el silencio, alterados a ratos por los ladridos de los perros o la ronca voz de los arrieros trasnochados que venían de Yunguilla con recuas de treinta mulas o más, cargadas de productos tropicales. Cada cien metros se alzaba un poste de madera, altísimo, coronado de un foco de baja intensidad que era apenas una señal que no llegaba a iluminar la carretera, sobre todo en las proximidades y bajo el sauce llorón que hacía tenebroso el trecho donde a esas horas "bien podía cometerse una muerte... o una vida", según el decir del Chugo Muñoz. Más arriba todavía estaba la cervecería de propiedad de unos alemanes, y que era muy visitada por gente de afuera. La instalación llevaba un nombre elocuente para su menester, "La Gloria". Y en verdad, era una gloria cuando lograba escaparse la abuelita de los cerveceros, una diminuta gringuita siempre borrachita. ¡Oh, que escenas de la anciana que hacían reír al vecindario!. Y a continuación "El Descanso", de Luis Castillo, el más concurrido salón de la ciudad, donde atendían don Luis, su esposa Angelita Aguilar y su hija la guapa Pitimucha Jesusita Castillo. Alguien ha de escribir la historia del local, célebre en la vida bohemia de todos los tiempos; célebre no solo en Cuenca sino con dimensión nacional.

La vida cotidiana de San Roque, sus habitantes nativos y los paseantes de fuera, animaban el ambiente, y la misma rutina habitual tenía ocurrencias sorprendentes y pintorescas: un día sí y otro también entraban, a todo lo ancho de la carretera, las recuas yunguillanas, con sus arrieros gritones y mal hablados, con machete al cinto; los fines de semana, en cambio, lenta y parsimoniosamente, conversando en voz baja, bajaban desde su

quinta los curas redentoristas, altos rubicundos y ventrudos, con casco blanco, ancho cinturón del que pendía un largo rosario de gruesas cuentas; alsacianos los más, acompañados de novicios cabizbajos y tímidos, mestizos todos. Algo cambiaba a veces en el clerical desfile que se adivinaba al instante, cuando se sentía un halo de santidad y de sabiduría: era que el Padre Jorge Kaiser iba en el grupo.

Muy pocos vehículos circulaban por la mal lastrada vía: muy temprano, en las mañanas, subían los "camiones de leche", que iban a Tarqui y Cumbe, de donde regresaban cerca del mediodía transportando las cantarillas de leche para el consumo de la población; de hora en hora algún automóvil llevaba pasajeros a Baños. Los fines de semana se incrementaba el escaso tránsito, aunque no mucho: es que Baños atraía el turismo y las cantinitas con sabor de aldea, como los saloncitos de mayor categoría, tentaban el hambre y la sed de los bohemios que venían desde el centro. El resto del tránsito se hacía a pie, en carretas con carga pesada y tiradas por bueyes, en bicicletas; de tarde en tarde alguna motocicleta con su resorteante sidecar. Por las tardes, sobre todo las tardes de los jueves, aparecía una tropa de golfillos provistos de anchos costales en los que recogían las heces que dejaba el paso de las bestias; con ese material mezclado con tierra blanca y paja, se hacía el revestimiento de las casas, previamente al enjalbejado con cal.

Además de la cervecería, había en Yanuncay una verdadera Industria: data de entonces la confección de ropa de trabajo que los jueves se vendía en la feria. El señor Bohorque, su mujer, sus hijos e hijas, velaban noche a noche para llevar a la plaza su mercancía; un rincón de su casa era un verdadero cementerio de máquinas de coser —cien tal vez— inutilizadas por el uso.

Con los hijos menores de los Bohorque, que más tarde serían los reyes del casinete en el comercio local, bajaban los hermanos Andrade, los **mutos**, llamados así por la mutilación

del pulgar de su mano derecha; no sé en realidad cuántos eran, porque entre sí se parecían tanto, altos, robustos, muy bien trajeados, simpáticos; al nacer, su madre les cercenaba el pulgar derecho, para que nunca fueran a la guerra. ¡Tales serían de frecuentes y crueles las montoneras y las guerras fratricidas!

Y bien, alguna tarde, frente a "El Descanso", luego de dejar a unos clientes, un Ford de aquellos de pedal y manivela, se cruzó en la carretera; la calzada tendría siete metros de ancho, a lo mucho, y el chofer, nada menos que el respetado don José María Cisneros, intentaba darse la vuelta para volver a la ciudad. ¿Lo lograría... Pues, sí: para adelante un pasito apenas, otro hacia atrás, y otro y otro hasta que al fin, al filo de la cuneta, salió airoso del compromiso, ante la admiración de un grupo que observaba la maniobra.

Entonces supe, de boca de atildado caballero, que Cuenca no solo tenía los mejores poetas de la Patria, sino también los más hábiles choferes...

Y quién lo creyera, esta barriada tan amena, tan sana, tan católica, también tiene su página negra y su negro castigo. Dicen que alguna vez, en lo témpore, algún renegado social cometió un sacrilegio. No sé exactamente su forma ni su gravedad; pero es el caso que de inmediato el sector sufrió el castigo, en forma de una plaga de **ututos** que persiste todavía y que se extiende desde la orilla derecha del río Matadero, hasta la orilla izquierda del Yanuncay. Pasados esos límites, el **ututo** desaparece definitivamente. Entiendo la curiosidad de quienes no tienen el honor de ser sanroqueños; pues bien, el **ututo** es un bicho con cierto parecido al saltamontes, pero más grande, horriblemente feo y repulsivo; para más desgracia, debe haber inspirado los gases lacrimógenos, porque se defiende del medio con unas emanaciones que hacen llorar, con amagos de asfixia y que en algunos casos llegan al desmayo de la víctima.

Nadie, pues, en la vida, ni el alegre San Roque, estuvo libre de una desgracia...



## **DOS FRANCESAS SE ENCUENTRAN EN EL MERCADO**

**JUAN CASTRO Y VELAZQUEZ**

El gran pintor ecuatoriano Manuel Antonio Rendón Seminario (1894-1980) tuvo una larga permanencia en Cuenca a partir del año de 1939. No residió en la ciudad sino en las proximidades, donde habitó en la Quinta Yupana, cerca de Ricaurte, con acceso a pie desde Challuabamba.

El pintor había llegado al Ecuador en 1937 procedente de París, donde nació y desde donde viajó por primera vez al Ecuador en 1920 a la edad de 26 años junto a su madre y hermanos en el séquito familiar del Doctor Don Víctor Manuel Rendón Pérez, antiguo Ministro Plenipotenciario del Ecuador en Francia y España, un conspicuo miembro del partido liberal al que sirvió desde París desde 1895 como Cónsul General, y cuya opulenta figura se había paseado entre la crema y nata europea gastando generosamente de su propio peculio en su posición de diplomático.

Cuando Manuel Rendón llegó en 1939 al Austro venía acompañado de la robusta Paulette Mercedes Everar Kieffer, nacida en Charleville en las Ardenas en 1902. Se habían casado hacia

1930 en Francia y juntos formaron una pareja, más aún, una **ambiosis singular**, no solamente en su intimidad conyugal, sino en su relación anímica que irradió en el reino de las artes, concretamente en el de la pintura, donde la dualidad Manuel-Paulette tiene un **sitial señero** en la historia del arte.

Muchas pudieron ser las razones para escoger a Cuenca al poco tiempo de llegar de un pesado viaje, dejando atrás una Europa en guerra, donde se perseguían las razas, los credos, la "degeneración" de las artes. . . , también habían realizado recientemente un viaje a las entonces remotísimas islas Galápagos en 1938 durante seis meses, en donde Manuel realizó dibujos maravillosos del paisaje y de las gentes, mientras que Paulette fotografiaba y redactaba un diario de viajes en francés, que publicó más tarde con el título **Galapagos. Les demiéres isles enchantés. (Galápagos. Las últimas islas encantadas)**.

A la llegada de Francia Manuel y Paulette fueron a vivir en Guayaquil en la casa paterna en la calle de Clemente Ballón frente al parque Seminario, que había donado el abuelo paterno del pintor a la ciudad. La casa, construida en cemento armado bajo conceptos arquitectónicos franceses, existe todavía pero degradada a un edificio multiusos e ignorada en su notable y triste historia. Pues fue triste este regreso de los Rendón al Ecuador, y de ello hay recuerdos vivos.

La Segunda Guerra Mundial y sus problemas había desplazado a la familia Rendón Seminario de su París habitual, donde ambas ramas de los Rendón y de los Seminario residían por varias generaciones como vástagos de aquella inolvidable e irrepetible élite que hasta hoy se conoce como los Gran Cacao.

Manuel Rendón desde muy joven demostró tener un carácter diametralmente distinto al de su orgulloso padre, lo que se manifestó en una abierta pugna que jamás menguó. La forma de vida bohemia y las amistades izquierdistas del artista fueron siempre odiosas a Don Víctor Manuel, quien tampoco fue gustoso del matrimonio de Manuel con Paulette.

Esta situación familiar trasladada a América a la casa paterna, donde la pareja ocupaba el piso superior donde vivían muy primitivamente, era causa de disgusto y tirantez. Así lo recordaba Miguel Angel de Ycaza Gómez, el mejor amigo del pintor en Ecuador, a quien habían conocido en 1937.

Un hecho muy doloroso sacudió a la pareja ni bien llegados de su prolongado viaje por Galápagos: la noticia de la muerte de Héléne.

—¿Héléne. ¿Quién es Héléne?— había preguntado impo-  
nente Don Víctor Manuel a su hijo, que desesperado no sabía  
cómo transmitir la noticia a su esposa.

—La abuela de Paulette. . .— respondió Manuel

—¡Y que tanto problema por la muerte de una abuela!—  
tronó el prepotente anciano.

Don Víctor Manuel Rendón murió, como él predijo, el 9  
de octubre de 1940 ignorando que Paulette había sido casada  
con Phillipe Chabaneix y que Héléne era su hija, a la que Ma-  
nuel había hecho parte de su relación de amor.

En tan tristes circunstancias Paulette poseía solamente a  
Manuel en Ecuador en su austera vida, ya que la pareja tenía  
una inclinación determinante a la vida recoleta y solitaria que  
ya en Francia los había separado del esplendor del éxito parisi-  
no. Esta posición los llevó a buscar un lugar apartado del bu-  
llicio citadino y de las complicaciones familiares en Guayaquil.

Los ancestros paternos del pintor venían del sur del Ecu-  
dor, a donde llegaron hacia fines del siglo XVII descendientes  
de Gil Vela Rendón de Aragón, vecino de Chiclana de la Fron-  
tera, cerca de Cádiz, primero a Loja y luego a Cuenca, Recién  
en el siglo XIX uno de ellos pasó a la Costa donde se casó en  
el pueblo de Balzar con Doña Isabel de Treviño y Barboteau,  
heredera de ricas plantaciones de cacao. Con todo, la parentela  
cuencana Rendón era harto distante y desconocida para el pin-  
tor, no así cercanos parientes de su madre Doña María Semi-  
rario y Marticorena, de ascendencia piurana y descendiente de

la ilustre casa de los Seminario Gonzaga que vinieron al Virreinato del Perú. Desde Chile habían llegado en las primeras décadas de este siglo Juan y María Luisa Seminario Aninat, ella casada con Don Guillermo Crespo Ordóñez. Doña María Luisa Seminario de Crespo es hoy una anciana perfectamente lúcida con una frondosa y distinguida descendencia.

No sabemos la fecha exacta de la llegada de Manuel y Paulette a Cuenca, ni podemos determinar con certeza los motivos para asentarse en las proximidades de Ricaurte. Por Miguel de Ycaza sabemos que vivían al principio muy modestamente y que Paulette empezó la construcción de la casa con sus propias manos ante las miradas sorprendidas de los lugareños y de los parientes, quienes se asombraban de que aquellas fuertes, grandes y gruesas manos femeninas estaban prestas a realizar el trabajo más duro, como también a dedicarse a los más delicados y minúsculos trabajos con la aguja. Naturalmente que esta vida de autosuficiencia no bastaba para la construcción de la casa y por otro lado la pintura de Manuel no se vendía. La pareja se apoyaba en una renta que recibían de Don Víctor Manuel, pese a las diferencias personales.

En estas condiciones la pareja fue acomodándose poco a poco al benigno y apacible ambiente del Austro. Manuel pintaba y cuidaba los animales, mientras que Paulette labraba la tierra. Ella debió ser una imagen descollante en el lugar, pues poseía rasgos increíblemente exóticos: alta, fuerte, de pómulos elevados y coronada de una abundante y gruesa cabellera oscura que usualmente llevaba atusada en un moño.

Manuel y Paulette había dado siempre la espalda a los emblecos de la moda y su forma de vida fue más radical tan pronto llegaron al Azuay. Solamente viajaban a Cuenca para aprovisionarse. Salían a pie o en carreta por el centenario camino del Descanso. En la ciudad Manuel investigaba en los archivos parroquiales sobre la genealogía de los Rendón. Ciertamente que en ciertas ocasiones frecuentaban a sus parientes Crespo Seminario,

personas cultas pero con una forma de ser completamente distinta a la extraña pareja.

Paulette debió haber visto en aquel tiempo con gusto y atención la vestimenta típica de las mujeres del Austro, sus amplias y cómodas poileras de bayeta, los holgados y multicolores bolsones que permitían amplios movimientos a la vez que abrigan del frío en los persistentes días de lluvia. Por ello, pronto vistió ella como cualquiera de las mujeres campesinas, y esta determinación debió agradar a la gente sencilla que realmente estaban cerca de la pareja.

Naturalmente que estas magnificas cualidades e inclinaciones de Paulette no habían pasado desapercibidas a las damas de la alcurnia criolla cuencana. El hecho de que una mujer trabaje con las manos, dura penitencia al fin y al cabo, era indiscutiblemente menos grave para las distinguidas damas de que Paulette vistiera como una indígena vulgar. Esto se convirtió naturalmente en un corrillo dentro de una pequeña comunidad como Cuenca que apenas contaba entonces con unos 25.000 habitantes. El tema de la extravagancia de una forastera debió ser parte de las tertulias del momento, pero esta historia se hubiera perdido si no llegara la contraparte.

Hacia fines de 1946 vino a Cuenca el Doctor Don Luis Enrique Jaramillo Montesinos desde Francia donde ejercía su profesión de médico. Lo acompañaba su joven esposa francesa Marie Luisie Ingold "Miette", familiarmente, descendiente de una ilustre familia de brillante historia militar. Ella venía por primera vez al Ecuador, donde todo le era nuevo. Madame Jaramillo, hoy viuda, habita frente al río Tomebamba en la Avenida Fray Vicente Solano en lo que antes fue la Juana de Oro.

Madame Jaramillo traía de Francia una tradición familiar de distinción y cultura en la que había sido criada, y cuyos usos y costumbres eran parte de su diario vivir. En los convites y tertulias con que regalaba la sociedad cuencana a los esposos Jaramillo Ingold, en que competían los más exquisitos dulces tradicion-

les y se esmeraban las damas en derrochar donaire y distinción, no faltó el contertulio de señoras en la casa de alguna de estas damas que le comentaron sobre una francesa que vestía "como india de bayeta".

—**Une française habillé comme une "india de bayeta"**— se había repetido varias veces Miette Jaramillo, visiblemente curiosa ante esta extraña visión.

La Cuenca de hoy con una población superior a las 250.000 almas, aun señorial y pequeña, conserva en mucho una imagen agradable y amena, interrumpida solamente por varias horribles construcciones modernas que han sacrificado lo estético por lo económico y que algún día deberán ser derruidas. Los Jaramillo se alojaron en 1946 en la casa del Doctor Don Carlos Cueva Tamariz, esposo de la hermana del Doctor Jaramillo, en la calle 12 de abril. Su prolongada visita los llevó a iniciar una cotidianidad típica en una ciudad andina: las compras del mercado y el recorrido por el comercio, la salida a la iglesia y a las fiestas locales, las visitas a amigos y parientes, y de no haber tertulia por la noche, la lectura bajo varias capas de cobijas.

Como habíamos visto, los Rendón solamente visitaban Cuenca en contadas ocasiones, por ello, los Jaramillo no tuvieron al principio oportunidad de verlos. Pero una mañana en que Madame Jaramillo subió desde la casa del Vergel al mercado Nueve de Octubre para abastecerse de víveres, notó entre la muchedumbre multicolor que pululaba en aquel soleado día, una figura que se destacaba por no coincidir completamente en talle y corpulencia con las pequeñas mujeres locales.

—**¡La francesa vestida como india de bayeta!**— exclamó para sí Miette Jaramillo. Sin mediar otro pensamiento que aquel instinto que une la nacionalidad al encontrarse lejos de la patria, Madame Jaramillo con presteza se aproximó a Paulette.

—**Bonjour madame, je suis française aussi, je suis mariée avec un docteur aquatorien, je m'appelle Madame Jaramillo...**—

—**Enchanté madame, je suis Manuel Rendon, mon ma-**

**ri est artiste peintre et nous habitons dans la banlieue, proche de Ricaurte.—**

Las verduleras, mindalas y peonas del rededor fueron las únicas testigos del primer encuentro de dos mujeres francesas en la ciudad de Cuenca y del inicio de una amistad que se prolongó por siempre jamás.

Aproximadamente nueve años vivieron los Manuel y Paulette en la Quinta Yupana, en donde los recuerdan todavía Miette Jaramillo y los parientes Crespo Seminario, y de donde se conservan fotografías contemporáneas. En algún viaje a la Costa los Rendón llegaron hasta el entonces aislado caserío de pescadores de San Pablo en la península de Santa Elena, que en el futuro habría de ser otro de los célebres refugios de la pareja singular.

Cuando en 1949 Manuel y Paulette emprendieron en barco un retorno a Europa luego de largos años de ausencia, viajaron con un cargamento de papas, habas, porotos, maíz, arroz... ¡Tal era la forma de vivir!

Ya en la capital francesa los Rendón se alojaron en la casa de los Jaramillo en el **8, Villa Victor Hugo**, residencia que fue por largos años el centro de la vida ecuatoriana en el lejano y rutilante París.

Cuenca, 25 de marzo de 1999.



## LOS ÑAUPA TIEMPOS

JORGE MALDONADO AGUILAR

### INTROITO

Al referirse a la fecha de nacimiento de alguien, la gente suele decir **"vió la primera luz"**, el tantos de tantos.

Yo pienso que eso está mal. Nadie puede presumir de haber visto la primera luz, por la sencilla razón de que no hay primera luz. La luz está allí, seguramente desde que tomó forma el sistema solar (no sabemos cuándo ni cómo) muchos miles de años antes de que apareciera el primer pitecántropus. (Tampoco sabemos cuándo ni cómo).

En la escuela de los Hermanos Cristianos, nos hacían aprender de memoria el "Catecismo Breve": **"Dios dijo hágase la luz, y la luz fue"**; y sólo después de algunos días formó a Adán con un poquito de barro (¡qué pitecantropus ni nadal). Ergo: nadie vio la primera luz.

Además, aún cuando en vez de decir **"vio la primera luz"** dijéramos **"vio la luz por vez primera"**, todavía estaría mal. Si una criatura nace, por ejemplo, a las once de la noche (ahora se dice 23h00), (casi todos los niños nacen de noche. ¿Será tal

vez porque a casi todos se los hace de noche?) de finales de noviembre cuando el Ecuador entero está sumido en tinieblas, porque no se ha construido hasta ahora la presa Mazar, obviamente que sólo verá la luz por vez primera al siguiente día, que ya no es el de su nacimiento.

Pues bien, yo "vi la primera luz" el 24 de diciembre de 1926. Nací y vi la luz en la misma fecha, porque según me han contado, llegué todavía a obscuras, pero ya pasada la medianoche. Veinte y cuatro de diciembre. ¡Qué linda fecha! Debe ser por eso que tengo tantos méritos. "Soy puesto por el niño Dios" suelo decir cuando quiero hacerme el simpático; pero algún amigo malo (amigo malo no es lo mismo que mal amigo), una vez me dijo: "¡Qué va! Lo que pasa es que llegaste oliendo la farra que se preparaba por el onomástico de tu papá que se llamaba Manuel".

Consigno el dato de mi nacimiento para que usted, amable lector, esté seguro de que lo que voy a referir es la verdad, porque me consta.

A las gentes de mi edad nos cupo la suerte de presenciar cómo se transformaba el mundo. Al comienzo de la década de los veintes, Cuenca era una pequeña aldea, de casas bajas y techados rojos, rodeada de maizales, con una iglesia cada tres o cuatro "cuadras" y con muchos conventos. Dicen que había llegado ya el primer automóvil (habrá sido a lomo de indio), pero el medio de transporte común y único era el caballo, porque parece que en nuestra ciudad los coches fueron una rareza. Las calles eran empedradas con guijarros del río; y por aquellas que ahora se denominan principales, las que van de este a oeste (o de oeste a este que da lo mismo, porque eso depende de hacia dónde uno camine) generalmente junto a la vereda sur, corrían acequias, cuya agua servía para muchos menesteres, entre otros, para que las domésticas laven las "bacinillas" muy por la mañana y al anochecer.

Nosotros, los de mi generación, vimos transformarse el

mundo. Llegaron más automóviles. (Yo me acuerdo de cinco); y después fueron llegando cosas maravillosas: la luz eléctrica, el agua potable, la radio, los aviones, el teléfono; y más adelante la televisión, los computadores, las fotocopiadoras, el "celular power", el internet y el correo electrónico.

Este es un mundo totalmente distinto del que yo conocí cuando era niño.

## LOS VIAJES

A fines de los años treinta, los cuencanos que habían viajado a Estados Unidos podían contarse con los dedos de la mano. Eran, casi sin excepción, los exportadores de sombreros. Y aún vivían dos o tres caballeros que habían conocido París.

Diez años antes, cuando el auge de las exportaciones de cacao y mientras el mundo trataba de recobrar su equilibrio luego de la primera guerra, los potentados de la costa enviaban a sus hijos a estudiar en París; y algunos azuayos también lo hicieron. Y los jóvenes regresaban de París, la capital del mundo, sin una profesión ni un título, pero sí con un vicio: la morfomanía.

Nadie más había viajado al exterior.

En la actualidad hay un vuelo de Saeta que sale de Nueva York a la media noche y llega a Quito como a las seis de la mañana. Los "residentes" azuayos y cañaris que toman ese vuelo, tienen tiempo de sobra para pasar aduana con todo el abundante equipaje que traen, y tomar el vuelo de SAN, para llegar a Cuenca, como a las diez, para desayunar (aún cuando sea un poco tardecito) con la familia, que multitudinariamente acude al aeropuerto a darles la bienvenida.

Si a mis padres o a mis abuelos alguien les hubiera dicho que en el futuro sería posible anochecer en Nueva York y desayunar al día siguiente en Paccha, por ejemplo, o en Nulti, o en Chiquintad, sencillamente no lo hubieran creído. Es que, poquito tiempo antes, ellos para ir a Guayaquil tenían que tomar

el camino de Molleturo, atravesar el Cajas a lomo de mula; pernoctar en algún tambo, y embarcarse, por último, en una frágil lancha, en Naranjal, para atravesar el Golfo, y llegar al "Puerto Principal" luego de por lo menos dos días de viaje, y peripecias sin cuento, con la sensación de que "Santa Ana de los Ríos de Cuenca" había quedado al otro lado del mundo.

Es que, sin ir muy lejos (literalmente sin ir muy lejos, sino tan sólo a Paccha, por ejemplo, o a Nulti o a Chiquintad) quienes tenían hacienda en esos lugares, tardaban una hora, cabalgando ligero, para ir, o para regresar.

Pero al iniciarse la década de los cuarenta, ya había mucha gente de Cuenca que conocía Guayaquil o Quito; y algunos hasta Quito y Guayaquil. En el colegio solíamos preguntarnos unos a otros:

—¿Conoces Quito?

—Sí.

—¿Y Guayaquil?

—También.

—¿Y cuál te gusta más?

Y es que para esa época, los "medios de transporte" ya habían mejorado considerablemente. El ponderado "FERROCARRIL SIBAMBE-CUENCA", (que no salía de Sibambe y que sólo llegó a Cuenca, como un cuarto de siglo después, cuando ya no lo necesitábamos porque teníamos carreteras tanto a Quito como a Guayaquil), llegaba a El Tambo. Bueno, no llegaba precisamente el ferrocarril, o como vulgarmente se dice "El tren"; pero llegaban las paralelas de hierro, y por ellas, dos "Calamazos" iban diariamente (creo que excepto los domingos y días festivos) muy por la mañana desde El Tambo hasta la estación de Sibambe, y regresaban por la tarde. Los tales "calamazos", eran dos pequeños autocarriles, algo así como para unas dos decenas de pasajeros cada uno, como máximo, que fueron rebautizados aquí con ese nombre, dicen que porque traían una placa en la que se leía "made in Calamazou". Eso dicen; pero

yo no sé si sea cierto, y tengo mis dudas, sobre todo, porque en ninguna enciclopedia he encontrado la palabra ni con "C", ni con "K".

Bien, decía que los viajes habían mejorado muchísimo. Para ir a Guayaquil, por ejemplo, había dos opciones: o salir de Cuenca la víspera, para dormir en El Tambo en el Hotel de la Sra. Clara Bermúdez, o madrugar para hacer el viaje en un solo día. Ir en automóvil de Cuenca a El Tambo, demoraba como tres horas o tres horas y media. Habían dos automóviles que hacían ese viaje; un Ford negro que manejaba su propietario un señor Cisneros y un Buick azul grande de un señor Rivera, conducido también por su dueño. Si se optaba por ir a dormir en El Tambo, había que salir de Cuenca a las dos de la tarde, para hacer todo el viaje de día. Si se prefería madrugar, había que partir a las dos de la madrugada.

A las seis de la mañana, y en medio de un frío siempre intenso, partían los autocarriles, uno detrás del otro. Se llegaba a la estación de Sibambe como a las once. Se almorzaba, mientras se esperaba el tren de la "GUAYAQUI & QUITO RAILWAY COMPANY" que había salido de Riobamba como a las ocho de la mañana, y se llegaba a Durán, casi al anochecer. El ajetreo de la estación era tremendo. Había que tener mucho cuidado con las maletas, al hacer el trasbordo del tren de vaporcito "Galápagos" (muy confortable), que hacía la travesía de Durán a Guayaquil, únicamente con los pasajeros del tren. Mientras se navegaba por las quietas aguas el inmenso Guayas, (a los morlacos que hacíamos el viaje por primera vez nos parecía lo más inmenso del mundo), se prendían las luces de la ciudad tropical, al mismo tiempo que se prendían en el alma unas vagas y dulces ilusiones. A la hora de desembarcar, recuperar las maletas, y tomar el taxi hacia el hotel, o hacia la casa de algún pariente, es decir hacia el destino final, la noche había caído, cubriendo de tinieblas el mundo, pero no el malecón que estaba profusamente iluminado.

Día y medio de viaje, si se había pernoctado en El Tambo, o 18 horas, si se había salido de Cuenca dos horas después de la media noche. En cualquiera de los dos casos, poco o nada se había dormido la noche anterior.

Viajar a Quito era más complicado. Sibambe está más cerca de Riobamba que de Durán, estaciones finales de donde salían los trenes mas o menos a la misma hora, para cruzarse en Hui-gra, previo un intercambio de locomotoras, porque habían unas hechas para cruzar velozmente las planicies de la costa, y otras, dotadas de la fuerza necesaria para trepar los Andes. Los viajeros azuayos, tanto los que iban a la capital como los que tenían como final destino el puerto, llegaban en Sibambe mas o menos juntos, (digo "mas o menos juntos", porque hacían el viaje en dos "calamazos") pero el tren que bajaba de Riobamba, pasaba como dos horas antes que el que salía de Guayaquil. Quienes iban hacia el Norte, estaban pues condenados a una larga y fastidiosa espera, antes de abordar su tren y empezar el ascenso por la "Nariz del Diablo", gran obra de ingeniería, que hizo posible que el ferrocarril, suba como por una escalera, yendo hacia adelante y hacia atrás, una y otra vez, hasta salvar casi verticalmente una considerable altura. Se tenía la impresión de que, una vez concluido el ascenso se estaba ya en la sierra, porque la nariz del diablo era para el viajero como un lindero fijo entre las dos regiones.

A Riobamba se llegaba como a las seis de la tarde. Junto a la estación había un hotelito muy aceptable para esa época, el "METRO", alojamiento forzado para los viajeros de primera clase. Se pernoctaba en el METRO, pero no se dormía, por que los trenes pasaban en movimiento toda la noche. Se decía que "haciendo cambios". Y no sólo era el ruido de las locomotoras y de los golpes al chocar con los carros que iban poco a poco engancho, para el siguiente viaje, (lo cual ya era bastante!), sino que además pitaban, yo creo que sin motivo, en cada arrancada y en cada parada. Imposible dormir.

Al día siguiente el tren partía con dirección al norte, a las ocho de la mañana (ahora se diría 08h00), y llegaba a la capital como a las 2 de la tarde (14h00). Quienes habían pasado la primera noche en El Tambo, habían demorado en el viaje 48 horas.

### LA AVIACION Y EL 3 DE NOVIEMBRE

En la década de los treinta, Cuenca no tenía aeropuerto; y no había razón para que lo tenga. Pero el Ecuador ya tenía fuerza aérea. Llegó a tener hasta dos biplanos, que eran unos avioncitos con dos alas superpuestas paralelamente, y con dos asientos: para piloto y copiloto, cuyas cabezas emergían del fuselaje, con gorra de cuero, grandes gafas y bufanda blanca, de modo que, desde el aire podían saludar con la mano a la gente que estaba en tierra. A propósito de "biplano", el diccionario de la Real Academia lo define como "**avión con cuatro alas que, dos a dos, forman planos paralelos**"; pero eso no es cierto. Tenían dos alas, una sobre otra con el fuselaje en medio. Lo digo yo, que los he visto con estos ojos que se han de hacer tierra.

Pues bien. Cuenca no tenía aeropuerto, y la Fuerza Aérea Ecuatoriana (no sé si entonces ya se llamaba así) llegó a tener hasta dos biplanos. Cuando era tres de noviembre, TODA la fuerza aérea se movilizaba para rendir homenaje a Cuenca. El acontecimiento revestía tal importancia que era anunciado en "El Mercurio", con días de anticipación: "La aviación militar se prepara para volar hasta Cuenca". "Mañana llegarán dos aviones militares". "Hoy a las diez de la mañana se espera que aterricen los aviones en El Tablón", y así por el estilo.

NOTA: Si alguien se propone emprender una búsqueda de tales titulares en El Mercurio de esas fechas, yo garantizo que no los encontrará. Solo son un ejemplo de lo que sucedía; pero que sucedía, ... ¡sucedía!

"EL TABLON" era un potrero grande ubicado en Ricaurte.

Creo que propiedad del ejército. Era allí donde aterrizaban los aviones. No se llamaba "aeropuerto", sino "campo de aviación", y sólo ocasionalmente, cada año o cada dos, y con motivo del tres de noviembre, servía como tal.

Cuando llegaba el gran día, y antes de la hora prevista, todo Cuenca se trasladaba a El Tablón. Eso de "todo Cuenca" es un decir, porque la ciudad no se movía de su sitio, pero de sus 30.000 habitantes, siquiera los quince mil se movilizaban, en buses, en camiones, en bicicletas y a pie, (la mayor parte a pie) para presenciar el arribo de los aviones. Eran "ríos de gente" (así se decía entonces) que llenaban la estrecha y polvorienta carretera que, partiendo de El Vecino, en donde terminaba la ciudad (hoy esquina de las Avenidas Huaynacápac y Hurtado de Mendoza) se dirigían hacia Ricaurte.

Una vez en el sitio, y a la hora anunciada, quince mil pares de ojos escrutaban el cielo. En ese entonces, el 3 de noviembre no llovía, y el cielo, sobre esta llanura grande y florida que un tiempo se llamó "Guapondélig" estaba siempre claro y luminoso.

De pronto se alzaba un brazo en dirección al nororiente (claro que podía ser en cualquiera otra dirección, pero eso poco importa) y de la garganta situada un poco a la izquierda del nacimiento de ese brazo, surgía una exclamación: ¡ALLI! Se producía entonces una conmoción. La gente se arremolinaba. Todos levantaban los brazos derechos, y señalaban con los índices algún punto entre las nubes: ¡allí! ¡allí! ¿ya le viste? Y los medio miopes no veían nada. Algunas veces era falsa alarma. Lo que se había visto era sólo un gavilán. Pero otras veces resultaba cierto. El pequeño punto negro, apenas divisado en lontananza, iba agrandándose y tomando forma. Descendía el biplano, majestuosamente, hasta una distancia prudente del suelo, y antes de aterrizar, sobrevolaba la ciudad desierta, sin encontrar los aviadores a quien saludar con la mano. A veces, nos deleitaban haciendo piruetas en el aire. Lo que ahora se llama

acrobacias. Entonces no se había inventado todavía el término; pero era igual: dar vueltas sobre sí mismo; volar un trecho con el tren de aterrizaje hacia arriba; elevarse y caer en picada, en fin. Los aviadores se sabían el centro de atención de todos los habitantes de este valle, y estaban en el cielo. Vamos, claro que en el cielo estaban!

Cuando el pequeño avión tocaba tierra, sin atropellar a alguien, sólo por milagro, la emoción era indescriptible. Y luego de que los pilotos desembarcaban, rodeados de la admiración de todos, un piquete de soldados, fuertemente armados, circundaban el aparato para evitar que la gente lo toque. Confieso que hubiera sido una belleza poder acercarse y tocar el avioncito.

Pero algunas veces el avión no llegaba. Esperábamos horas pendientes de alguna señal en el cielo, y nada! Cuando se desvanecía toda esperanza, o cuando ya se anunciaba oficialmente que el avión no llegaría porque había tenido que regresar a su base, o porque había sufrido un accidente, tristes, decepcionados, cansados y hambrientos, emprendíamos el viaje de regreso, que demoraba como el doble del tiempo empleado en la ida.

Y cuando el "accidente" se había producido más o menos cerca de llegar a Cuenca, resultaba que el número más concurrido de las festividades novembrinas, era el entierro de los aviadores caídos.

El primero de noviembre de 1938, estaba "todo Cuenca" en el Tablón, en espera de que arribara el avioncito que, conducido por dos valientes pilotos militares, venían a saludar a la ciudad con motivo de conmemorarse un año más de su independencia. Después de la consabida espera de horas, alguien señaló hacia el occidente, y fueron muchos los que aseguraron haber visto el avión sobre el cerro de "Soldados"; pero luego se perdió de vista. ¿Se habría perdido entre las nubes?. ¿Habría sido sólo un gavián?. No pasó mucho tiempo. Cuando ya algunos que se habían cansado de esperar, iniciaban el regreso a la ciudad, em-

pezó a circular insistentemente un rumor: el avión había caído en Soldados.

Fueron algunos los curiosos que en esa misma tarde fueron al sitio del accidente. Los pilotos muertos eran dos: el capitán Carlos Cabezas y el subteniente Gonzalo Gallo. El entierro, realizado con todos los honores de estilo fue apoteósico. Nunca se había visto tan llena de gente la avenida (entonces nos parecía anchísima) que conducía al cementerio. Dos tumbas gemelas, no bóvedas sino tumbas en el suelo, lo cual no era común entonces, recibieron los restos de los desventurados aviadores. Sesenta años después aun están allí. En cada una de las dos lápidas iguales, se ve un avioncito precipitándose a tierra; y la inscripción dice:

El ejército ecuatoriano  
al valiente capitán  
Carlos Cabezas (o subteniente Gonzalo Gallo)  
muerto en Soldados  
el 1º de noviembre de 1938

Así de importante era, en ese tiempo, ser aviador y morir-se en accidente cerca de Cuenca.

## EL AGUA POTABLE

La casa de mis padres, en la que yo nací (o mas bien dicho, había nacido, porque no me acuerdo), y viví 24 años, estaba situada a cuadra y media del parque Calderón, y a igual distancia del río Tomebamba, con frente a la calle Benigno Malo; y era, en los ñaupá tiempos, una de las pocas que tenían pozo artesiano.

En tal pozo, que yo nunca supe por qué se llamaba "artesiano", estaba en el tercer patio que, por esta circunstancia

tenía para nosotros nombre. Era "el patio del pozo". El broquel de ladrillo, un círculo de más o menos un metro de diámetro, se elevaba como unos cincuenta centímetros del suelo. A poca distancia estaba "el torno" que era una estructura de madera formada por dos postes clavados en el suelo, que sostenían un eje, tronco grueso y redondo atravesado por una varilla de hierro, el cual giraba accionado por una manivela, y servía para enrollar y desenrollar la cuerda, soga o "cabo", que, desde el torno ascendía a una polea que colgaba desde una viga justo en el centro del círculo formado por el broquel. En la punta de la cuerda estaba, muy bien atado, un balde de zinc de regular tamaño que descendía verticalmente hasta el fondo del pozo, en donde había que dejarlo reposar por breves momentos e izarlo luego a fuerza de manivela, agarrarlo cuando emergía, y vaciarlo, generalmente en otros baldes más pequeños, en los que se transportaba el agua hacia el sitio en el que sería utilizada.

El pozo tenía tapa, hecha de tablones gruesos, dos de los cuales (los del centro) se abrían con bisagras, para dar paso al balde. La tapa sólo se abría para extraer agua; pero una vez alguien la dejó abierta, y la pelota con la que jugábamos mis hermanos y yo, cayó dentro del pozo. Como resultaba muy duro perder un bien tan preciado, decidí descender, ocupando el lugar del balde, para rescatar la pelota. Tendría yo como siete años y era el mayor. Con la venia de papá se organizó el operativo. Había que esperar al día siguiente, jueves, que venían peones de la hacienda. Ataron un palo horizontal en la punta de la soga, en lugar del balde, como solía hacerse cuando para "limpiar el pozo" se bajaba a algún trabajador joven y liviano, y yo sentado en el palo y muy bien agarrado de la soga, fui descendiendo, muy poquito a poco, a medida que dos indios fornidos iban dando vuelta al torno. El agujero se hacía cada vez un poco más estrecho, y de las paredes sobresalían grandes piedras. Cuando llegué al fondo, la obscuridad era total.

Sólo podía ver, mirando hacia arriba, el círculo de luz por cuyo centro descendía la soga, y las cabezas de mi padre y mis hermanos asomadas al broquel, en el empeño de saber de mí. A tientas encontré mi pelota, flotando sobre el agua. Era una corriente subterránea que, en ese lugar, formaba como un pequeño remanso, para escurrirse luego entre la tierra. Rescaté la pelota y grité que mi izaran. Cuando emergí, me sentí un héroe. Uno de los recuerdos vívidos de mi infancia fue éste. La extraña sensación de saberme veinte metros bajo tierra; el círculo de luz, que se me antojaba pequeño por estar tan arriba de mi cabeza, a cuyo borde se dibujaban, en negro, las cabezas de mis familiares, y el miedo. Un miedo grande a la profundidad, a las tinieblas, a lo desconocido, a todo. Si no hubiera sentido tanto miedo, no me hubiera creído tan héroe.

Gracias al pozo, mi casa fue una de las primeras, (o tal vez la primera) en disponer de SS.HH. Desde cuando tengo memoria, ya estaba el inodoro, (uno de tanque alto que hacía mucho ruido cuando se tiraba la cadena), instalado debajo del descanso de la grada del primer patio. En uno de los escalones más altos había una pequeña compuerta que servía para llenar de agua, un tanque de zinc que abastecía, por gravedad, al del inodoro. Ese tanque se llenaba todas las mañanas mediante repetidos viajes de la servidumbre, desde el pozo que quedaba en el tercer patio.

Lo del agua potable es otro cuento. Yo recuerdo cuando la instalaron; y lo recuerdo, sobre todo, por el cambio radical que significó en cuanto a la forma de bañar a "los guaguas" (los guaguas éramos mis hermanos y yo). Antes de que nos llegara ese adelanto de la civilización, cada semana, y escogiendo un día claro, mi madre ponía a asolear en la huerta, agua del pozo, en una tina grande de hojalata; y allí nos bañaba, enjabonándonos uno después del otro a sus tres vástagos varones, para después dejarnos chapotear un rato en la tina, temblando de frío, pero al sol y contentos; y secarnos.

Esto en lo que a los guaguas se refiere, porque las costumbres higiénicas de los mayores eran diferentes. Mis padres iban a la hacienda, en Patamarca, en uno de cuyos linderos, un recodo del río de ese nombre formaba un remanso, al pie de una alta peña, y con frondosos sauces en la otra orilla. El "hondo" decíamos; era un lugar hermoso, sobre todo cuando brillaba el sol, y el aire se ponía tibio. El resto de los morlacos, aquellos que no tenían hacienda ni pozo, supongo que alguna vez se bañaban en el Tomebamba, o simplemente nunca se bañaban.

Cuando llegó el agua potable, la costumbre cambió radicalmente. En la esquina de uno de los cuartos de la planta baja, que había venido sirviendo como bodega, hicieron una especie de tineta cuadrada de cemento, negro y frío, en cuyo centro caía una ducha de agua siempre helada. Cada semana, el baño era un martirio. Ya ni siquiera se elogían los días de sol. Pudimos haber muerto de pulmonía.

Debió pasar algún tiempo para que en la Atenas se invente el agua tibia. El agua tibia para el baño, digo. Instalaron en la cocina situada al fin de la casa, a un lado del fogón de leña, un tanque largo y redondo, conectado a una serpentina que circundaba el fogón; y a poca distancia, el nuevo cuarto de baño, con tina de hierro enlozado, en donde el baño era ya una experiencia agradable y no una tortura.

## LA ELECTRICIDAD

Según cuenta la historia, la primera planta eléctrica comenzó a prestar sus servicios en Cuenca en 1914. Sin duda alguna, todas esas pesadísimas máquinas que luego se instalaron en las orillas del Yanuncay y eran movidas por el agua de un molino, llegaron a lomo de indio, como se dice que venían, antiguamente, desde los muebles de esterilla que se importaban de Viena, hasta el hierro forjado para los balcones, y los pianos de cola.

Molino se llamaba, en estos lares, a todo acueducto más grande que una acequia, con un caudal suficiente para mover los molinos de granos. Por la ciudad atravesaban dos molinos: el de Culca, y el de la calle larga.

Como fácilmente se deduce de lo dicho, cuando yo tuve conciencia del mundo que me rodeaba, ya había en Cuenca luz eléctrica. Pero sólo durante la noche. "Llegaba" la luz como a las seis y media o siete, y "se iba" apenas clareaba el nuevo día. Para planchar la ropa, mi madre usaba una plancha de carbón, de aquellas que había que soplar de cuando en cuando, o unas pequeñas planchas de hierro, muy pesadas, que se calentaban al fuego.

Y así fue durante mucho tiempo. ¿Para qué luz eléctrica de día? Yo creo que siguió siendo así hasta cuando llegaron los radios, poco antes de la segunda guerra mundial.

Lo de los radios fue una novedad. Los vendía el almacén del Sr. Juan Eljuri, que ya para entonces estaba en el portal de la calle Bolívar, frente al parque, y que no era, ni mucho menos, lo que es ahora "ALMACENES JUAN ELJURI CIA. LTDA.". Cuando mi padre compró su primer aparato de radio, su instalación fue todo un acontecimiento. El señor Eljuri se constituyó, en persona, en nuestra casa, para dirigir la operación, acompañado de un ayudante, que fue quien se subió al techo e instaló la antena, rompiendo de paso varias tejas que luego produjeron sus correspondientes goteras. Pero eso no era todo. Había que encontrar el sitio adecuado para colocar la "antena de tierra" que, al igual que la aérea, debía ir conectada al receptor, que estaba en la sala, a donde habría de concurrir la parentela para admirar la adquisición, de modo que eran muchos los metros de alambre de diversa clase, que había que instalar.

Y sólo se captaban (con mucha interferencia por cierto) dos emisoras: El Prado, de Riobamba y Radio Nacional del Perú, de Lima. Sólo pasado un tiempo, ya en plena guerra, parece que las condiciones mejoraron. El radio receptor ya no era el

mismo, y ya no estaba en la sala, sino en un cuarto de estar junto al dormitorio de mis padres, y papá oía todas las tardes noticias de la guerra, transmitidas creo que desde la BBC de Londres.

También se oía, más o menos por ese tiempo, "LA VOZ DE LOS ESTADOS UNIDOS", en donde cantaba Eva Garza, "la novia de la canción". Tenía una voz preciosa. Oyéndola, uno se imaginaba que su dueña debía ser una mujercita grácil, fina y muy hermosa. Algún tiempo después, Eva Garza vino a Cuenca, o más bien, pasó por Cuenca. Aquí estuvo y yo la ví. ¡Oh decepción! Era grande y fornida, y nada tenía que ver con la imagen que yo había idealizado.

Era Cuenca, en la década de los treinta, una pequeñita ciudad cuyos límites eran El Chorro y la Calle Larga; San Blas y San Sebastián. Pero esto último, sólo en la calle Bolívar, porque lo que es hoy la Sangurima del este, la de doble carril que une la Avenida Huayna-Cápac con la plaza 9 de Octubre, no existía; y en el lugar en el que se construyó el llamado Barrio Obrero, hoy calles Vargas Machuca, Juan Jaramillo y Tomás Ordóñez, sólo habían maizales, sembrados en lotes divididos por cercas.

Sólo había luz eléctrica en la noche, pero tampoco había teléfonos, ni atolladeros de tránsito, ni stres. La vida transcurría plácidamente, los días eran más largos, y —según lo recuerdo—, casi siempre brillaba el sol.

## LA AVIACION COMERCIAL

Estaba el mundo envuelto en la vorágine sangrienta y demencial que significó la segunda guerra mundial, cuando los morlacos supimos que era posible viajar por avión. Al "campo de aviación" de Ricaurte, conocido con el nombre de EL TABLON, un día claro, en el que el cielo parecía más hermoso y más azul que otras veces, arribó un pequeño trimotor para inaugurar el

servicio de transportación aérea de la compañía SEDTA. El aparato, de fabricación alemana, no debió tener más de unos veinte asientos, pero a todos nos parecía una verdadera inmensidad. Fuimos a El Tablón, nos acercamos a la nave; y trepándonos, por turno, los unos en los hombros de los otros, miramos hacia adentro. Jamás habíamos imaginado que podía existir en el mundo tanto lujo y tanta comodidad. Hasta habían cortinillas en las ventanas.

SEDTA inauguró los vuelos comerciales. Venía el trimotor no se si una o dos veces por semana, seguramente desde Guayaquil. Para los muchachos de entonces, la posibilidad de viajar en avión era tan lejana, que ni siquiera nos preocupábamos de averiguar qué día venía el avión, ni desde dónde.

Ya antes un poeta había dicho (soñador como todos los poetas) que Cuenca sólo podría acercarse al mundo, por los caminos del cielo. SEDTA inició ese acercamiento, y dió visos de realidad a la predicción. En ese entonces, lo del ferrocarril Sibambe-Cuenca, seguía siendo una utopía. El tramo de El Tambo a Biblián, sólo se inauguró en 1945, y el tren llegó a Azogues como tres años después, cuando ya podíamos ir en carro a Quito. Debió ser por el año 46 o un poco más, que se abrió esa carretera, pues lo que yo recuerdo, es que "El Mercurio" dió la noticia del primer viaje en automóvil Cuenca-Quito, publicando la fotografía de mi amigo y contemporáneo Jaime Ramírez Salcedo junto a su Mercury negro modelo 1946.

Después de SEDTA, vino PANAGRA, con los DC-3. Se construyó el aeropuerto Mariscal Lamar, que aun está en servicio, a pesar de que su pista resulta hoy demasiado corta, y de que está emplazado en la ciudad.

El DC-3 de Panagra venía todos los días, (excepto domingos) como a las once de la mañana desde Guayaquil, y retornaba. Para viajar a Quito, o desde Quito, había que hacerlo por Guayaquil. Yo volé por primera vez, en Panagra, en 1945, decolando desde la pista en tierra del Mariscal Lamar.

## FIN

He terminado de escribir esta historia (porque todo esto es historia), hoy 5 de febrero de 1998, cuando estamos así de cerquita del año dos mil, y cerca, aun cuando no tan así, de firmar la paz con el Perú. Hoy se conmemora el primer aniversario de la mas grande concentración popular que registra la historia del Ecuador. Hace un año, en todas las ciudades y pueblos del país, la gente salió a las calles, como nunca antes, para gritar, estentoriamente un sólo grito que retumbó del Carchi al Macará: QUE SE VAYA!!!; y el abogado Abdalá Bucaram, el presidente más folklórico, más inútil y más deshonesto que hayamos tenido; el que nos puso en ridículo ante el mundo; el que mancilló el nombre de la patria, y la esquilmo, tuvo que irse. Pero antes sacó, en costales, todos los billetes que aun quedaban en las bóvedas del Banco Central.

Hoy, con motivo del aniversario, se organizaron movilizaciones populares en las principales ciudades. Resultaron ser unas movilizaciones multiuso. A ellas concurrieron unos, para festejar el aniversario de la caída de Bucarám, y otros para lamentar su ausencia; unos para protestar contra el gobierno interino de Fabián Alarcón, y otros para dar vivas a la Asamblea Constituyente, como un último y desesperado grito de esperanza; sin que haya faltado quienes concurren para que se disuelva el congreso, o para protestar contra los alcaldes o los concejos municipales.

Dicen que en "la Atenas", el alcalde salió del llamado palacio municipal (la más grande afrenta arquitectónica que pudo haberse hecho a la ciudad), con dirección a San Blas, que era el lugar elegido para la concentración, acompañado de algunos ediles y empleados del municipio. Cuando iban acercándose al parque de San Blas, los de la comitiva gritaban "VIVA EL ALCALDE"; pero cuando llegaron, se encontraron con otro grupo que

**vociferaba "ABAJO EL ALCALDE". Se iban enfrentando los dos bandos, y hasta parecía posible que de los gritos pasen a las obras, cuando a alguien se le ocurrió gritar "ABAJO ALARCON", y entonces todos, corchistas y anticorchistas, respondieron a coro, con un sonoro ¡ABAJO!, y, en paz, se incorporaron al desfile.**

**Cuenca. 5 de febrero de 1998**

## IMAGEN Y MEMORIA DEL SANTO\*

JORGE DAVILA VAZQUEZ

Del Padre Carlos Crespi (Legnano 1891-Cuenca 1982) se podría bien decir lo que dijo Claudel de Don Bosco: "Un santo, creo, al que puedes darle Cristo, sin que se confiese antes", y también, "un santo sin dejar de ser un hombre cabal".

Sí, pues en sus casi noventa y un años de vida supo desarrollar una tan intensa actividad espiritual, que quienes permanecían cerca de él sentían que Cristo estaba a su lado permanentemente; y, al mismo tiempo, una multiplicidad y variedad de labores humanas, como quizás lo hubieran podido hacer una media docena de hombres cabales, a lo largo de ricas y generosas existencias.

Era un santo, le dirán a Ud., amable lector, apenas haya mencionado el nombre del Padre Crespi en Cuenca, especialmente en ciertos sectores populares. Y claro que lo era, si entendemos por tal a quien cumple ciega, fiel y cotidianamente, sin asomo de desmayo —como él lo hacía—, el mandato evangélico del amor en toda su espléndida y generosa hermosura.

---

\* La primera versión fue publicada en el libro conmemorativo: *Presencia Salesiana en el Ecuador* de donde está tomada la biografía del Padre Crespi.

Aún hay infinidad de testigos de su acción, que lo vieron consagrar más de medio siglo de su vida a los pobres de Yahvé, a aquellos que no teniendo nada, lo esperaban todo de su bondad.

Muchos han recordado, por ejemplo, al hablar de la labor pastoral del Padre Crespi, las colas interminables ante su confesionario; no era solo absolución lo que buscaba esa gente; los desposeídos iban en pos de la ayuda económica —muchas veces diaria— que él les prodigaba de modo absolutamente discreto.

En sus escuelas —la “Cornelio Merchán”, la de Artes y Oficios— en el Oratorio, se ocupaba no solamente de educar a los niños y jóvenes, de evangelizarlos a su modo un poco ingenuo y afectivo, sino también de alimentarlos, de ayudarlos a vivir.

Siempre virtuoso en extremo y dotado de una generosidad que no parecía tener fin, la gente humilde empezó muy pronto a tejer en torno a su persona una intrincada red de leyenda. Para sus pobres, Crespi que llegó de la lejana y remota Europa, era un noble, un príncipe, que habiendo dejado su palacio venía a ser como ellos, uno más, pequeño, mísero, bondadoso, eternamente niño, pese a su barba de profeta y a sus innúmeras arrugas.

Para ellos, la Virgen en persona llenaba sus bolsillos inagotables, le dio fuerza para resistir dos días seguidos en el tribunal de la penitencia durante el Congreso Eucarístico del año treinta y ocho, y le mantenía perennemente fresco y lozano, fuerte e infatigable, aunque no era ninguna novedad que dormía vestido, sobre un montón de periódicos, y que no se alimentaba más que de fruta y de los restos de galletas que tenía para sus niños. Ya durante su vida, nadie dudaba de su capacidad intercesora ante Dios, ¿cómo iba a negar el Padre a un hijo como este santo, que pedía con tanta fe y mansedumbre?

Después de muerto, la leyenda del Padre Crespi —áurea y

magnífica igual que las hagiografías medievales— ha crecido y sigue creciendo.

La ciudad entera se empeñó en levantarle un monumento, como una buena forma de volver materialmente perdurable una presencia espiritual que no cesa. Claudio Malo decía, en vida del padre, que era "un monumento viviente" de Cuenca: el que se levantó, no correspondía ni de lejos a la imagen que de él tenían sus devotos, pero al menos lo sintieron todos como una prolongación tangible; llenaba unas necesidades: la de ver al P. Crespí, la de dialogar con una presencia perceptible, la de ofrendarle muestras de afecto.

Todo lo anterior puede parecer una fantasía de literato, pero me remito a los hechos: sus pequeñitos jamás lo olvidan, la tumba del santo es un espectáculo impresionante. Hay flores en cantidades, cirios encendidos, tiestos con plantas ornamentales. Está vivo entre los suyos, entre aquellos a los que amó más en la vida y por los que fue intensamente venerado. Ellos son los que recibían de su mano, aunque no fuera más que en cantidades simbólicas, el pan de cada día, ellos, o sus hijos o sus nietos; ellos, o sus padres o sus abuelos, se agolpaban en las calles aledañas a la casa salesiana cuando sabían de sus enfermedades —*más bien raras*—; los que rezaban con él en su rosario veloz y en "media lengua", los que participaban en su misa-minuto, los que creían de todo corazón en su milagrería capaz de curar y remediar los males y angustias innumerables de esta vida.

Por todo lo dicho (que en boca de un cuencano que conoció muy de cerca al Padre Crespí; recibió en incontables ocasiones su absolución, apenas había empezado a confesarse; fue bendecido por su mano en grandes solemnidades o abollado por su campanilla inseparable en alguna tarde de cine, bullanguera y multitudinaria, como todo lo que tenía que ver con él; sonará necesariamente hiperbólico), si volvemos a los versos de Paul Claudel, ¿quién dudaría en darle a Cristo sin que se confesara,

a él, justamente, a él, que casi vivía en el confesonario, que contaba que en las fiestas religiosas pasaba hasta dieciséis horas seguidas en la administración del Sacramento (fuera de aquellos días récord de los que hablamos antes) y que, a cualquier hora del día o de la noche, estaba pronto para llevar la eucaristía a quienes no querían irse de este mundo sin tener el consuelo de que les diera su alimento postrero?

Pero, la vida entera del Padre Crespi es también una muestra de la verdad enunciada por Claudel sobre Don Bosco: era un santo, sin por ello "dejar de ser un hombre cabal".

Quizás quien mejor haya visto a nuestro santo en la plenitud de su desarrollo humano, sea Claudio Malo González que, siendo Ministro de Educación y Cultura, al participar en un acto de homenaje al Padre, pronunció un discurso fundamental, fragmentos del cual veremos en seguida.

Se trataba de la entrega de una condecoración muy importante concedida por el Gobierno de Italia al Padre Crespi; una de las muchas que recibió en su vida, y que, seguramente, las aceptaba con cristiana humildad, con el mismo gesto fraterno con el que recibía de las manos del campesino ingenuo y devoto el ramo de abigarradas flores para el altar de la Auxiliadora, o con el que aplaudía las recitaciones infantiles, los cantos destemplados y los sainetes llenos de improvisación con que los oratorianos festejaban sus onomásticos; o con el que agradecía el sucio billetito que la viuda evangélica le ponía secretamente en las manos susurrándole: "para sus pobres, padrecito".

En el acto al que aludimos, el 9 de enero de 1982, apenas tres meses antes de la muerte del Padre Crespi, el Dr. Malo decía:

Lo que conmigo ocurre y con la gente de mi generación, con la anterior y posterior a la mía, es un hecho en la ciudad de Cuenca, para la ciudad de Cuenca: la figura del P. Crespi es tan entrañable, es tan he-

cha a su medio, es tan imborrable de la sociedad como la de sus ríos, como la de sus calles.

Cuenca no puede, en cierta etapa de su desarrollo histórico, concebirse alejada de la presencia siempre constructiva, siempre creativa y siempre fecunda del Padre Carlos Crespi.

**Preguntándose a continuación, cuál era la faceta vital del sacerdote, que más llamaba la atención:**

Será tal vez la del dinámico y heroico misionero, que dejando un brillante porvenir de científico en la culta Italia vino a las selvas de la Amazonía, venció a la cordillera, penetró en ellas, en aquella época en que no había ninguna posibilidad de llegar ni por tierra ni por aire. . . Será tal vez la faceta del sabio. . . porque su incansable espíritu no solo se proyectó en la zona de la Amazonía ecuatoriana, a la cura de almas, sino también a desarrollar la investigación; se enfrentó con una flora y con una fauna extrañas a las de su medio, pero emprendió allí la tarea sistemática y seria del científico. . .

Será tal vez la más importante su faceta de educador. Su gran categoría científica ameritaba más que suficientemente, para que Carlos Crespi asumiera cátedras universitarias y llevara a cabo realizaciones a nivel de educación superior; sin embargo, su espíritu sensible, su celo apostólico le llevaron a proyectar lo mejor de su actividad docente hacia la niñez marginada de la ciudad de Cuenca. . . ¿Será tal vez la que más llame la atención aquella faceta del artista, aquella faceta del hombre culto con inquietudes históricas. . .?

Y Claudio Malo concluía proclamando la excelsitud de la labor vital múltiple del Padre Crespi —además, obviamente, de su trabajo pastoral fervoroso hasta el agotamiento— consagrada no precisamente a su patria natal sino a este, su país de adopción, al que quiso y conoció más que muchos ecuatorianos de nacimiento. ^

La faceta del hombre de cultura, del artista, además, merece ciertas precisiones. Indudable resulta hoy, con la perspectiva que da al paso del tiempo, que el Padre Crespi tuvo una visión precursora muy importante en el momento en que inició sus colecciones, parte de las cuales pertenecen actualmente al Banco Central del Ecuador. Como todo profeta, su labor no siempre mereció el apoyo y el respeto que hoy se le tributan. Sus contemporáneos se burlaban del amor con que el padre reunía figuritas, vasijas, objetos, que en nuestros días forman parte del invaluable patrimonio cultural del país. No faltó quien se aprovechara de la inagotable bondad del sacerdote y le ofreciera piezas falsificadas. Este detalle, que seguramente causó el regocijo de sus detractores, escondía, sin embargo, un rasgo de la caridad cristiana de quien nunca, ni en ejercicio de su ciencia, podía olvidar sus atributos de hombre justo; por eso, cuando alguna vez el Padre Antonio Hernández le preguntaba al respecto, responde: "Todavía hay en Cuenca mucha gente que pasa hambre". Así que si había quienes no podían abrir la boca para expresar su necesidad, por una vergüenza fácil de entender, él sabía la forma de ayudarles, haciéndose, ante su presunta viveza criolla de querer venderle gato por liebre, como dicen las abuelas, "de la vista gorda".

También amplifica la faceta cultural del Padre Crespi la mención de un aspecto del que recién comienza a hablarse: el del cineasta. Hoy por hoy se lo considera como un pionero del cine ecuatoriano; no solo por la inmensa labor de difusión del séptimo arte que llevó a cabo entre nosotros, sino porque desde su primer viaje al Ecuador (en abril de 1923), supo plasmar en

imágenes sus experiencias y contactos con las gentes y los paisajes del pueblo al que tanto amó, al que hizo suyo, siendo a la vez parte viva y actuante de él.

Si todo lo que hemos dicho sobre la actividad humana del Padre Crespi, no es ser "hombre a cabalidad", entonces no sabemos qué pueda serlo.

Con ese amor entrañable que tiene el cuencano para el Padre Crespi, Malo González hablaba de la presencia entrañable del Santo entre nosotros. Y tenía mucha razón. Nadie que lo haya visto con su vieja, raída y lustrosa sotana, con sus enormes y torcidos zapatonos, con su gesto perpetuamente bendecidor, con su prosa permanentemente atenta a alguna necesidad urgente de los otros, a algún socorro que no podía esperar, puede haberlo olvidado. Y si evoca su imagen, surgirán también los dorados recuerdos de la infancia, como los de las funciones de cine en el Teatro Salesiano (con sus aires caricaturescamente europeos: escena, platea, palcos y galerías), cuando como Dios en el segundo día de la creación, el Padre Crespi separaba, no precisamente aguas mayores de menores, sino hombres de mujeres, al retintín de su mítica campanilla, que probaron innumerables cabezas desobedientes, que intentaba filtrarse en el bando opuesto; sesiones de cine en las que su explicación previa y sus comentarios en alta voz, eran casi tan importantes como la película misma; programas triples en los que se proyectaban dos películas serias y una infaltable y "chistosísima cómica final", tal como se anunciaba en colorido cartelón en parques y plazas de la ciudad, entonces tan pueblerina todavía.

O los recuerdos devotos y sencillos: patios llenos de gente que cantaba los himnos compuestos por el padre, multitudes que recibían de su mano consagraciones o bendiciones; hombres y mujeres que lo miraban pasar en el carro alegórico que llevaba la imagen de la Virgen Auxiliadora, en su procesión nocturna del último día de mayo, cuando él iba como sosteniendo la imagen, iluminados los dos por un reflector, mientras los vie-

Jos tíos afirmaban que era tan santo como el Padre Joaquín Spinelli, al cual hasta se parecía, y se perdían en evocaciones de los fastos de la coronación, allá por el año cincuenta.

O las simples memorias oratorianas con un gusto a leche en polvo, repartida por su propia mano. O tantas y tantas otras imágenes familiares para quienes vivimos poco o mucho a la sombra de la figura tutelar del Santo en alguna época de nuestras vidas.

Para muchos, la visión más impactante del Padre Crespi es aquella en su hora tremenda, frente a las ruinas de la escuela "Cornelio Merchán", luego del incendio. Dicen que el dolor había arrasado su rostro dulce y bueno, y que con las manos juntas, en angustiosa plegaria, lloraba como lo que siempre fue, un niño grande. Solamente esa fe suya, que movía montañas, pudo ayudarle a superar la amargura ante la devastación de su obra de toda la vida, y darle fuerzas para recomenzar, como el fénix, desde las cenizas.

O esa especie de glorificación al final de la vida, cuando ya agónico, descendió todavía al confesonario, y en la penumbra de ese lugar en que transcurrió parte de su servicio humano y divino, rodeado de innumerables cirios encendido, como un extraño ícono sobrenatural, aún levantaba su pálida mano moribunda en perpetuo gesto de perdón.

\* \* \*

El Padre Carlos Crespi Croci nació en Legnano (Milán) el 29 de mayo de 1891, en el seno de una numerosa familia (13 hermanos), uno de cuyos miembros era misionero salesiano en Tailandia.

Tempranamente ingresó en la Orden, profesando en septiembre de 1907. Compañero del V Sucesor de Don Bosco, Renato Ziggiodi, hizo estudios filosóficos en Valsalice, entre 1909 y 1911.

Se ordenó de sacerdote en Padua, en 29 de enero de 1917.

En 1921 se doctoró en Ciencias Naturales en Padua, en donde también egresó del Conservatorio.

Desde 1923 desarrolló actividades misioneras en el Ecuador, a donde vino por primera vez, enviado por sus superiores con motivo de las Bodas de Oro de las Misiones Salesianas, para preparar una exposición Misionera Internacional. Recogió material de mucha importancia y filmó su recorrido por la Amazonía.

Volvería en 1927, pero ya para quedarse entre nosotros y no salir de su patria de adopción sino en busca de fondos para sus múltiples obras.

A principios de la década del treinta fundó la Escuela Agrícola de Yanuncay.

En 1936 inicia la construcción de la escuela "Cornelio Merchán" y se hace cargo del Oratorio.

Luego creará la escuela de Artes y Oficios.

En 1938 se hace cargo de la organización del Congreso Eucarístico.

En 1940 funda el Normal Orientalista, buscando dar una correcta información de sus colecciones que, con el tiempo, formarán un museo.

En 1935, 1956, 1974 y 1982, el Municipio, el Gobierno Nacional y el Gobierno de Italia reconocieron públicamente con homenajes y condecoraciones su labor fecunda y generosa.

Su muerte, ocurrida el 30 de abril de 1982, conmocionó a la ciudad de Cuenca; jamás se vio un homenaje masivo más afectuoso y condolido que el tributado a sus restos por el pueblo de la ciudad en que transcurrió más de la mitad de su existencia. Su recuerdo es una joya en el corazón de la pequeña ciudad que jamás lo olvida.



## EL OCIO EN LA CUENCA DEL PASADO

CLAUDIO MALO GONZALEZ

Dividimos el tiempo entre lo que estamos obligados a hacer en la vida —estudiar, trabajar, atender la casa— y lo que, en los tiempos libres, ajenos a presiones y constricciones hacemos como resultado de una decisión personal buscando aquello que nos causa satisfacción. Erik María Rilke definió poéticamente al ocio como el gozoso quehacer del no hacer. Ocio no se identifica con ociosidad, que no es otra cosa que abstenerse de realizar lo que estamos obligados a hacer. El ocio implica alguna forma de actividad que, al no estar constreñida por el deber, produce satisfacciones especiales porque responden nuestros deseos y porque parten del ejercicio de la libertad en los cortos espacios que para ello tenemos. El disfrute de mis vacaciones, largas o reducidas, radica en sentirme dueño de mi tiempo y no tener que actuar en tiempos de los que otros son los dueños, o imaginan serlo.

No siendo todopoderosos, careciendo de varitas mágicas o de lámparas de Aladino, no existiendo sino en nuestra imaginación el país de las maravillas del que tanto gozó Alicia, el ocio está limitado por un sinnúmero de circunstancias que re-

ducen las opciones, pero la vivencia de la práctica de la libertad vuelve gozoso al quehacer que, al no estar ordenado por alguien, se torna en no hacer según Rilke.

El entorno físico es uno de los limitantes del ocio. Quienes viven junto al mar, solo en condiciones excepcionales pueden disfrutar de caminatas por altas montañas, refrescando el cuerpo y el espíritu con el frío aire de los páramos andinos, al igual que quienes vivimos en regiones montañosas muy de vez en cuando nos deleitamos con la frescura salobre del agua del mar que abraza nuestros cuerpos y nos acaricia o golpea con su oleaje.

En la Cuenca de los inicios de la segunda mitad del último siglo de este milenio, nintendos y otros juegos electrónicos no existían. La televisión, incipiente y confusamente grisácea estaba circunscrita a los aconteceres cuencanos, las discotecas ni siquiera eran imaginadas como un acanallante torrente de ruidos musicales que niegan a sus hábitos el derecho a los placeres de la conversación y les conminan a mover el esqueleto en medio de una mescolanza aturdidora de luces y reflejos.

Los espacios de ocio los ocupábamos de manera diferente a la actual, aprovechando algunos de los atractivos que el entorno natural cuencano, en bruto, nos ofrecía. Los ríos, vírgenes aún de contaminación —excepto el Tomebamba que se estrenaba en este perverso mal— con sus bulliciosos susurros, nos invitaban a compartir sus interiores. Como buenos hijos de la montaña, la mayor parte de sus travesías estaban tachonadas con piedras de las más variadas formas y tamaños que cobraban en espuma el tránsito del líquido. El adormecedor y monótono diálogo entre las aguas y las piedras, hacía pausas en los remansos en los que la quietud se compensaba con la posibilidad de sumergirnos sin temor a la amenaza de castigo de los golpes en las piedras.

Algunos los llamaban vados, otros remansos, pero en nuestra jerga predominaba el nombre de "hondos". Con excepción

de las cálidas y sulfurosas placinas de Baños, no se conocían en Cuenca las piletas como dicen los filáticos o albercas los que alguna vez han pasado por México, para practicar el ejercicio de la natación. Peor aún cursos de este deporte ni profesores que exhibían ostentosamente sus títulos fluviales. Había que aprender a nadar, eso pensábamos los más osados, pero a la criolla y en los hondos de los ríos. No fui testigo presencial, pero sí oí contar a los mayores que bajo el puente del Vado —blanco solemne y colonial— y metros más arriba en el Otoringo, algunos cuencanos, cubriendo sus vergüenzas con calzoncillos cotidianos, chapoteaban en las aguas tomebambinas nadando con un estilo que por su originalidad y ausencia de elegancia recibió el nombre de "vado".

Cuenca terminaba en las orillas del Tomebamba, más allá se erguía solitario el Colegio Benigno Malo. La Avenida Solano, a causa de una genial intuición de una persona que había estado en París y se sintió impactado por los Campos Eliseos, avanzaba con impresionante anchura hasta la colina de la Virgen de Bronce que luego fue victimada por tractores y aplanadoras. A diestra y siniestra, entre cercas de piedra y muros precarios, estaban quintas vacacionales con casas imitadoras de las haciendas, con sus huertos frutales y pequeños sembríos de maíz; desentonaba este ámbito bucólico el estadio municipal con cancha de tierra que se vistió de gala en el Quinto Campeonato Nacional de fútbol en 1945.

Ir a bañarse en el río suponía largas caminatas por despojado. La decisión de escoger el hondo era motivo de largas y entre sesusas y viscerales discusiones. El Del Palo en el río Tarqui, a la derecha del puente al pie de Turi tenía a su favor su agua menos fría y un pequeño llano a su vera, que lo creíamos una gran planicie, en donde podíamos dar algunos saltos de precalentamiento y secarnos con los rayos del sol, pero sus aguas tenían color terroso y la profundidad reducida nos impedía ensayar caricaturas de saltos ornamentales.

El hondo de La Piedra o Chiflón, en el Yanuncay, a la izquierda del puente de ladrillo —hoy escoltado por dos de cemento armado— disuadía por la frialdad de sus aguas, célebres por su transparencia y limpieza. Habiendo en su irregular entorno un bosque de eucaliptos, los rayos solares no llegaban a tierra. Burrococha estaba demasiado lejos, cerca de Monay, y la unión de los tres ríos lo hacía caudaloso a más de temible por sus remolinos.

Los deseosos de ir al de La piedra hacían alarde de hombría al manifestar su determinación de soportar estoicamente el frío y gozar con él entremezclando los chiriches con intentos de carcajadas; era además posible, desde la piedra, lanzarse de cabeza garantizados por la profundidad, que se convertían en panzazos para los principiantes. Quienes argumentaban a favor del Palo, decían no tener recelo al color terroso de sus aguas y que parte del paseo era hacer ejercicios, y a veces lucha libre, en el llano de la playa. Los osados apostaban por Burrococha retando a desafiar el furor de los remolinos y demostrar el poder de las brazadas y piernazos cruzándolo pese a la fuerza de la corriente.

La caminata a pleno sol de la una o dos de la tarde nos hacía sudar la gota gorda, sobre todo si añadíamos a este traslado patear cualquier cosa que encontrábamos en el camino y lo transformábamos en pelota de fútbol. Las mochilas eran cosas raras que las usaban los soldados y la toalla y el pantalón de baño los llevábamos frecuentemente entre la correa y el pantalón.

Ya en el hondo, algunos tocaban el agua con el dedo gordo del pie y lo retiraban presurosos, otros, desinhibidos, se lanzaban directamente al río y desde allí lanzaban manotazos de agua a los timoratos. Sin la menor noción del crowl, el pecho o el mariposa, luego de unas cuantas sesiones de intentos acompañados de abundantes e involuntarios bocados de agua que se desviaban a los pulmones que respondían con estentóreas to-

sidas, lográbamos nadar y cruzar el hondo primero estilo perro, en posición semivertical y con cuidado de tener la cabeza lo más arriba posible del agua y las manos móviles dentro de ella. Posteriormente dábamos brazadas y nos poníamos en posición horizontal testificada por los pies que al entrar y salir salpicaban agua. Nadar de espalda con el distante cielo ante los ojos, era como obtener una licenciatura en este arte. Cuando los hondos habían perdido nuestro respeto, venían los saltos, las piruetas y los intentos de buceo sin que falten los juegos a las ahogadas.

Las chapoteadas y las chacoteadas llegaban a su ocaso, había que vestirse sin que, de cuando en cuando, algún chistoso había escondido la ropa de un bañista que se sentía rey de burlas caminando por la ciudad con su nada sofisticado traje de baño; luego de largas negociaciones en la moneda de los tiempos, delicados y alfeñiques la ropa regresaba al dueño. Con el cuerpo fresco por el agua templada y porque el sol del medio día había ablandado sus furores, regresábamos a ritmo más lento. Los pocos reales refugiados en alguno de los bolsillos se transformaban en guineos y naranjas, a veces en pan con dulce, en alguna de las tiendas de fisonomía y provisiones campesinas que encontrábamos. En raras ocasiones, algún palo-grueso se daba el lujo de pedir una kola Ross o Panamericana que pagaba con un sucre para envidia de sus acompañantes.

Ya en el puente Centenario nos sentíamos nuevamente en la ciudad pensando en la merienda que no solía pasar de las seis y media de la tarde, en la tertulia familiar y, en muchos casos, en el interminable rosario de la noche cuando hacia el tercer misterio teníamos que entablar heroica lucha contra el sueño que con frecuencia nos vencía.

Pensar encontrar chicas en alguno de los hondos era como imaginar ahora toparnos con exóticas marcianas degustando sánduches donde la Gorda o donde el Mono. El traje de baño femenino era una prenda que lo habíamos visto en alguna revista

atrevida que llegaba desde lejanos países como Ecran. En tiempo de monas, luego de que nuestro servicio de inteligencia nos había dado información confiable, gastábamos los ahorros en ir a Baños para verlas salir de los camerinos y lanzarse a la piscina y luego de un respetable tiempo, dejar el agua y retornar a los vestidores.

No se si por nostalgia, no se si por envidia de no poder divertirnos como ahora lo hacen los jóvenes de ambos géneros, tendemos a creer que todo tiempo pasado fue mejor. Pero los disfrutes de los dones de la naturaleza, su acercamiento directo y ausente de recelos y artificialidades, no dejan de devolverme la fresca placidez de los tiempos idos.

## LAS CASAS VIEJAS

JOSEFINA CORDERO ESPINOSA

“Las casas nuevas están más muertas que las viejas, porque sus muros son de piedra o de acero pero no de hombres”, y Vallejo como un Dios en el soplo divino del séptimo día les vuelve humanas y en una simbiosis más allá de la vida y de la muerte, sigue: “una casa vive únicamente de hombres, todos han partido, pero todos se han quedado, lo que continúa en la casa es el pie, los labios, los ojos, el corazón”.

Y se quedaron el pie, los labios, los ojos, el corazón, arrebujados en los rincones, en los círculos concéntricos que en la lluvia hacían remolinos en los patios, al reverso de las puertas en donde cada año se marcaba el crecer de los hijos con pequeñas rayas horizontales semejantes a tarjas campesinas devengando la vida, a lo largo de los corredores, arrastrando las sillas en pos del sol, en el murmullo de las plegarias que oficiaban los padres al caer la noche, en el eco de las rondas que en las azoteas cantaban los niños a la luna, en el aroma del pan cocido en horno de leña.

Y eran sólo uno los habitantes y la casa, la gente al encontrarse omitía los nombres y decía: cómo están en la casa, saluda en la casa.

Y pasaron los días y llegó el tiempo en que las casas viejas se quedaron solas, de soledad humana, han cumplido un ciclo como sus dueños decían y ese aire de modernidad que alguien esgrimió en un justificativo de mal gusto, degeneró en codicia.

Cayeron los muros de los conventos, los altares de las iglesias, las capillas colegiales donde se entraba a rezar en casa propia; los púlpitos recubiertos de pan de oro, como almas en pena vagan extraviados en bares y cantinas, se arrancaron las verjas del parque, una cuadra entera de su entorno se redujo a polvo, elevándose luego horrendos edificios ideados por afuerreños.

"Las casas viejas hechas de hombres" en sobresalto fueron desapareciendo del Corazón de María al Otorongo, del Rollo a la Calle Larga, del Vando a San Roque y Las Herrerías, sin perdonar la Alameda en donde cegaron las dos lagunas, morada de patillos y escribanos, en zafarrancho de picas, palas y barretas, maquinarias y hombres, contra natura, borraron del paisaje la Colina de la Virgen de Bronce, aslento del arco iris y el soberbio viento de agosto que elevaba las cometas entre saucedales y pájaros, desplazándoles hacia las constelaciones, y no paró en ello; en una reunión de autoridades se propuso canalizar el Tomebamba, el Rector de la Universidad en ese entonces gritó airado: "no podemos cortar la lengua al río" y así se salvó Julián, el Julián Matadero como le llamamos en Cuenca porque aquí el río también fue bautizado.

De pronto la fuerza destructora se volvió añoranza, se dictó una ley de Protección al Patrimonio Cultural y en primera línea estaban las casas viejas; casi la mitad había caído y algunas no eran ya las mismas; los patios y zaguanes empedrados con guijas del río, rodeada de arabescos de hueso, sufrieron la ignomina de las baldosas de cemento; los vidrios de colores desaparecieron de los ventanales, de las paredes, los murales con motivos campesinos y escenas románticas.

La prohibición despertó en los codiciosos un afán de ge-

nocidio; callada, soterradamente, por las noches desentejaban los techos, abrían las llaves de agua dejándolas fluir hasta deshacer los adobes y cuando alguien, en día claro, pretendió arrasar la casa de las limosnas de Tierra Santa, y se opuso el Alcalde, en tiempos de dictadura, se valió de un coronel amigo que fungía de gobernador, quien envió un escuadrón, no quedando piedra sobre piedra.

Cerrándose el círculo, revirtió la vida, el ardiente amor por las casas viejas y sus fantasmas, por su pasado y sus raíces, ese querer su permanencia en museos y salones de recepción, en hostales, bancos y oficinas y abriendo el camino se convierta Cuenca en patrimonio de la humanidad.



## CRONICAS Y RELATOS DE CUENCA EN LOS AÑOS 60

MARIA EUGENIA MOSCOSO C.

Desde el grato ejercicio de la memoria que rescata incontables recuerdos y nostalgias se nos presenta a manera de una panorámica maravillosa aquella que ofrece *Las Coplas por la muerte de su padre* de Jorge Manrique, en cuyos versos se destaca la contraposición de vida y muerte y el sentido efímero de las cosas mundanas: la belleza, la juventud, los deleites permitiéndonos la atrevida aventura de parodiar esas estrofas de pie quebrado producto de la notable inspiración y el arte de gran verificador del poeta del naciente renacimiento español:

Recuerde el ser morlaco  
como se pasa la vida  
como se viene la madurez  
tan callando.

En los años sesenta Cuenca lucía un rostro sereno y apacible; sus calles adoquinadas y sus veredas generosas dejaban pasear tacones, mantas y reclinatorios desde las primeras luces del día. Porque así se trasladaban nuestras abuelas para entablar su primer contacto con Taita Dios en las coloniales y tranquilas iglesias que custodiaban la pequeña ciudad a la par que

sus ríos que vertiginosos unas veces y perezosos en verano paseaban de norte a sur imprimiendo el estilo característico de esta pequeña Cuenca de los Andes. Entonces el sol acariciaba cálido a los estudiantes al recorrer calles y plazas y alegrar los patios y corredores de centenarios colegios que evidenciaban sus crígenes: "propiedad francesa". De este modo, sorteando las escasas distancias que mediaban entre El Centenario y El Vado, entre San Blas y San Sebastián, entre El Carmen Bajo y El Carmen Alto, entre las casas y el colegio, al inicio de la jornada las alumnas nos disponíamos a entonar con solemnidad y unclón cívica el himno patrio seguido de las notas de la Marselesa para sellar el convenio sagrado de una fundación religiosa con sabor mediterráneo trasplantada a tierras de América.

Nuestras vidas son los ríos  
que van a dar en el Marañón  
que es el morir,  
allí los ríos caudales: el Tomebamba y el Machángara,  
allí los otros medianos: el Tarqui y el Yanuncay  
derechos a se acabar  
y consumir.

Así como canta el poeta de **Las Coplas**, la vida de esta ciudad está signada por el agua que la bautiza. Pues sí, esta Cuenca de los Andes o mejor Santa Ana de los Cuatro Ríos es bañada por las aguas del Tomebamba, del Machángara, del Tarqui y el Yanuncay. Disfrutamos los cuencanos del privilegio de ese elemento vital que nos recuerda a Tales de Mileto cuando precisa que el agua se constituye en el principio de todas las cosas: de las piedras y los metales, de los cuerpos y la naturaleza y de todo cuanto existe sobre la tierra imprimiendo fecundidad y presionando al estallido de color y belleza. De esta manera luce Cuenca en los sesenta ataviada del amarillo de la retama, del verde de los sauces, del azul del cielo diáfano, de la transparencia del mirlo y el colibrí.

¿Qué se hicieron el colegio centenario,  
las aulas y corredores  
y la capilla?

¿Qué se hicieron los huertos y jardines  
los patios solariegos  
y el Otorongo?

¿Qué se hizo el estudiar,  
los libros y manuscritos  
que escribíamos?

¿Qué se hizo el rezar,  
los rosarios y las novenas  
que repasábamos?

En los años sesenta Cuenca vivía una vida placentera; sus callejuelas estrechas escasamente recorridas por coches y automotores prodigaban aire puro para el bienestar de quienes en calmado tránsito diariamente las paseábamos a pie desde el norte hasta el sur, recorriendo parajes acogedores, bien a orillas del Tomebamba o por estrechos pasadizos que convergían en los parques solariegos en donde se producían el humano y cálido encuentro de conocidos y vecinos, el saludo fraternal de amigos y jóvenes o la travesura alegre e inconsciente de los niños del vecindario. En las mañanas radiantes las estudiantes abordábamos el único bus colegial que transitaba desde el Otorongo a San Francisco, desde la Cruz del Vado a Todos Santos, hasta llevarnos al pensionado en donde esforzadas religiosas de la Adoración Perpetua orientaban nuestra formación y nuestro estudio. Es que el colegio se convierte en nuestra segunda casa puesto que las diarias jornadas alcanzaban desde las primeras horas de la mañana hasta remontar la hora del Angelus conjugando a la par estudio y oración, comedias y corales, gimnasia y piano, lengua francesa y labores manuales.

¿Qué se hicieron las jóvenes,

**sus vestidos y uniformes,  
sus colores?  
¿Qué se hicieron las promesas,  
los amigos y galanes,  
sus olores?  
¿Qué se hizo la lisonja  
del estilo amatorio  
que exhibían?  
¿Qué se hizo el contento  
de las chicas colegiales  
que alardeaban?**

Como cantara siglos atrás el poeta de **Las Coplas**, parece que fue ayer no más cuando en los años sesenta Cuenca se destaca en el concierto nacional por su señorío y buenas maneras, por sus poetas y artesanos, por la apetitosa cocina criolla en donde el mote se convierte en sustento de las mesas opulentas y tanto más de las menos favorecidas; por los hornos de leña humeante en cuyo rescoldo se coce el pan blanco amasado por vírgenes pies de las religiosas, las dulces costras, las arrogantes tullanas o los mestizos enquesillados orgullo de apacibles comedores o visitados salones prestos a ofrecer el clásico café de las cinco anunciados —no por relojes ni despertadores— sino tan solo por pesadas y solemnes campanas de iglesias y conventos que convocan a la par al rezo del Angelus de los feligreses o a la tertulia de los vecinos y amigos del lugar.

**Dejo las remembranzas  
de los recordados maestros  
y fundadores;  
no olvido sus enseñanzas  
que ofrecen varias recetas  
y sabores.**

Aquí tan sólo recuerdo yo  
de verdad,  
que en esta ciudad viviendo  
esta ciudad no reconoció  
su valor.

En los años sesenta Cuenca presentaba una atmósfera serena y por tanto envidiable. Los días eran más largos justamente por lo apacible de sus vecindarios, por los diálogos dilatados de las comadres, por las sostenidas plegarias de las iglesias y los lugares solícitos, por la paz que irradiaban casas y rincones. Una agradable simbiosis de lo autóctono y de lo importado, de lo nacional y de lo europeo se saboreaba en la cultura, en las costumbres, en el vestir y en el hablar, en los salones y comedores, el gran piano de la abuela y en la biblioteca del abuelo. Es verdad que el colegio de fundación francesa contribuye con sus clases a la magia que este juego presentaba. Las religiosas —entre otras Madre Tiotiste y madre Marta Agnes— en esmerada enseñanza procuraban para sus alumnas la lengua de la cultura y es así como empezamos a amar los textos de la escuela clásica o del neoclasicismo francés con Molière como uno de los preferidos con El Avaro, Las preciosas ridículas o su Don Juan. Por entonces ya franqueábamos los umbrales de la literatura y de sus textos muchos de los cuales eran llevados a las tablas en ligeras versiones de comedia. Así nos iniciamos de alguna manera en las artes escénicas, en la caracterización de personajes, en el diálogo y en fin, en el gusto por el teatro.

Así, con tal proceder  
todas costumbres cuencanas  
mantenidas,  
rodeada de sus gentes,  
de sus iglesias y sus rincones  
y de sus ríos,

pasó Cuenca a otra vida  
más moderna y renovada  
que antaño,  
que aunque la calma perdió  
dejónos harto consuelo  
sus recuerdos.

## **CUENCA Y SUS CANTINAS**

**MANUEL GARRASCO VINTIMILLA**

El Loco Maldonado dizque va a escribir un artículo sobre las cantinas de Cuenca, dijo alguien, mientras saboreaba el canelazo especialmente mandado a preparar para acompañar a la nostalgia, porque ahora al puro le sirven sólo con cola, a no ser que se pida el canelazo como especialidad de la casa.

¡Qué val... acotó otro, quizás el más joven del grupo, si el "man" ya se ha mandado algunos sobre el tema en el "Mauricio Babilonia" de "El Mercurio". Así ha de ser, pensé, y si no lo ha hecho todavía el Loco, puede ser que algún día me anime a escribir sobre el asunto que, aparentemente, parece trivial y baladí, para unos, un tanto irreverente e irrelevante, para otros, pero al que considero de alguna importancia, pues su abordamiento nos puede develar algunos aspectos de aquello que hemos dado en llamar la morlaquía, es decir, de nuestra domesticidad, como dice que ha calificado a la realidad social cuencana Remigio Crespo Toral.

Sin desconocer el grave problema social que produce la ingesta de alcohol, como dicen los entendidos, ni pretender negar las lacerantes lacras con las que el alcoholismo ha marcado

a las familias comarcanas, me parece que en torno a la bebida de licores espirituosos se generan determinadas circunstancias que bien vale la pena tratar de examinarlas a fin de, como ya dijimos en un artículo anterior, ver si en alguna medida se contribuye a entender mejor el porqué del cómo somos.

Comenzaré como en los cuentos de hadas, poniéndome al margen del tiempo, al evocar la fórmula sacramental de... había una vez en Cuenca unas cantinas que, para quien no sabe, obedecen a distintos órdenes y naturaleza: comenzamos por aquellos sórdidos tugurios, verdaderos antros en los que se enseorea el vicio y la degradación humana, al decir de los moralistas, a los que diariamente concurren el proletariado y el artesanado azuayo a "curarse" de la chispa anterior con la mísera pitanza del "tocho de a cinco", y a beber sus pócimas de resignación y olvido, que les libera artificiosamente de su indiscutible condición de neoconciertos.

Las cantinas proplamente dichas, locales a los que concurren la amplia mayoría de los grupos medios de la urbe y que, ya por el carácter y condición de sus propietarios o por el genio, como decían los españoles antiguos, de sus parroquianos y en perfecta comunión anímica de unos y otros han adquirido determinadas características, diríamos, cierta personalidad o ambiente propicio a las situaciones que comentaremos más adelante. Hoy, estos centros han tomado la pomposa y foránea designación de "bares".

Quienes hemos rebasado el medio siglo de feliz y risueña existencia, como rezan las cursis saluciones aniversarias insertas cotidianamente en los diarios locales, podemos dar testimonio de la existencia de "vinaterías" en la morlaca urbe. No más de tres o cuatro, visitadas por la próspera burguesía agrocomercial. En ellas se podía saborear el vino español importado en barriles de cedro, el espirituoso cognag francés y otras delicias inalcanzables para el bolsillo común y corriente de los comunes y corrientes mortales moradores de esta ínsula, aun-

que el Fakir nos cuenta la historia de una de estas que no debió de ser lo mejorcito. No le contradigo, él conocía mejor que el infraescrito, como dicen los notarios, el pequeño mundillo noctámbulo de la Cuenca de hace fu.

Estaban ubicadas: una en la Intersección de Gran Colombia y Padre Aguirre, la otra caía hacia la Benigno Malo y Gran Colombia, mientras que la tercera atendía a los parroquianos en la Borrero y Sucre, si la memoria no nos es infiel.

En la ciudad sin televisión ni internet, con unas contadas salas de cine la gente se aburría como las ostras, creo que dicen. Y había que matar al aburrimiento, o por lo menos zonzacarlo, saboreando los draques de la "Pecadora" o manteniendo largas tertulias en lo de la "Suca Luisa". Los huambros estudiantes arrimábamos por donde la "Vecina", mientras que los abogados rondaban la "Portavianda".

En la "Escuelita" se escribía La Escoba, con su lema "no más tontos, el grito de la razón" por ahí, en los años cincuentas, mientras que "Salón Mi Casa" y el "Tres Estrellas" acogía por igual a funcionarios públicos, medianos agricultores y ganaderos. En el "Cuarto Centenario" chupaban los maestros de escuela y donde el Dr. Ríos, decían las domésticas, caían los intelectuales. Cada gremio, cada barrio tenía su sitio predilecto. En "El fondo del problema" Paco Estrella desenredaba los intrincados marcos conceptuales de la literatura nacional con un magistral golpe al nudo gordiano de la preceptiva al aseverar que el problema de la literatura ecuatoriana es huevos de resolverlo por "nuhay".

Más de un sesudo editorial se forjó al calor de los draques, a la vez que una "hoja volante", mediante la cual se realizaba la disección violenta y perversa de alguna víctima política, encontró sus fuentes de inspiración en torno a una mesa de cantina. De las tenidas literarias al calor de unas cuantas "chucurillas" amanecían los tréboles sonámbulos, se escribían las cartas a la madre, a la novia o se aullaba como lobos esteparios.

En las cantinas se forjaban candidaturas para diputados, concejales o consejeros, se entretejían los chismes y se contaban los cuentos de esta tierra de cuentistas y cuenteros, el apodo y el gracejo, la chispa y la sal de la vida brincaban de boca en boca estallando en sonora carcajada, en impulso vital de una sociedad enredada en los hilos de la tradición a la vez que pugnaba por incursionar en los meandros de la modernidad.

Era, quizás lo siga siendo, la auténtica, la redentora bohemia, la que rasgaba guitarras y ennoblecía la amistad y el compañerismo con la "vaca" para cancelar lo consumido o desgarraba el alma con "Yo soy como las hojas / en el verano ardiente/ como las aves tristes/ que su nido han perdido/ como el arroyo humilde/ que corre mansamente/ a perderse en los mares/ y a vivir del olvido; que recitara el poeta bohemio en la cantina de "El Padrón" y que ahí mismo, en la penumbra del amanecer, cuando la luz tiene algo de azul de los dioses, el músico bohemio diera cadencia y ritmo de pasillo.

Cuenca, octubre de 1998.

## EL FUTBOL LLEGA A MACONDO

FELIPE AGUILAR AGUILAR

Claro que ya teníamos un conocimiento previo. Los yerbas del verde césped sabíamos que algunas etapas se habían quemado: la inauguración del estadio, el campeonato nacional de 1945, la vigencia del "Acción", —el equipo del Chic-Chic Aguilar, del Indio Quinche, del Bola Vanegas— los clásicos con el Cruz del Vado y, más tarde, el Juvenil, los penales religiosamente sancionados por Miranda, implacablemente convertidos por Chaplín Palacios, los tiros libres de Danilo Ramírez, el honroso y sacramental empate que la afición festejaba y el cuadro visitante tenía que aceptar. Es decir, sí había una historia, sí existían algunos hitos y teníamos algunos nombres protagónicos: la saeta rubia azuaya, Vicente Serrano Aguilar, probablemente el mejor futbolista de estos lares, veloz, intuitivo, talentoso, cerebro del Acción, Juventino Tapia, el primer jugador profesional cuencano, Lauro Palacios que alcanzaría niveles de ídolo en el Aucas quiteño, Arturo Cárdenas y Washington Gordón, campeones bolivarianos en 1965 y, sobre todo, Alejandro Serrano que inició su incursión en el deporte como árbitro preciso, severo, implacable y devino en su máximo dirigente e impulsor.

Precisamente, fue Serrano quien propuso a la Ecuatoriana de Fútbol que, a partir de 1970 se realice un auténtico Campeonato Nacional con la intervención de equipos provinciales. Y, así fue. Manabí, Tungurahua, Chimborazo y Azuay formaron sus ligas profesionales. Los equipos tenían nombres poco coherentes. Juventud Italiana representaba a Manabí, Olmedo era el equipo de Riobamba y Macará —nombre de cantón lojano— era el ídolo de la ciudad de Ambato. Los cuencanos no nos complicamos, el equipo que iba a representar a la ciudad en esta aventura inédita, tenía que llamarse Cuenca. Así nació el Deportivo Cuenca, el expreso austral, el rodillo rojo, los camisetas coloradas, “el cuenquita” para el hincha fiel, ingenuo y sufridor.

El impacto fue tremendo. La colisión, Cuenca de los años 70 con fútbol profesional, tuvo efectos devastadores. Se puede afirmar que un 80% de la población alteró su existencia. En la mayoría de los casos para bien. Los niños y los jóvenes atesoraron nuevos sueños, ya veían una nueva profesión, digna —y, además, lucrativa— de cara al futuro. Los periodistas deportivos surgieron por generación espontánea y su reproducción fue incontrolable. La mayoría de ellos hacía alarde de una ignorancia espectacular. El consumo de alcohol se redujo. O, con más equidad, habría que decir que se trasladó de los días viernes a los sábados. Es que, llevar la resaca a los graderíos y arreglarla con litros de cerveza, más que una necesidad era una actitud de buen tono, de elegancia, las señas de identidad del hincha auténtico. Surgieron nuevas profesiones: vendedores de boletos, supervisores, controladores, encuestadores, gerentes, auditores, promotores, representantes, publicistas y unos especímenes completamente extraños, los veedores. Es que, nunca se ha llegado a saber mediante qué proceso mágico, estos pobres señores están obligados a ver con doble e, es decir a veer. Proliferaron los negocios. Formales e informales. Tres cuadras antes de la puerta de acceso ya aparecían los primeros: los revendedores. Y, luego, lleve viseras para el sol, plásticos para

la lluvia, "La Cancha" para que lea durante el preliminar, pilas para su radio, "El Mercurio", "Estadio", escarapelas, gorros, sombreros, banderines, un póster de Bareño, un autógrafo de Piazza, el cassette con el último gol de Liciardi, hornado con pocas moscas, boletos falsetes a mitad de precio, rimas para hacer barra, camisetas, cojines, estampitas.

De la noche a la mañana las beatas se quedaron sin temas para el tjereteo y, como hasta las misas ya no eran en latín, parecería que perdieron su personalidad, su esencia, su identidad y su razón de ser. La católica Cuenca pasó a ser Cuenca, la futbolera. Los versos marianos fueron sustituidos por los epinicios. La gente ya no madrugaba a los rosarios de la aurora, madrugaba para el fútbol. A los clásicos despistados que, durante toda su vida, habían manejado la hora cuencna, se los veía muy correctos, formalitos y disciplinados integrando las largas filas de ingreso, cojín bajo el brazo, con un sombrero desempolvado de quien sabe dónde, con los ojos ansiosos, dispuestos a pelear "hasta las últimas consecuencias" el logro de un buen puesto.

El estadio, que antes parecía ser el más grande del mundo, pues, nunca se llenaba, ya no colmaba las expectativas y las exigencias de un público cada vez más numeroso. E impaciente. Hubo que ampliarlo. Y, rebautizarlo. Era obvio, se llamó Alejandro Serrano —un chiste regionalista de la época decía que, en la vecina ciudad de Azogues, se apresuraron a llamar al suyo con el nombre de Alejandro Costeño— en honor al primer presidente del Club y además, alcalde de la ciudad.

En el té de las 5 de las señoras high aparecieron temas extraños. Algunas de las contertulias ya habían asimilado las 17 reglas del invento inglés, aunque no comprendían de qué jugaba el corner, ni el porqué se comía tantos goles ese tal offside. El fútbol lo invadía todo. Trastocaba valores. Obligaba a campañas cívicas. Los inspectores escolares quedaron turulatos al enterarse que los hombres ilustres de Cuenca eran Piazza, Te-

norlo y Caicedo. En las Aulas de Jurisprudencia las complejas leyes se hacían accesibles porque partían de ejemplos de una realidad concreta, vivencial y dinámica llamada fútbol. Curuchupas, comunistas auténticos, seudo izquierdistas, todas las edades, los dos sexos, sacerdotes, una que otra monja, damas de alto coturno, cholitas cuencanas, los profesores, los huambros de la FEUE, las colegialas sabían de fútbol. Gozaban el fútbol. Lo sufrían, lo amaban. Lamentaban no poder jugarlo.

Con porfía y con fe, sin ningún rubor, conscientes de que su labor es orientar y educar al público, los locutores iniciaron una campaña de enriquecimiento léxico que resultó, a la larga, un risueño concurso de disparates.

Pontificaban: "Es indiscutible que en un partido de fútbol hay tres resultados posibles: se gana, se pierde o se empata".

Fungían de profetas: "Tengo la plena seguridad, tengo la certeza, tengo la convicción y tengo la leve sospecha de que el Cuenca ganará el próximo domingo".

Amaban el pleonasma: "Infracción del árbitro que el réferi acaba de sancionar".

Manejaban con singular solvencia las antítesis: "Pelota a ras de piso que se pierde en las nubes".

Improvisaban rimas "El palo no habilita, el palo debilita".

Amaban la paz "El árbitro es un canalla, es un sinvergüenza, merece todos los vituperios pero rogamus al público que mantenga la tranquilidad, que no busque castigarlo con su propia mano, que prevalezca la imagen de esta Cuenca culta y hospitalaria".

Solían ser muy didácticos "Al Cuenca le falta juego conjunto". "La Cancha" se preguntaba ¿No será cartilaginoso?

Lanzaban paradojas, ¿o eran sinestecias? "El público escucha reverente el minuto de silencio".

Introducían cambios semánticos sorprendentes: "No hay ninguna duda, el jugador X es un jugador exquisito pero que se

entienda bien, no estamos empleando el término en sentido peyorativo”.

No tenían temor de las aberraciones: “Si el corner es primo hermano del gol el penal debe ser un hermano incestuoso”.

Fue una verdadera suerte que no lleguemos a los extremos inusitados del lenguaje televisivo del alarconato como cuando, en el ruedo, el matador” clavaba el estoque en la humanidad del toro” o se afirmaba que la pelota tiene el alma caprichosa de la mujer y por eso hay que patearla con sabiduría o, pero aún, cuando muy suelto de huesos un locutor enseñó que para marcar un gol se requiere de una fuerza testicular.

En fin, si en los dorados años 60 nos modernizamos con los electrodomésticos, con el auto, el cine, la T.V., la discoteca, el vestuario informal y cómodo, el rock, la afluencia a la playa, un turismo interno de gran dinámica, si vivimos alegremente a ritmo de frenesí, sin olvidarnos de los sueños, las metas lejanas, las utopías, el advenimiento de los 70 no significó, al menos para los cuencanos, un desencanto, una pesadilla, una frustración. Hubo un antídoto. O, por lo menos, una evasión. Mientras los militares se repartían las riquezas del paisito, mientras, el más famoso y bonachón de todos ellos, obligaba a que las Fuerzas Armadas de la Patria rindan honores a un barril de petróleo que fue venerado en el templete de los héroes, mientras se sembraba el oro negro en los bancos suizos y en los condominios de Miami, la espiritualizada, conventual y cultísima Cuenca había encontrado un refugio, un espacio para la euforia, un nuevo templo y unos nuevos dioses: “22 tipos sudorosos corriendo sin descanso tras un redondo artefacto de cuero” que así define al deporte llamado fútbol el más grande poeta —Jorge Luis Borges— de la Argentina, el país más futbolizado del mundo.

En todo caso, es indudable que el hombre es animal de costumbres, como afirmaba el más sabio de los griegos antiguos. El impacto inicial se fue atenuando. La euforia se decantó. El fanatismo encontró remansos. El fútbol dejó de ser snob y, solo

permanecieron —permanecimos— fieles a él, los que lo conocieron en la infancia, los que más mal que bien alguna vez patearon una pelota, los que sufrieron derrotas, los que festejaron los triunfos y supieron la alegría de hacer pasar un balón por un arco cualquiera. Es más, en los 80 el fútbol pasó a un modesto segundo plano, porque la villa grande pasaba ya a ser una ciudad pequeña, porque llegaban nuevos conflictos que afrontar, nuevas metas que alcanzar, nuevas necesidades que atender. Incluso, con el impresionante despegue de los deportes individuales que hicieron que la Atenas pretenda ser Olimpia, los que defendían la camiseta colorada pasaron de la fama y la idolatría a la oscuridad y el anonimato. Es que, para qué el aplauso a un futbolista casi siempre extranjero, o, por lo menos, de otras provincias del país, si tenemos héroes cuencanísimos —cantaban al hablar, arrastraban las eres, eran de origen humilde, eran frágiles, flaquísimos, parecían desnutridos sin apellidos rimbombantes, los Veras, los Sacotos, los Guamancelas, los Culcay, los Atiencia, los Calles, los Pons, los Jarrín, los Pérez, los campeones de la raqueta, los reyes del asfalto, los príncipes del pedal, los diamantes de la marcha. En definitiva, luego de casi 30 años de fútbol profesional, este deporte es un elemento cotidiano de la existencia pero ya no tiene la relevancia ni la gravitación que tuvo en sus inicios. De su esplendor, sin embargo, algo o mucho queda: nuevos lugares —casas deportivas, museos, canchas —estadísticas que marcan algunos momentos de gloria —dos vicecampeonatos, dos Copas Libertadores de América, un recor goleador que duró 23 años, algunos triunfos Internacionales ante equipos de relieve —posibilidades de trabajo para muchas personas que, de otra manera, estarían engrosando el ya impresionante número de desocupados y, sobre todo, muchas pequeñas historias, anécdotas, situaciones, circunstancias, que, alguna vez, los historiadores y cronistas de esta tierra, quizás las rescaten, las ordenen y las incorporen a la perennidad del texto escrito.

Mientras eso suceda, un poco de volea y sin mayor rigor táctico, un poco para quemar el tiempo, otro poco para recuperarlo, recordamos:

## LOS GRANDES

En el pasado remoto fue el goleador del equipo. En el pasado inmediato, desde la penumbra, fue elemento gravitante de uno de los gobiernos más tenebrosos y vergonzantes de nuestra corrupta historia. Lo primero fue tan brillante que quizás permite que borremos lo segundo. O por lo menos, pongamos un manto de piadoso olvido. Para las generaciones nuevas, de su juego, pueden tener una referencia, en el tanque Hurtado. Es decir, el delantero que es potencia pura. Que, en el pique corto, simplemente mata. Que defiende la pelota y sin ser un exquisito en su control, difícilmente la pierde. Pero, además, era capaz de sutilezas, manejaba los dos perfiles, usaba la cabeza para pensar pero también para impactar con precisión al balón, cobraba con eficacia los tiros libres, era implacable, e impecable, en los penales. Pese a ello un día falló. Y falló cuando estaba prohibido fallar. Ante el Perú. En una eliminatoria mundialista. Con la camiseta nacional. Y entró en el ocaso. De ídolo de toda una ciudad, pasó a ser uno más en el Barcelona luego de un muy extraño y singular traspaso que lo finiquitó él mismo. Porque no solo era talentoso en la cancha, también su inteligencia era visible en los pequeños y grandes momentos de la vida cotidiana. Lástima que la empleó para acomodarse en un grupo insalubre y maloso. Pero los que lo vimos penetrar en el área, poderoso y dominador, para ponerla en los rincones, los que le vimos marcar un sinnúmero de goles, preferimos recordar a ese Angel Luis Liciardi, al tano, ídolo de un equipo ídolo, al argentino-ecuatoriano Liciardi, el futbolista más importante de los 30 años de historia del Club Deportivo Cuenca.

El inexperto pero fogoso locutor deportivo hizo la pregunta de cajón:

Bien Calcedo, ¿Qué nos puede contar de su hobby?

¿Mi jovie? Sí, allá en Esmeraldas vive.

La anécdota pinta más que mil palabras a Iván Donald Calcedo, un negro puro. Un negro sin contaminaciones. Un negro de alma blanca... Era un metro ochenta de auténtica fibra. Tenía unas condiciones atléticas excepcionales. Pero nadie fue capaz de explotar esas cualidades. Nadie le enseñó el A. B. C. del fútbol. Lo había practicado, en su Esmeraldas natal, simplemente, porque todos lo hacían. Pero solamente aprendió a golpear el balón. De punta. Fuera de la cancha. A los graderíos. A donde salga. Mientras más lejos, mejor. Era solo defensa. Pero qué defensa. Aunque, nunca la tocaba más de dos veces seguidas, era imposible que pierda en el mano a mano, sus largas piernas —por eso le llamaban Garza— le hacían llegar siempre primero, para quitar el balón pero no para recuperarlo.

Decían que era violento, que escupía a sus rivales, que llevaba un clavo para pincharles en las partes blandas. Es posible que sea cierto. Pero, desde los graderíos, solamente se veía a un atleta que saltaba en forma impresionante, que se lanzaba a los pies de sus contrarios, que se convertía en una muralla infranqueable, que era un ángel tutelar de su golero. Un jugador carismático, porque actuaba en forma espontánea, sin cálculos ni protocolos. Un jugador que sudó y defendió, con eso que llaman garra, la camiseta colorada. Un esmeraldeño que se cuencanizó plenamente. Que se quedó por estos lares. Que hizo mucho para que le respeten y le recuerden. Hoy, debe estar rondando los 50 años y aunque su cabellera ya pinta las primeras canas, su espigado cuerpo no ha perdido la elegancia pues no le ha llegado ni media onza de grasa. El Clavo Calcedo, un negro querible, probablemente, el jugador más recordado de esta historia que, pronto llegará a las tres décadas. Es claro que en estas tres décadas el número de los jugadores, que

alguna vez, vistieron la camiseta colorada, debe acercarse a los mil, pero, de ellos, destacan nítidamente estos dos, junto a otros cuyos nombres no se puede silenciar.

Gonzalo Coronel fue un cuencano vigoroso y potente que marcó el primer gol, al Norte América de Guayaquil, en el primer encuentro oficial del Deportivo Cuenca. Su paso fue brillante y fugaz como la luz de un fósforo. Pero ya quedó en la historia. Otros cuencanos destacados de la primera década fueron: Guillermo Jaramillo, su marca implacable y fastidiosa le hizo merecedor de un original apodo, Chicle; los entrenadores actuales, Hugo Barrera, un producto de las canchas barriales, el potrero del que hablan los argentinos y, por lo tanto, con todos sus defectos pero también sus virtudes, garra, fuerza, tozudez, Jorge Vélez, dueño de un toque bárbaro y ejemplo de que la velocidad mental puede hacer estragos en defensas físicamente más dotadas. Si, fueron muy pocos. El equipo se nutría de gentes que llegaban de otras latitudes. Algunos de ellos, auténticos craks. Así, el Pachaco Castañeda, injustamente postergado de las selecciones nacionales, sin él es difícil que el tano Liciardi hubiese alcanzado la trascendencia y significación que tuvo. El apellido más repetido del fútbol ecuatoriano es el apellido Tenorio, muchos de ellos llegaron al Cuenca, pero, dos de ellos, no pueden ni deben ser marginados de una lista selecta: Juan de la primera década y Mario en los años 80. Parecían clonados: diminutos, frágiles, superveloces, dueños de una habilidad endiablada, dejaban desairadas a las defensas más pintadas, marcaban goles sorprendentes, algunos de ellos de cabeza, de palomita, claro. Víctor Martínez llegó al Cuenca después de transitar por algunos equipos —el Norte América, el Patria, el Barcelona— pero solamente aquí mostró sus mejores virtudes, la valentía, la precisión para el remate final, la perseverancia para buscarlas todas. Fausto Klinger era un defensor atípico en el fútbol ecuatoriano, no bartoleaba, sacaba la pelota jugando, iniciaba ataques, no rifaba los centros,

no metía pelotazos sin ton ni son, marcaba goles, cabeceaba con los ojos bien abiertos, lamentablemente, manejaba solo la pierna izquierda, la otra solamente le servía para caminar. Y, paremos allí no más, porque, en treinta años hubo tantos jugadores que pusieron "su granito de arena", los obreros del fútbol, esos que rara vez brillan, pero que son poco menos que imprescindibles, el colorado Andrade, Daza —tenía un nombre muy manaba, se llamaba Leovigildo— Pérez que, de acuerdo al cambio patentado por César Guillermo Reinoso, el D. T. de la época estelar debía ingresar por el Chompi Romero, el cuencano Jorge Arévalo que jugaba de boquilla y resultaba insufrible para los rivales, Reinoso el primero que, en el fútbol ecuatoriano, hizo del saque de banda una arma de ataque y otros, los que habían sido figuras de relieve y, en el ocaso de su carrera, venían a "aportar su experiencia", era un poco el canto del cisne, la despedida fatal, así: Kléber Torres, el Rey Quijano, el tronco Tobar.

Pero, en donde, definitivamente, el Cuenca acertó fue en el "buen ojo" para contratar jugadores extranjeros. Así llegaron a estas tierras y dejaron huellas definitivas, Rubén Bareño, el mundialista uruguayo, Carlos Santiago Rodríguez que tras su paso victorioso por el fútbol ecuatoriano enrolado en Argentinos Juniors un día cometió la irreverencia de marcarle tres goles a Boca Juniors y en la propia Bombonera; Obdulio Aguirre un típico volante rioplatense, lentón, bien ubicado, siempre sereno y atildado; dos verdaderos patrones del medio campo, el paraguayo Luis Martínez y el cordobés Ramón Aguirre, su empuje, su fuerza que se acercaba a la violencia les hizo mimados de los graderíos, porque siempre arriesgaron, porque nunca escatimaron las piernas, porque no aceptaban que nadie les pinte la cara; Julio Adrián Crespo que, para el criterio de Vicente Serrano, que de fútbol sabía un vagón, era el más técnico de los jugadores foráneos aunque por su imagen física no era de dar ni un medio; más bien petiso, guatón, con una calma pa-chorrienta, sus toques y sus pelotazos resultaban de una eficacia

letal para las defensas contrarias; Aldo Virgillo Villagra, el pájaro, por su físico diminuto, frágil, gracioso, pero sobre todo, porque literalmente volaba, sí, era supersónico, en los 100 metros debía rondar los 11 segundos lo cual le permitía sacar los 30 cm. de luz para lanzar los centros que Liciardi, muy rara vez desperdiciaba. Walter Bares, buen shot, buena media distancia, buen cabezazo, muy buenas razones para gritar, frecuentemente, gol; Agustín Mesiano, dueño de una de las narices más famosas del fútbol mundial —la otra es la de Bilardo— pues, en el ya lejano 1964, en la Copa de las Naciones, Pelé, impotente ante su implacable y noble marca, no tuvo ningún empacho en destrozarle el tabique. Mesiano estaba excepcionalmente dotado para el juego aéreo, plantado en las áreas parecía un gigante y, gracias a su ubicación, a su habilidad para ganar espacios, superaba con facilidad a jugadores de mayor estatura. Hoy, permanece ligado al fútbol, funge de representante y descubridor de talentos, en esta condición, precisamente, ya le ha endilgado al Cuenca 99, dos simpáticos paquetitos; el Chango Gramajo, fue ídolo de una de las ciudades argentinas más futbolizadas, Rosario, llegó a la selección nacional, sin embargo, aquí, algún sabiondo de los que nunca faltan, despreció sus condiciones y el santiagueño después de marcar algunos goles en encuentros amistosos se regresó a su tierra; un arquero de novela, Juan Domingo Pereira, aunque su inconstancia, su escaso profesionalismo, la frivolidad y ligereza con la que se enfrentaba a las responsabilidades, hayan impedido que alcance niveles estelares. En fin, hubo tantos, Monje, el puma Rodríguez, Kopriya, Kening, José María Martínez, Riestra, Godoy, Galván, aunque parece que, en los últimos años, ese ojo clínico —¿o será pura suerte?— se ha perdido o la crisis económica impide que se contrate jugadores de auténtico. En estos casos, es evidente que resulta preferible, estimular el trabajo de las divisiones infantiles y juveniles sin que esto signifique, desde luego, una proclama patrioter de nacionalización.

## LO INSOLITO-RISUEÑO

El fútbol, en sus inicios, fue tomado casi como una necesidad fundamental. Incluso se afectó la producción. Es que, el día lunes se hizo un día de miedo por el peligroso aumento de ausencias en oficinas, talleres, colegios. Cada dos semanas, el miércoles era día de "descanso obligatorio" pues el Cuenquita jugaba a partir de las 4 de la tarde y había que preparar el ánimo y cumplir una serie de actividades previas. Pero, lo verdaderamente extraño, en una ciudad de relojes siempre atrasados, era la puntualidad con la que el público llegaba al escenario de los encuentros. En efecto, los partidos oficiales se programaban a las 11h00 pero, dos horas antes, las dependencias ya estaban copadas.

Un día cualquiera un equipo manabita —el Juventud Italiana— de economía muy precaria resolvió trasladarse a la Atenas en bus, nuestras carreteras y nuestros vehículos le jugaron una mala pasada: a las 9 horas se informaba que, optimistamente, el equipo podría estar en Cuenca, recién, a las 3 de la tarde. No hay problema, el público —fiel, paciente, comprensivo— se dedicó a buscar maneras de quemar el tiempo: aparecieron los naipes, los desafíos verbales, las apuestas necias, los chistes repetidos e interminables, se agotaron los fiambres, se acabaron cervezas y gaseosas, se consumieron todos los hornados, las gnatitas, los encebollados. La ingestión de líquidos incrementó las necesidades urinarias, los sólidos estimularon las otras y los servicios —que nada tienen de higiénicos— no daban abasto. Un despiadado sol aumentaba efluvios y sudores y, al comenzar el partido, a las 4 de la tarde —a las 16h00 como ya comenzaba a decirse— niños y mujeres dormitaban, los de la tribuna estaban un poco mareados, los de la general, sin eufemismos, totalmente borrachos. El encuentro se desarrolló en medio de un ominoso silencio, no se insultaba a los árbitros, no se pifiaba al rival, no se festejaban los goles. Y,

hubo siete pues el partido terminó 5 a 2 a favor del Cuenca, pero no valía, no servía para nada ya que todos sabían que el partido era solo amistoso, pues había sido anulado por fuerza mayor.

Algo parecido sucedió en la final Nacional-Barcelona en esta Cuenca neutral. Se publicitó el encuentro como el más trascendente de la historia regional, como algo nunca visto, como algo que nadie debía perderse, poco faltó para considerarlo el espectáculo cultural del siglo. Por eso, a las 3 de la madrugada —si, leyó bien, no hay errores— se formaban colas impresionantes, la de general luego de una serie de curvas desembocaba en el Benigno Malo, la de tribuna terminaba en el Hospital Militar y, se repartía a discreción, draques con agüita de ataque, canelazos, gloriados, horchata con punta, camineras para tomar a pico, etc. A las 6 horas se abrieron las puertas. A las 8 hubo que cerrarlas ya que las “apostadurías del Alejandro Serrano” estaban colmadas. A partir de las 11 horas un público adormilado, cansado, apático, vio triunfar al Nacional. Pero, nadie aplaudió los goles de Estupiñán, nadie acompañó en los festejos de los negritos esmeraldeños que, nuevamente, se consagraban campeones, nadie consoló a los amarillos. El partido del siglo había sido un bostezo y su marco inolvidable: 15.000 mudos morlacos.

Y, era fatal, tenía que suceder algún día: faltó un árbitro. En los tiempos románticos del fútbol, siempre se presentaba algún aficionado masoquista que saltaba al campo de juego, fungía como juez de línea y colaboraba para que “el espectáculo tenga feliz culminación”. Con el profesionalismo eso no era posible: había leyes que cumplir, principios que respetar, los árbitros estaban escalafonados, tenían sus jerarquías, estaban los de carnê FIFA, los de la FEF, los de AFA, los de segunda categoría, los aspirantes, los principiantes, en fin. Además, la Comisión de Arbitraje era rígida e implacable. No había nada que

hacer, el partido debía suspenderse. Pero alguien se puso las pilas y tuvo una luminosa idea: los dos árbitros que habían asistido sí podían dirigir el encuentro sin necesidad de jueces de línea. —Y, así se hizo. El Sr. Luis Bustos y el muy popular negro Díaz— estos dos Luchos pueden llegar a ser históricos —dividieron la cancha y las responsabilidades, multiplicaron los errores y las mentadas de madre. El final era previsible, el partido fue nulo de nulidad absoluta, la FEF recibió una muy fuerte amonestación de la FIFA —ni siquiera los gringos habían tenido pretensiones semejantes— los árbitros fueron suspendidos por lisos, por atrevidos, por audaces. Sin embargo, 25 años más tarde, la FIFA estudia seriamente la posibilidad de introducir esta innovación que un día, por pura casualidad, en Cuenca ya se experimentó. Si sucede así, caramba, Cuenca será pionera del Fútbol Mundial del Siglo XXI.

## UN MINUTO PARA LA GLORIA

Se llamaba Miguel Cartagena. En los últimos tiempos del "Juvenil" había sido el arquero suplente del Chino Rosas. Al formarse el Cuenca, obvio, pasó a ser sustituto de Adolfo Piazza. Piazza era un guardavallas que ya estaba de vuelta. Acumulaba mucha experiencia, pero pese al paso de los años, mantenía algunas de las virtudes que le hicieron un arquero de un buen nivel en la Argentina, la tierra de los mejores arqueros del mundo. Además era líder, incluso, no era aventurado pensar que en el Cuenca de los primeros años, era el auténtico Director Técnico, la bonhomía y la escasa experiencia del flaco Raffo así lo permitía suponer. Por lo tanto, Miguelito Cartagena estaba destinado a calentar banco. A ser suplente eterno. Sin esperanzas. Con ejemplar disciplina, sin embargo, entrenaba intensamente y todos los domingos cumplía el ritual: el buzo, las canilleras, la gorra, los guantes. Y, esperaba. Pero, nada que ver. Piazza no sufría ni un rasguño. Cartagena seguía sien-

do eso que llaman un espectador privilegiado. Hasta que llegó el Peñarol de Montevideo. Si, el 5 veces campeón de la Copa Libertadores. El que hizo grande a Spencer. Se trataba solamente de un amistoso pero un público febril llenaba los gradados. Y se colmaban, ampliamente, sus expectativas. 5 goles, 3 de ellos a favor del equipo local hasta los 20 minutos del segundo tiempo. Y, allí, lo inesperado. Piazza cae mal. Piazza se lesiona. Piazza debe salir. Un murmullo de temor y desconfianza se escucha en todo el estadio. Se ve venir la goleada, no hay lugar para la hazaña. En su primera intervención Cartagena ignora olímpicamente las más elementales nociones de tiempo y espacio y una pelota sin historia se encamina a su gol. Caicedo lo salva sobre la línea. Los uruguayos la ven fácil y empiezan un ataque despiadado, implacable, terrible. Un auténtico bombardeo. Y, entonces el milagro. Cartagena despeja todo: con las manos, los pies, los glúteos. Gateando, saltando, volando. El murmullo compasivo se convierte en gritos de apoyo. Y, de júbilo. Los uruguayos no lo pueden creer.



## LOS JUEGOS POPULARES INFANTILES

OSWALDO ENCALADA VASQUEZ

El hombre se detiene en su vagabundear de enclismado. Le ha llamado la atención un griterío. Vuelve la cabeza y encuentra el patio de la escuela.

Se acerca. Coloca las manos en las mallas.

Allá el sol brilla en el patio. En la acera donde se encuentra hay sombra. Mira a los niños y niñas que juegan. Oye sus gritos, sus exclamaciones de entusiasmo.

Alma adentro el hombre mira su propia infancia. Recuerda los tantos y tantos juegos que practicó en la escuela, fuera de ella, en las noches, en los días, en compañía de pocos, en compañía de muchos. Recuerda las rondas que jugaban sus hermanas Frescas asoman a la memoria las frases, las imágenes. Repite palabras ya olvidadas, que suenan en su boca con acento de agua manantía.

Juguemos en el bosque  
hasta que el lobo esté.  
Si el lobo aparece,  
entero nos comerá.  
¿qué estás haciendo, lobito?

-levantándome de la cama.

---

-Yéndote a comer.

En seguida se desperdigaban los niños y niñas por todas partes, en carreras locas, para evitar ser atrapados.

Ron, ron, peripito, peripón.

¿De quién es esta rueda que pasa por aquí?  
De día y de noche no deja ni dormir.

-Somos los estudiantes que venimos a rezar,  
a hacer una capilla a la Virgen del Pilar.

Con un pañuelo de oro y otro de plata,  
salga lo que salga, por la puerta falsa.

Las voces de los niños, frescas como cataratas de agua y de espuma vuelven a la memoria del hombre. Sonríe al evocarlas.

Lirón, lirón, de dónde viene tanta gente.  
De la casa de San Pedro.  
Una puerta se ha caído,  
mandaremos a componer.

Con qué plata, qué dinero,  
Con las cáscaras de huevo  
Que pase el rey, que ha de pasar,  
que el hijo del conde se ha de, se ha de,  
se ha de quedar.

Aquí entre los brazos de dos niños quedaba de pronto aprisionado como un ave tierna y se le formulaba una pregunta. ¿Qué

color? o ¿Qué fruta? Según la respuesta pasaba a integrar uno de los dos grupos que se situaban a las espaldas de los principales jugadores. Finalizado este hecho se procedía a una prueba de fuerza. Había que darse tirones para ver qué grupo era el más fuerte.

El patio de mi casa es muy particular,  
cuando llueve se moja, como los demás.  
Agáchate y vuélvete a agachar,  
que a las agachaditas saben bailar.  
h, i, j, k, l, m, n, a  
si usted no me quiere, mi maestra me querrá.

Aunque a veces la misma ronda se cantaba con algunas variaciones.

Comenzaba así:

Los angelitos alaban a Dios  
y tienen abierto su lindo botón.  
Ven, chiquitita, ven para acá  
y saca una niña que quiera bailar.

El que se queda en el centro del ruedo saca a cualquiera de los niños y, juntos, tomados de las manos bailan un momento, cantando h, i, j, k, etc.

—Buenos días, mi señoría, matantino tirulá  
¿Qué desea, mi señoría? Matantino tirulá.  
Yo deseo a una de sus hijas, Matantino tirulá.  
¿A quién de ellas la desea? Matantino tirulá.  
—Yo deseo a ..... matantino tirulá  
—¿En qué oficio la pondría? Matantino tirulá  
En el oficio de ser costurera, Matantino tirulá.  
—Ese oficio no le gusta, Matantino tirulá.

—En el oficio de ser secretaria, Matantino tirulá.

—Ese oficio sí le gusta, Matantino tirulá.

Terminado el diálogo se continuaba de la siguiente manera:

Hagamos la coronación entera con la niña en la mitad  
Arbolito de naranja, pelnecito de marfil,  
a la niña más bonita del colegio Guayaquil.  
Arbol seco, árbol seco.

Se terminaba la ronda al mover el pelo de la niña mientras se recitaba el último verso.

Arroz con leche, me quiero casar  
con una señorita de San Nicolás,  
que sepa coser, que sepa bailar,  
que sepa abrir la puerta  
para irme a jugar.

Otra ronda:

El reloj de Magdalena da la una, da las dos y así hasta llegar a doce.

En ese momento todos se agachan y hacen todo lo que les ordena quien dirige el juego: convertirse en estatuas, sentarse, etc.

En la calle 24 hubo un gran asesinato.  
una vieja mató un gato con la punta del zapato.  
Pobre vieja, pobre gato, pobre punta del zapato.

¿Cuántas patas tiene el gato?

Uno, dos tres, cuatro.

Al niño en quien recaiga el número cuatro sale del juego.

El judas llachapiento se fue con el viento  
cayó en el convento. Cacó tres bolitas.  
Una para Pedro, otra para Juan y otra  
para el que primerito hable o se ría.

Había que mantener, en este caso, toda la seriedad posible,  
aguantarse las muecas que otros hacían y no hablar para evitar  
ser el beneficiado con la tercera bolita.

Otro juego: Roco rocotín, ¿campanilla o escudilla?  
Roco rocotín, ¿Cuántos dedos hay encima?

Mientras se realizan las preguntas se sienta el codo en la  
espalda del otro niño. Si adivina, gana.

Había también juegos exclusivos de las niñas, como el oa,  
la zapatilla, la macateta.

El oa se jugaba con una pelota que se lanzaba contra una  
pared hacia el aire:

Oa, sin moverme, sin reírme.  
Con este pie, con esta mano.  
Adelante, atrás, atrás, adelante.  
Molino, remolino, torbellino, trampolino,  
sin embargo terminé.

El juego tenía diversos grados de dificultad progresiva.

La zapatilla se jugaba de la siguiente manera:

Al pasar las bolas de la palma de la mano al anverso se  
dice: uno, dos, tres, chicas, grandes, dejada, limpia, puesta, con-  
forme caiga, shushupi de uno, shushupi de dos, almud, diezme-  
ro, champán, pacheco, toro, vaca, torivaca, agua de uno, agua  
de dos, agua de tres; luego se va combinando. Por ejemplo:  
agua de chicas, agua de grandes, agua de dejada, etc.

### **El juego del Riduflán:**

- ¿A dónde va la reina coja, riduflán, riduflancito?
- A recoger violetas, riduflán, riduflancito.
- ¿Para qué son las violetas riduflán, riduflancito?
- Para perfumar mi ropa, riduflán, riduflancito.
- Si te encuentras con el ángel, riduflán, riduflancito.
- Le mostraré mis alas, riduflán, riduflancito.
- Si te encuentras con el borracho, riduflán, riduflancito.
- Le mostraré mi botella, riduflán, riduflancito.
- Si te encuentras con el diablo, riduflán, riduflancito.

**En este momento se realiza la persecución.**

### **El juego del hombre negro:**

- ¿Quién le quiere al hombre negro?
- Nadie.
- ¿Por qué?
- Porque es malo.
- ¿Qué come?
- Carne.
- ¿Qué bebe?
- Sangre.

**Se inicia la persecución. El que es atrapado se convierte en hombre negro.**

### **El juego del Quillillico:**

- Quillillico, quillillico.
- Mamanico, mamanico.
- ¿Cuántos huahuas, charinguicho, tienes?
- Ninguno para ti.

—Me los robaré.  
—Róbate para ver si puedes.

Hay una variante de este juego. De esta manera:

Habla el gavián:

—Gallinita, gallinita. ¿Cuántos pollitos tienes?  
—Sin contarlos los tengo completos.

El juego de la carbonerita:

La carbonerita se quiere casar,  
con el conde celebrará, celebrará.  
¿Quién dirá que la carbonerita,  
quién dirá que no tiene amor,  
quién dirá que no es casada,  
quién dirá que no vende carbón?  
Responde la carbonerita: Yo no quiero al conde de Cabra,  
ni tampoco al quiquiriquí,  
sólo quiero a esta niña, a esta niña para mí.

La pájara pinta:

Jugando a la pájara pinta, sentadita en su verde limón, con  
el pico le coge la rama, con la rama le coge a la flor.

Me arrodillo al pie de tu manto. Me levanto fuerte y constante.  
Dame la mano, dame la otra, dame un besito sobre mi boca.

Otra ronda.

Yo soy la niña del conde Laurel,  
que quiero casarme y no hallo con quién.  
Con esta sí, con esta no.  
Con esta sí, me caso yo.

El juego de las frutas. Cada miembro tiene el nombre de una fruta. Se le cubren los ojos a un niño y luego se llama de fruta en fruta. Por ejemplo: Venga la manzana, pegue un golpe y váyase. El niño golpeado tiene que adivinar de quién se trata.

El juego del pan quemado: En una columna de niños, el primero y el último intervienen en el diálogo:

- ¿Cuántos panes hay en el horno
- Veinte y cinco y un quemado.
- ¿Quién lo quemó?
- Ese pícaro ladrón.
- Préndalo, préndalo por ladrón hasta que se haga chicharrón

Después se cruzan los brazos y se dan tirones.

El juego de la macateta se lo practicaba con una pequeña pelotita y con las macatetas. Había varias clases de suertes:

Primera de simples, segunda de simples... hasta la sexta o décima. Segunda de dobles. Tercera de clavo (con un dedo alargado en forma de clavo). Cuarta de martillo (con un puño cerrado). Quinta de tabla (con la palma abierta y asentándola brevemente en el suelo). Sexta de mariposa (con las muñecas juntas) Séptima de pared, (con una mano hecha a manera de pared). Octava de puente (con la mano izquierda formando un puente). Novena de campana (dejando que la pelota dé dos botes en el suelo antes de recoger las macatetas).

El juego de la soga: mientras la niña salta se canta: Monja, soltera, viuda, casada, enamorada, divorciada. Si sale monja no dice nada. Si sale soltera o viuda, etc., pierde. Solamente si sale casada le preguntan ¿cuántos hijos tiene? La niña vuelve a saltar y le cuentan el número de hijos que es igual al número de saltos que dé hasta que pierda.

Otro juego que artaía mucho era el del Ucuchito. Al niño elegido se le vendaba los ojos, se le daba varias vueltas y se le preguntaba:

- Ucuchito, ucuchito. ¿Qué has perdido?
- Una aguja y un dedal.
- ¿En qué esquina?
- En la esquina del Toral.
- Date tres vueltas, un silbo, una patada y encontrarás.

En este momento el niño que hacía de ucuchito (del quichua ucucha = ratón, ratoncito) tenía que tratar de atrapar a alguno de los participantes.

Los colores o el juego del ángel y el diablo: San Pedro pone nombres de colores a los participantes. Quienes hacen de diablo y ángel están lejos para no oír.

Terminado el primer momento y los niños dispuestos se acerca el primero, que puede ser el ángel o el diablo. Se oye el golpe imaginario en la puerta: Pun. Pun. San Pedro pregunta.

- ¿Quién es?
- El ángel con su capa de oro.
- ¿Qué desea?
- Un color
- ¿Qué color?
- Verde.

Si en el grupo hay ese color el niño se va con el ángel. Si, por lo contrario, no hay, a coro le gritan: Pase cantando. Luego viene el diablo. Pun. Pun.

- ¿Quién es?
- El diablo con sus mil cachos?
- ¿Qué desea?
- Un color, etc.

Una vez que todos han pasado a ser del diablo o del ángel, se procura atraerlos al bando contrario. El ángel va y dice:

Shinguirí, shinguirí, mamá Joaquina.

¿Qué quieres: zapatito de mamita Virgen o rabo del diablo?

El preguntado debe responder: zapatito de mamita virgen: de esta manera se irá con el ángel; pero mientras se le pregunta, el diablo no está ocioso, procura, por todos los medios hacerle reír al niño, con toda clase de muecas y expresiones. Si consigue que se ría el niño seguirá siendo del diablo.

También hay variantes para la parte final del juego. Se puede decir de esta manera:

Shinguí, shingui, máchica pussun.

Qué lindos ojitos tiene, qué linda nariz

torcida... (el diablo se inventa expresiones ingeniosas para tentar y lograr que se rían).

El juego del gato y el ratón. Se forma una rueda amplia. Se escoge un niño para que haga de gato y otro de ratón. La finalidad es la persecución. La simpatía de los niños está siempre con el ratón. El gato está fuera del ruedo, en su interior, en cambio, está el ratón. El gato comienza llamando"

—Ratoncito, ratoncito.

—Qué quieres, gato ladrón?

—Mascar tu rabo.

—Masca tu rabo que está más sabroso.

En este momento empieza la persecución. Los niños de la rueda tratan de impedir, bajando los brazos e inclinándose ellos mismos, que entre el gato. Si lo logra, el ratón debe salir de inmediato. Se lo ayuda, dándole paso; pero para el gato se lo cierra en seguida.

Otro juego exclusivo de las niñas es la semana o el avión. Se dibuja en el suelo un cajón con siete divisiones y se pone a cada uno de ellos el nombre de un día. Hay que jugar con una pequeña piedra o teja que el pie empuja de cajón en cajón. El avión es similar en el procedimiento, salvo que la figura dibujada tiene una vaga forma de avión.

Las ollas es un juego en que se convierte a cada niño en una olla que contiene comida. Hay un comprador y un vendedor. El vendedor a puesto los nombres. Los niños deben aguardar la presencia del comprador, acuclillados y con las manos cruzadas debajo de las piernas.

Una vez que el comprador quiere el negocio, va donde el niño, golpéa su cabeza para ver su calidad y le pregunta cuánto cuesta. El vendedor puede decir cualquier cantidad; pero en seguida se procede a la comprobación. Se toma al niño de cada brazo y en la misma posición se lo levanta y lo balancea. de atrás para adelante y contando desde uno. El número que resista en el conteo será lo que cueste.

Un juego que se ha vuelto popular es el del elástico. Lo practican las niñas únicamente. Con un elástico largo se colocan dos niñas a los extremos y la tercera participante tiene que ejecutar determinados saltos.

Primera de simples, segunda de simples, etc.

Primera de cerrados, segunda de cerrados, etc.

Primera de mantequilla, segunda de mantequilla, etc.

Primera de gelatina, segunda de gelatina, etc.

Primera de mariposa, segunda de mariposa, etc.

Las niñas juegan también a la comida. En trastos diminutos ponen comida y fingen que cocinan y comen. O juegan con sus muñecas. Las antiguas eran muñecas de trapo, con largas trenzas hechas de hilos de colores y vestidas con ropas viejas.

Hay otros juegos, como los marros, que se juega en un es-

pacio grande para poder correr. Hay dos grupos que se oponen y se queman mutuamente lanzándose una pelota. El juego de los países: un grupo de niños se pone diferente nombre de país. El que comienza el juego lanza al aire la pelota y grita el nombre de un país. Por ejemplo: Brasil. El niño que lleva este nombre debe correr a tomar la pelota; en cuanto la tenga en su poder, grita: ¡alto ahí! Los otros deben detenerse de inmediato. El niño da tres saltos o pasos y luego lanza la pelota hacia quien esté más cerca, con lo que lo quema.

Se puede jugar a las cogiditas, a la guerrita, a las escondidas. Hay otros juegos que de preferencia lo practican los niños. Son el trompo. Con él se puede jugar a las arriadas. Hay que mover una lata aplanada con el clavo del trompo, que está girando en la mano. El perdedor del desafío debe recibir en el trompo el número de golpes pactado. Los aros. Los porotos o pirulos, que suelen hacer su aparición en la temporada de las escuelas. Las cometas que asoman sus encajes en vacaciones, cuando Agosto es una ventolera de aire claro y cielo azul. Las grandes cometas chasqueadoras, las pequeñas y frágiles. Con su hilo se puede enviar telegramas al cielo, a las nubes, cartas, peticiones para que nunca mueran las temporadas de vacaciones y de gozo.

Las bolas es otro juego favorito de los niños. Con ellas se puede jugar al papo, que consiste en hacerlas chocar. La rueda o moña que consiste en dibujar una rueda donde se ponen bolas encerradas. Hay que sacarlas con tiros. Los tiros son de clase diferente: el ojipollo, el encadenado, el doble encadenado. Siempre que se inicie un juego, gana el primer turno el que pide mano. Hay otra forma de jugar las bolas, que es la culebra: consiste en hacer una especie de camino con hoyos, por donde va pasando la bola tingada por los jugadores. Gana quien llega primero al fin del camino.

En tiempo de escuela se juega también a los cauitos. Eran estos unos cromos diminutos con un confite que se conocía co-

mo límber. Se trataba de un caramelo de aspecto blanquecino que venía envuelto en un cromó que contaba una historia diferente. La colección llegaba a cincuenta, pero como había mucho repetido entonces se jugaba los cauitos. Se los lanzaba desde una parte alta —una grada por ejemplo— y se esperaba que topara o cubriera el cauito que estaba abajo.

Está también el juego de los zancos, el gallito, que consiste en que dos jugadores se lanzan una pelota y un tercero, que está al centro, debe tratar de apoderarse de ella. Quién perdió será el nuevo gallito. El juego del caballito pica pica. Consiste en que se pone a un niño apoyado en alguna parte, doblada la espalda. Viene otro corriendo y en el momento en que va a tocar al que está inclinado dice: caballito pica pica, y salta y se coloca sobre la espalda. Luego viene otro y otro hasta que la torre que se ha formado se desploma.

El primero sin que te roce es otro juego muy practicado. Es un conjunto de varios saltos:

1.—Primero sin que te roce. El niño salta sobre el otro que está inclinado, mientras repite las palabras "sin que te roce". Efectivamente no debe rozar.

2.—Al saltar debe apoyar una mano sobre la espalda del compañero y pronunciar: segundo que te hundo.

3.—Al saltar debe tocar la nalga y luego el cuello del que está inclinado. Dice: tercero al cielo con un garabato y un hua-hua gato.

4.—Al saltar debe golpear la espalda con las manos y decir: cuarto que te parto.

5.—Al saltar debe tocar la nalga del compañero pero con las manos entre las piernas. Debe decir: quinto, caballito pampero.

6.—El compañero se coloca formando un arco con su cuerpo, el niño pasa por debajo, boca arriba y debe halar dos veces la bragueta del compañero, al mismo tiempo que pronuncia: sexto, campanitas tilín, tilín.

7.—El compañero se acuesta boca abajo y el que viene debe pasar pisándole en alguna parte, menos la cabeza. luego pronuncia: colchón de herodes y se acuesta junto al primero, para que los demás también lo pisen.

Además están los juegos de un barco llegó con un cargamento de... (aquí se pronuncia una letra y los participantes deben decir cosas que comiencen con la letra antedicha. Quien pierda paga una prenda).

El juego de las estatuas, que consiste en paralizar a los compañeros durante determinado tiempo. El juego de la petaca, la cebolla, el capitán manda.

Y otros juegos breves y circunstanciales como el:  
pishi, pishi gallo, móntate en caballo.

Juego durante el cual se construye torres con las manos pellizcadas, o. El florón está en mis manos, no seas, tonto ya pasó. Y muchos más, porque la creatividad de la mente infantil no tiene límites. Se crea variaciones, se cambia, se perfecciona, se adapta, se inventa.

## EL GIGO Y LA GIGA

—Otro cuentito, tío.

Había una vez  
un burro francés.

—No. No. Ese no, tío.

—Pero si no sabes de qué burro estoy hablando.

—Yo ya sé.

—¿A ver cómo sigue?

—¿Quieres que te pegue otra vez?

—Cierto que has sabido. Entonces un cacho.

No, tío, un cuentito. El Gigo y la Giga, ya.

Había una vez  
un Gigo francés.

—No así, tío.

—Es que todavía tengo unas ganas de contarte el otro.

—Ese me cuenta mañana, tío.

—Bueno, solo porque dicen que sois mi sobrino: Había un matrimonio. El se llamaba Gigo, y ella, Giga. Ella era muy ociosa. Hacía la comida y el resto del tiempo se pasaba acostada rascándose la barriga, que es la mayor aspiración de todo buen cristiano. El polvo y la basura comenzaron a crecer tanto que amenazaba con llegar al techo.

Entonces un día el Gigo, ya cansado de ver la suciedad, la ordenó a la Giga que limpiara, que no quería ver nada de basura ni ceniza para cuando regresara del trabajo. Y diciendo esto salió dando un portazo que hizo temblar la montaña de ceniza y basura.

La Giga llorando, llorando se puso a limpiar la casa, y ¿qué crees?

—¿Qué, tío?

—Que al limpiar el fogón encuentra... encuentra... encuentra...

—Ya le voy a traer un tabaco para que se acuerde, tío.

—Gracias, sobrino. Vos sí que me entiendes.

—Encuentra una gallina y doce pollos de oro. La giga se puso loca de gusto, y agarrando a la gallina y los pollos los envolvió en una chalina vieja que tenía y se fue a buscarle al marido para mostrarle su tesoro. Desde lejos le vio al Gigo ocupado en un campo de trigo, y comenzó a gritarle que había encontrado un tesoro. El Gigo vino corriendo rápidamente y le dijo que no debía hacer tanta novedad porque mucha gente podría oírla. Le ordena que regrese a la casa y que espere su llegada.

La Giga comenzó el camino de regreso y en una de esas vueltas se encuentra con unos mercachifles que andaban vendiendo platos y tazas de loza. La Giga se aficiona de los objetos

y decide cambiar la gallina y los doce pollos de oro por la vajilla. Feliz con el cambio la Giga regresa a la casa.

Momentos más tarde regresa el marido y le pregunta que dónde está el tesoro. La Giga más feliz todavía le dice que ha hecho un gran negocio, que ha cambiado el oro por la vajilla de loza, porque quiere comer haciendo "chilín" como los caballeros.

El Gigo muy disgustado le recrimina duramente y le dice que en ese mismo instante se van a buscar a los mercachifles.

Toman un camino y se alejan. Delante iba el Gigo muy disgustado, y detrás, la Giga, sonriente y feliz iba contando los eucaliptos que encontraba en los cercos. En eso ve una penca que tenía en la punta del espino una bola de caca de perro. Admirada del hecho le llama a gritos al Gigo para que venga a ver.

—Ve —le dice— ¿Cómo se haría el perrito. ¿No se pincharía?

—El Gigo vuelve a recriminarla y estuvo a punto de golpearla. La Giga seguía detrás. Al poco rato encuentran una casa vieja. La Giga dice que las puertas de esa casa están buenas todavía y que le gustaría llevarse para la suya.

El Gigo responde que si quiere llevarse, que lo haga. La Giga saca la puerta y la carga a la espalda. En eso anochece y deciden subir a dormir en un árbol. La Giga cargada la puerta se acomodó entre unas ramas. Pasado un momento sienten que debajo, junto al tronco, se han reunido unos ladrones y conversan sobre las riquezas que han obtenido.

La Giga sentía muchos deseos de hacer eso que nadie puede hacer por otro, y le dijo al marido.

—Ay, marido, qué me hago.

—Aguántate hasta que se vayan los ladrones.

—Ay, marido, no me aguanto.

—Entonces suelta, pues, mujer.

Y la Giga dejó ir. Primero fue orina. Todo cayó sobre la cuadrilla. Luego vino lo sólido. Al sentir lo que les caía uno de los ladrones dijo:

—Manjar del cielo nos está cayendo.

Luego de poco tiempo la Giga comenzó nuevamente a quejarse:

—Ay, marido, que ya no aguanto la puerta.

—Aguanta hasta que amanezca.

—Ay, marido, que se me va la puerta.

—Entonces deja que se vaya.

Y la Giga soltó la puerta, que cayó sobre uno de los ladrones justo en el momento en que iba a comer un bocado de comida. La puerta le cortó la lengua, y como ya no podía hablar hacía un ruido raro de biblbbiblblb. Los otros ladrones asustados del ruido echan a correr y dejan todas las riquezas abandonadas.

El Gigo y la Giga bajan del árbol y encuentran muchos tesoros y comida. Se sientan a comer tranquilamente. La Giga iba cortando lenguas de queso con un cuchillo y se las comía. En eso asoma un ladrón que se había quedado escondido por ahí. La Giga le invita un pedazo de queso, y cuando el ladrón abre la boca para recibirlo la Giga le corta la lengua. Con eso echó también a correr, haciendo los mismos ruidos de biblbbib. Ya solos se apropian de todas las riquezas y regresan a la casa. Venden los objetos y con el dinero deciden ponerse un negocio.

La Giga compra lana para tejer ropa. Una vez tejidas las chompas, los pantalones, los chalecos, las gorras sale la Giga al mercado para vender; pero nadie le compra. Decepcionada entra a rezar en una iglesia y se encuentra con que la mayoría de santos e imágenes sagradas están desnudos. Entonces los va vistiendo a cada uno, recordándoles que es trabajo de ella y que cada santo deberá pagarle por la ropa. A la semana siguiente regresa a la iglesia a cobrar, y el único que pudo darle algo fue San Antonio, porque tenía un recipiente de limosnas. Con las pocas monedas decide cambiar de negocio. Compra miel para vender en el mercado. Va. Se sienta en una esquina y abre el cántaro de miel y comienza a llamar para que se acerquen a probar y comprar la sabrosa miel. Pero solo las moscas

se acercan y pronto el cántaro está lleno. La Giga al principio trata de asustarlas; pero luego, ya cansada les dice a los moscos que si quieren comprarle que ella les vende toda la miel, y se retira. Cuando se ha terminado comienza a hablarles a las moscas para que le paguen; pero como nadie hizo caso y se fueron volando, la Giga se va donde el comisario para poner una denuncia por el robo de la miel.

—Pero, mujer, ¿contra quién es la denuncia?

Justamente en ese momento se sienta un mosco en la frente del comisario.

—Contra este ladrón— dice la Giga y tomando un garrote que por allí cerca había da un tremendo golpe en la frente del comisario, y lo mata.

San Severino, este cuento aquí termino,  
pero ya líbrame de este sobrino.

## EL CULEBRON

—El último, tío.

Había un gato  
con panza de trapo.

—Ese no, tío.

—Este es otro gato, un lindo Mishi, con ojos verdes como mi chola.

—No diga esas cosas, tío, que ya mismo le oye la tía Pepa.  
Es mejor que no sepa  
la tía Pepa.

—Cuente, tío, el último, ya.

—¿El culebrón o el culebronce?

—El culebrón, tío.

—¿Por qué no quieres el culebronce?

—Porque usted me pega en el gonce.

—Me conoces, no.

—Claro, tío.

Había una vez tres hermanos que eran bien pobrecitos y como casi no tenían para comer decidieron irse a la costa a trabajar en cualquier cosa que hallaran. Se fueron, y después de viajar algunos días a pie y a trasero, porque en las bajadas se pegaban unos buenos resbalones llegaron a una hacienda de por allá. Construyeron una casita con palos y hojas de bijao. Decidieron que saldrían desde el día siguiente a buscar trabajo, que saldrían siempre dos, y que uno se quedaría preparando la comida.

El primer día se quedó el hermano mayor. Al llegar el mediodía cuando ya estaba lista la comida sale un culebrón desde el centro de la tierra y le dice con una voz muy ronca y terrible: la vida o la comida.

El hermano del miedo le dice que se lleve la comida. Cuando llegaron los dos hermanos les cuenta la aventura, y muy tristes se quedaron sin comer nada ese día.

Al segundo día se quedó el segundo de los hermanos, y las cosas volvieron a repetirse. Al mediodía salió el culebrón del centro de la tierra y le amenazó de la misma forma. También se tragó la comida.

Al tercer día se quedó el menor de los hermanos, que era el más vivo de los tres, y también guapote como yo mismo.

—¿Y qué crees que pasó?

—¿Qué cosa, tío?

—Que la burra se casó.

—No comience con esas cosas, tío.

—Es que me entran unas ganas.

—Ya le voy a conseguir un chumal para que le pasen esas ganas, tío.

—Así sí vale. Como te iba diciendo, se quedó el menor, y cuando llegó la hora del mediodía ve que del centro de la tierra sale el culebrón y le dice con la voz ronca que hacía temblar: La vida o la comida.

El hermano menor, que había estado preparado con un lá-

tigo le dice nones, culebrón, porque esta comida es para mis hermanos, y comienza a latiguearle sin compasión. El culebrón, asustado se mete en el hueco de donde había salido; pero el hermano le persigue y bajan juntos por un túnel hasta un lugar donde encuentra a una princesa que era prisionera del monstruo. Deciden huir. Corren y corren por un llano y de pronto llegan al borde del mar. El culebrón venía detrás, lanzando alaridos de furor. Cuando ya estaba muy cerca se posa a un lado un cóndor y les dice que solo él podrá llevarles al otro lado del mar, que se monten en su lomo. Así lo hacen y se van volando.

Volaron tanto que ya el cóndor estaba muy cansado y se iba a desplomar sobre las aguas. Entonces para evitar caer dice que le den comida. El hermano menor, como no tenía nada que ofrecer se saca un brazo y le da, al día siguiente le da otro, y así hasta quedar casi sin cuerpo. Al quinto día llegaron al otro lado del mar, y cuando pisaron tierra, milagrosamente, las partes del hermano volvieron a aparecer y el cóndor se hizo humo. Se casaron, y vivieron felices comiendo perdices. No me convidaron porque no me conocieron.

Y colorín, colorete  
si quieres otro cuento,  
pasa un billete.

**LA LEYENDA DEL "CHUZALONGO"  
EN LA IDEOLOGIA ANDINA:  
MITO E IDENTIDAD**

**GUSTAVO VEGA-DELGADO**

**El mito, cohesionador de la identidad cultural:**

La mitología de una cultura constituye una de las estrategias más poderosas de supervivencia colectiva. La "imaginación simbólica" permite que la dispersión de los cambios aculturativos que los pueblos del mundo atraviesan —especialmente hoy en el día— se contrarreste con la creación de un cordón umbilical de historia e ideología en referencia a un útero social arcaico, matriz de la fecundidad de ritos, mitos y símbolos que aseguran las continuidades culturales.

La explicación del por qué de la fábula, la leyenda, el cuento, yace en la comprensión de la necesidad consciente y subconsciente del hombre, de soñar con la utopía; el hombre no es sólo realidad sino ensoñación, no es sólo acto sino potencia, y en efecto aquello que permite articular el mundo de las evidencias con el mundo de los anhelos, constituye el mito.

Con frecuencia el manejo de la categoría "mito" es diferente en sociología y en antropología; mito, como falsedad, como qui-

mera, como engaño es más afín al campo sociológico (Achig 1990) (1); mito como interlocutor de la cosmovisión y del ethos colectivo es un más apreciado traductor en el mundo de la antropología. (Rueda 1990).

Hegel, Nietzsche y Schopenhauer (González Alvarez, 1964) (2) por ejemplo fundamentarían parcialmente el modelo contemporáneo del estereotipo alemán, precisamente en base a ciertas características colectivas que denotarían el perfil teutón clásico en base a un modo de ser colectivo en torno a la idea, el superhombre y la voluntad humana; Wagner (ed. 1952) (3) ofrecería una creatividad musical totalizadora basando sus óperas en la mitología germana, la que ha ofrecido el sentido de "pertenencia" de sus miembros a su cultura.

La cultura árabe, interesante en varios aspectos de su psicología colectiva —particularmente en aquello de la perseverancia— alimentaría su "modo de vida" y su historia, gracias a la orientación cultural que le provean mitos como aquel del "Ave Fénix" (Bergua, 1960) (4): su eterno renacimiento a partir de las cenizas del fracaso, inyecta defensas a sus "creyentes" humanos contra la aniquilación cultural. (Sin embargo, existe un debate no resuelto sobre la paternidad de este mito, pues hay quienes estiman que la milenaria cultura china lo imaginó antes que la árabe). El mito es pues un anticuerpo imaginario —pero real—, falso —pero cierto—, que permite resistir a las mutaciones de la identidad social de esa cultura.

---

(1) Achig, L. (1990): Políticas de salud: mito o realidad. Segundo Encuentro de Investigación en Salud. Universidad de Cuenca.

(2) González Alvarez, A. (1964): Manual de Historia de la Filosofía. Ed. Gredos, Madrid.

(3) Wagner, R. (ed. 1952): La poesía y la música en el drama del futuro. Espasa-Calpe, Col. Austral, Bs. As.

(4) Bergua, J. B. (1960). Mitología universal. Ed. Ibérica, Madrid.

## **El mito y la cultura andina:**

Tanto la cultura inca como las culturas andinas preincásicas, son muy ricas en sus creencias míticas: v.g.: los Chibchas de Colombia disponían su tabla cosmogónica en torno a Bochica, el dios solar por excelencia, los Cañaris se creían descendientes de la Guacamaya y la Serpiente que tras un diluvio exterminador, a partir de su cópula, dieron origen a la raza cañari.

Los Araucanos fundamentaban su mitología en la naturaleza cósmica: era Pilán el dios del trueno y el proveedor del fuego, su dios espicéntrico.

En el Tahuantinsuyo: El dios sol —Inti—, la luna —Quilla— y Viracocha: señor del universo panteísta y en particular Pacha, la diosa tierra, explican en parte la cosmovisión andina y además explican en mucho, los aspectos que implican la identidad del hombre andino con la tierra.

"Pacha" para los quichuas tiene al menos tres significados: "tierra", "protección" y "vestido" (Altamirano 1990) (5). En efecto el trasfondo mitológico tiene congruencia con la tabla de valores andinos, su teogonía, demiurgos y su ideología subvacante.

Varios aspectos de la etnomedicina, típicos de la identidad andina, se explicarían solamente, si recurrimos al mito andino: v.g.: la enfermedad del "tabardillo" y aquello que el informante popular denomina: "Dado el Sol" (Vega-D., G., 1988) (6). Se debe a que el "Sol", material, y literalmente ha "penetrado" en la cabeza de un sujeto provocándole mareo, dolor de cabeza trastornos de la conciencia, fiebre, etc.; se trata de una enfermedad producida por el "enfado" del dios sol —Inti— tan importante en la ideología andina.

---

(5) Altamirano, T. (1990): Identidad Andina. Cátedra postgrado de Antropología. Pontif. Univ. Catól. del Ecuador-Univ. del Azuay.

(6) Vega G. (1988): Dado el Sol y Tabardillo. En: La práctica médica tradicional. Idicsa, U. de Cuenca.

La "luna" a su vez es un persistente condicionador de los actos humanos en las serranías o costa de América en general. Escuchemos lo que dice al respecto Luis Alberto Sánchez (1936) (7):

"La luna es un reactivo irremplazable para descubrir la verdadera posición estética, psicológica, de dos tipos de hombres americanos. A la luna, el costeño la utiliza tornándose donjuanesco, galante; el serrano, la absorbe, sometiéndose a ella, sintiéndose triste. El costeño, bajo el sol, se enerva, se aburre o pelea. El serrano, se alegra, retoza, bulle ... (..)"

Esta misión íntimamente ligada entre mitología, naturaleza, cosmovisión y ethos, permite configurar patrones colectivos de identidad; la gente se siente "poseída" por el mito, atravesada por la leyenda; estímulos o prohibiciones, alegrías o miedos que advierten o amenazan; los mitos, permiten configurar el perfil de la cultura y ofrecen un sentido de pertenencia firme y coherente.

### **El chuzalongo, duende y priapo de los Andes:**

Juan Iñiguez Vintimilla (1950) (8) describe así el mito del chuzalongo:

"Traza de racional, no más alto que un niño de dos años, rostro blanco y chapudo, labios gruesos morados, nariz chata de hornilla, orejas grandes y vencidas hacia fuera, a modo de sopladores, ojos verdes pequeños, con un punto negro de fuego en el centro, y pelo corto, ralo y tieso de color rojo de brasa de candela. El cuerpo, según unos, lleva cubierto de escamas de pescado, y, según otros que aseguran haberle visto de cerca, lo tiene del color de la cara, pareciendo moreno por el carate

---

(7) Sánchez, L., A. (1936): *Vida y pasión de la cultura en América*. Ed. Ercilla, Santiago, Chile.

(8) Iñiguez Vintimilla J. (1950): *El Chuzalongo*. Ed. Municipio de Cuenca.

y la suciedad. Lo monstruoso de este extraño personaje, a quien da existencia la imaginación popular está en los atributos sexuales, tan descomunadamente desarrollados, que —usando las propias palabras de la indígena que me refería— los lleva “migllados, tajallishcas y cargados”.

De recopilación propia, (Vega-D., G. 1989 (9) nuestros informantes describen así en las zonas rurales cercanas a Cuenca, el mito del chuzalongo: (transcribiremos al menos cuatro versiones):

\*“Es un chiquito pelón, suco, con rabo largo envuelto en el cuerpo, del tamaño de un niño de unos cinco años de edad, anda desnudo, aparenta ser hombre maduro, se presenta en peñas grandes en cualquier época del año”.

\*“Es un chiquito diablo como se puede decir, como cosa de no ver, anda cogiendo leña, hierba de las peñas más altas, tiene el talón para delante, camina para adelante, pero deja huella como si caminara para atrás, anda por donde no existe gente, de estatura de más o menos de 50 a 60 cms., de una edad de 150 años, es una cosa salvaje y tiene un “pajarito” de 2 metros de largo”.

\*“Tiene tapado con hoja todo el cuerpo, la cabeza es más pequeña y tiene ojo, pelo y todo como de un hombre normal, es joven, tiene el “pishco” muy largo cargado en el pescuezo, anda en las montañas, en las alturas en donde no existe gente, parece en la tarde y mañana”.

\*“Le llaman el indio del monte, ha sido visto en el oriente, anda en cuatro patas, con las patas viradas hacia atrás, es salvaje, anda desnudote con la cosa grande, es lanudo, todo el cuerpo; mata porque tiene un pene largo, estrangulando a la mujer; la lleva a su cueva y convive con ella. Cuando se lo ve

---

(9) Vega G. (1989): Mitos y Leyendas: sus correlaciones con la medicina y la salud. El mundo mítico, simbólico y ritual en las serranías del Azuay. Proyecto CONUEP-U. de Cuenca. En ejecución. Cuenca.

y está de frente, para contrarrestar su furia, se saca una prenda de vestir con una manga al revés, entonces al instante de ponerse él se demora y uno tiene tiempo de huir; se presenta en montañas en cualquier hora”.

Cada cultura tiene en efecto una lista de “duendes” en su archivo mitológico. Generalmente los duendes son figuras antropomorfas y zoomorfas híbridas, que traducen la significación de pertenecer a un origen doble: animal y humano.

Los machos cabrios de la mitología greco-romana clásica son un ejemplo: mitad humanos, mitad animales. (Bergua, op. cit.) (10). En la memoria de la Esfinge de Tebas: Edipo la recuerda en Sófocles (ed. 1967) (11) como un monstruo mitad mujer y mitad animal.

En la riquísima mitología shuar, Tákea el poseedor del fuego es un monstruo maléfico, mitad humano y mitad animal. Rueda-Tankamash, 1983) (12), (Vega-D.,G., 1990) (12).

La hibridación animal humana de estas figuras míticas recordarían el ancestro tanto instintivo biológico como el espiritual sublimado de los símbolos que representan.

Príapo, era un duende griego, provisto de un falo gigantesco con el cual se interpretaba en la hermenéutica simbólica, representaba el culto a la fecundidad masculina. Chuzalongo, viene de “chuzá”, que se traduciría como “delgado, endable, estancado” (Torres, 1982) (13); Cordero Palacios (1985) (14), es-

---

(10) Bergua, J. B. (1960): op. cit.

(11) Sófocles (ed. 1967): Edipo Rey. Ed. Espasa Calpe, Col. Austral. Bs. As.

(12) Rueda, M. V. (1983): Setenta mitos shuar. Recogidos por Ricardo Tankamash. Abya-Yala, Quito.

(12b) Vega-Delgado, G. (1990): “Jempe, roba el fuego”. *Hermenéutica de un mito shuar*. 2do. encuentro de invest. en salud, U. de Cuenca.

(13) Torres G. (1982): *Diccionario Kichua-Castellano, Yurakshimi-Runashimi*. Ed. Casa de la Cultura Ecuat. Cuenca.

(14) Cordero Palacios A. (1985): *Léxico de Vulgarismos Azuayos*. Ed. Casa de la Cultura Ecuat. Cuenca.

cribe: "Chussalongo", como cañarismo, traduciendo "chussa", como "pequeño, desmedrado. Se refiere al individuo o animal de poca corpulencia o energía". Iñiguez Vintimilla (op. cit.) (prefiere escribir con "zs" (chuzsalongo).

El chuzalongo, viene a ser una suerte de "priapo andino", provisto empero de connotaciones propias. Levi-Strauss, sostiene que hay muchos mitos en el mundo, pero que todos pueden ser reducidos a categorías más simples por su extraordinario parecido recíproco.

El mito vuelve a cobrar significación: se trata originalmente de una ideología que permite fabricar el culto y el rito de la potencia sexual y fecundadora del hombre y en tal sentido contribuye a identificar a la cultura "creyente" de tal mito con aquella necesidad de "prolongar la especie" sobre su territorio y asegurar a través de la sexualidad la permanencia y supervivencia, la producción y reproducción biológica y social de esta cultura.

Desde otra lectura antropológica y médica, el mito del "chuzalongo" cobra otra dimensión hermenéutica: se trata de crear un "tabú", una prohibición y censura social que prevenga la violación, el estupro, la promiscuidad, en especial a las doncellas andinas vírgenes: el miedo que genera la figura mítica del chuzalongo significa: un mecanismo de control, quizás como Malinowski lo concibe, pues asegura la funcionalidad social de "lo imaginario". La prohibición cultural, de andar por lugares deshabitados, en especial para las mujeres jóvenes, se refuerza en el mito a través de la consolidación del miedo colectivo, que infunde la creencia.

Freud en Totem y Tabú (1969) (15) recordaría que tabú viene de una voz polinesia que significa a la vez: "prohibido" y "sagrado"; en este sentido el "chuzalongo" significa la prohibición hacia el sexo, y a su vez, la imagen sagrada que el chuzalongo

---

(15) Freud, S. (ed. 1969): Totem y Tabú. Alianza Editorial, Madrid.

longo implica, simboliza a la sexualidad, ergo a la "continuidad totémica" de la especie y de esa cultura en particular.

De esta forma el Tabú (encarnado en el chuzalongo) permite que la cultura andina "apropie" su miedos, temores, angustias de destrucción y relajamiento libidinal, identificándose en su ideología frente al sexo y el afecto, a través de un mito que encarna una conducta que es "denominador común" de la seranía, y particularmente muy presente en la ideología azuaya.

Hace varios años, circuló en Cuenca, el rumor de que en uno de los cuarteles militares, se le tenía aprehendido al chuzalongo, que se le tenía encadenado, y que, por ello no ofrecía ya peligro para las mujeres. El pensamiento mágico es muy enérgico, tanto que cuando es colectivo, tiende a imponerse sin reservas en conglomerados humanos, —más en unos que en otros, cierto—; en tales circunstancias, la gente primero "crea", y luego razona, pero no al revés. Esta noticia cumplía también la función social de "liberar" los acumulados temores en especial femeninos al abuso sexual: pues el arquetipo de la delincuencia sexual estaba ya encadenado, custodiado por los militares para que no haga más daño.

La piel de escamas de pescado, permite asociar al monstruo humano, con lo animal; los pies al revés, explicarían la habilidad para engañar y engatusar a sus perseguidores, a fin de que extravíen su pista; es muy singular que en una de las referencias se explicita, que el chuzalongo tiene una edad como de 150 años: este es uno de los elementos simbólicos de la perennidad, la eternidad de un mito, pues en efecto nunca muere mientras exista esa cultura que lo dio a luz; claro está que las referencias no son iguales, y ello es obvio, un mito se recrea en cada mente, en cada interpretación que cada sujeto de esa cultura hace de él. Para varios informantes, el chuzalongo es el producto del incesto entre padre e hija o entre hermanos. Más específicamente en otra leyenda comarcana: (los gagonés), son el producto del incesto. En cualquier caso, son mitos, cu-

yas funcionalidades sociales, habrá que encontrarlas en el tabú del incesto, a fin de prevenir su uso.

Es interesante cómo el mito del chuzalongo se liga íntimamente con otro mito andino: 'El Cuichig' o "Arco Iris" (Hermida Piedra 1988) (16): El Arco Iris puede embarazar a las mujeres, puede provocarles aborto o mal formaciones congénitas. Dejar-se "coger del arco", implica dejarse "copular del arco". El Arco así, cobra la dimensión de otro símbolo fálico y de agresión sexual: el miedo al arco así mismo, previene la virginidad de las doncellas andinas. Igual interpretación y parentesco habrá que tener respecto de la enfermedad tradicional de "el Cerro": (Vega-D., G., 1988) (17): ser poseída del cerro, implica en el animismo andino, copular con él, pues encarna la figura masculina.

Un elemento curioso del mito del chuzalongo, tiene que ver con aquello de que para varios informantes, el chuzalongo no siempre "posee" literalmente a su víctima, sino que la estrangula con su falo gigantesco: se trata de un reemplazante agresivo de la cópula hacia un campo que caería dentro de lo que el psicoanálisis llamaría sadomasoquismo sexual". Más de una asociación entre falo y serpiente, habrá que tener presente en la hermenéutica simbólica.

El tamaño pequeño del chuzalongo merece también una simbología propia: traduce el sentimiento generalizado de que la agresividad descomunal de su falo, se escuda en la ternura enmascarada de su dueño pequeño y enano, porte y tamaño que le permitan al chuzalongo utilizar la coartada y la logística apropiadas, para atrapar a sus víctimas. En definitiva el tamaño pequeño del chuzalongo, simboliza la suspicacia, la perspicacia, la

---

(16) Hermida Piedra C. (1988): El Arco. En: *La Práctica Médica Tradicional*. Idicsa, U. de Cuenca.

(17) Vega-D., G. (1988): El Cerro. En: *La Práctica médica tradicional*. Idicsa, U. de Cuenca.

persuasión y quizás la hipocresía que permitan manejar el embaucamiento convincente a la víctima.

La asociación del chuzalongo con el porte pequeño también permite descubrir que se "atribuye la identidad de lo pequeño" a lo otro, a lo que no es de sí, a lo exógeno, a la "otra" cultura.

### **El lado "longo" del mito del "chuzalongo"** **El mito y la identidad en "transición"**

Escobar (1959) (18) en el Perú es de los primeros autores en el mundo andino en acometer científicamente el problema del "cholo". Aníbal Quijano (ed. 1980) (19) habla específicamente de que el cholo es aquella clase en "transición" entre dos mundos opuestos: lo indio y lo blanco/mestizo. Lo "cholo" es un grupo social emergente y transicional entre lo indio y lo occidental; su ocupación es no agrícola, es bilingüe, de vestimenta occidental burda, semianalfabeto, de gran movilidad geográfica y que posee un asentamiento urbano. Para otros autores, "cholo", querría decir: "advenedizo".

La categoría "longo" tiene una vecindad íntima con aquella de "cholo". Para Dalmau (1990) (20), el término original no era manejado racista y peyorativamente, pues sugiere que quiere decir "joven guapo y hermoso". En el diccionario de Luis Cordero (1967) (21), se escribe: "lungu", y se lo traduce como "indio todavía niño o adolescente", y usado en sentido despectivo; Cordero Palacios (op. cit.) (22), sugiere que "longo", es "un hombre joven que tiene sangre de indio". De hecho "longo" es un término polisémico; dependiendo del ritmo y compás,

---

(18) Escobar A. (1959): *La cultura: sistema de valores. Plan Nac. para el desarrollo del sur del Perú*. Vol. XXII. Lima.

(19) Quijano, A. (1980): *Lo cholo y el conflicto cultural en el Perú*. Mosca Azul eds. Lima.

(20) Dalmau, F. (1990): *Ecología y Psiquiatría: ponencia: VIII Congreso Ecuatoriano de Psiquiatría*. Quito.

podrá significar un trato de ternura y galantería o repudio e insulto. En último término, lo despectivo es todo lo que "huela" a indio. Wagley (1952) (23), ha propuesto los términos "raza social", para denotar una categoría que enfatiza la definición social y no la biológica. Fuenzalida (1980), ha denominado en esta misma dirección: "el espejismo de la raza", para significar lo propio.

Otras connotaciones sociales intermedias son: "chagra", "chazo", y "china". El chagra, es el campesino mestizo o habitante de pueblos (Ibarra, 1990) (24); el chazo tendrá un perfil semejante: el oriundo del campo, primitivo, de modales grotescos; la china, será la indígena joven, migrante a la ciudad en donde se convierte en empleada doméstica de familias mestizas urbanas. La "chola cuencana", merece un análisis algo separado, sin embargo; la trenza, la pollera, el sombrero de paja toquilla, su acceso a la ciudad y un fácil retorno a veces en ritmos circadianos a su tierra campesina vecina, conforman en ella también un estereotipo intermedio entre lo indio y el mundo occidental.

Hernán Ibarra explora (op. cit. (25) los procesos migratorios de la sierra hacia la costa ecuatoriana e investiga los orígenes de la clase trabajadora; señala por ejemplo curiosamente, que el empleo de policía constituía una situación transicional del migrante hasta encontrar una ocupación más permanente en la costa; en efecto muchas ocupaciones a lo largo de la historia nacional, están íntimamente ligadas a los sectores sociales en transición.

Podría ofrecerse la hipótesis de que el mito del chuzalongo es una creación arquetípica —fruto del inconsciente colectivo como lo entendiera C. G. Jung (ed. 1970) (26) tanto de "lo indio", como de "lo mestizo" y también sin contradicciones de "lo blanco", en referencia a lo cholo o lo longo de la cultura andina.

Una creación de "lo indio", mentalizado para protegerse de lo "no-indio", de lo indio frente a lo cholo, o lo longo; el longo

es despreciado por el Indígena porque el longo tiende a parecerse a lo "misti" (o mestizo) y en último término a lo blanco. La historia sabe que españoles blancos, criollos (españoles nacidos en América) y mestizos violaron a las mujeres indoamericanas. César Dávila Andrade (1984) (27) lo dijo en boca de la madre parturienta que al dar a luz a su hijo tierno, le dice en desgarrador grito a su esposo indio:

"Quiebra maquí de guagua, no quiero que sirva, no quiero que sirva de mitayo a Viracochas".

Gustavo A. Jácome menciona que la indígena de la hacienda abusada sexualmente por el patrón cree alucinada que es "el cerro" —Taita Imbabura— su violador. Los hacendados en efecto, usurparon el papel del dios sagrado indio: Viracocha; los blancos —falsos viracochas— se apropiaron de la identidad sagrada del dios indio.

De esta suerte el mito del chuzalongo se constituiría en una creación arquetípica india contra lo trasculturante afectivo, cultural y en especial sexual del invasor, representado por el longo —chuzalongo, que aspira salir de su transicionalidad social hacia lo cada vez más blanco.

El longo tiene sus características propias: insurgente, advenedizo de personalidad doble, único y en permanente negación ambivalente de su raza y cultura indias, identidad india de raíz, que cada vez tiende a sucumbir más ante su intento de movilidad social hacia arriba.

El indígena aborrece al longo, pero a su vez ambivalentemente le tiene miedo; le teme porque se convierte en enemigo de raza y cultura indias, porque se convierte en el principal depredador de su propia estirpe; el miedo y la "paranoia" de sentirse atacado por lo blanco, lo mestizo y en este caso, más especialmente por el cholo-longo, (que intenta parecerse al blanco) permite crear el mito —esta vez del chuzalongo— mito que es como un "S.O.S." lanzado al cielo, para advertir a todos,

que se cuiden y protejan del "longo-chuzalongo", que simboliza aquí la agresión sexual.

El mito, podría haber sido también alimentado por la cultura tanto mestiza (aunque es muy discutible que pueda así llamarse, pues lo mestizo carece de identidad propia, porque trata también de parecerse a lo "blanco") como por la blanca como tal; tiene síndéresis esta interpretación; también el mestizo le tiene miedo al "longo", pues lo ve no sólo con desprecio, como perteneciente a un estrato "por ser", y, más que él, atrapado entre dos culturas; lo ve también, como alguien dispuesto a tomar su lugar en la competencia darwiniana social de la vida colectiva; teme que en el futuro, el longo suplante su ego mestizo también ambivalente.

El mito es alimentado de otra parte por el blanco; y en este sentido el blanco tiene también una actitud conflictiva hacia lo cholo-longo: una actitud matizada entre ironía y burla con pinceladas de temor por el acrecentado **arribismo** de lo longo, tanto que siempre subyace el temor de que podría rebelarse contra aquello que es blanco, y que, en una "vendetta" —sexual en este caso podría violar "bárbaramente" a sus mujeres blancas.

Algo de influencia "blanca" en el mito es curioso: se debe recordar que al menos dos informantes describen al chuzalongo de tez blanca, "chapudo", de pelo "suco", y de ojos verdes; esta descripción entraría en conflicto con la interpretación que aquí ofrecemos de que el chuzalongo tiene una identidad "longa". Sin embargo, en un análisis más profundo, no observamos contradicción de fondo, pues bien es posible, que el flujo del mito —que lo vuelve permanentemente dinámico—, (pues nunca un mito es estático), permita que, con el objetivo de defenderse, lo "longo", coloque atributos raciales blancos en el monstruo, a fin de proyectar y devolver, en este caso hacia la cultura blanca, la identidad de la fantasmagórica figura sexual, "desplazando", la supuesta responsabilidad y culpabilidad de su ego colectivo,

fuera de sí, función catártica que le permite sobrevivir en un mundo conflictivo.

Es asunto de un distinto estudio explorar las vecindades y diversidades del mito del **chuzalongo** ecuatoriano con el del **pishtaco** de los Andes peruanos. Al leer atentamente el **Bulletin de L'Institut Francais d' etudes andines** (28), considero en efecto que varias proximidades existen entre los dos mitos. Taylor aporta en esta obra el abordaje etnolingüístico sobre el término **pishtaco**; igualmente Salazar-Soler enfatiza en el papel del **pishtaco** como degollador de campesinos y mineros para extraerles la grasa; en "los **pishtacos**: degolladores degollados", Wilfredo Kapsoll, a su vez explora cómo los **pishtacos** son derrotados por los campesinos mediante el ají, el chuño y ciertas tretas jocosas o, por los otros o expresiones metamorfósicas de los **Amarus**; Molinié Fioravanti finalmente explora el papel divino o humano del **pishtaco**, en torno al análisis de la grasa, sus símbolos, historia y relevancia para las culturas.

### **Conclusiones:**

Entre "longo" y "chuzalongo" hay más que una simple asociación homófona: el **chuzalongo** es el mismo **longo**, cargado de una especial agresión sexual contra lo indio y lo blanco; en tal sentido el mito es alimentado por los dos extremos de las culturas andinas (lo indio y lo blanco) "contra" la clase insurgente, ambivalente, descartada que no es ni "agua ni pescado", ni "chicha ni limonada", que ha extraviado su identidad y que revela un permanente peligro para ambos. El mito despierta el tabú, que desencadena miedo y prohibición, pero a la vez, curiosidad fetichista-sexual, mito que contiene la simbolización sexual del estrato socio-cultural cholo —que diariamente se hace y renace en el migrante rural a la ciudad, en el trabajador indígena que cambia su poncho por sus transculturados "blue jeans", de aquel saraguro que se corta el huango y alarga sus "cutucalzones" y

que se adapta homogenizándose en los brazos de la macrocultura andina, que le acoge pero que también le castiga, que le recibe sin sentirle suyo, que acepta de él "una simbiosis, pero sin una síntesis", como dijera de Centroamérica, Erik Wolf, (1959) (ed. 1967) (29).

El mito del chuzalongo refuerza la identidad india, y también consolida la identidad blanca contra la identidad chola-longa, a través de aspectos específicos de la conducta sexual.

Pero en otro sentido, contrariamente al deseo consciente/ inconsciente de tanto lo indio como también de lo blanco, de combatir a lo longo, el mito del chuzalongo contribuye paradójicamente, a que la leyenda cobre vida propia y afiance la permanencia de esa identidad conflictiva, identidad ambivalente y sincretista del longo andino, que lejos de desaparecer, todos los días renace, en especial en el horizonte marginal de las ciudades andinas de América, y, que, renace a través de la fábula y la ideología de un mito que desencadena temores o deseos en la intimidad de las conciencias.



## **TERCERA PARTE**

**(Celebraciones Religiosas y Ritos Populares)**



## LAS CURANDERAS EN CUENCA

ANA LUZ BORRERO VEGA

### **Contacto con el mundo mágico de las curanderas**

Más que una aproximación teórica, prefiero tratar este tema como una experiencia personal, algo así como "mis encuentros con las curanderas" en la ciudad de Cuenca. Esto restringe el análisis únicamente a lo que sucede en la ciudad y por tanto no voy a referirme de la experiencia rural y a las curanderas del campo. Las curanderas han estado siempre en la ciudad, desde que tengo memoria, a pesar de que siempre que un niño de la familia enfermaba, se le llevaba inmediatamente al pediatra, la búsqueda de la salud era absolutamente ortodoxa y occidental, por supuesto recurriendo también a la farmacopea tradicional como infusiones de hierbas. Pero, allá las bajas o altas voces, la empleada doméstica de confianza decía: el niño o la niña, generalmente un pequeño lactante lloroso, está "ojeado", o está "espantado", o por último el malestar se debe al "mal aire". Por tanto, había otra posibilidad de enfermedad, que no fuera causada por un microbio, bacteria o de etiología parecida. Para el mal del ojo, el espanto o el mal aire, había un tipo de cura, que debía provenir del curandero o curandera.

Estas antiguas tradiciones andinas se filtraron en nuestros hogares a través del conocimiento ancestral de las empleadas domésticas, esas entrañables compañeras de oscuros ojos y piel aceitunada, que viven un mundo mágico, a veces accesible a los niños, y luego muchos años más tarde con largas conceptualizaciones y "estudios" llegan a nosotros como recuerdos con chispazos luminosos de secreto y misterio. Si el niño estaba enfermo había que hacerle una limpia, para lo cual había dos posibilidades, hacerlo en casa con ciertos utensilios, objetos, hierba, huevo, fósforos, tijeras, etc. y, en casos de mayor gravedad, convencer a el ama de casa que necesitaba de una "limpia" y curación que podía provenir de una curandera prestigiosa. Una de las curanderas más prestigiosas vivía en un barrio cercano a la iglesia de la Virgen de Bronce en Cuenca, hoy ha fallecido y ha dejado un gran vacío. Esta curandera sólo atendía a niños, y muy de vez en cuando, cuando ella así lo creía necesario hacía una limpia a la madre del crío, diciendo que el "susto" era producto de la nerviosidad de la madre. Durante años, vi pasar de niña y luego de adolescente niños y sus madres, los días martes y viernes, únicos días efectivos para la curación, hacia la famosa señora de la Virgen de Bronce, un símbolo del ritual de la "limpia" y cura era un tizne en la frente del niño, después para evitar el ridículo y la burla, la sabia curandera no tiznaba la frente del niño en un lugar visible, se lo hacía en el cuero cabelludo, cerca de la frente.

Hasta allí, contactos lejanos con las curanderas, de oídas o los martes y viernes a la vista y paciencia del público en plena plaza o mercado 9 de Octubre, también en la Feria Libre El Arenal se puede llevar a los niños a curanderas a que le hagan la limpia o limpieza. Con hierbas o con huevos. Curanderas con sus hierbas, huevos, y largas colas de niños. Cercanos ya al fin de siglo y ellas siguen allí, con una amplia cantidad de clientes, a principios de los noventa valía quinientos sucres la cura, desués tres mil, hoy cinco mil, en todo caso para una po-

blación empobrecida y de escasos recursos, frente a un médico costoso ésta es la primera opción de salud.

El contacto cercano se dio más tardíamente en mi vida, cuando un día de esos, después de innumerables noches y días de llantos de mi hija de meses y la constante preocupación, hizo que la joven campesina que me ayudaba unas horas en su cuidado me dijera e insistiera día tras día, que llevara a la niña a curarle del ojo, que la niña estaba indudablemente "ojeada" y por eso el pediatra no lograba sanarle. Fue tal el estado de desesperación, que con una pequeña niña de tres meses acudí cariacontecida, en compañía de Rosita, la empleada, donde la primera curandera que veía frente a frente, y a la que debía entregar por unos minutos la niña, para que proceda a la curación. La curandera era una mujer de muy mal genio, fuerte —como debe ser una curandera— según la creencia popular. Largas colas de espera, niños desde recién nacidos, hasta grandecitos de 11 o 12 años, algunos muy conocedores del ritual y respetuosos del mismo, otros aterrados. Todo esto en las goteras del mercado 27 de Febrero, en una pequeña casa de adobe, con una tienda que brinda refrescos y bocadillos a los clientes de la señora curandera. Luego, después de unos pases, limipas y ciertas invocaciones, la señora dijo: la niña está ojeada, tráigale nuevamente el viernes, ¡si quiere curarle bien!... si usted cree, entonces la niña se sanará, ya le saqué el ojo, cuídele porque alguien debe querer hacer daño a la guagua. El viernes siguiente, el rito mágico y toda esa cosmovisión ancestral volvieron a repetirse, la magia blanca en plena acción y el milagro final, la niña se curó.

### **¿La magia en plena modernidad?**

La magia, una forma de ver y actuar tradicional andina y precolombina sigue con vida y vigor a fines del siglo XX en nuestra querida ciudad. El curanderismo, el shamanismo o como

se quiera llamar, coexiste con la modernidad de la cibernética y la física cuántica en pleno centro urbano de Cuenca. Las prácticas rituales mágicas de las curanderas coexisten en la población de la ciudad la cual acude muchas veces indistintamente al médico y a la curandera o al shamán. Curanderas y médicos populares o curanderos no han desaparecido con el avance tecnológico, el avance de la medicina, por lo contrario crecen en número cada vez más.

La concepción de la enfermedad en la población indígena o mestiza con influencia indígena de Cuenca es completamente distinta de la concepción occidental, por tanto, la cura también tiene que ser distinta. La enfermedad para los campesinos, los grupos indígenas y ciertos grupos mestizos. La enfermedad puede provenir de energías negativas que provienen de personas, animales, plantas o lugares. Hay lugares que producen "mal aire", también la enfermedad puede venir por la acción de espíritus malignos o por personas malas o con energía negativa en la mirada, por eso se habla del "mal del ojo", ojeado, etc. La maldad y la enfermedad producida por el mal de ojo puede curarse con la limpia o con la succión del mal, por parte de la curandera o curandero. La limpia es un acto mágico, y se considera que las mujeres tienen un conocimiento empírico para curar, es por eso que la mayoría de las curanderas en la ciudad son mujeres. Por el contrario muchos de los "sanadores", "cura-huesos" "médicos populares" son hombres. En las mujeres también predomina el conocimiento de hierbas medicinales, son mujeres las que conocen el uso de muchos remedios tradicionales que provienen de diferentes plantas de la región.

#### **Algunos ejemplos de enfermedades tratadas por curanderas:**

El "mal aire", el "arco iris", el "espanto", los hechizos y brujerías, muchas otras a la vez de curanderas-hierberas, son también comadronas, se dedican a atender los partos de las

mujeres campesinas e indígenas, pero en la ciudad es una actividad que ha desaparecido casi en su totalidad. El don de curar es considerado por los campesinos y muchos habitantes de la ciudad como un atributo innato o que provienen de dones divinos y aún que vienen de los ancestros, de conocimientos secretos.

Si no hay una curandera cerca, para curar el mal aire, el propio paciente puede hacerse una limpia con tijeras, una caja de fósforos o un pedazo de azufre, también se puede hacer la limpia con imágenes de santos del santoral católico. Para la curación se necesita de buena suerte, si no hay suerte no hay curación y en muchos de los casos las enfermedades antes citadas pueden llevar a la muerte de la persona.

Las enfermedades causadas por hechizos producen problemas intestinales, parálisis, diarrea, dolor de cabeza, entre otros síntomas, generalmente un hechizo puede venir por razones de amor, venganza, envidia y se transmite por intermedio de alimentos, regalos, ropas. Para la cura de los hechizos se necesita de cuycs negros para la limpia o de orina de chancho negro.

Para curar del espanto las hierbas que utilizan las curanderas son entre otras: el poleo, altamisa, ruda, chinchín, santamaría y retama, a más de las hierbas también hay rezos especiales se pone en el ombligo del paciente, en la espalda y en la frente una crema preparada por la curandera y se hace una señal en forma de cruz. La crema contiene ruda, ajo, carbón y sal. También se le sopla al paciente en casos de necesidad agua bendita o se le escupe en la cara o en el ombligo, si no da resultado en casos extremos, se le baña al niño o adulto enfermo en agua de montes de susco y flor de rosa y otras hierbas.

### **Las aguas de hierbas tonificantes y las curanderas**

Las aguas de hierbas son las compañeras de las curanderas y de la buena salud, en Cuenca son especialmente conoci-

das por todos y en especial por las mujeres del mundo doméstico y tradicional las aguas de hierbas: de manzanilla, cedrón, menta, anís, zhullo, "aguas de frescos", agua de Pitimas, en el caso de esta última se la puede encontrar en los antiquísimos monasterios de las Monjas del Carmen y de la Concepción, que venden estas aguas a módicos precios.

### **Curanderas al fin**

Energías, mundo espiritual, mundos más allá de los sentidos, otra realidad más cercana a la alquimia y a la magia que a la medicina moderna, es la que permite la curación para una gran cantidad de males que no son solamente físicos, son psicósomáticos, son del alma, de la mente, no sólo del cuerpo. El mundo de las curanderas es indudablemente todavía un mundo por conocer, hay mucho que estudiar y para entenderlo mejor hay que involucrarse directamente, poner en práctica y crear. ¡Porque de haberlas las hay!

# RITO RELIGIOSO Y RITO SECULAR EN LA OCTAVA DE CORPUS EN CUENCA

ERNESTO SALAZAR\*

Así como el sol es el primer agente en el sistema de la naturaleza; así, en el orden social, la Eucaristía todo lo anima y sostiene...

Fray Vicente Solano (1891, 3:117)

## INTRODUCCION

La fiesta religiosa ecuatoriana, a pesar de su importancia social, ha sido apenas abordada por los antropólogos. En los pocos estudios que se conocen (Landívar 1970, 1971, 1974; González 1981; Rueda 1982; Mena 1985; entre otros) predominan el tono descriptivo, la novedad folklórica y la red socioeconómica.

---

\* Departamento de Antropología, Museo del Banco Central, Quito.

Quiero dedicar este artículo a mi madre, María L. González, devota del Santísimo Sacramento, y agradecerle a la vez por todo lo que me ha enseñado sobre la religiosidad popular.

El atento lector puede percibir en estos enfoques el extraordinario colorido y variedad que adoptan nuestras manifestaciones de religiosidad popular. Sin embargo, más allá de la búsqueda de prestigio y el ascenso en la escala social, hay en la fiesta una estructura mágico-religiosa, que se expresa en un sinnúmero de símbolos, provenientes de diferentes fuentes, pero sintetizados en un ritual orgánico con amplias proyecciones sociales.

La Antropología simbólica pretende adentrarse en este terreno inexplorado y para ello ha desarrollado una serie de técnicas, con miras a desentrañar el significado de los símbolos, comprender su asociación, y dilucidar la esencia del grupo social que los ha producido.

El presente trabajo tiene por objeto aplicar el análisis simbólico a una de las festividades más sobresalientes del calendario litúrgico de la ciudad de Cuenca, el **Setenario**, que se celebra todos los años en honor del Santísimo Sacramento. Esta fiesta tiene tal profundidad histórica y tal riqueza etnográfica, que es posible analizar a través de ella la naturaleza y la evolución de la sociedad cuencana. La tarea no deja de ser complicada, sobre todo por el alto grado de minuciosidad que a veces requiere el análisis. El registro de variables, por ejemplo, suele ser más riguroso que en otros enfoques. En efecto, no solo hay que registrar los eventos, sino también su secuencia y los símbolos involucrados en cada uno de ellos. Más importante aún es la asociación que eventos y símbolos guardan entre sí, al punto que solo el contexto puede proveer la clave del desciframiento. De ahí que la investigación haya tenido que abordar los más dispares asuntos en torno a esta fiesta desde la exégesis eucarística a la pirotecnia y a la oratoria sagrada. Naturalmente, este artículo no pretende incluir la totalidad del análisis simbólico y su interpretación sociocultural. Su propósito es abordar solamente los niveles secular y religioso del rito eucarístico y su potencial para la comprensión de la sociedad cuencana a través de una de sus manifestaciones religiosas.

## LA NATURALEZA DE LOS SIMBOLOS

A lo largo de su historia, la Antropología Cultural ha desarrollado una serie de enfoques para el análisis y comprensión de la sociedad humana. El evolucionismo, el marxismo, el funcionalismo, y la ecología cultural, poseen cuerpos de teoría de gran alcance, que les ha rendido importantes logros en el estudio de la sociedad humana. Sin embargo, recientemente, muchos antropólogos han optado por otras orientaciones que tienen como base la naturaleza comunicadora del lenguaje.

La sociedad humana ha elaborado signos convencionales de comunicación hablada (la lengua), pero ha producido también otros códigos, que siguen las leyes generales del lenguaje, y que también pretenden comunicar. Uno de ellos es el código simbólico *sensu stricto*, es decir aquel conjunto de objetos o acciones que, a más del significado inherente a su naturaleza, han adquirido otros en contextos religiosos o civiles (v.g. una cruz, una bandera, un logotipo). Como el lenguaje hablado, el código simbólico tiene una carga semántica conocida por los miembros del grupo social. Recientemente se han levantado objeciones a la naturaleza lingüística de ciertos fenómenos, como el rito (Aijmer 1987); sin embargo, siempre ha quedado claro que existe un mensaje que necesita ser dilucidado.

La antropología simbólica trata de estudiar este sistema de comunicación, y su meta es explicar la estructura social, a través del análisis de los símbolos. La teoría y metodología pertinentes han sido robustamente desarrolladas por Turner (1980), Sperber (1974), Firth (1973), Douglas (1978), Durand (1981) y otros, que han permitido abordar el estudio del proceso social en los campos más variados, desde la revolución estudiantil francesa de 1968 (Turkle 1975), hasta el rol de la Virgen de Guadalupe en la cultura mexicana (Lafaye 1985) y la visita de un presidente francés a los lares de su juventud (Abélés 1988).

El sistema ritual es particularmente sensible a este enfoque por la acentuada carga simbólica que posee. Con el término rito se hace referencia a un sinnúmero de actividades humanas en que la repetición de eventos juega papel preponderante. Así, constituyen ritos la presentación de un embajador ante el presidente, la ceremonia de graduación de un estudiante, la elección de Miss Ecuador y, por supuesto, las celebraciones religiosas, con las que el término está más comúnmente asociado.

Los ritos religiosos, en calidad de manifestaciones de lo sagrado, son objeto de particular escrutinio por parte de los fieles, que velan por la ejecución correcta de los mismos. De ahí que la ruptura de las reglas venga acompañada de una fuerte dosis de "contaminación". Ante un hecho de esta naturaleza, el ser humano siente terrible conmoción y un sentimiento de peligro inminente ante la cólera de Dios. Es el *mysterium tremendum* del que habla Otto (1980:16ss) al analizar la categoría de lo numinoso. En todo caso, no es extraño que se trate de ahuyentar o controlar la contaminación con un retorno sumiso a las reglas de siempre, o con ritos de purificación y desagravio, que a menudo requieren de acciones sociales de gran envergadura.

Los ritos reflejan o dramatizan la estructura social, pero su lectura es difícil por la presencia de los símbolos. La tarea del antropólogo es descodificarlos para comprender el ritual, y esto se logra descubriendo la naturaleza de la asociación de los símbolos en un contexto determinado. Naturalmente, solo la sociedad que practica el ritual puede dar la clave para "romper" el código.

Los símbolos son una especie de depósitos de significado, a veces disparejos, que encierran los valores más importantes de una cultura. Es necesario, por lo tanto, interpretarlos, aunque no en forma aislada, sino en la perspectiva de una manifestación social. Por citar un ejemplo, el castillo del Setenario, como símbolo, tiene significado diferente del castillo de la No-

che Cuencana del 12 de abril, efemérides de la fundación de la ciudad.

Hay que señalar que no todos los símbolos tienen la misma riqueza semántica, en virtud del rol diferenciado que desempeñan en el rito. A este respecto, Turner (1980:33) los subdivide en "dominantes" e "instrumentales". Los primeros presiden toda la ceremonia o juegan papel de primer orden en una fase de ella. En cambio, los símbolos instrumentales son menos autónomos y susceptibles de interpretación solo en un rito determinado. Los símbolos son extremadamente complejos, y es muy difícil penetrar en ellos. Turner (1980: 31) señala como rasgo importante su bipolaridad: por un lado el polo ideológico, que condensa los componentes morales y sociales del grupo; y por otro lado, el polo sensorial, que incluye elementos de carácter emocional o fisiológico, que surgen en un individuo ante la presencia del símbolo. Algunos símbolos pueden parecer impenetrables, a primera vista, pero una buena manera de adentrarse en su significado es a través del polo sensorial. Por ello, es importante que, para su análisis e interpretación, el antropólogo se desplace continuamente desde el símbolo al grupo social y viceversa. Esta es precisamente la metodología que se ha empleado en el caso que nos ocupa, a fin de sobrepasar el mero registro formal de los elementos de la fiesta y asegurar la interpretación social del hecho religioso.

## EL SETENARIO Y LA EUCARISTIA EN CUENCA

El Setenario es una fiesta con la que Cuenca rinde culto a la Eucaristía. Su origen arranca de los primeros tiempos de la fundación de la ciudad, y su persistencia es tal, junto con otras prácticas relacionadas con este culto, que se ha hablado de un tácito **Pacto Eucarístico** de la ciudad con el Divino Sacramento. Cuando la fiesta comenzó a dar señales de debilitamiento, a fines del siglo pasado, una revista eucarística local sugirió po-

ner el Pacto por escrito "en láminas de metal o al menos de vitela", solemnemente firmado por autoridades y organizadores, y depositado en la primera piedra de la iglesia del Santo Cenáculo (Anónimo 1893:467). Nunca se firmó el Pacto, pero el Clero se mantuvo vigilante, listo a culpar a los negligentes por las terribles heladas de junio y julio que, en castigo, enviaba la agraviada Eucaristía a los campos cuencanos. El Padre Julio Matovelle, ferviente defensor y mentalizador del mencionado pacto, no vaciló en lanzar lapidaria profecía contra la ciudad:

Pero ¡ay! de aquella, si algún día llega a romper con temeridad sacrilega el Pacto divino con que está ligada; en ese momento, Satanás se desposará con la ciudad pérfida, y hará de ella asiento del error y la maldad. Cesará de ser un "centro eucarístico", para convertirse en un centro francmasónico" (Matovelle 1891a:15).

Realmente, la tradición eucarística es de honda raigambre en la ciudad, particularidad reconocida a nivel nacional en el ámbito católico, que ha bautizado a Cuenca como **Ciudad Eucarística**. En efecto, Gil Ramírez Dávalos, su fundador, estableció ya la primera cofradía del Santísimo Sacramento, el Cabildo apoyó siempre la realización de prácticas eucarísticas, se construyó una iglesia solo para el culto al Santísimo, se fundó una orden religiosa exclusivamente para su culto, se publicaron periódicamente varias revistas eucarísticas; en fin, se adoptaron y difundieron devociones, como el mes del Santísimo, el Jubileo de las Cuarenta Horas, la Adoración Nocturna, los Congresos Eucarísticos, etc.

Con semejantes credenciales, la ciudad podía considerarse inmune a sus enemigos. El apologético Matovelle señalaba que, en recompensa por la constante veneración a la Eucaristía, hasta las batallas de nuestra agitada vida republicana habían ocurrido

fuera de la ciudad. A este propósito, relata que en 1882, ante el avance de las fuerzas de la Restauración contra el ejército de Veintemilla atrincherado en Cuenca, una anciana fue requerida para ayudar en el equipamiento de una ambulancia, a lo que accedió gustosa, sin dejar de señalar la inutilidad de la tarea encomendada:

...batalla puede haber pero no en Cuenca, porque jamás ha de ser empapada en sangre de combates una ciudad donde se rinde al Santísimo Sacramento el magnífico culto con que es honrada aquí su adorable Majestad, durante la Octava de Corpus. Igual cosa se temía el año (18)29, y se arreglaron las cosas de manera que la batalla decisiva entre Colombia y Perú hubo de verificarse en el Portete, pero no en Cuenca... Mientras Cuenca rinda, como suele, el espléndido culto del Setenario al Santísimo Sacramento, nada tiene que temer: la Hostia Sacrosanta será su defensa!... (Matovelle 1891b:115).

La Eucaristía es uno de los misterios fundamentales de la religión católica, no solo por la grandiosidad que encierra su concepto (la presencia salvadora de Dios en las especies de pan y vino), sino también por su concomitante acción sacramental, que actualiza en los fieles el principio salvador. Por otro lado, es también uno de los misterios más difíciles de aceptar desde el punto de vista racional. De hecho, ha generado intensa controversia a través de los siglos, provocando más de un cisma —grande y pequeño— en el seno del Cristianismo (1). De ahí que la exégesis eucarística sea amplísima, y asombrosa su simbología:

---

1 La controversia eucarística ha girado principalmente en torno a la presencia real de Cristo en las especies de pan y vino. La discusión ha variado

El blanco círculo de pan encierra simbólicamente el cosmos, la historia completa de la Iglesia y toda la tradición que va de la ofrenda del pan de Melquisedec al Calvario y a la misa (Douglas 1978:66).

Hay que señalar que, en la antigüedad cristiana, la Eucaristía se celebraba como banquete y sacrificio en el contexto de la misa. Posteriormente, el culto se desplazó a una atención exagerada por la presencia real de Cristo, dejando relegada la acción sacramental. Finalmente, la Iglesia contemporánea ha vuelto por los fueros de una comprensión total del misterio eucarístico (López Martín 1987:512ss). No sorprende, entonces, que a lo largo de su historia, la teología eucarística haya creado una plétora de símbolos (el racimo, el banquete, la cesta de pan, el vino y el agua, etc.), cuya popularidad ha ido cambiando a medida que la Iglesia ha enfatizado diferentes aspectos del misterio eucarístico. Inclusive, al generalizarse hacia el siglo XIII la exposición pública del Santísimo, resurgió un antiguo complejo de símbolos paganos que gira en torno al sol y sus elementos inherentes (rayos, luz, fuego, calor, vida). Numerosos objetos de culto, como patenas, platos, estandartes, casullas, etc., llevan a menudo diseños de uno o varios de estos elementos. Sin embargo, por su forma y su materia prima (generalmente oro), la custodia constituye el símbolo eucarístico más conspicuo de esta tendencia al uso de la metáfora solar. No está por demás señalar que las manifestaciones de religiosidad popular eucarística se contagiaron de toda esta imaginería, que

---

desde trascendentales disquisiciones sobre la naturaleza del cuerpo de Cristo en la hostia y el tiempo de su permanencia en ella, hasta especulaciones más burdas sobre las vicisitudes de la divinidad en el ciclo de digestión de las sagradas formas. La Edad Media resumió el problema en la famosa cuestión de qué sucedería si un ratón penetrase en un tabernáculo y se comiera la hostia consagrada (Powers 1969:28).

impactaba por su fuerza en los fieles. En este contexto, el Setenario cuencano aparece como una exaltación local del fuego de Dios, encarnado en la custodia, en los fuegos artificiales y hasta en los fogosos panegíricos, en los que también predomina la metáfora solar (2).

## LA FIESTA

En este punto, el lector habrá podido advertir que el tratamiento del culto eucarístico es prácticamente inagotable. Aquí se ha pretendido solamente resaltar ciertos aspectos, con miras a proveer el contexto general en el que debe ser insertada la festividad cuencana del Setenario. En esta ciudad, en un marco de irrestricta ortodoxia, se lleva a cabo el ritual religioso del Santísimo Sacramento, complementado con un festival pirotécnico de gran colorido, que sirve de distracción a los pobladores. El origen del uso del término Setenario no ha podido ser dilucidado, aunque su etimología apunta al vocablo latino *septenarius*, que significa "que contiene siete". En efecto, la fiesta comienza al día siguiente de la festividad de Corpus Christi, y dura siete días, completando así el ciclo religioso que la liturgia católica llama *Octava de Corpus*. En 1880, pocos años después de la Consagración del Ecuador al Corazón de Jesús, se añadió un día más, quedando la festividad conformada de esta manera hasta el presente.

Tradicionalmente, cada día ha estado dedicado a una "clase social", o "gremio", que en realidad no son tales, sino sectores prominentes de la sociedad cuencana, que financian los gastos

---

2 Es frecuente en los sermones del Setenario que los oradores se refieran al Santísimo como "sol de Justicia", "Sol creador de soles", "Sol del orden moral y religioso", y que conminen a la Eucaristía a enviar sobre los fieles sus "chorros de luz divina", sus "lamaradas de amor", o sus "rayos de calor divino".

en calidad de sacerdotes o **diputados**. En la actual estructura, el viernes pertenece al Clero, el sábado a los empleados de banco, el domingo a los obreros, el lunes a las señoras, el martes a los comerciantes, el miércoles a los agricultores, el jueves a los doctores (médicos y abogados), y el viernes del Corazón de Jesús a los niños. Antiguamente había un día para el Municipio, y otro para las esposas de los militares (día de las **militaras**, hoy día de las Señoras), y más de una vez alguna familia prominente corrió con los gastos de algún grupo que falló en auspicar, como sucedió con la familia Torres en el siglo pasado (Terán Zenteno 1947:56).

El día de cada grupo comienza realmente por la noche anterior, con las **vísperas** en el parque central. Desde temprano se congregan, con su arsenal de luz y ruido (globos, cohetes, voladores, olletones, castillos, etc.), los **cueteros** (especialistas en fuegos artificiales), que montan un escenario único de distracción, complementado con la venta de **dulces** de la ocasión, y la presencia de ruleteros, bandas locales, y puestos de venta de aguardiente. La gente colma el parque y los portales, atenta a los fuegos pirotécnicos y a la quema de los castillos, el episodio más importante de la noche de luces. La quema del último castillo, hacia las 22h00, señala el fin del evento y la gente se retira paulatinamente a sus hogares. A la mañana siguiente se celebra una misa con sermón dedicado al grupo auspiciador, y el Santísimo queda expuesto por el resto del día para ser visitado por fieles y cofradías. Alrededor de las 17h00 tiene lugar el **Cerrame**, que como su nombre indica, cierra el día del grupo pertinente. Consta de tres partes: un sermón sobre aspectos de la vida de los patrocinadores, la bendición con el Santísimo, y la procesión con la Custodia (3), alrededor del parque, Los fue-

---

3 En la Octava de Corpus de Cuenca se pueden distinguir dos tipos de procesión: la del día de Corpus Christi, muy solemne y con participación ma-

gos artificiales que siguen, pertenecen ya a las vísperas del siguiente grupo.

## RITO RELIGIOSO Y RITO SECULAR

Un examen atento de los eventos de la tarde muestra el desarrollo de dos ritos análogos, que ocurren en la catedral y en el parque como si el uno tratara de replicar al otro. He llamado a estos ritos **religioso** y **secular**, respectivamente.

El rito religioso gira en torno a la Custodia que aloja al Santísimo Sacramento, y que es atendida por especialistas del culto, los sacerdotes de la Curia Arquidiocesana. La gente llena la catedral, y hay una clara actitud de glorificación y entrega al Altísimo en los cánticos entonados y en el incensamiento de la Custodia (el humo del incienso es un viejo símbolo judío de ofrenda a Jahvé). La Custodia constituye, sin duda, un símbolo dominante. Está en lugar preeminente en el altar, y su morfología es obviamente indicadora de un sol, no solo por los rayos que salen de la Hostia, sino también por el oro de que está hecha la Custodia. La metáfora religiosa ha consagrado este símbolo con la imagen del **Sol de la Eucaristía**. La bendición con el Santísimo es el momento culminante del rito. Los fieles siguen el mínimo movimiento del sacerdote, y concentran toda su energía en la Custodia, durante la bendición. Es el momento de la percepción de lo numinoso, según la definición de Otto (1980: 23). Al fondo de la iglesia, el órgano da solemnidad al momento con una composición de Bach o Haendel, y al terminarse la bendición, la gente abandona gradualmente la catedral.

---

siva de la ciudadanía, y la del Cerrame del Setenario, más corta, pero estructuralmente similar a la primera. En este trabajo salvo mención explícita, se hace referencia solamente a la procesión del Cerrame, que tiene particular relevancia en la legitimación del rito secular, como se verá más adelante.

El rito secular, en cambio, gira en torno al castillo, atendido por sus propios especialistas, los **cueteros**, gente de marcada exclusividad que guarda su arte en familia y lo transmite de generación en generación. Una serie de símbolos secundarios precede la quema del castillo. Hay también aquí una clara actitud de glorificación y ofrenda al Santísimo en el lanzamiento de cohetes y globos representando animales domésticos, peces (símbolo clásico de Cristo), animales exóticos, y formas geométricas diversas, que sin duda tuvieron o guardan todavía su propio simbolismo. Hay inclusive un paralelismo entre el lenguaje hablado de los cánticos de la iglesia y la "vocalización" propia de los cohetes y voladores del parque, y entre el silencio de la ofrenda del incienso y el de los globos al ser soltados. El castillo se presenta a todas luces como el símbolo dominante del rito secular. Compuesto generalmente de tres cuerpos rematados con una paloma (especie de rueda pirotécnica), está aderezado en sus flancos con banderas, y elementos de diversa morfología, a manera de hélices, que al ser prendidos, giran vertiginosamente con luces de diferentes colores. De pronto los colores parecen fundirse en chorros de luz blanca intensa, como si fuera la luz solar que arroja la Custodia de la iglesia. En este contexto, es perfectamente admisible considerar al castillo como una Custodia Inmensa que domina al parque. Más aún, la paloma, que sale despedida al acabarse de quemar el castillo, reposa sobre una custodia hecha de carrizo y papel. La quema del castillo es el momento culminante del rito secular, y representa para el parque lo que la bendición con la Custodia representa para la iglesia.

El polo sensorial es particularmente expresivo. Cuando el castillo va a ser quemado, la noticia corre como reguero de pólvora, y al momento se congrega un gentío arremolinado en torno al artefacto. Todos parecen estar completamente concentrados en la eclosión de luz que sube por los cuerpos del castillo, hasta que la paloma se desprende, marchándose con ella

la divinidad. La gente observa los juegos de luces, prácticamente sin moverse, con los ojos fijos en el castillo, y algunos individuos hasta con la boca abierta. No hay duda que este es el momento numinoso del rito secular. En efecto, es tal el esplendor y el ruido generado por ciertos castillos (las hélices al girar hacen, inclusive, temblar toda la estructura) que, luego de consumirse, queda entre los asistentes un silencio casi religioso, como si hubieran presenciado una demostración del poder y grandiosidad de Dios. Finalmente, el gentío parece respirar, y se aleja rápidamente del castillo, que ahora ya no es más que un armazón de carrizo humeante. El polo ideológico puede también ser detectado con facilidad. En el ápice del castillo, sobresalen siempre dos banderas, una del Ecuador (o Cuenca), y otra del Vaticano, representando indudablemente la estrecha relación de la Iglesia y el Estado, que ha imperado en la historia de la sociedad cuencana. El polo ideológico se ve reforzado, durante la quema del castillo, con la presencia de una banda (Alianza Obrera u Obreros de la Salle), que relievaa el poder secular solemnizando el momento con piezas nacionales de corte popular (v.g. **sanjuanitos**).

La relación poder religioso-poder secular se ha filtrado por todas las esferas de la vida ciudadana, aunque hoy es menos patente. No es extraño, en todo caso, que esta situación afloré simbólicamente en las festividades. El Setenario, en sus inicios, fue asunto del Cabildo de Cuenca, tanto en financiamiento como en organización. Se consideraba que no era un deber sino un derecho aportar para la fiesta. Además se nombraba con anticipación a los ediles que harían arreglar las calles por donde pasaría la procesión de Corpus Christi, a los vecinos que debían preparar los altares, y a los que debían llevar las varas del palio en la procesión. Con frecuencia, se destinaba también unos pesos para pólvora, a fin de que los soldados "disparen haciendo salva al Santísimo" (Acta de cabildo 1614, mayo 28). En fin, todas estas designaciones eran entregadas en lista a los

alguaciles, para que controlen el fiel cumplimiento de estas obligaciones e impongan multa a los negligentes. A tal punto llegó la relación religiosa-secular, que los Registros Públicos tenían a menudo estampada en la primera página la jaculatoria: **Alabado sea el Santísimo Sacramento**. Con el transcurso del tiempo, el Cabildo se desentendió de toda la organización, y pasó a auspiciar solamente un día del Setenario, hasta 1914 en que se retiró definitivamente. Aun así, la relación Iglesia-Estado continúa aflorando en la simbología setenaria. En la misma procesión del Cerrame, las cofradías y corporaciones desfilan presididas por abanderados, que portan la bandera nacional o estandartes con el escudo de armas de la ciudad. Y en el Viernes del Corazón de Jesús, es típico que los niños lleven en su cuerpo una banda del tricolor nacional.

El análisis de los símbolos no termina aquí; puede proseguir por diferentes líneas, y en este sentido el Setenario es rico en simbología. De hecho, en un estudio más amplio que prepara el autor, se podrá ver en conjunto las proyecciones socioculturales de este festival. Por ejemplo, el mismo armazón del castillo, con sus carrizos longitudinales y transversales, puede ser visto como una cárcel, más burda que la custodia, pero similar a ella, donde mora Dios, "prisionero infinito de amor", una metáfora importante en la simbología de la Eucaristía, que se oye en sermones y plegarias y está incorporada al himno del Congreso Eucarístico de Cuenca de 1938. Otro detalle interesante: en función marginal, en los portales del parque, hay una serie de mesas atendidas por mujeres, donde se venden los "corpus", aquella maravillosa y variada muestra de repostería morisca, que es **consumida** por los fieles durante el rito secular, o llevada a la casa. Un paralelo, tal vez puramente accidental, puede encontrarse con las mujeres que, también en posición marginal, se agolpan a la entrada de la catedral para vender rosarios, estampas y velas, que son **consumidos** en el ritual religioso, o llevados a la casa. De hecho, tanto en el parque como

en la iglesia, le está vedado a la mujer el manejo directo de los símbolos dominantes, sobre todo cuando estos alcanzan el umbral de lo numinoso. La razón por la que se destaca esta situación es porque, de alguna manera, refleja la condición secundaria que ha tenido tradicionalmente la mujer en la sociedad cuencana.

Asimismo, las implicaciones que tienen los ritos religiosos y secular respecto al uso del espacio, constituyen una cuestión que merece análisis más profundo. Al respecto, Eliade (1981: 371) ha señalado que la noción de espacio sagrado "implica la idea de repetición de la hierofanía primordial, que consagró aquel espacio transfigurándolo, singularizándolo; en una palabra, aislándolo del espacio profano circundante". El templo es el espacio sagrado por excelencia y es natural que allí se celebre el rito eucarístico. Sin embargo, si se postula la existencia en el Setenario de un rito secular, análogo y paralelo al anterior, hay que asumir que también tiene su espacio transformado para el efecto. Pues bien, el análisis simbólico muestra que el parque, un lugar eminentemente profano, se sacraliza todas las noches del Setenario, por medio de la procesión que, al circundar este espacio, legitima su uso para el rito secular. Su capacidad transformadora se refuerza aún más en el hecho de que si, por lluvia o ingente tráfico, no sale la procesión a circundar el parque, ésta se la realiza simbólicamente en la catedral, por las naves y el fondo de la iglesia. Antiguamente el recorrido de la procesión por la ciudad era más largo, y en las esquinas se construían hermosos altares de "posa", para que descansara en su marcha la Custodia Divina. Por ende, el espacio sacralizado debió ser mayor. Muy acertadamente, el Padre Matovelle (1979:366), al describir el Setenario de comienzos de siglo, manifiesta que "la población entera se precipita en ondas apañadas a las calles de la festiva ciudad que ~~aparece convertida~~ **en inmenso y magnífico templo**" (negritas mías).

## LA ARISTOCRACIA CUENCANA Y LA EUCARISTIA

¿Por qué surgió el rito secular, que replica en el parque el rito religioso de la iglesia? La respuesta requeriría de una larga exposición en la que se debe analizar fundamentalmente el surgimiento de las familias aristocráticas cuencanas y su relación con el resto de la población. Por razones de espacio anotaré solamente algunos detalles que pueden ayudar a su comprensión.

Una de las hipótesis de esta investigación es que el culto de la Eucaristía aparece y se desarrolla juntamente con la aristocracia local, en una larga historia de al menos cuatro siglos. La democratización del culto no ocurre hasta comienzos del siglo XX, con el surgimiento del Liberalismo, y solo desde hace treinta años aproximadamente el cambio se ha hecho notorio. Justamente, al referirse a la fiesta cuencana, Loor (1938:351) establece la estrecha relación que ha existido entre la clase dominante y el culto eucarístico:

Y nació el pladoso setenario, de tan gratos recuerdos, que con el correr de los siglos no se borra aún, y que ha visto a las plantas del Dios-Hostia a los Solano, a los Cordero, a los Vázquez, a los Malo, a los Crespo Toral, a los Matovelle, a los Cuesta y en sus años infantiles aun a los Calle, a los Proaño, a toda esa pléyade de hombres ilustres, fieles unos, ingratos otros, pero formados todos a los pies de Jesús, en el ambiente de la ciudad mística que vive en el llano florido adorando a Dios.

Se ha señalado ya el control que ejercía la clase dominante en la celebración del Setenario, y la exclusividad reclamada para sí en los aspectos más sobresalientes de la fiesta (egresos de dinero, derecho de llevar las varas del palio, rigurosa etiqueta en la celebración, etc.). El resto de la población participaba secundariamente, en tanto no constituía el programador original

de los festejos. Por otro lado, los indios tampoco aparecían, excepto para aderezar las calles, y proveer un poco de distracción, lo cual no les molestaba, en la medida que para ellos era también tiempo de jolgorio. En efecto, la Octava de Corpus cae alrededor del solsticio de invierno, época en que los Incas celebraban la fiesta del Inti-Raymi. En esta ocasión, los gobernadores y curacas más importantes eran invitados al Cusco para rendir tributo al Inti, sol protector y fuente de vida; pero también al Inca, su representante. Es curioso que a las fastuosas ceremonias el pueblo también asistía en calidad de "lejano espectador" (Vega y Guzmán 1986:49; Wachtel 1971:122).

Diversas peculiaridades estructurales, tanto del Inti Raymi como del Corpus Christi, determinaron que la fiesta indígena, antes que desaparecer, se fusionara con la fiesta cristiana, muy a pesar de obispos y extirpadores de idolatrías. Por ello, en varias ciudades de la Colonia, se invitaba a los indios de los alrededores a que acudan a rendir tributo al Santísimo Sacramento y, de paso, a la aristocracia local, que era su representante. Y los indios llegaban festivos, pintarrajeados, y adornados de cintas y espejos, listos para danzar ante Dios y la aristocracia, apenas con una diferencia de matiz, ya que se trataba de celebrar la fiesta del Sol Inca con el ritual del Sol de la Eucaristía. Fray Juan de Santa Gertrudis que, hacia 1750, pasó por Riobamba un día de Corpus Christi, describe con gran expresividad el paso de los indios por la procesión:

Este día en Riobamba habría más de doscientos danzantes y matachines, y éstos iban entremetidos en el cuerpo de la procesión, danzando siempre todos sin parar, y dando la vuelta, remudándose de puestos unos con otros. Con tanta flauta, tamboril y cascabel, con el bullicio de la danza, nada se oía del himno que se cantaba, ni casi de los villancicos (Santa Gertrudis 1970:144).

Sabemos que Cuenca no constituía excepción. Por citar un ejemplo, en el acta del 16 de junio de 1612, el Cabildo acuerda que "los caciques por sus parcialidades vengan con los indios necesarios para que se aderecen... y que los oficiales, así españoles como naturales, saquen sus pendones y danzas, como es costumbre".

La representatividad de la Eucaristía, que la aristocracia proclamó para sí, bordea los límites de la identificación total, en curioso paralelo con la identificación Inca-Sol del ritual del Inti-Raymi. Hay dos indicios reveladores al respecto, en ciertas formas de tratamiento cotidiano. Márquez (1933:150) señala por ejemplo el uso de jaculatorias para saludar a la gente de la clase dominante:

Sí; nuestros fervorosos abuelos se vanagloriaban de incrustar en el corazón de la servidumbre, en los indios o peones, esta preciosa jaculatoria, la que les servía para saludar a los patrones, y hasta hoy se practica en muchas haciendas y se la pronuncia respetuosamente con el sombrero a la mano: **Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar**, a la cual, el dueño de la heredad responde: **Por siempre alabado y bendito.**

Realmente, una manera curiosa de decir: **Buenos días, patrón.** Por otro lado, es reveladora a nivel ideológico, la advocación aristocrática de **Amo Sacramentado**, que recibió la Eucaristía, en clara imitación del tratamiento que recibe el hacendado de la sierra ecuatoriana de parte de sus peones. Esta expresión (que aún está en boga) fue ya duramente criticada a fines del siglo pasado, suscitando efusiva respuesta del clero ecuatoriano:

...sabemos que entre los varios títulos de amor que

el pueblo ecuatoriano da a la Hostia Santa, el que más disgusta al infierno es el de **Amo Sacramentado**, lo que nos enseña que en esta frase al parecer tan trivial deben ocultarse tesoros de gracia y hermosura admirables, pues no habría de airarse el infierno contra cosa pequeña y baladí (Matovelle 1893:323).

Más interesante en este punto es el uso que hace la aristocracia del espacio sagrado, en cuanto sugiere claramente su pretensión de "apropiarse", por así decirlo, de la Eucaristía. En el espacio sagrado hay una clara distribución de los fieles, a veces disimulada solamente por la muchedumbre. Ha sido tradicional en nuestras iglesias, que los cholos y los indios se ubiquen atrás o en las naves laterales, y la aristocracia adelante o en el centro, e inclusive en el presbiterio, un lugar en principio reservado con exclusividad a los ministros de culto. Hasta hace poco, se podía observar todavía en las iglesias reclinatorios **proprios** (con iniciales, escudos nobiliarios e inclusive aditamentos temporales para impedir su uso por parte de otros fieles) que familias de la clase dominante tenían cerca del altar mayor. Este tipo de geografía ritual, que ahora tiende a desaparecer, es más evidente en el Setenario de antaño. El Padre Matovelle (1979:368) señalaba que en la catedral

las naves laterales del templo están repletas de señoras; y de toda clase de gente piadosa, la del centro rebosa con la lucida asistencia de los empleados del gobierno, las Corporaciones, e innumerables caballeros de la más alta jerarquía social, en traje todos de la más rigurosa etiqueta.

Es evidente, pues, que los pobladores participaban en el rito religioso, de acuerdo a su status social, e inclusive a su sexo. Este aspecto es importante porque refleja, por un lado, la rigidez

social de la vida comarcana de la antigua Cuenca y, por otro, el control que la sociedad dominante tenía sobre el culto.

La misma procesión tenía un orden estricto de distribución: primero, las señoras, luego las escuelas y corporaciones, luego la aristocracia (cabildantes, funcionarios, hombres prestantes) junto al obispo y la custodia, y finalmente los militares. El pueblo en general no tenía puesto. Iba atrás o a los lados, apegándose discretamente al curso principal de la procesión. Estrictamente hablando, el espacio inmediato alrededor de la Custodia, pertenecía a la clase dominante. Al terminar la procesión, la Custodia entraba en la iglesia por una calle de honor compuesta por aristócratas, todos los cuales se colocaban después en el presbiterio para el servicio religioso. Ni qué decir de los especialistas de culto: los sacerdotes y los obispos han pertenecido tradicionalmente a la aristocracia cuencana, y muchos de ellos han apoyado decididamente la celebración del Setenario.

En el parque, las cosas se distendían un poco. La estratificación social y sexual aparecía algo más diluida, y por un motivo imperioso: la sociedad cuencana aprovechaba de las festividades religiosas para escapar de la rigidez que ella misma había creado. En todo caso, el jolgorio era inigualado y, dado que participaba toda la ciudadanía, es de esperar que la fiesta era motivo de acentuada interacción social. Todavía a comienzos de siglo, las mujeres salían con sus mejores galas, prestas a captar las miradas furtivas de sus pretendientes. Los caballeros (término usado en la época para referirse a los aristócratas), a su vez, enviaban discretamente a la dama de sus sueños, charoles repletos de dulces de Corpus, y los priostes del día repartían finos recuerdos y frascos de agua florida. El ojo atento, sin embargo, puede aún discernir la estratificación, que se manifiesta en la apropiación del espacio. Antes de la procesión, las familias de la clase dominante enviaban a su servidumbre, con sillas y reclinatorios, a que se tomaran por asalto los portales del parque y reservaran los mejores puestos para que sus amos

pucleran verlo todo con comodidad (el mobiliario que se enviaba era, naturalmente, extranjero, como para mostrar que el corazón del aristócrata latía en la vieja Europa). El pueblo, en cambio, se ubicaba en el interior del parque, junto a los juegos y al "arsenal" pirotécnico de la fiesta.

La alianza histórica del Clero con la clase dominante no constituye ninguna novedad; pero es interesante recalcar el uso que se hacía de los símbolos eucarísticos para debilitar o eliminar las amenazas al *statu quo* sociopolítico:

Las influencias soberanas de nuestro Rey divino se hacen sentir no solamente en el orden religioso y privado, sino también en el político. En el siglo pasado ocurrió en Quito una gran conmoción popular contra el Presidente de la Real Audiencia; hervía la ciudad como un mar agitado por furiosas tempestades; todos los esfuerzos empleados para sofocar la sedición eran inútiles, pues crecía esta por momentos, como olas que amontona el huracán en la borrasca. Entonces ocurrió a una piadosa matrona la idea de que se sacara en procesión al Santísimo Sacramento. Hízose así en efecto, y apenas se mostró la Hostia Santa, en medio de aquella airada multitud, calmáronse todos los ánimos, se dispó al instante la rebelión como por encanto, y Quito recobró su serenidad y paz perdidas (Matovelle 1893:328).

Se puede ver entonces que la asociación Aristocracia-Eucaristía es muy clara. El *estado llano* se contentaba con mirar las cosas desde lejos: si entraba en la iglesia lograba los últimos asientos, si no, se quedaba en el parque, privado del servicio religioso. En este contexto la razón del rito secular se puede explicar: el *pueblo*, al verse privado de una comunión directa con la Eucaristía, optó por inventar en el parque un rito

similar al de la iglesia, aunque a escala diferente; para lo cual recurrió a la más exquisita tecnología popular que poseía, los fuegos artificiales. En este punto, la geografía sagrada es inobjetable: mientras en la catedral la gente común asiste desde las naves y el fondo de la iglesia a la realización del rito eucarístico ortodoxo, del que es dueña y protagonista la aristocracia cuencana, en el parque central la clase dominante asiste desde los portales, a la realización de un rito eucarístico "plrotécnico", del que el populacho es dueño y protagonista. Tenemos aquí un caso patente de reversión de status, en el que la sociedad dominante cede momentáneamente su papel director, permitiendo que los estamentos inferiores tomen control, nada menos, que de la plaza mayor de la ciudad, en claro gesto de mitigación de la tensión social cotidiana. Valga señalar, al respecto, que Cuenca no ha sido precisamente un modelo de paz ciudadana, al menos en el siglo XVIII, del que se tienen algunas noticias. En su relación de 1765, Don Joaquín de Merisalde y Santisteban (1957:100ss) señala el clima de descomposición social que imperaba en la ciudad: el homicidio fácil, la traición, el atropello a la justicia y la autoridad, la educación descuidada, etc. Tan mal andaban las cosas que los jóvenes cuencanos, estimulados por su "siniestra índole", eran ya a los quince años "famosos galanteadores y atrevidos espadachines". Juicios similares hicieron, treinta años antes, Jorge Juan y Antonio de Ulloa (1982:169) y cuarenta años después, Francisco José de Caldas (1966:492). Más aún, a comienzos del siglo XVIII, el cura de San Sebastián, Dr. Arredondo Agüero, ya había reportado la existencia de doce ladinas o prostitutas, cuyo número crecía con el pasar de los años (en Terán Zenteno 1947:81). Por razones de espacio no es posible analizar más a fondo las vicisitudes del devenir social cuencano. Por el momento solo interesa demostrar que la tirantez de los estamentos sociales exigía acciones de debilitamiento de sus contradicciones, y a no dudarlo la fiesta popular debió contribuir grandemente a este

propósito. En esta perspectiva el Setenario representa la desactivación simbólica del conflicto social.

## LA CONTAMINACION DEL RITO

El rito es un conjunto de acciones y eventos en los que predomina el orden. Cualquier elemento que introduzca el sentimiento de anomalía o ambigüedad es considerado **sucio**, porque atenta contra la pureza del rito. Cuando esto sucede, hay peligro inminente para los fieles o el grupo social, los mismos que llevan a cabo una serie de acciones para contrarrestar la contaminación. A nivel individual, la gente puede sentir ansiedad y desasosiego, ante un rito que no responde al orden establecido; a nivel de grupo puede llegar a promover actos de histeria colectiva.

El Setenario ha sido objeto de incidentes que han afectado su pureza, poniendo en peligro a la sociedad cuencana, y exigiendo acciones de reparación a la Divina Eucaristía. En 1881, por ejemplo, los Concejales de la ciudad rehusaron ("cual si se tratase de injuriarlos", dice un cronista de la época) llevar las varas del palio, un suceso que, por inesperado, debió causar honda preocupación en Cuenca. El relato del incidente en la Revista del Reinado Eucarístico, dice que "presenció aquel escándalo, atravesada de íntimo dolor el alma". La respuesta del Santísimo Sacramento no se hizo esperar, y a los pocos meses, "una sequía espantosa desoló nuestros campos, y el hambre desvastó nuestras regiones". Retaliaciones similares —esta vez con heladas— ocurrieron en 1892 y 1893 por la ausencia de las autoridades civiles y militares en la celebración de la fiesta, y el descuido de los Agricultores de nombrar priostes para el año siguiente. El Clero invitó a la ciudad a rogativas públicas para desagraviar a la Eucaristía y restaurar el orden del rito (Anónimo 1893:465-466).

Aun hoy el orden es cuidadosamente precautelado. Un globo

que se quema al momento de ser soltado, o que cae a poco de ser elevado, es una ofrenda abortada que contamina el rito. La gente se entristece por estos pequeños detalles, pero el orden debe ser restablecido. Se envía de inmediato otro globo, mientras el defectuoso que "regresa" es eliminado violentamente del rito. En efecto, bajo el globo que cae, se agolpan numerosos jóvenes, algunos armados de piedras y palos, que lo desgarran con saña, al llegar al alcance de sus manos. Así regrese intacto, el globo es raramente salvado de la destrucción. Igualmente, un castillo tiene que quemarse bien, de lo contrario se introduce ambigüedad en el rito secular. En una ocasión el autor presencié la combustión defectuosa de un castillo: la gente estaba visiblemente contrariada, sin atinar a quedarse o retirarse, pero en el momento menos pensado, cuando parecía que todo estaba acabado, el castillo volvió a encenderse. En fin, el hecho de que por razones meteorológicas o de tráfico no se suprima la procesión, sino que ésta se realice más bien dentro de la catedral, es una clara muestra del afán por mantener el orden que prescribe el rito.

Cuando los elementos contaminantes son de tal magnitud que amenazan la existencia misma del ritual o del culto total, la reacción puede ser fuerte y hasta violenta. Con el surgimiento del Liberalismo, a fines del siglo pasado, la Eucaristía se vio en situación crítica. Al menos así lo sintieron los especialistas del culto, quienes se alzaron como un solo hombre para hacer frente a la contaminación, manifestada en forma de libelos anticlericales, ataques a prelados e iglesias, desacuerdos ideológicos, etc. En este contexto se comprende la proliferación de una literatura eucarística tendiente a sobreestimar las ventajas del Sacramento en el orden social, a veces en discursos de gran retórica, pero poca consistencia lógica. En panegíricos pronunciados en varias festividades del Setenario de fines del siglo pasado, se asevera por ejemplo que la Eucaristía brinda prosperidad política a las naciones, favorece el crecimiento de-

mográfico, despierta el genio artístico, fomenta la ciencia, acrecienta la instrucción del pueblo, elimina las guerras, etc. Tal vez hubiera podido eliminar las guerras, pero la imaginaria eucarística es sin duda una de las más belicosas de su tiempo. La literatura sagrada está llena de alusiones a "ejércitos eucarísticos", "huestes del Santísimo Sacramento", "carros de batalla eucarísticos". Implacable con los enemigos de Dios, la retórica eclesiástica se lanzó contra los liberales, a quienes atacaba en discursos de violencia verbal inusitada. Para agravar su status dentro de la sociedad, los liberales fueron identificados por el Clero y la clase dominante con los **francmasones** que, supuestamente, sembraban el odio y la discordia en la sociedad. La confrontación llegó a tal punto, que el desenlace se puso en términos de aniquilación total. Era la última arremetida de una aristocracia acosada, que se derrumbaba irremisiblemente en un mundo con ideas nuevas:

Hoy más que nunca el mundo es inmenso campo de batalla donde no hay más que dos clases de soldados: de Cristo y del Demonio. **Qui non est mecum contra Me est**, dice el Señor. O el **Reinado Eucarístico** de Cristo, o el **reinado masónico** de Satanás: no hay remedio... La guerra que se hace en nuestros días a la Iglesia de Dios reviste muchas formas, y emplea muchas armas; pero el estado mayor de los ejércitos infernales, el que tiene en sus manos el plan único de batalla, y de quien parten todas las órdenes de ataque es la **Francmasonería**, cuyo Jefe inmediato, cuya cabeza única y **visible** es Satanás. Pues bien, frente a los ejércitos satánicos, Cristo en persona, desde el recinto misterioso del Tabernáculo, engancha, organiza y disciplina a los ejércitos eucarísticos. Esta es ahora la nueva faz, como si dijéramos la última evolución de la lucha perpetua entre

el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas (Redacción 1892:140).

La intolerancia religiosa puso de moda un delito que adquirió ribetes de crimen sin nombre: el robo de los vasos sagrados de las iglesias. En varias ciudades del país (Quito, Guayaquil, Riobamba, Cuenca) ocurrieron robos, que deprimieron profundamente la conciencia religiosa del pueblo. "Crimen execrable", "espantoso delito", "horrendo atentado", "gravísima injuria", eran los epítetos más corrientes de la contaminación. Bien decía, José Ignacio Ordóñez, arzobispo de Quito, en su carta pastoral de 1893: "Tal vez no se cometieran tantos sacrilegios, si los criminales vieran que un atentado a la Eucaristía lo consideráramos peor que la pérdida de la vida". El culto mancillado requiere de una vuelta al orden establecido; penitencias, procesiones, trisagios, visitas al Santísimo, constituyeron parte de un diverso conjunto de acciones de 'descontaminación', para aplacar a Dios por tanto crimen. En Cuenca se construyó la iglesia de Santo Cenáculo con el único objeto de desagraviar a la Eucaristía por el sacrilegio cometido en Riobamba en 1897 (4). Se reforzó además el culto externo como medio de presión para la participación masiva de la ciudadanía. Efectivamente, nunca el Setenario tuvo tanta grandiosidad como a fines del siglo pasado y comienzos del presente. En fin, se explotó lo sagrado por el lado del **terror místico**, la acepción más elemental de lo numinoso (Otto 1980:24ss). Justamente, al hablar de

---

4 El 4 de mayo de 1897, una tropa del ejército entró a caballo en el templo de San Felipe de Riobamba y violó el Sagrario. Se han contado cosas horribles sobre este sacrilegio: que los soldados estaban borrachos, que las sagradas formas fueron pisoteadas, que los soldados bebieron vino en el cáliz y que hasta mataron a un sacerdote que trató de impedir la profanación (Redacción 1897:17; Sarmiento Abad s/f:96). En todo caso, la Iglesia pidió al país reparación nacional por estos desafueros (Ordóñez 1893:347).

los sucesos de Riobamba, un apologético cristiano resumía bien este sentimiento:

Los crímenes atroces... han de ser expiados forzosa-  
mente o entre una lluvia de lágrimas derramadas a  
impulsos del amor, o entre un diluvio de sangre ver-  
tida por la espada vengadora de la justicia divina (N.  
N. 1898:188).

En cualquier caso Dios salve a la ciudad.

## CONCLUSIONES

Pieper (1974:28) señala que la fiesta "es esencialmente una manifestación de riqueza existencial". Y en la medida que sea así, refleja un devenir social plerótico de vivencias que, a la postre, determinan la persistencia y el cambio de la fiesta. Al penetrar en la red simbólica, el antropólogo puede constatar que las líneas de investigación, aparentemente paralelas, convergen finalmente en una reflexión global sobre la sociedad. Por ello, bien cabría decir que la relevancia antropológica de la fiesta no reside tanto en el fasto y la algarabía, cuanto en que sirve de medio o "pretexto" para adentrarse en la estructura interna del grupo que festeja.

Cuenca es una antigua ciudad de la Sierra del Ecuador con honda tradición católica que, a través de los siglos, ha dado ricas expresiones de religiosidad popular. En su calendario festivo, el Setenario es sin duda la fiesta de mayor profundidad histórica, lo que le da un cariz especial para el análisis diacrónico del pueblo cuencano. Ciertamente, el trabajo que hemos presentado no abarca la totalidad de la investigación realizada; pero permite vislumbrar una nueva perspectiva para la comprensión del fenómeno religioso.

Por el momento, se ha tratado solamente de discernir en

esta fiesta dos niveles rituales que, si bien operan independientemente, tienen profundas conexiones que comprometen a los estamentos sociales de la ciudad en una complementariedad no vista en el quehacer cotidiano. Al efecto, se ha tratado de demostrar que la Eucaristía es un culto esencialmente aristocrático, que congrega en su torno a la clase dominante con participación periférica de los estamentos populares. De ahí la necesidad del estado llano de aprehender también a la divinidad, aunque sea momentáneamente, en un rito que exalte su protagonismo. Justamente, el análisis simbólico muestra que el Setenario es un rito de carácter secular, que replica en el parque el misterio eucarístico, por medio de un festival de luces, organizado por las clases populares de la ciudad. Más allá del convivir social armonioso que preconiza la fiesta, se percibe la necesidad de propiciar la voluntad divina para que proteja a la ciudad del hambre, la sequía, las heladas y las guerras fratricidas. El doble ritual asegura que esta coyuntura existencial sea expresada por todos los grupos sociales de la ciudad.

Por razones de espacio no es posible explicar la evolución local del culto eucarístico, que invariablemente está ligado a las vicisitudes de la vida social comarcana. Un momento importante de cambio, por ejemplo, debió haber ocurrido con la introducción de la pirotecnia en el ritual. Otro hito crucial fue sin duda el surgimiento en el país del Liberalismo, que minó sustancialmente las bases del culto externo católico. En fin los cambios sociales han incidido eventualmente en el desarrollo del aparato simbólico del festival e inclusive en su significado.

El crecimiento de Cuenca, particularmente en el presente siglo, ha conllevado también la democratización gradual de la sociedad. Por ende, los referentes sociales que provocaban la aprehensión diferenciada de la divinidad se han vuelto más difusos y han perdido su fuerza original. No sorprende, entonces, que haya habido intentos de suprimir el Setenario, o que al presente se esté simplificando su grandiosidad. Valga en todo caso

señalar que las tradiciones no se borran de un plumazo: deben morir o evolucionar por su propio peso, porque reflejan la esencia del devenir humano. Y el Setenario, todo envuelto de luces, aún guarda codificada la historia de la sociedad cuencana.

## BIBLIOGRAFIA

- ABELES, Marc  
1988 *Modern Political Ritual: Ethnography of an Inauguration and a Pilgrimage by President Mitterand*. *Current Anthropology* 29:391-404.
- AIJMER, Göran  
1987 *The Cultural Nature of Ritual and Myth*. En *Symbolic Textures. Studies in Cultural Meaning*, Göran Aijmer, ed. pp. 1-22 Acta Universitatis Gothoburgensis, Göteborg.
- ANONIMO  
1893 *El Pacto Eucarístico de Cuenca. El Reinado Eucarístico del Corazón de Jesús 20:460-467* (el autor es probablemente Julio Matovelle, Director de la Revista).
- CALDAS, Francisco José de  
1966 *Viaje al Corazón de Barnuevo*. En *Obras Completas de Francisco José de Caldas*, pp. 437-498. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- DOUGLAS, Mary  
1978 *Símbolos Naturales. Exploraciones en Cosmología*. Alianza Editorial, Madrid.
- DURAND, Gilbert  
1981 *Las Estructuras Antropológicas de lo Imaginario*. Taurus Ediciones, Madrid.
- ELIADE, Mircea  
1981....*Tratado de Historia de las Religiones*. Ediciones Cristiandad, Madrid.
- FIRTH, Raymond  
1973 *Symbols, Public and Private*. Cornell University Press, Ithaca.
- GONZALES, Susana  
1981 *El Pase del Niño*. Departamento de Difusión Cultural, Universidad de Cuenca, Cuenca.
- JUAN, Jorge; y Antonio de ULLOA  
1982 *Noticias Secretas de América*. Ediciones Turner-Libri Mundi, Madrid y Quito. (Edición facsimilar de la publicada en 1826, Londres).
- LAFAYE, Jacques

- 1985 **Quetzalcóatl y Guadalupe.** Fondo de Cultura Económica, México.
- LANDIVAR, Manuel A.**
- 1970 Adoración de los Reyes Magos al Divino Infante. *Revista de Antropología* 2:9-84. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Cuenca.
- 1971 Fiesta del Señor de las Aguas de Girón. *Revista de Antropología* 3:6-74. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Cuenca.
- 1974 Fiesta de Navidad en Cuenca y sus Alrededores. *Revista de Antropología* 5:24-88. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Cuenca.
- LOOR, Wilfrido**
- 1938 El Congreso Eucarístico de Cuenca. *Revista del Centro de Estudios Históricos y Geográficos* 8(32):347-353.
- LOPEZ Martín, J.**
- 1987 Culto Eucarístico. En *Nuevo Diccionario de Liturgia*, Domenico Sartore y Achille M. Triacca, eds. pp. 511-518. Ediciones Paulinas, Madrid.
- MATOVELLE, Julio**
- 1979 *Obras Completas.* Tomo I, Memorias. Editorial Don Bosco, Cuenca.
- 1891a El Pacto Eucarístico de Cuenca. *El Reinado Eucarístico del Sagrado Corazón de Jesús* 1:3-15.
- 1891b La Ley Fundamental de las Naciones. *El Reinado Eucarístico del Sagrado Corazón de Jesús* 3:108-116.
- 1893 Nuestro Amo Sacramentado. *El Reinado Eucarístico del Sagrado Corazón de Jesús* 17/18, 19:323-328.
- MARQUEZ T., Ricardo**
- 1933 *Cuenca, la Ciudad Eucarística.* Cuenca (sin pie de imprenta).
- MENA P., Vicente**
- 1985...*Folklore.* Colección Básica de Escritores Ecuatorianos N° 75. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito.
- MERISALDE Y SANTISTEBAN, Joaquín de**
- 1957 Relación Histórica, Política y Moral de la Ciudad de Cuenca. *Revista de la Casa de la Cultura Ecuatoriana-Quito*, 10(18):91-157. (Original 1765).
- N.N.**
- 1898 El 4 de Mayo de 1897. *El Heraldo de la Hostia Divina* 5:186-189.
- ORDONEZ, José Ignacio**
- 1893 Carta Pastoral. *El Reinado Eucarístico del Sagrado Corazón de Jesús* 17-18-19:341-348.
- OTTO, Rudolf**
- 1980 *Lo Santo. Lo Racional y lo Irracional en la Idea de Dios.* Alianza Editorial, Madrid.
- PIEPER, Josef**

- 1974 *Una Teoría de la Fiesta*. Ediciones Rialp, Madrid.
- POWERS, Joseph
- 1969 *Teología de la Eucaristía*. Ediciones Carlos Lohlé, Buenos Aires.
- REDACCION, LA
- 1892 *Un Nuevo Año. El Reinado Eucarístico del Sagrado Corazón de Jesús* 4:138-141.
- 1897 *Los Sucesos de Riobamba. El Heraldó de la Hostia Divina* 1:17-21.
- SARMIENTO ABAD, Octavio
- s/f *Cuenca y Yo. Reminiscencias*. Tomo IV, Editorial Amazonas, Cuenca.
- SOLANO VICENTE, Fr.
- 1891 *La Sagrada Eucaristía es el Sol del Orden Moral. El Reinado Eucarístico del Sagrado Corazón de Jesús* 3:116-122.
- SPERBER, Dan
- 1974 *Rethinking Symbolism*. Cambridge University Press, Londres.
- TERAN ZENTENO, Carlos
- 1947 *Índice Histórico de la Diócesis de Cuenca (1979-1944)*. Editorial Católica de José M. Astudillo Regalado, Cuenca.
- TURKLE, Sherry Roxanne
- 1975 *Symbol and Festival in the French Student Uprising (May-June 1968). En Symbol and Politics in Communal Ideology*. Sally Frank Moore y Barbara G. Myerhoff. eds. pp. 68-100, Cornell University Press, Ithaca.
- TURNER, Victor
- 1980 *La Selva de los Símbolos*. Siglo XXI Editores, Madrid.
- VEGA, Juan José, y Luis GUZMAN PALOMINO
- 1986 *El Inti Raymi Incaico. Boletín de Lima* 45:49-65.
- WACHTEL, Nathan
- 1971 *Los vencidos. Los Indios del Perú frente a la conquista española (1530-1570)*. Alianza Editorial, Madrid.



## SEMANA SANTA

JORGE DAVILA VAZQUEZ

Como un gran silencio saturado del sentido de lo milagroso, podría definirse a la Semana Santa de antaño.

Tan silenciosa era esta época, que según decían las viejecitas de entonces, por respeto a un Dios que moría, hasta los pájaros cesaban en sus trinos.

Y el milagro estaba en todas las cosas, en la posibilidad de que si alguien se bañaba en Viernes Santo se convirtiera en sirena; en la propia y diminuta iniciativa de los niños lactantes que ayunaban ese mismo día; en el cielo que se cubría de noche al medio día; en esos momentos luminosos que venían luego de la pasión y la cruz, en los que irradiaban los ángeles y el cuerpo de resucitado del Señor; en las confusiones y el desconocimiento de Magdalena y de los de Emaús; en Tomás, metiendo sus dedos desconcertados y dudosos en la llaga del costado; en todo ese repertorio maravilloso de prodigios, pero, especialmente en el mayor de todos, en esa transubstanciación de Cristo al pan y al vino, en la intimidad de la última pascua, compartida en un tono confidencial, cálido, fraterno, la noche en que iba a ser entregado, cuando se reunió con aquellos a

los que más amaba; con esos amigos con los que había participado en tantas cosas, tanta vida, rechazos, acogidas cálidas, calumnias, la muerte y la resurrección de alguna gente, voces que venían del cielo, pedidos ambiciosos que no se podían cumplir, transfiguraciones, panes y peces que se multiplicaban, redes vacías que rebosaban de pescas milagrosas, aguas que se convertían en vino, aguas de promesa, que no secaban jamás; caminatas por el desierto, en medio de tentaciones; caminatas por la montaña, mientras se iban desgranando bienaventuranzas; caminatas por los campos, en los que anidaban las aves del cielo, a las que nunca faltaba el sustento, y crecían las flores que competían con el esplendor de Salomón; caminatas por la plateada superficie del mar a la luz de la luna. Milagros inolvidables de la amistad, de la camaradería, del descubrimiento y el encuentro; milagros que llegaban hasta nosotros en la voz de los abuelos, las sirvientas, los tíos, los curitas ensotañados, que decían la misa y que rezaban muchas veces un sinfín de oraciones en lenguas raras, que ni ellos mismos entendían, pero que tenían en sí, como todo en ese entonces, el famoso e imperceptible olor de la santidad.

Todo era santo, en esos días de oración y lágrimas: las grandes procesiones del martes, en que los pasos del Señor Jesús recorrían Cuenca, en medio de una música triste y llena de llamados a la penitencia y al dolor compartido, cantos en los que se evocaba repetidamente a la Madre que estaba en el Calvario y al Hijo que moría en la cruz, y se demandaba perdón a Dios, por calles y plazas, a voz en cuello. Pasos esculpidos por algunos grandes maestros, hermosos y solemnes, como el gran **Descendimiento** de San Francisco, o imágenes bellas como la **Dolorosa** de Paccha o el **Señor** de Girón. Y pasos, también, con figuras célebres por su fealdad, que incluso dieron motivo a apodos famosos como aquel de **judío de la Merced**. Y algunos, en fin, que provenían de gubias poco dotadas y hasta algo caricaturescas, pero que eran, como el enorme conjunto de ese día

santo, símbolos de una fe y una religiosidad inmensas, inagotables.

Y santas eran las visitas a las siete iglesias, en las que los más devotos rezaban por la calle y los más disipados comían despreocupadamente empanadas y canguil entre templo y templo; pero todos se sentían arrobados ante el monumento en el que no les cabía duda estaba Cristo prisionero, y que monjas, curas y sacristanes arreglaban a veces con arte, a veces con una devota chabacanería, pero siempre con ejemplar dedicación.

Y santas eran las devociones familiares, practicadas ya en la iglesia, ya en la casa, como las largas, interminables pláticas de los ejercicios espirituales, en las que algunos predicadores evocaban el fuego del infierno con una vividez tal, que parecían haber pasado por él, y que provocaban pesadillas entre los pequeños feligreses, medio adormilados en los travesaños de las bancas; las horas santas, en las que los chicos cabeceábamos interminablemente; los siete derramamientos —que estremecían por su crudeza—; los siete dolores de María, que no dejaban de causar un calofrío medroso; las estaciones, con su estribillo rítmico, repetido en las calles, en los templos, en los hogares: “En tus sangrientos pasos, Señor seguirte quiero, y si contigo muero, dichoso moriré”. Las siete palabras o las tres horas, que copaban el Viernes Santo, con su inacabable meditación en torno a los detalles de la muerte de Cristo, que servían para que los últimos “picos de oro” de este siglo, lucieran su sagrada oratoria fogosa, y las beatitas vibraran de gozo.

Santo, en fin, el ayuno del día más santo entre los santos, que solo admitía el paliativo de abundante fanesca, de la que cada casa, cada familia, cada mamita, tenía la receta única y absoluta.

Y a propósito de este plato, con sus doce ingredientes, uno por cada apóstol, y el décimo tercero, el pez, por Cristo, siempre me inquietó pensar en la enorme cantidad de símbolos

de estos días, y en el curioso papel de los números, en especial del siete. Y sólo lo anoto de pasada.

La fiesta de campanas que rompía la monotonía de la matraca y su ronco sonar, el blanco que inundaba de luz la iglesia entenebrecida de morados y negros e imágenes cubiertas, señalaban el inicio de una otra vida nueva y redimida por la gloria de la resurrección, que ocurría en ese entonces a la medianoche del sábado.

## CARNAVALITO, CARNAVALOTE...

MANUEL CARRASCO VINTIMILLA

A veces —a esta altura de la vida— te agarran las nostalgias y te pones sentimental y autobiográfico, como dice la Susanita, esa antipática amiguita de la Mafalda. Entonces te abrigan los aires de los ñaupás tiempos: desde ese recóndito lugarcito de las reminiscencias aflora el perfume de candeal que tenían las manos de la madre cuando amasaba el pan de carnaval, o de alguna otra ocasión especial, y el olor del dulce de higos de la abuela que despedía esa sutil pátina de ángel verdoso y solitario, entremezclado con el beso agridulce de las mermeladas del membrillo o del babaco que saben a gloria, invocando la magia blanca del amor.

Sólo tú lo sabes: tu sensualidad se despierta por la boca y en carnaval las comidas tienen color y gusto. Quién puede resistirse a ese poema de carnes, maíz y especerías del mote-pata?. A las delicias paradisíacas de un "draque" en el cual el perfume y la tersura de la naranjilla se conjugan con el fuerte hálito del zhumir y la caricia relajadora de la esencia de vainilla, draque al que se le ha agregado un tanto de sangoracha a fin de que el trago adquiriera un suave, casi indefinido, rosado de orquídeas?.

Entonces la ciudad, aquella que era casi una polis, y no la city made united de hoy, se asomaba al balcón de las muchachas en flor, casi siempre inalcanzables, custodiadas cotidianamente y celosamente por el padre o los hermanotes, a fin de recibir, en alas de globitos y serpentinas el incitador mensaje para llevarles luego al "juego del carnaval". Y únicamente en esos tres días los tabúes, cercos, censuras y prohibiciones eran desbrozadas a fin de permitir la caricia furtiva y los encuentros cercanos de tercer grado, trastocando el espacio privado del hogar en lo público y al jolgorio colectivo en algo íntimamente privado, donde afloraba el beso estampado a hurtadillas.

Al respecto Gabriel Cevallos García, tu inolvidable maestro, solía decir que la bomba llega donde la mano no puede, esto es, acaricia turgencias inalcanzables en la mujer, tanto como amorata los ojos de antipáticos y de tontos solemnes.

El agua, la maicena, los talcos y toda materia que pueda ser untada, arrojada y utilizada para el efecto buscado servían de vehículo tanto para el acercamiento sensual como para la venganza soterrada. Todo dependía a quien iba dirigida y desde quien se generaba la maniobra.

El agua, especialmente el agua, —origen de la vida al fin— utilizada en el "juego" de carnaval, en una sociedad de profundas raíces campesinas, hermanaba y aglutinaba a familiares, amigos y vecinos. Su utilización carnavalera y carnavelezca en nuestro medio entrañaba, entraña aun, signos y símbolos apenas descodificados por la sociología y los estudios de la psicología colectiva.

"Agua o peseta!" era el grito de rapaces y muchachones que habían sitiado al barrio. Siempre pensaste que la dura y despiadada sentencia de "la bolsa o la vida", utilizada por malandrines y desalmados, se había morigerado en aquella casi inocente frase con la que te despojaban de los escasos reales a fin de evitar el chubasco de baldes y cacerolas y poder llegar "sequito" e indemne a la esquina de tu ronda, en la que, como

dice el aguardientero pasillo, pasabas "mirando siempre su casa", menos, por su puesto, en tiempos de carnaval.

Mientras, los de El Vado, bandera en ristre, aprestaban sus huestes para combatir, en singular lid, con los de San Sebastián y quizás avanzar para tomarse el molino del Corazón de Jesús o las pilas públicas de agua municipal. Al noreste de la ciudad, los moradores de El Chorro y El Vecino, acaso dirimiendo cotidianas rencillas y mal entendidos surgidos al calor de la dura lucha por la existencia, se conjugaban en estrecha hermandad carnavalera a fin de avanzar sobre San Blas e intentar el asalto a Todos los Santos por donde corría el Chanchaco, ya que "agua de carnaval no hace mal".

Para los de arriba, para quienes son y siempre fueron dueños de las escasas riquezas de esta tierra quedaba la preparación del "parque": Agua Florida de Murray, globitos La Primavera, multicolores serpentinas, talcos y maicenas. Será de creer o no, por que esto a vos no te consta, que en alguna ocasión el General Vega Muñoz "jugó" en casa de cierta encopetada dama con oro en polvo extraído en los placeres auríferos del Bomboiza. Mas, agotado el parque, puesto que este era sólo el comienzo, bastaba que a alguien se le ocuriera, con verdadera premeditación y alevosía, confundir la miel de higos con alguna esencia para que la locura se desatara y la abundancia de la mesa fuera sacrificada en ancestral rito propiciatorio de futuras fecundidades terrenas. Y nadie, que no perteneciera a esta cultura morlaca podía comprender la soterrada dionisiaca que conducía al desenfreno y estallaba en el éxtasis de los más remotos sensores sensoriales del individuo y de la especie.

Nietzche te dio la clave para comprender el alma griega, cuya ecuación filosófica bien puede ser extendida a todo el género humano, al desentrañar el espíritu apolíneo y dionisiaco de aquella cultura, vale decir, la racionalidad en contraposición de los instintos vitales. La vida humana, como él lo dijo,

no es un medio sino el fin mismo de la existencia y en lo más profundo de las sociedades, de las que, como seres gregarios que somos, indefectiblemente formamos parte, subsisten, en perenne lucha lo apolíneo y dionisiaco. Por ello aquí, pese a los continuos intentos de "culturizarlo", vale decir, de racionalizarlo, se continúa jugando y cantando: "carnavalito, carnava-lote/ al que no juega dale garrote", esto es, impónle la vitalidad de una existencia efímera por que "no sea cosa que el otro año/ ya nos toque la partida/ en tiempos de carnaval".

Cuenca, Enero de 1999.

## **PAYASO QUE NO VALISTES. . .**

**MANUEL CARRASCO VINTIMILLA**

En ñaupatíempos, antes del haloween, las hamburguesas, los hot dogs y la cocacola. Antes de la teve, el cable el internet, que han hecho del mundo una aldea global, al decir de algunos entendidos, en Santa Ana de los Cuatro Ríos el tiempo se venía lento, casi moroso, sin la prisa ni el infarto.

Con el solsticio, aquí, en la línea ecuatorial, será de invierno o de verano?, aquí, decimos, con el solsticio llegaban la navidad, el año viejo y el nuevo y entre el 28 de diciembre y el 6 de enero, los inocentes!

Desde la Zona Militar, enclavada allá en el viejo Chorro, vecina de El Vecino, se descolgaba la comparsa hacia el Parque Calderón. Indomables gorilas, exóticas gitanas y agraciadas cholitas, fieros piratas y tétricas guadañas, con cierta evocación a Durero o a Manrique, recordándonos "cómo se pasa la vida, cómo se viene la muerte, tan callando". Y los payasos.

Desde el Cuartel de Policía se disparaba la comparsa hacia el Parque Calderón. Osos encadenados, monos escandalosos, impasibles egipcias y salvajes jíbaros. Amenazantes guadañas, que invocando la terrorífica sentencia cristiana: "recuerda hijo que polvo eres y al polvo volverás", amenazaban con decapitar a los transeuntes de un solo tajo. Y los payasos.

De todas partes salían: de El Vecino y el Vado, del Corazón de Jesús, de San Roque y Todos Santos, de la Escalinata, de la Alianza Obrera de la Salle, de San Blas y San Sebastián salían las comparsas. Arrogantes mejicanos emparejados con donosas chojas cuencanas, deformes Cuasimodos y graciosos Esmeraldas, viejos verdes y roñosos, encantadoras damicelas de alguna lejana corte europea y fornidos cañarejos, diputados que lucían frac y sombrero de copa, caballeros de chaquet, bastón y "pavita" o "tostada", evocadores de un reciente pasado. Los payasos y las tétricas guadañas, las eternas cegadoras para recordarnos que "tras el gusto viene el susto".

Es que la razón se resistía a comprender lo que los ojos veían: todo un abigarrado conjunto de disímiles seres, como diversa y vario pinta era la aldeana sociedad de los cuarentas, de los cincuentas y tantos. Como un sueño era, por el colorido y la gracia, a veces como una pesadilla, por los monstruosos y horrendos seres que asaltaban y amenazaban a la multitud entre gozosa y austada.

De todas partes venían al Parque Calderón, a la antigua Plaza de Armas o Plaza Mayor en la que se auscultaba el pulso de la ciudad. Y desde el Parque se dispersaban a los barrios. En cada esquina un baile al son de conjuntos orquestales y modestas bandas de pueblo: guitarristas, acordeonistas, el bandoneón y los violines; el redoblante, el bombo, los platillos, las trompetas y los saxos.

Acaso lo mejor de todo eran los payasos: con la congelada sonrisa de su bocota y los ojos chuspis, abriendo paso para la comparsa a morcillazos, señalando con el chorizo embutido de serrín, y a veces de arena, el sitio para el baile. En su torno se arremolinaban los chiquillos.

Payasito, payasón, dame pronto la lección  
en la esquina de la estación  
tu mamita sin calzón, tu papito cabezón.

Y el payaso mayor recitaba versos y coplas populares, se

burlaba de los "grandes"; pecaditos y pecadotes de esa sociedad ora libertina, ora pecata salían a la luz pública, consagrando el rumor que había circulado entre corrillos de chismosos y beatas, divirtiendo a las buenas gentes con las hablillas de humanas debilidades.

Payaso que no valistes,  
al diablo te parecistes.

Se le incitaba. Y el payaso, ¡zaz!, se mandaba un morcillazo.

Así, del 28 de diciembre al 6 de enero los inocentes hacían las delicias de un pueblo que vivía entre la franciscana paz de la aldea y los sobresaltos de algún mitin político o la huelga de los "guambras del Benigno".

Cada comparsa era un signo y un símbolo de los estamentos sociales urbanos que habían logrado signar y simbolizar sus pequeñas y grandes verdades terrenas: la alegría de vivir, el eterno temor a la muerte, las raíces atávicas, las angustias existenciales, la profunda reflexión, acaso inconsciente, de pereclitar entre el ser y la nada.

Así la mascarada cumplía con la función social de enfrentarnos a la sonora carcajada y al taciturno llanto de la vida que se nos va y no vuelve, nunca más, por que en el fondo la existencia humana es eso: payaso que no valistes.

Cuenca, enero de 1999.



## INDICE

### PRIMERA PARTE

(Estudios y Memorias)

Caleidoscopio de una Urbe Fascinante Rodrigo Aguilar Orejuela .....	9
El Mestizaje en el habla azuaya: El quichua y el cañari presentes en ella Susana Cordero de Espinosa .....	17
Lengua, Cultura y Mestizaje en Azuay y Cañar Carlos Alvarez Pazos .....	45
La jerga juvenil de la ciudad de Cuenca Manuel Gonzalo Villavicencin Q. ....	71
Crónica de María Martínez Adrián Garrasco Vintimilla .....	85
Tras las huellas de la Chola Cuencana Diego Arteaga .....	93
La aventura de la cascarilla antes y después del siglo XX César Hermida Piedra .....	109
Cuando los curas formaban sindicatos Hólgar Dután .....	121

La comunidad judía de Cuenca en los tiempos coloniales Ricardo Ordóñez Chiriboga .....	129
El rostro de la crisis Iván González Aguirre .....	143

## SEGUNDA PARTE

### (Crónicas y Relatos)

Crónicas de Cuenca Antonio Lloret Bastidas .....	151
Biografía de San Roque Eugenio Aguilar A. ....	177
Dos francesas se encuentran en el mercado Juan Castro y Velázquez .....	185
Los ñaupa tiempos Jorge Maldonado Aguilar .....	193
Imagen y memoria del Santo Jorge Dávila Vázquez .....	211
El ocio en la Cuenca de pasado Claudio Malo González .....	221
Las casas viejas Josefina Cordero Espinosa .....	227
Crónicas y relatos de Cuenca en los años 60 María Eugenia Moscoso .....	231
Cuenca y sus cantinas Manuel Carrasco Vintimilla .....	237
El fútbol llega a Macondo Felipe Aguilar Aguilar .....	241
Los juegos populares infantiles Oswaldo Encalada Vázquez .....	257
La leyenda del "Chuzalongo", en la ideología andina: Mito e identidad Gustavo Vega-Delgado .....	277

### TERCERA PARTE

(Celebraciones Religiosas y Ritos Populares)

Las curanderas de cuenca	
Ana Luz Borrero Vega .....	295
Rito religioso y rito secular en la Octava de Corpus de Cuenca	
Ernesto Salazar .....	301
Semana Santa	
Jorge Dávila Vázquez .....	333
Carnavalito carnavalote	
Manuel Carrasco Vintimilla .....	337
Payaso que no valistes	
Manuel Carrasco Vintimilla .....	341



**ESTUDIOS, CRONICAS Y RELATOS  
DE NUESTRA TIERRA, II Tomo, por  
María Rosa Crespo, se terminó de im-  
primir el día 24 de junio de 1999, en  
los Talleres Gráficos de la Casa de la  
Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay,  
siendo su Presidenta la Dra. María Rosa  
Crespo Cordero.**